

REVISTA  
DE  
HISTORIA  
MILITAR



Año V

1961

Núm. 8

ESTADO MAYOR CENTRAL DEL EJERCITO  
SERVICIO HISTORICO MILITAR

REVISTA  
DE  
HISTORIA MILITAR

Año V

1961

Núm. 8

# REVISTA DE HISTORIA MILITAR

PUBLICADA POR EL

## SERVICIO HISTORICO MILITAR

DEL ESTADO MAYOR CENTRAL

### CONSEJO DE LA REVISTA

**DIRECTOR:** D. Vicente Gómez Salcedo, Coronel de Infantería del Servicio de Estado Mayor.

**JEFE DE REDACCIÓN:** D. Juan Priego López, Coronel de Estado Mayor.

**REDACTOR:** D. José Manuel Martínez Bande, Comandante de Artillería.

\* D. Juan Manuel Zapatero López-Anaya, Capitán y Doctor en Historia.

---

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MARTIRES DE ALCALA, 9 — MADRID — TELEFONO 247-03-00

---

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España y extranjero: 150 pesetas anuales.

Número suelto: 75 pesetas.

## SUMARIO

	PÁGS.
Cannas, por JOAQUÍN DE SOTTO Y MONTES .....	7
Las fortificaciones de Manila en la Edad Moderna, por MARÍA LOURDES DÍAZ- TRECHUELO .....	27
Las batallas por la isla de Cuba, «Llave del Nuevo Mundo y antemural de las Yndias Occidentales», por JUAN MANUEL ZAPATERO .....	47
El movimiento envolvente contra la línea francesa frente a Cádiz en 1811 y la batalla de Chiclana, por CARLOS MARTÍNEZ-VALVERDE .....	65
Aportación a la biografía del Mariscal de Campo don Antonio Sequera y Car- vajal, fundador de la Artillería egipcia, por NICOLÁS HORTA RODRÍGUEZ ..	113
La estrategia alemana en la Segunda Guerra Mundial, por JUAN PRIEGO LÓPEZ ..	133
Bibliografía .....	173

---

*N. B.*—Las ideas expuestas en los artículos publicados en esta revista reflejan única-  
mente la opinión personal de sus respectivos autores.



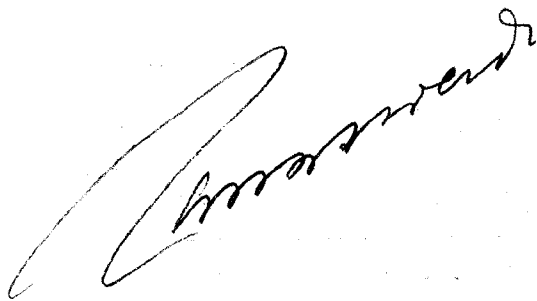
Esta revista invita a colaborar en ella a los escritores militares o civiles, españoles o extranjeros, que se interesen por los temas históricos relacionados con la profesión de las armas. En las páginas de la misma encontrarán amplia acogida los trabajos que versen sobre acontecimientos bélicos, destacadas personalidades del mundo militar e instituciones, usos y costumbres del pasado del Ejército, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar profesional de nuestros días.

Los trabajos serán retribuidos con generosidad, según la extensión acostumbrada en revistas de este tipo y carácter.

Depósito Legal M. 7.667.-1953

---

C. BERMEJO, IMPRESOR.—GARCÍA MORATO, 122.—TEL. 33-06-19.—MADRID



## CANNAS

### (LA BATALLA PERFECTA)

por JOAQUÍN DE SOTTO Y MONTES  
Coronel de Caballería, del Servicio de Estado Mayor

«¿Y quién es tan indolente e inútil como para querer ignorar mediante qué providencia y mediante qué política los romanos... tuvieron éxito en sojuzgar a casi todo el mundo habitado a su gobierno único... una hazaña no repetida en la Historia?».—POLIBIO.

#### I.—CONSIDERACIONES GENERALES

El General alemán Hellmuth von Molke ha escrito que el Arte de la Guerra no es más que un sistema de soluciones y, por tanto, que todo estrategia debe poseer una imagen clara de las posibilidades que en cada campaña pueden presentarse; y afirma después que tan sólo profundizando en la Historia Militar, es posible encontrar dichas soluciones y la posibilidad de aplicarlas.

Si alguna de las batallas de la antigüedad es digna de estudio, no sólo por la gran disparidad entre los resultados tácticos y estratégicos, sino, también, porque su idea rectora sigue imperecedera y constituyendo verdadero modelo de dirección y ejecución táctica, ésta es, sin duda, la de Cannas, que tan brillante éxito dió al campo cartaginés y que, sin embargo, causó la ruina de Aníbal y después la de Cartago, por no haber sido explotada estratégicamente (\*).

El gran plan de Aníbal de destrozarse el Imperio Romano, para

---

(\*) Parece oportuno recordar aquí que el famoso mariscal y escritor militar alemán Conde de Schlieffen publicó sobre esta batalla un acabado estudio crítico, en el que se basó el plan que trazara en 1905 para la invasión de Francia (N. de la R.).

demostrar al «Mundo Mediterráneo» de aquella época, cómo era posible vencer a la «idea del Poder» que Roma representaba por medio del «poder de la idea», detentado por Cartago, no llegó a realizarse; pero sí, en cambio, enriqueció a la Historia Militar con una de las más geniales y perfectas maniobras tácticas que los tiempos han conocido.

## II.—ANTECEDENTES GEOPOLITICOS

### A.—EL «OIKOUMENE»

El Mundo Mediterráneo, quinientos años antes de Jesucristo, constituía de hecho un ámbito vital cerrado, en el cual, los pueblos y las naciones reaccionaban entre sí, ya pacífica o belicosamente, según sus conveniencias sociales, posibilidades económicas y, también, con arreglo a lo que les dictaba sus temperamentos y aspiraciones; eternas circunstancias que desde siempre vienen rigiendo y definen la Historia de la Humanidad. Puede afirmarse, pues, que ya entonces, en aquella alejada época, existía, al igual que ahora ocurre, un determinado equilibrio político, económico y social, en virtud del cual todas las nacionalidades asomadas al Mediterráneo se mostraban autosuficientes por contar con aquellos elementos necesarios e indispensables para cubrir su vida material y gozar, al mismo tiempo, de conciencia humana de sus posibilidades.

Del concepto de un ámbito vital de tal naturaleza aislado en el tiempo y en el espacio, es posible obtener hoy ciertas lecciones aplicables y perfectamente vigentes a nuestra desasosegada época, en la que por el momento, todo el globo terrestre constituye espacio vital en donde las gentes se entremezclan y actúan recíprocamente. Tal estimación, posiblemente habrá de ser revisada en un plazo tal vez no lejano, para ampliar el concepto a otros lugares del Universo.

La idea o significado de espacio vital ha tomado tales proporciones que, verdaderamente, se va haciendo necesario crear una voz o expresión que lo defina en su verdadera magnitud. La antigua Grecia utilizaba la palabra *oikoumene*, que significaba la totalidad de los territorios entonces conocidos que estaban habitados por el hombre civilizado. Más tarde, la citada interpretación fué ampliada al extenderla a la totalidad de las zonas alcanzadas o bajo influen-

cia de la civilización griega, por lo que implícitamente quedaban incluidos los dos extremos del Mediterráneo, esto es, las tierras habitadas por los «bárbaros», entre las cuales se encontraba la Península Ibérica.

Probablemente la expresión castellana más adecuada para definir la idea de ámbito vital, pudiera ser la de *ecúmene*, de ecuménico, es decir, universal.

#### B.—EL AISLAMIENTO MEDITERRÁNEO

En los lejanos días de los cantos homéricos, el hasta entonces compartimiento estanco constituido por el ecúmene del Mundo Mediterráneo, ya fue violado por sucesivas invasiones de intrépidos bárbaros, llamados *aqueos* y *dorios*, quienes, procedentes de alguna lejana zona nórdica, irrumpieron en Asia Menor y en la Península Helénica, conquistando y destruyendo a la civilización *micénica* que allí encontraron, hasta convertirla en un verdadero mito. Tal agueruido pueblo, dotado de un sutil sentido de la importancia individual y de la libertad personal, sentó sobre las zonas adquiridas las bases de la Edad Dorada de Grecia.

Más tarde, y después de transcurrido más de un milenio, otra invasión de nómadas migratorios irrumpió en Italia, saqueando concienzudamente a la entonces juvenil y débil ciudad de Roma. Esto ocurría unos 170 años antes de la batalla de Cannas, por lo que es posible pensar que para el pueblo de la joven y ya vigorosa República Romana, dominadora de Italia y conquistadora de Sicilia en su primer encuentro con Cartago, los anteriores antecedentes debieron ser un tanto difusos. Es más, las gentes de aquella época no podrían haber previsto, razonablemente, el que las dos citadas migraciones principales, originadas por el exceso de población y escasez de alimentos en el interior de Asia, se repitieran con igual tamaño e intensidad una y otra vez durante un milenio, hasta que al extenderse el *ecúmene* del Mediterráneo a abarcar la Europa Septentrional y Oriental, terminaría por derrocar a la misma Roma Imperial.

Desde los primeros albores de la Historia, y ello continúa vigente en nuestros días, dentro de los confines del *ecúmene*, las naciones e ideologías desarrolladas en el aislamiento se relacionan entre sí cuando las rutas comerciales y las comunicaciones se unen, y, naturalmente, por ley de existencia reaccionan violentamente ante

cualquier eventual intromisión. La solución temporal, ya que nunca definitiva, se obtuvo entonces y se sigue acreditando ahora por la Ley del poderoso. Después de Cannas, el mundo de aquella época se rigió por la Pax Romana. Más adelante, y previo a un sometimiento al musulmán, que duró varios siglos, la eterna España Inmortal gobernó a gran parte de la Humanidad, propagando y extendiendo su cultura a través de los mares y, sobre todo, sembrando la fe en Cristo entre las gentes de varios continentes. Seguidamente y en amplios intervalos de tiempo, otros pueblos más fuertes y mejor dotados materialmente han venido asumiendo la misión rectora. En la actualidad tal hegemonía directora se la vienen disputando dos grandes bloques de pueblos, con ideologías tan dispares, que es difícil pensar que en plazo breve se presente ante la Humanidad del siglo xx la coyuntura favorable para hermanar o al menos hacer compatible la humildad del Crucificado y sus sabias y eternas razones con la soberbia del materialismo ateo y la disolvente doctrina del comunismo internacional.

### III.—ANÁLISIS POLÍTICO-MILITAR DE LOS DOS BANDOS DE CANNAS

#### R O M A

##### A. *Aspecto militar.*

Mucho antes del surgimiento de Roma en el Mediterráneo, ya vivían en sus ubérrimas costas otros pueblos que habían intentado, aunque sin gran fortuna, el dominio de tal rica zona. En todos los casos el motivo del fracaso de dichas aspiraciones, siempre fué debido a que ninguno de los aspirantes a regir los destinos de aquel mundo disponía de las virtudes y factores materiales que más tarde Roma pudo ofrecer a la humanidad, todos ellos fundamentados en el genio militar y una bien organizada y depurada administración pública.

Los romanos, antes de ser nación, fueron ejército, dice Villamartin en su tratado de Arte Militar. El millar de aventureros que al mando de un hombre de genio establecen un campamento fijo en el corazón de Italia, al poco tiempo lo convierten, por el tesón del trabajo y sentido de la organización, en una ciudad, que se apresura

a crecer y ensancharse tomando de los pueblos vecinos la vida que a ella le faltaba.

Hijos de la guerra, sólo la guerra podía darles patria y familia, y, precisados a combatir para tener lo uno y lo otro, fueron, desde un principio, para los pacíficos pueblos de Italia unos incómodos huéspedes, con los que no había medio de transigir sino cediendo a todas sus exigencias o apelando a la razón del más fuerte.

No es de extrañar, pues, que la organización inicial de los romanos fuera exclusivamente militar, dividiéndose en fracciones de diez, de cien y de mil, cada una con su jefe respectivo, y cuyo único fin era el combate.

Ahora bien, tales circunstancias sólo aparecen en su inicial constitución; ya que su difícil establecimiento entre otros pueblos si no más sabios sí más formados, pronto obligó a los romanos a emparejar la astucia política con el empleo de la fuerza, dando como resultado feliz para la posterior creación de su Imperio, el hacer del pueblo romano una organización política muy hábil y, desde luego, temida en la guerra; tanto más temible cuanto que sus gobernantes y caudillos mantenían el convencimiento de que su independencia tan sólo estaba segura empleando la energía, y que ceder ante sus rivales equivalía a morir. De aquí que jamás suscribieran una paz sin previamente haber obtenido la victoria militar.

Este pueblo virgen de historia y de tradiciones que respetar, tuvo que imitar o coger de otros los elementos necesarios para su constitución como Estado. La Patria, el Culto, la Familia, las Armas, las Ciencias, las Artes, la Política, etc., no eran suyas; todo fue importado, aunque más tarde y superada tan difícil infancia, supo modificarlas con tal acierto, que mereció justamente el brillo y esplendor que después había de ostentar el Imperio Romano.

Es posible que una de las mayores virtudes militares de los romanos, entre las muchas que la Historia les reconoce, fuera la de no desdeñar, aprender y copiar la ciencia militar de otros pueblos, incluso de los que vencieron. Así captaron de los griegos el Arte de la guerra, o por mejor decir los griegos les inspiraron la idea de crear dicho Arte; de los cartagineses aprendieron sus esencias náuticas; de Pirro, rey de Egipto, la castramentación y la fortificación; de Aníbal Barca la estrategia; de los númidas, la caballería; de los catafractas, la lanza, y la espada, de los españoles.

## B. La Legión romana.

La Legión romana, que demostró ser superior en todos sus aspectos a todas las organizaciones militares que hasta entonces se habían ideado, no orientaba su fuerza tan sólo hacia fines puramente tácticos sino, que, tanto sus mandos como los gobernantes de la época, fundamentaban sus acciones sobre amplios conceptos estratégicos.

Hereditaria en la obligación del servicio militar, severa aunque justa en su disciplina, eficiente y guerrera, la Legión romana mantenía una constante y total devoción por el Estado. Administrada juiciosamente y apoyada por una admirable e idónea doctrina logística, tal organización castrense pudo, generación tras generación, pasear por todo el mundo de entonces los estandartes de sus legiones siempre respetadas y temidas.

Roma no llamaba a su defensa sino a la flor de los ciudadanos. Reunido el pueblo en el Capitolio, los tribunos por turno, elegían hombre a hombre en cada tribu, entre los diecisiete a cuarenta y cinco años y que poseyeran una propiedad de determinado valor material. Tan guerreros como ciudadanos, la guerra era para los romanos, no un oficio, sino un cargo municipal; y ni las recompensas podían ser lucrativas, ni los sueldos otra cosa que una indemnización que, generalmente, no se dio hasta que las necesidades de las campañas hizo necesario para obtener efectivos, alistar a los proletarios, libertos, e incluso a los esclavos.

Sobrios y de costumbres austeras, tanto como más tarde fueron muelles y regaladas, eran los romanos ricos en su pobreza; su lujo —según Villamartín— consistía en la gloria; contrastaba la sencillez de sus embajadores y cónsules, con el fausto de los magnates de las naciones vencidas.

A la Legión romana no se la puede definir exactamente como un Ejército más o menos eficaz, sino mejor como una Institución totalmente acabada y perfeccionada, precisamente en una época en que las fuerzas armadas de los países mediterráneos —salvo algunas excepciones— tenían más de horda asalariada que de organización militar.

Orgánicamente considerada, la Legión romana constaba de seiscientos *trarios*, tropa veterana y escogida por su acreditado valor en otras campañas; mil doscientos *principes*, gente robusta y vigo-

rosa, y mil doscientos *astarios*, que eran la última tropa de línea. Completaba la Legión una tercera parte, aproximadamente, de *velites*, gente bisoña y joven, armados a la ligera.

Las armas defensivas de los legionarios consistían en un gran escudo de madera forrado de cuero reforzado con aros de metal; un peto de bronce; casco, y un botín de hierro para defender la pierna derecha, que era la que avanzaba en la esgrima. Como armas ofensivas el romano utilizaba la espada, la pica corta que empuñaban los principes y triarios, la lanza que usaban los astarios, y las jabalinas de los velites.

La Caballería romana, bastante deficiente por cierto, ya que su reclutamiento se realizaba con el desecho de la Infantería, en el transcurso del tiempo y, sobre todo, después de la lección de Cannas, fue aumentando de vigor hasta conseguir llegar a ser el Arma sobresaliente de la Organización militar. Se hizo una institución social aristocrática, llegando a ser el título de caballero superior al de ciudadano. Tales jinetes llevaban un anillo en la mano como distinción.

Las unidades tácticas de la Legión romana, fueron:

Infantería: el *manípulo*, que si era de *astarios* o de *principes*, se componía de ciento veinte hombres formados en diez filas; y si de *triarios*, de sesenta, también articulados en diez filas.

Caballería: *la turma*, formada por treinta y dos jinetes en cuatro filas.

### C. *El ejército consular de Roma.*

Constituía norma general, al menos, en la época de Cannas y anteriores —en época de Mario, ya iniciada la decadencia de Roma, se constituyó la *Cohorte* a base de tres manípulos—, que el Ejército se articulase en cuatro legiones: las dos del centro, romanas y, las de los flancos, aliadas. Cada Legión estaba dotada de unos trescientos caballos, de modo que toda la Caballería constaba de treinta y dos turmas, que se dividían en dos *alas* de diez y seis, mandados por un Prefecto. En resumen, un Ejército consular, en la época del dictador Quinto Fabio Máximo (216 antes de la Era Cristiana), venía a constar de 1.200 caballos y 12.000 infantes de línea, además de los *velites*, que no tenían organización fija y que eran agregados a los manípulos de línea, según las conveniencias de cada caso.



#### D. *Táctica.*

La Legión romana normalmente iniciaba la batalla utilizando sus tropas ligeras: los velites, que actuando en misión similar a las de reconocimiento próximo o de combate, avanzaban hacia el campo enemigo en formación abierta, que más bien parecía una desbandada, hasta tomar contacto; empeñada la lucha, los velites se guarecían en los intervalos de los manípulos y si podían, empleando sus jabalinas, seguían hostigando al enemigo. A las fuerzas de choque, los astarios, correspondía entonces llevar a cabo la acción principal, utilizando para ello, además de su experiencia y veteranía, sus lanzas y espadas. Si eran rechazados entraban en línea los principes, cuya potencia de combate generalmente aseguraba el éxito. Cuando tal cosa no ocurría, se imponía el repliegue al amparo de las formaciones de triarios, que rodilla en tierra y cubiertos con sus escudos, se oponían a cualquier penetración adversaria.

La explotación del éxito y subsiguiente persecución en caso de victoria correspondía a la turmas de Caballería, llevando cada jinete a un velite sobre la grupa de su montura. Otras veces tal caballería decidía el combate por medio de cargas.

#### E. *Aspecto político.*

El ciudadano romano tenía entonces, al igual que ocurrió más tarde a los herederos de su grandeza, un elevado sentido del deber, fomentado constantemente desde la infancia por las tradiciones nacionales; de aquí, su posibilidad de ofrecer al Mundo Mediterráneo durante varias centurias, una pléyade muy numerosa de brillantes guerreros y excelentes funcionarios civiles, encargados de la administración y de hacer justicia a las gentes del mundo conocido. Cuando, siglos después, la República Romana perdiendo su Imperio, derrumbó la virtud romana, olvidó sus tradiciones y se presentó ante el Mundo volcada en un cenagal de corrupciones, venalidades y oportunismos; el desgobierno de los no preparados que desconocían las severas disciplinas y la inmensa energía moral que se requería para mantener las riendas del Estado, cayendo en el abismo de la ruina, tuvo que entregar la dirección de los pueblos a otras naciones más virtuosas y mejor preparadas para tan sublime misión.

Si elevado fue el sentido del deber de aquellos romanos, igualmente fue grande su espíritu ciudadano, cristalizados ambos en la

«idea del poder» que siempre sustentó Roma. Esta nación, con una grandeza aún escondida ante el futuro pasó sucesivamente de ser un país pequeño, intrépido y esforzado que acababa de establecerse en Italia, a dominar los destinos del mundo. Primero se enfrenta con los galos cisalpinos del valle del Po, aguerridos colonizadores procedentes de invasiones que databan de 180 años antes. Al principio son sometidos siguiendo procedimientos forzosamente rigurosos, para después terminar captándoles ante la buena administración y justicia romana, que consigue transformarlos en excelentes ciudadanos.

La expansión de Roma a través de Italia y siempre fundamentándola en la «idea del poder», ofreció, pues, una serie de factores favorables, que, indudablemente, tuvieron influencia decisiva en sus éxitos sobre Cartago, pese al genio militar del caudillo Aníbal Barca.

Repartidos por todos los ámbitos del territorio italiano se formaron colonias de ciudadanos romanos, que constituyeron las adecuadas y convenientes válvulas de seguridad para los serios problemas demográficos que el recinto de las siete colinas de la Ciudad Eterna padecía. Admirables guarniciones cívico-militares ubicadas en un azaroso suelo extranjero, dice un tratadista contemporáneo. Estas «coloniis» retuvieron íntegramente sus ciudadanía romana.

Otras naciones, ciertamente previsoras, reconociendo a tiempo lo inevitable se aliaron con Roma, siendo muy bien recibidos dentro de la «Confederación» de ciudades italianas. Ciertamente, que también existieron pueblos y tribus más indómitos —los etruscos y los samitas— que se resistieron a tomar actitud semejante, aunque fatalmente terminaron por ser sometidos.

Aunque aún es discutida la idea, si tan sólo fue debido al genio gobernador de Roma el motivo del sometiendo de las tribus y pueblos conquistados por sus legiones, o, por el contrario, también tuvo una influencia decisiva otras causas menos honorables y pacíficas, la realidad es que, cualquiera que hubieran sido los procedimientos y razones de que se valieron los romanos, es hecho probado por la Historia, que durante los años cruciales de la invasión cartaginesa sobre Italia, las huestes de Aníbal se encontraron ante una verdadera Confederación de pueblos, que casi en su totalidad permanecieron fieles a sus aliados, dando como resultado político-militar la total desarticulación de los planes estratégicos que tenía Cartago para su nueva campaña púnica, al hacer imposible la

explotación estratégica después de la brillante batalla de Cannas. Así, pues, el «poder de la idea» detentado por Cartago vencedor tácticamente en la acción de Cannas, sin duda por disponer de un caudillo de la talla de Aníbal, se mostró totalmente inoperante ante la «idea del poder» de Roma, de mayor alcance político militar, y por tanto estratégico.

## CARTAGO

### A. Aspecto militar.

Herederá de Creta en el dominio del Mediterráneo, a través de los fenicios de Sidón y Tiro, durante los siglos IV y III antes de Jesucristo, Cartago gozaba de una gran prosperidad y de inmensas riquezas:

Aunque no codificó este Estado los principios militares de Potencia marítima, sí los practicó muy acertadamente y al estilo que muchos siglos después fueron definidos por el Almirante Mahan (1). Así, pues, los cartagineses dueños y señores del litoral africano desde Cirene, en Libia, hasta las grandiosas columnas de Hércules, más allá de las cuales se agitaba el tormentoso y desconocido océano —desconocido para todos menos para Cartago—, constituían un pueblo marinero de extraordinaria potencia militar.

Sin embargo, la patria de Aníbal Barca, cual ocurre a todos los colosos, tenía su tendón de Aquiles, cuya vulnerabilidad le había de conducir fatalmente a la ruina, pese al genio de sus Capitanes y a su poderío terrestre-naval. El poder, cuando tan sólo se fundamenta en la fuerza del brazo, sin hacer intervenir la virtud y la sabiduría previsoras y orgánicas que con anticipación al choque de las armas no haya sembrado una política acertada que sirva de atracción ante los pueblos oprimidos o descontentos, fácilmente se transforma en dictadura y, por tanto, en debilidad.

El ejército cartaginés se componía de africanos, españoles y galos. Su infantería se dividía en dos clases: *ligera* y *pesada*. La infantería ligera, se componía exclusivamente de españoles: los honderos baleares eran los que, extendidos en guerrillas, cubrían los movimientos de las masas, e iniciaban siempre el combate. La in-

(1) De nacionalidad norteamericana, autor en el siglo XIX de un tratado de estrategia, denominado «La influencia de la potencia marítima en la Historia».



Cultura cartaginesa. Estatuilla de tierra cocida, encontrada en la necrópolis de Puig de Molins (Ibiza). Arte helenizante.



Cultura cartaginesa. Arriba, figuritas de barro, representando ídolos, muy propias del tosco arte cartaginés. Abajo, dos ánforas, que denotan una clara influencia fenicia.



fanteria pesada constaba de soldados de distintas naciones. Entre ellos figuraban los africanos, los españoles, los galos y otros. De estas tropas, por su experiencia y bravura, los que más confianza inspiraban al caudillo Aníbal, eran los españoles y los africanos, como visiblemente lo demuestra el puesto que normalmente se les asignaba en la batalla.

Los cartagineses no dejaban de tener conocimientos en el Arte de la guerra; eran, sin duda, los que más adelantos habían conseguido en este ramo. Las armas ofensivas de las huestes de Aníbal consistían en la espada y la lanza, y las defensivas, se reducían a un escudo de madera de grandes dimensiones.

La Caballería cartaginesa podía ser considerada como sobresaliente; por algo sus componentes —españoles y africanos— procedían de países que siempre tuvieron gran amor por el caballo.

#### B. *La Táctica.*

Aníbal formaba comúnmente su ejército en una sola línea, delante de la cual ponía sus elefantes; pero dotado de singular habilidad, tanto para sacar partido de los accidentes del terreno como para combinar los elementos de que constaba su ejército, variaba, según las circunstancias, tal orden de batalla.

#### C. *El Caudillo.*

Las campañas de este ilustre guerrero forman época en la Historia del Arte Militar, dice Villamartin.

Aníbal fué el más acabado tipo del General de todos los tiempos, tanto por su hábil política como por su profunda y nueva estrategia e irresistible táctica; su genio ha descollado por encima de todos, porque sus victorias fueron producto de la ciencia. Hijo de la desgracia, era su estrella el sino funesto de Cartago, que precipitaba su ocaso sobre un montón de escombros calcinados y de ruinas bañadas en sangre. Tal colosal Caudillo sucumbió a su destino, que ya había grabado en una misma página, la muerte política del pueblo cartaginés, la derrota del maestro de la guerra y el triunfo de una nueva y débil civilización, sobre la hasta entonces poderosa de África.

Aún a través de los veintiún siglos que de él nos separan, la figura de Aníbal Barca, el azote de Roma, tiene una aureola de romance viril y enigmático. Sólo lo conocemos a través de sus ene-

migos, por lo que tal conocimiento no puede ser muy a fondo. Tan sólo sabemos un bosquejo de sus hazañas, que militarmente consideradas no siguen una norma estable, cosa no de extrañar, ya que la estabilidad es virtud que no siempre se encuentra en los genios. Quizá fuera más justo decir que sus actos no fueron inconsistentes en su norma, sino que encerraron una notoria inconsistencia, un error fatal en juicio que fué igualmente fatal a su causa, a su pueblo y, eventualmente, a su vida. Tal error no fué táctico sino estratégico.

En Aníbal, el odio de todos los pueblos a Roma se hizo hombre. La voz de su patria, la voz del mundo y las aflicciones de familia —dice Villamartín— le impulsaron. Niño aún, juró su odio como se jura un culto, y todo su ser moral se tradujo en esta frase: «¡Guerra a los romanos!». Así, al heredar el mando supremo cartaginés en España, de su cuñado Asdrúbal, en el año 221 antes de Jesucristo, deliberadamente provoca la Segunda Guerra Púnica, atacando y ocupando Sagunto, ciudad aliada de Roma. Cruza más tarde los Pirineos y atravesando la Galia Septentrional, bate en la región del Ródano a un ejército romano enviado para interceptarle, y salva los Alpes, irrumpiendo sobre el valle del Po en el año 218. Tal acto, posiblemente, constituyó uno de los errores más graves que puede cometer un General responsable, ya que se aislaba de sus bases de abastecimientos, sin perspectivas de recibir ayuda adecuada.

Cierto que otro gran Caudillo, Alejandro, había hecho exactamente lo mismo y que le salió bien; pero también es real que las circunstancias político-militares no eran exactamente las mismas y, por tanto, en el caso de Aníbal el aspecto estratégico quedó malparado.

Alejandro, con sus 40.000 macedonios, invadió, ciento treinta años antes, a un imperio formado por elementos heterogéneos, de gran diferencia en lenguaje, antecedentes étnicos y costumbres, sin que existiera entre ellos fervor patriótico o nacionalismo vigoroso de clase alguna. Los ejércitos de Darío fueron tropas asalariadas, a las que tenía sin cuidado a quién debían alianza, ya que un nuevo dueño no iba a dar más alivio a su pobreza y tiranía que el que tenían. Por contra, Aníbal invadió un país unido por una Confederación de ciudades italianas, que se hallaba fortificado en los puntos estratégicos por colonias romanas —tales como Cremona y Plasen-

cia—, un país en el que como recompensa de las relaciones pacíficas, aún bajo la severidad romana, se estaba empezando a borrar el recuerdo de la conquista por las armas.

#### D. *Aspecto político.*

Las gentes de Cartago, como ya se dijo, a través de los fenicios de Sidón y Tiro, heredaron de Creta el dominio del *Mare Nostrum*. Ubicadas en las costas del continente africano, no lejos de la región del actual Túnez, durante los siglos IV y III antes de Jesucristo, Cartago se nos presenta en tal época como una ciudad próspera e inmensamente rica.

De la isla de Tire, los cartagineses recibieron el secreto de las minas de plomo de Cornwall. De tal isla el Almirante Almircar, de la poderosa familia de los Barca, zarpó al mando de sus grandes galeras de guerra hacia el Sur, para alcanzar las regiones de Dakar y Sierra Leona. Igualmente, por aquellos tiempos las naves cartaginesas patrullaron a lo largo del Estrecho de Gibraltar, haciéndose dueños en absoluto del tráfico marítimo del Mediterráneo occidental. Según versión digna de crédito, tan sólo fué burlada dicha vigilancia una vez, debiendo apuntarse tal éxito en el haber del astuto navegante marsellés Pietas, que consiguió circunnavegar las Islas Británicas, llegando incluso a contemplar con asombro a Islandia.

La Historia define a Cartago como una ciudad orgullosa, insaciable en el comercio y ambiciosa en demasía. Aunque la poderosa familia de los Barca, seculares señores de tal belicoso pueblo, regían el destino de dicha ciudad con gran habilidad, al parecer su gobierno siempre estuvo plagado de rencillas entre las más importantes familias plutocráticas, sin que las gentes más modestas, los escalones sociales más bajos, gozaran de derecho alguno.

Apoyados los gobernantes en un ejército de mercenarios mantenían unas extensas posesiones coloniales, que eran explotadas hasta la extenuación para el solo beneficio del Estado cartaginés, sin que al pueblo llegara parte alguna de tan ricas colonias.

En síntesis, el «poder de la idea», mantenido por Cartago a base de una organización militar, totalmente nutrida con mercenarios y no utilizando sus grandes zonas coloniales como lugares adecuados para extender su cultura, sino tan sólo para ser objeto de rapiñas y desmedida explotación, carecía de ese poder impalpable, pero cier-



to, que se llama espíritu. Cartago pudo ser la espada mediterránea capaz de herir a aquellos que se le oponían, pero jamás se presentó como una organización culta, moral y operante, apta para convencer por medio de sus virtudes al enemigo vencido. El «poder de la idea», cuyo principal y probablemente único argumento era el brillo de la espada, fatalmente tenía que doblegarse, antes o después, ante otra teoría totalmente opuesta: «la idea del poder» con la que se presentó Roma ante los pueblos mediterráneos, y cuyo fundamento se basaba en la fuerza incontenible del espíritu y la justicia.

#### IV.—LA BATALLA DE CANNAS

##### ANTECEDENTES

Las huestes cartaginesas, como ya se indicó en páginas anteriores, después de salvar los Pirineos y cruzar la Galia septentrional, irrumpen sobre el valle del Po, en donde se enfrentan, en Trebia, con las tropas romanas, a las que baten y destruyen. Un año después, esto es, en el 217 antes de Jesucristo, vuelven a combatir con el romano en la zona del lago Trasimeno, saliendo victoriosas. Continúa su avance Aníbal por tierras de Italia, esta vez girando hacia el Sur, consiguiendo ocupar la base romana de abastecimientos de Cannas, en donde, sobre una colina próxima al río Aufido, concentra a sus tropas y organiza un campamento fortificado.

Mientras tanto, el entonces Cónsul romano Emilio Paulo, discípulo de Fabio Cunctator, llamado «el ContempORIZADOR», oponiéndose con un ejército a Aníbal, evita toda batalla campal, buscando la victoria, aunque a largo plazo, por medio de acciones de desgaste.

Otro de los Cónsules de Roma, Terencio Varrón, que según opinión de algunos tratadistas militares gozaba de pocas dotes militares, aunque sí, al parecer, de gran temperamento, ansioso de probar su acero contra el poderío de Aníbal, sale en su busca y se enfrenta a él confiando en la victoria, por considerarse superior numéricamente, ya que al parecer la proporción existente en tales momentos era la de dos a uno.

## LA BATALLA

Si alguna de las batallas en la antigüedad es digna de estudio, no tan sólo por sus resultados, sino también porque su idea directriz sigue imperecedera y es modelo de dirección y ejecución, tal acción es sin duda la que ahora se comenta.

El choque tuvo lugar en las llanuras de Apulica, enfrentándose el Ejército cartaginés, fuerte en unos 50.000 hombres, con otro romano superior en efectivos (según historiadores su cifra alcanzaba la de 80.000 legionarios). Los resultados prácticos de tan formidable batalla fueron la casi destrucción de las huestes del Cónsul Terencio Varrón y la muerte de dos de sus más brillantes capitanes: Aemilius Paulus y Servilius; al bando de Aníbal le costó su victoria unas 6.000 bajas. He aquí un buen ejemplo de cómo los menos numerosos pueden vencer a los más fuertes, cuando la inteligencia ilumina la mente del Caudillo, y el estudio y la meditación presiden sus actos.

Seguidamente se hace un ligero bosquejo del desarrollo de dicha acción. Aun a expensas de que nuestras expresiones militares modernas aparezcan un tanto inadecuadas al escribir una batalla ocurrida hace más de dos milenios, para mejor analizarla hemos empleado un lenguaje que sin duda ha de resultar de mayor comprensión para el militar del siglo XIX.

## PLANTEAMIENTO

### *Ejército romano*

#### I.—*Misión.*

— Batir al enemigo y expulsarlo al mar.

#### II.—*Idea de la maniobra.*

— Romper por su centro el despliegue defensivo cartaginés y penetrar en cuña.

Esto es, el Mando romano, siguiendo la tradicional costumbre de la época, orientó su acción hacia el golpe de «martillo», totalmente ayuno de cualquier bosquejo de maniobra.

### III.—*Los medios.*

- 57.600 legionarios de infantería pesadamente armados;
- 15.400 legionarios de infantería más ligeramente armados; y
- 6.000 jinetes.

### IV.—*El terreno*

La llanura de Apulia es un terreno bajo, muy ligeramente ondulado, que desciende paulatinamente hacia el Adriático y que al ascender hacia Campania y Basilicate se presenta cada vez más accidentado.

Terreno muy apto para acciones de Caballería.

## *Ejército cartaginés*

### I.—*Misión.*

- Defender la importante base de abastecimientos de Cannas.

### II. *Idea de maniobra.*

- Mantener un frente defensivo elástico capaz de resistir el ataque inicial romano.
- Maniobrar por los flancos del dispositivo enemigo con idea de envolvimiento.
- Conseguido el envolvimiento, destruir al ejército de Roma.

Como puede verse, tal magnífica lección táctica de Aníbal, fundamentada en la audaz maniobra, la fluidez y la movilidad para conseguir superioridad de medios en el punto decisivo, adolece de una falta de extraordinaria importancia al no haber previsto, o al menos no haber desencadenado, la «explotación del éxito» en toda su amplitud, esto es, en el campo estratégico. Ya Maharbal, jefe nómida, después de la batalla, dijo a Aníbal: «Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovecharte de la victoria» (2).

(2) TITO LIVIO: *Scis vincere, Annibal, sel uti victoria nescis.*

### III.—*Los medios.*

- 20.000 guerreros iberos y galos ligeramente armados ;
- 12.000 cartagineses que constituían la Guardia de Aníbal ;
- 8.000 infantes ligeramente armados ; y
- 10.000 jinetes númidas y cartagineses.

### IV.—*Dispositivo.*

- Un frente defensivo articulado en doce líneas de 2.000 hombres de frente.
- A ambos flancos las tropas de Caballería de Asdrúbal y la numídica por partes iguales, apoyados por los 12.000 guerreros de la Guardia de Aníbal.

Por haberse adelantado el romano en llegar al campo de batalla, Aníbal se vió obligado a situarse peligrosamente con su espalda al mar

### DESARROLLO DE LA ACCIÓN

En tres partes puede dividirse ésta :

- 1.<sup>a</sup> Lucha de las Caballerías en busca del contacto y del desbordamiento por los flancos.
- 2.<sup>a</sup> Ataque frontal romano.
- 3.<sup>a</sup> Envolvimiento del Ejército romano y su casi total destrucción.

#### *Primera fase.*

Al enterarse los romanos, por medio de los exploradores, que las tropas de élite de Aníbal se encontraban a retaguardia de su Ejército, piensan que el cartaginés trataría de rehuir un combate a fondo. La acción se inicia por parte de los romanos bajo los mejores auspicios. Se produce el choque de Infanterías, manifestándose la cartaginesa lo suficientemente fuerte para contener y evitar la ruptura, si bien retrocede de modo elástico por su centro. La rígida línea defensiva se flexiona, pero no se rompe y, mientras tanto, la Caballería de Asdrúbal, situada al flanco izquierdo del dis-

positivo de Cartago, entra en acción y derrota a la Caballería legionaria, arrojándola contra el río Aufido, donde se consuma su total destrucción.

Tras este primer éxito parcial, los jinetes cartagineses se sitúan a la espalda de la Caballería romana, desplegada en el ala izquierda del ejército de Varrón.

### *Segunda fase*

Mientras la lucha de ambas Caballerías continúa y que fatalmente traería la destrucción de las tropas montadas legionarias, las huestes de Roma, aún fuertes y numerosas, prosiguen su avance por el centro del despliegue cartaginés, progresión ésta facilitada por la defensiva elástica de Aníbal. Pero tal fácil avance traería fatales consecuencias al romano, ya que una vez destruída su Caballería, la Guardia de Aníbal comienza a intervenir por ambos flancos en apoyo de la Caballería de Cartago, y la tenaza precursora del envolvimiento toma ya una clara realidad al cerrarse.

### *Tercera fase.*

Poco puede decirse en dicha fase, ya que con el fin de la segunda, la batalla podía considerarse prácticamente terminada en beneficio de Aníbal. Pero mucho en cambio se hubiera podido consignar, si Aníbal, cometiendo el error estratégico más imperdonable de un Caudillo, en lugar de conformarse con ir a buscar sus cuarteles de invierno en Capua, hubiera desencadenado la indispensable explotación del éxito, lanzando sus huestes hacia Roma. El grito de los romanos atemorizados de «¡Hannibal ad portas...!» hubiera sido realidad y tal vez la historia mediterránea hubiera seguido otros derroteros.

## V.—EL DESPERTAR DE UN SUEÑO

Cannas constituye el clímax del período y la gloria de Cartago. Para Aníbal dicha batalla debió suponer un brusco despertar al enorme error estratégico no sólo cometido en Cannas, sino incluso en su invasión de Italia. Para un General de la probada capacidad del cartaginés, no podía haber mayor derrota que una victoria tan falta de consecuencias. La batalla de Cannas constituyó para Roma el principio de su grandeza; ciertamente de un esplendor no tan sólo pro-

ducto del error estratégico cartaginés, sino fundamentado desde mucho antes en la estoica devoción al deber de los romanos, su firme amor patrio, su gran integridad y su excelente administración.

Es difícil describir la situación de Roma con motivo de Cannas. Durante más de un mes un terror epidémico se extendió por la ciudad, y las defecciones casi continuas, aunque no importantes, parecían justificar la fantástica acción de Aníbal.

Algunas de las más antiguas colonias griegas en la Italia Meridional —Metaponto, Crotona y Locri, con las tribus de samnitas, lucanos, etc.—, se unieron al cartaginés en Capua. Allende el mar, Filippo V de Macedonia se aliaba con Aníbal y declaraba la guerra a Roma.

Aún el pusilámne gobierno de Cartago, estimando la victoria de Cannas de mayores alcances, se apresura a enviar a su Ejército algunos refuerzos y suministros. En fin, hasta los mismos romanos, sin duda por estar aterrados, sobreestiman las consecuencias de la victoria táctica, aunque no estratégica, hasta que otro guerrero de talla, un Escipión, superviviente de Cannas, consigue avergonzarlos primero y después animarlos.

## VI.—LA OFENSIVA DE ROMA

Tranquilizados los espíritus, establecido el servicio obligatorio, robustecidas las armas del Estado y reorganizadas las legiones romanas, cinco años después de Cannas, Roma inicia seriamente su ofensiva general no sólo contra el campo italiano de Aníbal, sino contra España, en donde Asdrúbal preparaba un fuerte envío de refuerzos a su hermano Aníbal. Tal ofensiva, que duró hasta el año 203 antes de Jesucristo, tuvo feliz término en la batalla de Lama, cerca de Cartago, en la que los cartagineses sufren la derrota final.

## VII.—LA PAX ROMANA

Firmada la paz con Cartago, exilado Aníbal, que vagó durante varios años de Corte en Corte, ayudando a las enemigos de Roma, en particular al Rey Antíoco III el Grande, hasta su muerte por suicidio en la ciudad de Bitinia; conseguida la destrucción de Corinto, en Grecia, y subyugadas otras naciones que no aceptaban la

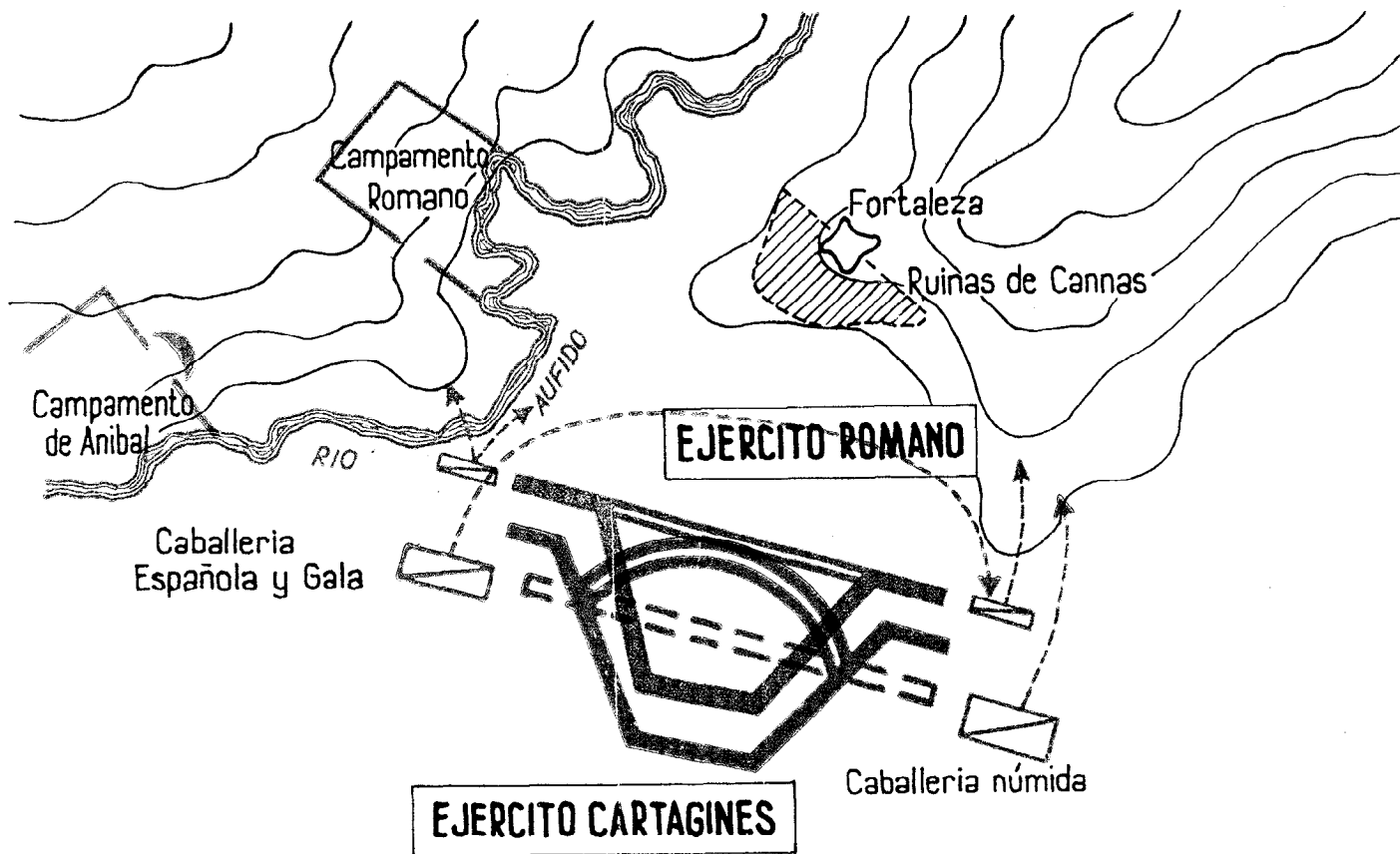
regencia de Roma, se inicia la Pax Romana, que debía perdurar cerca de tres siglos.

Mediante su sistema de gobernar los territorios ocupados e inculcar la filosofía estoica y la devoción al Estado, Roma pronto consiguió disponer de un número suficiente de administradores, funcionarios, diplomáticos y gobernadores expertos para dirigir las poblaciones a ella sometidas.

Las legiones romanas, además de contar con aguerridos guerreros, se acreditan como excelentes zapadores; detrás de sus movimientos militares fueron dejando excelentes vías de comunicación, puentes, viaductos, acueductos, etc., sobre los distintos países.

La moneda romana se extiende a través del Mediterráneo, desbanca al dinero desacreditado y abre así el camino a la banca y al crédito de Roma en beneficio de la industria y de la agricultura. Poco a poco se desarrolla una sociedad integrada por vencedores y vencidos, y paulatinamente el ecúmene fué unido, brutalmente al principio y con magnanimidad después, consiguiéndose una armónica y bien regida sociedad que da realce a la ciudadanía romana.

Esta Pax Romana perduró cerca de trescientos años, y desde entonces el mundo no ha vuelto a ver nada igual, ni tampoco puede esperarse una paz mundial mientras que la civilización pacífica y naturalmente cristiana, no estreche definitivamente sus lazos para mantener la ley ante cualquier país violador que, por sentirse fuerte materialmente, se embarque en la difícil aventura de conquistar el mundo. Varios Caudillos (Napoleón, Hitler, etc.), sobreestimando el concepto del «poder de la idea», corrieron tal aventura y salieron derrotados ante el valladar vigoroso, cierto y eterno de la «idea del poder». A los pueblos temporalmente se les puede dominar con el estruendo de las armas, pero para captarlos, convencerlos y regirlos, se precisa algo más: ¡La fuerza del Espíritu! ¡La Fe en lo eterno!



## BATALLA DE CANNAS

Ejercito romano	{	1ª Posición	▬▬▬▬▬▬
		2ª Posición	▬▬▬▬▬▬
Ejercito cartagines	{	1ª Posición	▬▬▬▬▬▬
		Movimiento de frente	▬▬▬▬▬▬
		Replique elastico	▬▬▬▬▬▬



## LAS FORTIFICACIONES DE MANILA EN LA EDAD MODERNA

por MARIA LOURDES DIAZ-TRECHUELO  
Profesora de la Universidad de Sevilla y de la Escuela  
de Estudios Hispanoamericanos

El vasto archipiélago filipino, separado de las costas de América por la enorme extensión del Océano Pacífico, fue considerado en la Edad Moderna como pieza clave en el sistema defensivo de la fachada occidental del Continente.

Uno de sus más insignes gobernadores en el siglo XVIII, don Simón de Anda y Salazar, afirmó que si el Rey de España abandonaba las Filipinas, sería «lo mismo que arrojar de su Corona las dos Américas, abiertas y desamparadas totalmente por la parte del Sur» (1). En efecto, los enemigos podrían intentar un ataque desde sus posesiones asiáticas, y para resistirlo sería preciso fortificar toda la costa pacífica americana. La construcción y sostenimiento de esta línea defensiva de muchos miles de kilómetros, y las escuadras que habrían de mantenerse en el Mar del Sur, supondrían sin duda, para el Estado español, unos dispendios mucho más cuantiosos que los millares de pesos que anualmente se remitían a Filipinas (2).

Estas razones de orden estratégico, cuyas citas podríamos multiplicar, y otras no menos poderosas, de carácter religioso y político, impidieron que se llevara a efecto el abandono del Archipiélago, repetidamente propuesto desde los días de su conquista.

Elegida Manila como sede de la capitalidad, es lógico que los españoles se esforzaran desde el primer momento por fortificarla, ya

---

(1) Informe, fechado en Madrid a 7-VII-1768. (A. G. I., Filipinas, 940).

(2) Esta opinión se sustenta también en una «Relación de la toma de Manila y puerto de Cavite por los ingleses...», anónima. (Biblioteca del Palacio Real. Madrid. «Miscelánea de Ayala», tomo II, fols., 332 a 353 v.º).

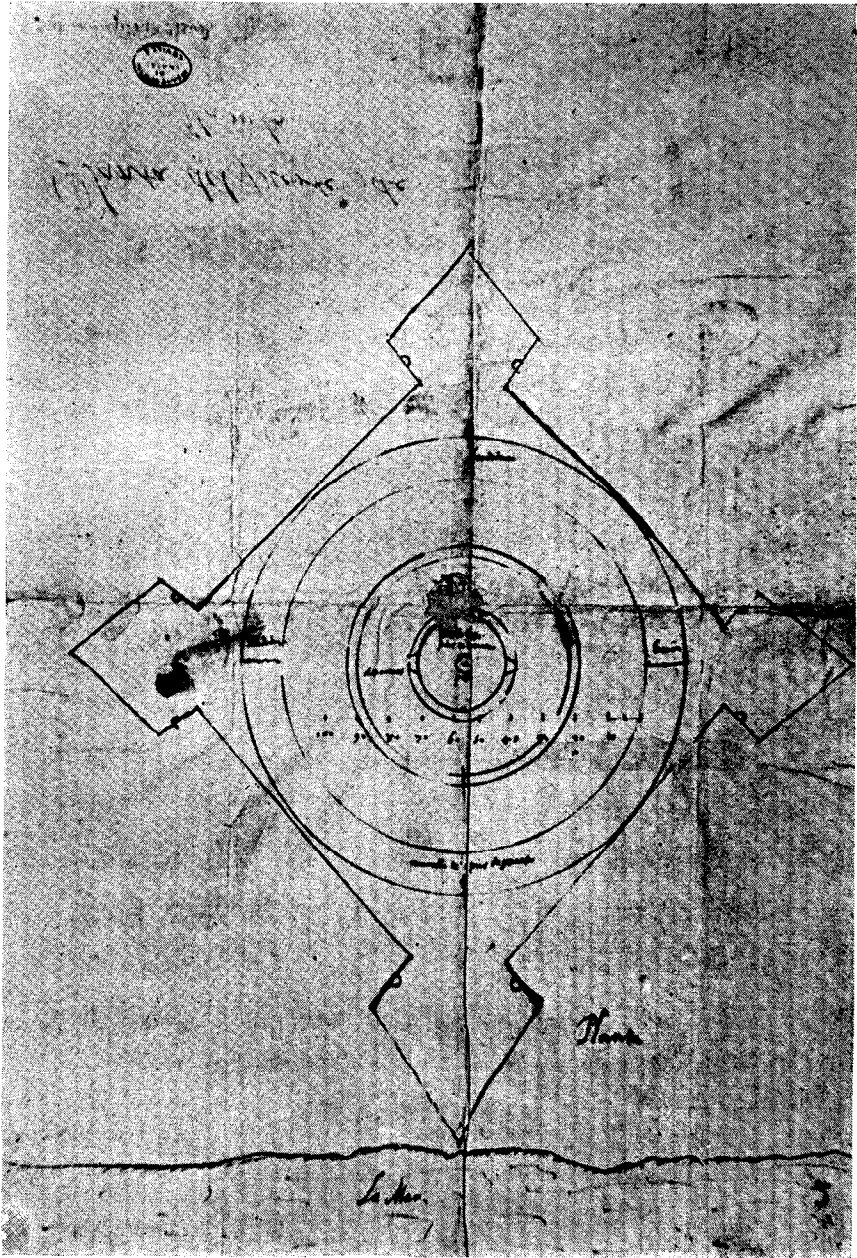
que ella había de ser nudo y centro del tráfico con Oriente y, por tanto, un gran almacén de mercaderías, capaces de despertar la codicia de muchas naciones. Si a ello añadimos el valor estratégico que antes hemos señalado, tendremos explicados y justificados los numerosos ataques de que fue víctima la ciudad. Desde el pirata chino Li-ma-hong, que la arrasó en 1574, hasta su conquista por la escuadra inglesa del almirante Cornish en 1762, se suceden los intentos de holandeses y franceses en el siglo XVII y de los ingleses en el XVIII.

Situada en una punta de tierra, entre el río Pásig y la bahía, esta situación hizo siempre irregular el perímetro de la plaza; hay dos frentes impuestos por la naturaleza, y el tercero, el llamado frente de tierra, abraza a Manila desde la orilla izquierda del río hasta la bahía.

La ciudad española se asentó sobre la que los dominadores mahometanos habían fundado en el mismo lugar. Tenían éstos un fuerte de palmas y harigues gruesos, que guardaba la entrada del Pásig, en el lugar en que se levantará después la ciudadela de Santiago. Ya los «moros» habían empezado a rodearla de estacada, y esta obra fue proseguida por los españoles.

En el gobierno de don Santiago de Vera (1584-1589), cuarto Capitán General de Filipinas, se levantó en Manila la primera fortaleza de piedra, llamada de Nuestra Señora de Guía. Era ésta un torreón circular con una muralla de doce pies de grueso hasta la altura de cinco brazas, reduciéndose desde aquí su espesor a cuatro pies. Construida según la traza del padre jesuita Antonio Sedeño (3), fue duramente criticada por muchos; el factor de la real Hacienda Juan Bautista Román afirmó que era «tiempo y dinero perdido todo lo que en ella se gasta...», y que con el mismo esfuerzo podría hacerse «una fortaleza a lo moderno con tres baluartes y no una obra tan

(3) Así lo afirman el Padre Chirino y Fray Juan de la Concepción. El primero dice: «El dio la traza de la primera fortaleza de piedra que se hizo en Manila para su defensa y que fue a modo de castillo fuerte en la punta de la ciudad que cae al mar por la parte de Bagumbayan». (Cfr. PASTELLS, PABLO: *Historia General de Filipinas*, tomo II, p. 189). Fray Juan de la Concepción, escribe: «Trazó el P. Antonio Sedeño una fortaleza de piedra y executose conforme a la planta; intitulose Nuestra Señora de Guía. Es el Baluarte que ahora se dice de la Fundación». *Historia General de Filipinas*, tomo I, p. 91 (vid. también mi obra *Arquitectura Española en Filipinas (1565-1890)*. Sevilla, 1950, donde estudiamos más extensamente la historia de las fortificaciones de Manila).



Planta de la primera fuerza de piedra de Manila ;1585? (Archivo General de Indias. Sevilla).

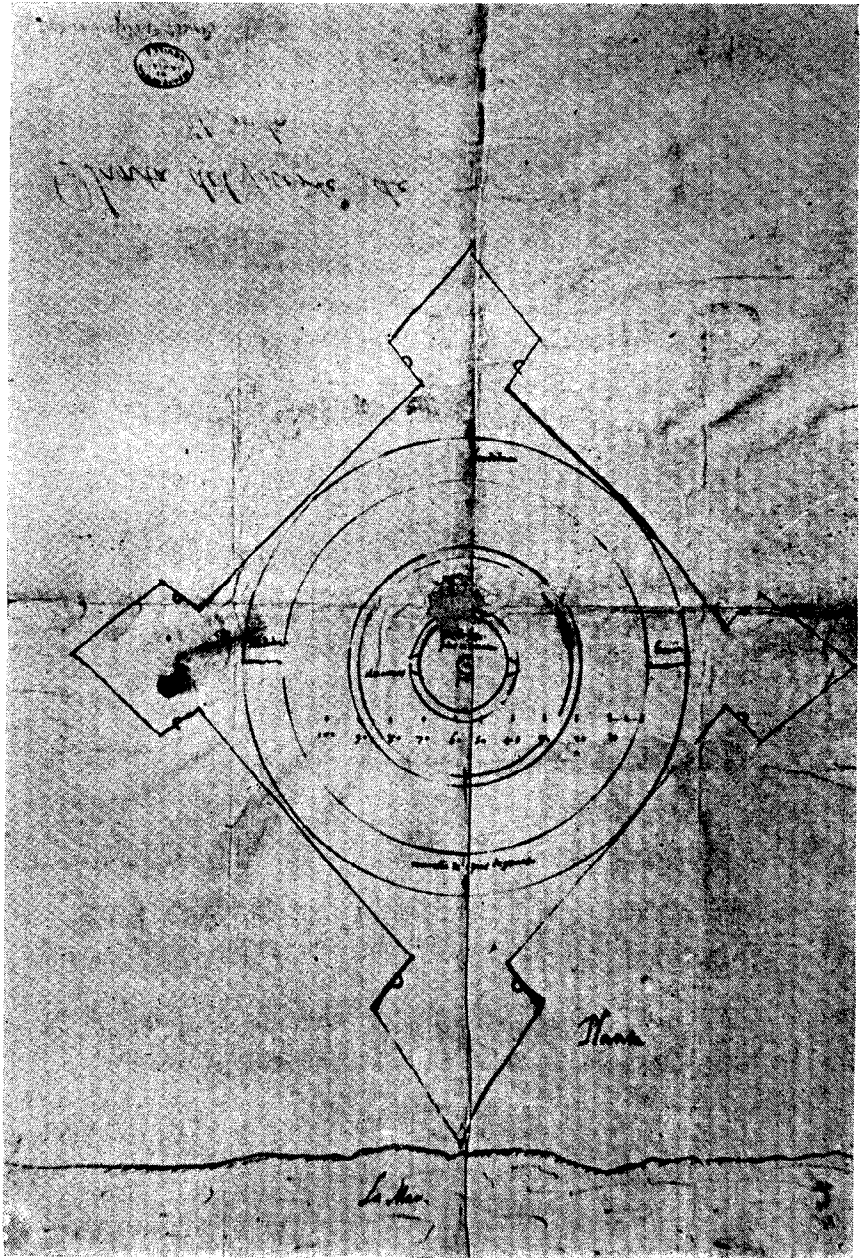
que ella había de ser nudo y centro del tráfico con Oriente y, por tanto, un gran almacén de mercaderías, capaces de despertar la codicia de muchas naciones. Si a ello añadimos el valor estratégico que antes hemos señalado, tendremos explicados y justificados los numerosos ataques de que fue víctima la ciudad. Desde el pirata chino Li-ma-hong, que la arrasó en 1574, hasta su conquista por la escuadra inglesa del almirante Cornish en 1762, se suceden los intentos de holandeses y franceses en el siglo xvii y de los ingleses en el xviii.

Situada en una punta de tierra, entre el río Pásig y la bahía, esta situación hizo siempre irregular el perímetro de la plaza; hay dos frentes impuestos por la naturaleza, y el tercero, el llamado frente de tierra, abraza a Manila desde la orilla izquierda del río hasta la bahía.

La ciudad española se asentó sobre la que los dominadores mahometanos habían fundado en el mismo lugar. Tenían éstos un fuerte de palmas y harigues gruesos, que guardaba la entrada del Pásig, en el lugar en que se levantará después la ciudadela de Santiago. Ya los «moros» habían empezado a rodearla de estacada, y esta obra fue proseguida por los españoles.

En el gobierno de don Santiago de Vera (1584-1589), cuarto Capitán General de Filipinas, se levantó en Manila la primera fortaleza de piedra, llamada de Nuestra Señora de Guía. Era ésta un torreón circular con una muralla de doce pies de grueso hasta la altura de cinco brazas, reduciéndose desde aquí su espesor a cuatro pies. Construida según la traza del padre jesuita Antonio Sedeño (3), fue duramente criticada por muchos; el factor de la real Hacienda Juan Bautista Román afirmó que era «tiempo y dinero perdido todo lo que en ella se gasta...», y que con el mismo esfuerzo podría hacerse «una fortaleza a lo moderno con tres baluartes y no una obra tan

(3) Así lo afirman el Padre Chirino y Fray Juan de la Concepción. El primero dice: «El dió la traza de la primera fortaleza de piedra que se hizo en Manila para su defensa y que fué a modo de castillo fuerte en la punta de la ciudad que cae al mar por la parte de Bagumbayan». (Cfr. PASTELLS, PABLO: *Historia General de Filipinas*, tomo II, p. 189). Fray Juan de la Concepción, escribe: «Trazó el P. Antonio Sedeño una fortaleza de piedra y executose conforme a la p'anta; intitulose Nuestra Señora de Guía. Es el Baluarte que ahora se dice de la Fundación». *Historia General de Filipinas*, tomo I, p. 91 (vid. también mi obra *Arquitectura Española en Filipinas (1565-1890)*. Sevilla, 1950, donde estudiamos más extensamente la historia de las fortificaciones de Manila).



Planta de la primera fuerza de piedra de Manila ¿1585? (Archivo General de Indias. Sevilla).



A. Becerrojo, y Guis de los pares, y lugares nombrados de la Plaza, y circunvalacion dentro, y fuera de los muros de la ciudad de Manila, Maestro de las Ilas e Filipinas.

- |                            |                            |
|----------------------------|----------------------------|
| A. Bay de Pags             | M. Puerta de San Francisco |
| B. Mar de Luzon            | N. Plaza de San Francisco  |
| C. Plaza de San Francisco  | O. Plaza de San Francisco  |
| D. Plaza de San Francisco  | P. Plaza de San Francisco  |
| E. Plaza de San Francisco  | Q. Plaza de San Francisco  |
| F. Plaza de San Francisco  | R. Plaza de San Francisco  |
| G. Plaza de San Francisco  | S. Plaza de San Francisco  |
| H. Plaza de San Francisco  | T. Plaza de San Francisco  |
| I. Plaza de San Francisco  | U. Plaza de San Francisco  |
| J. Plaza de San Francisco  | V. Plaza de San Francisco  |
| K. Plaza de San Francisco  | X. Plaza de San Francisco  |
| L. Plaza de San Francisco  | Y. Plaza de San Francisco  |
| M. Plaza de San Francisco  | Z. Plaza de San Francisco  |
| N. Plaza de San Francisco  | 1. Plaza de San Francisco  |
| O. Plaza de San Francisco  | 2. Plaza de San Francisco  |
| P. Plaza de San Francisco  | 3. Plaza de San Francisco  |
| Q. Plaza de San Francisco  | 4. Plaza de San Francisco  |
| R. Plaza de San Francisco  | 5. Plaza de San Francisco  |
| S. Plaza de San Francisco  | 6. Plaza de San Francisco  |
| T. Plaza de San Francisco  | 7. Plaza de San Francisco  |
| U. Plaza de San Francisco  | 8. Plaza de San Francisco  |
| V. Plaza de San Francisco  | 9. Plaza de San Francisco  |
| X. Plaza de San Francisco  | 10. Plaza de San Francisco |
| Y. Plaza de San Francisco  | 11. Plaza de San Francisco |
| Z. Plaza de San Francisco  | 12. Plaza de San Francisco |
| 1. Plaza de San Francisco  | 13. Plaza de San Francisco |
| 2. Plaza de San Francisco  | 14. Plaza de San Francisco |
| 3. Plaza de San Francisco  | 15. Plaza de San Francisco |
| 4. Plaza de San Francisco  | 16. Plaza de San Francisco |
| 5. Plaza de San Francisco  | 17. Plaza de San Francisco |
| 6. Plaza de San Francisco  | 18. Plaza de San Francisco |
| 7. Plaza de San Francisco  | 19. Plaza de San Francisco |
| 8. Plaza de San Francisco  | 20. Plaza de San Francisco |
| 9. Plaza de San Francisco  | 21. Plaza de San Francisco |
| 10. Plaza de San Francisco | 22. Plaza de San Francisco |

Plano de Manila en 1671, por fray Ignacio Muñoz, O. P. (Archivo General de Indias. Sevilla).

inútil que cualquier inglés o francés que pudiera sitiarla la rendirá el primer día que la batiere...» (4). Basta examinar el plano que reproducimos (lámina 1), para comprender que estas palabras expresaban una realidad; por ello Gómez Pérez Dasmariñas, sucesor de Vera, hizo destruir la parte alta del torreón que era la que ofrecía mayor peligro, pues si fuese batido por la artillería enemiga, se vendría abajo sepultando en los escombros a los defensores situados en el piso inferior.

Dasmariñas encontró la ciudad abierta por todas partes, y acometió la tarea de cercarla de muralla, empezando por el frente de la bahía, donde era más urgente levantarla, no sólo como obra de fortificación, sino al mismo tiempo como defensa contra el mar.

También comenzó este Gobernador la construcción de la fuerza de Santiago, en la punta avanzada entre el mar y el río Pásig, donde estaba el primitivo fuerte de madera.

Todos estos trabajos los realizó Dasmariñas sin contar con ningún técnico en materia de fortificación, pues aunque por real cédula se ordenó al ingeniero Leonardo Turriano, destinado en Canarias, que pasase con él a Filipinas, creemos que no le acompañó. En varios documentos del siglo XVIII se afirma que Turriano dirigió la primitiva fortificación de Manila, pero contra este aserto está el del propio Gómez Pérez Dasmariñas, que al remitir su traza dice «que no será de maravillar si lleva algún defecto, por no aver en estas yslas ingeniero ni arquitecto» (5). Además, según demuestra Ruméu de Armas (6), Turriano no salió de Canarias desde 1584 hasta 1593, en que pasó destinado a la Península. No pudo, por tanto, acompañar a Dasmariñas, que llegó a Manila en mayo de 1590. El ilustre filipinista W. E. Retana (7), es de la misma opinión, pero apunta la hipótesis de que tal vez Turriano hiciera la traza de su fortificación, sirviéndose de los datos que se le remitieron desde la Corte, y que el Gobernador, durante su escala de quince días en Tenerife, pudo recoger los planos y ciertas explicaciones verbales del ingeniero.

---

(4) Juan Bautista Román al Rey, en Manila, a 6 -VII-1588 (A. G. I., Filipinas, 29).

(5) Gómez Pérez Dasmariñas al Rey, en Manila, a 20-VI-1591 (A. G. I., Filipinas, 6).

(6) RUMÉU DE ARMAS, ANTONIO: *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*. Madrid, 1947-1950. Tomo II, 1.ª parte, capítulos XVIII y XIX.

(7) *Breve Diccionario Biográfico de los Ingenieros Militares que han estado en las Islas Filipinas desde 1565 hasta 1898*. Madrid, 1923.



## LA FORTIFICACIÓN EN EL SIGLO XVII

Al finalizar el siglo xvi quedaba Manila cercada de piedra, con un cubo a lo antiguo —el de Nuestra Señora de Guía— en el lugar que más tarde ocuparía el baluarte de la Fundición, y una fuerza, la de Santiago, junto a la barra del Pásig. Era ésta una fortificación muy débil para resistir los ataques de los holandeses iniciados en la siguiente centuria, y ellos, unidos a las amenazas de piratas japoneses y chinos, estimularon la realización de nuevas obras, llevadas a cabo sin ningún plan de conjunto, según el criterio de cada Gobernador.

El anuncio de que una fuerte escuadra holandesa se dirigía contra Manila, hizo que don Juan Niño de Távora (1626-1632) levantara en 1629 un baluarte en la fuerza de Santiago, que dominaba el mar y la plaza de armas. También se repararon las murallas, y en todas las puertas de la ciudad se construyeron cuerpos de guardia, que hasta entonces no tenían.

Al año siguiente, la amenaza de un ataque japonés sirvió de estímulo a estos preparativos, contribuyendo los chinos con la suma de cuatro mil pesos, que permitieron levantar dos caballeros y un un pedazo de estrada encubierta, sin gasto para la real Hacienda. Cuando terminó su gobierno, don Juan Niño de Távora dejaba construídos cinco caballeros o baluartes.

Siguen años de titubeo, en que se malgastan esfuerzos y dinero en un hacer y deshacer continuo. Así, las obras que realizó don Sebastián Hurtado de Corcuera (1635-1644) fueron destruídas por el sucesor don Diego Fajardo, porque, según dictaminó la Junta de técnicos convocada al efecto, podrían ser un peligro para la plaza, y por ello se acordó demoler lo hecho y fortificar esta ciudad en el cuerpo de sus murallas sin derramar la fortificación fuera de él como se hacía» (8).

Fajardo concentró su atención en el frente de tierra, que era el más expuesto a un ataque. Para reforzarlo extendió hacia la orilla del mar el baluarte de la Fundición o de San Diego, y renovó también el de San Nicolás o de Carranza, que flanqueaban este fren-

---

(8) El Gobernador Diego Fajardo al Rey, en Manila, a 24-VIII-1646 (A. G. I., Filipinas, 9).



te. Hizo entre ambos una nueva cortina, dejando embebida por su parte interior la vieja, que levantó a la misma altura, y de este modo aumentó su espesor dotándola de terraplén, para que en ella pudiera jugar la artillería.

El 25 de julio de 1653 tomó posesión del gobierno de Filipinas don Sabiniano Manrique de Lara, en cuyo tiempo se hicieron grandes obras de fortificación en Manila, impulsadas por el temor de un ataque del pirata chino Koseng. La detallada descripción que hace de ellas en su carta de 4 de agosto de 1663, nos permite conocer las obras realizadas por este Gobernador, que llegó incluso a trabajar personalmente, «cargando la piedra y tierra en el rigor de los soles» (9). Tenemos también un documento gráfico, el plano de fray Ignacio Muñoz (lámina II), que refleja el estado de la plaza tal como la dejó Manrique de Lara, pues aunque está fechado en 1671, no se había hecho ninguna obra de importancia en los ocho años transcurridos desde su marcha.

El citado Gobernador hizo construir en el frente de la marina un fortín de planta pentagonal (letra r del plano), con el fin de que sirviera de defensa a la espalda del baluarte San Diego. Dicho fortín sólo tenía acceso mediante una escala postiza. También se hicieron en este frente los fortines de San Eugenio, San Pedro, San Juan y San Francisco Xavier, y se reconstruyó una media naranja próxima al baluarte San Diego, que fué levantada desde los cimientos y bautizada con el nombre de San Lorenzo. El plano citado permite ver con toda claridad que el fortín de San Francisco Xavier (núm. I) era de forma irregular, pues mientras el través que miraba al de San Juan (letra z) medía noventa pies, el opuesto sólo tenía treinta y cuatro. Esta desproporción vino dada por la necesidad de enlazar la muralla de la plaza con la fuerza de Santiago.

En ésta hizo reedificar desde los cimientos la antigua plataforma (número 5 del plano), que ocupaba el vértice o punta avanzada entre el mar y el río, cuya barra guardaba. Para la defensa de dicha plataforma levantó sobre el río una media naranja (núm. 6), unida a la fuerza por un través abovedado, que servía de camino secreto.

El frente del río mejoró su fortificación con el baluarte de Santo Domingo (núm. 11), levantado junto a la puerta de este nombre, y con el fortín edificado para guardar la llamada puerta de Almacenes (núm. 8), por servir de acceso a éstos.

---

(9) Manrique de Lara al Rey, en Cavite, a 4-VIII-1663 (A. G. I., Filipinas, 201).

En el frente de tierra se realizaron obras muy importantes. Sus tres baluartes fueron objeto de grandes reparos; el foso que se extendía desde el de San Gabriel (núm. 12) al de San Diego (p.) estaba casi cegado, y Manrique de Lara lo hizo profundizar en la parte comprendida entre el primero y la puerta del Parian (núm. 13), construyendo en este sector una falsabraga de veintidós pies de ancho, macizada de hormigón, piedra y cal, con su parapeto de cantería. Para cubrir la puerta del Parian levantó una tijera o tenaza (número 14) con surtida encubierta y puente levadizo de molinetes, y en el sector comprendido entre los baluartes de San Nicolás (núm. 16) y San Diego, se construyó una falsabraga con parapeto de estacada. La puerta abierta en esta cortina fue reconstruida totalmente, con un gran baluarte cuadrangular capaz para cuatro cañones. Se tendió un puente levadizo, sostenido por pilares de piedra, y se inició la construcción de un revellín para cubrirla; desde éste, llamado de San Felipe (núm. 17) arrancaba una estrada encubierta, que por un lado llegaba hasta la playa y por el otro se prolongaba hasta cubrir el ángulo de defensa del baluarte San Nicolás. Manrique de Lara bautizó a esta puerta con el nombre de Puerta Real, que conservó siempre, incluso cuando fue trasladada al centro de la cortina, como se verá.

Para asegurar el aprovisionamiento de la ciudad, construyó un puente sobre el estero de Santa Cruz, y completó su medidas defensivas mandando demoler trece edificios —iglesias, conventos y hospitales—, que por estar próximos a las murallas de la plaza, la perjudicaban; esta decisión le valió terribles ataques de los religiosos, que llegaron a tratarle de hereje desde el púlpito. Fue un episodio de la lucha, que proseguirá más tarde, sin que nunca se lograra hacer desaparecer estos edificios, que tenían «como en doméstico asedio» a la ciudad, en frase del ingeniero Feliciano Márquez (10).

#### LA PLAZA DE MANILA EN EL SIGLO XVIII

La nueva centuria trae consigo nuevas técnicas del arte de fortificar, y la organización en España del Cuerpo de Ingenieros militares. Si hasta aquí hemos visto cómo se suceden los intentos aislados de los Gobernadores, y son los peligros y amenazas de ataque los

(10) Feliciano Márquez, en Manila a 30-IX-1767 (A. G. I., Filipinas, 918).

**DECLARACIÓ**  
de los nombres

**DECLARACIÓ**  
DEL CASTILLO O CIUDADELA DE SANTIAGO QUE ESTA EN LA  
Ciudad de Manila. En el año de 1714. Por el Sr. D. Juan de Giscara, General de Indias, en virtud de un Real Cédula de su Magestad de 1713. En la qual se le manda que se declare el nombre de la Ciudadela de Manila, segun el nombre que se le dio en el año de 1571. En virtud de lo qual se declara el nombre de la Ciudadela de Manila, segun el nombre que se le dio en el año de 1571.

**ESPLICACION DEL**  
RESE de dicho

1. Puerta principal de la Ciudadela
2. Puerta de la Ciudadela
3. Puerta de la Ciudadela
4. Puerta de la Ciudadela
5. Puerta de la Ciudadela

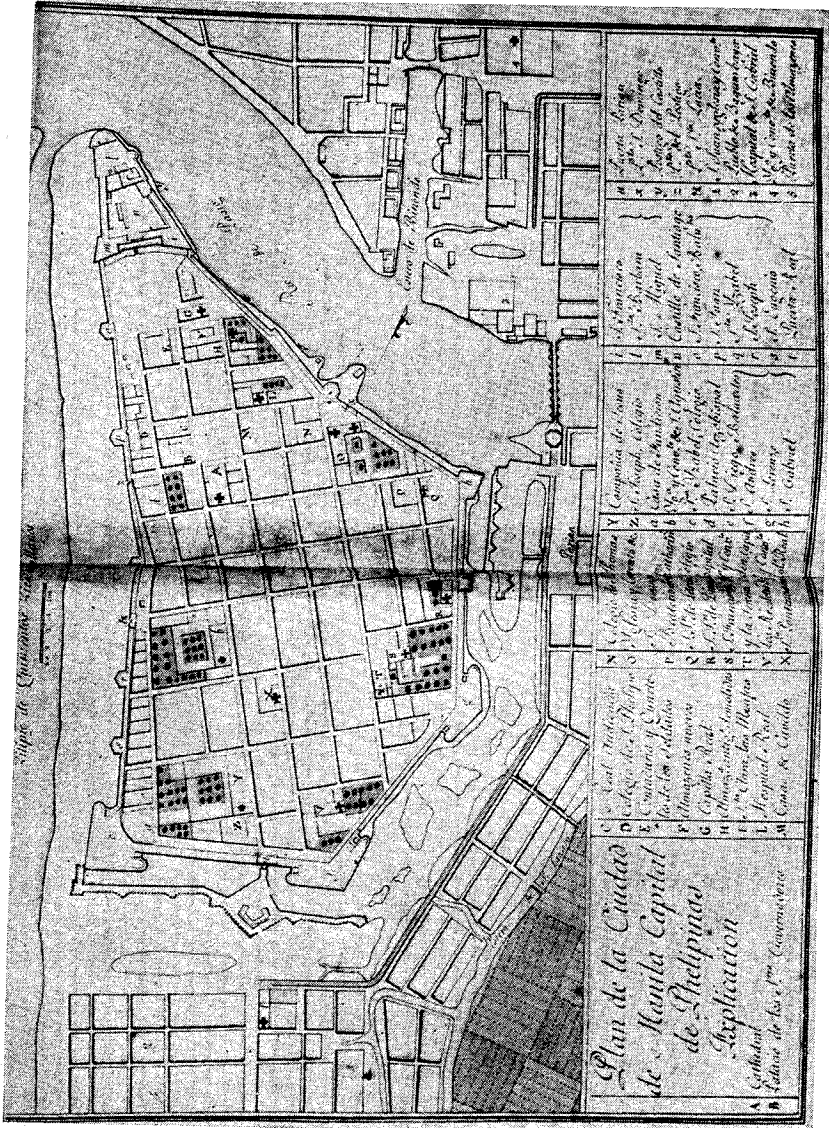
Figura de la Ciudadela de Manila

Capilla de S. Juan

Comandancia de la Ciudadela de Manila

Alcaldia de la Ciudadela de Manila

Planta de la fuerza de Santiago, por Juan de Giscara, 1714. (Archivo General de Indias. Sevilla).



Manila en 1739. Plano que figura en la colección enviada por el Gobernador don Fernando Valdés Tamón. (Biblioteca del Palacio Real. Madrid).

que impulsan los trabajos de fortificación, ahora encontraremos ya planes elaborados y dirigidos por técnicos. En los primeros años del siglo XVIII —cuando en España se estaba organizando el Cuerpo— actuó en Filipinas Juan de Ciscara y Ramírez; autor de un plano de la fuerza de Santiago fechado en 1714, que expresa su situación en aquel momento y los reparos que necesitaba ( lám. III). El mismo ingeniero, refiriéndose a la fortificación de la plaza, escribe (11) que tenía bastantes defectos, siendo uno de los principales la falta de parapetos en el baluarte de Dilao y la existencia de una calzada de cal y canto, construida por cuenta de la ciudad, que rodeando las murallas formaba «una línea de contrabalación que de tal servirá a los que intentasen la expugnación».

Si comparamos el plano enviado por Valdés Tamón en 1739 (lámina IV) (12) con el de 1671, se observa que no se ha hecho en estos sesenta años ninguna modificación sustancial en la fortificación de Manila. El mencionado Gobernador hizo reconstruir el revellín de la Puerta Real, que encontró muy deteriorado, y terminó la tenaza que comenzara Manrique de Lara para cubrir la del Parian, rehaciendo también la falsabraga que corrió desde ella hasta el río. Todas estas obras fueron dirigidas por don Tomás de Castro y Andrade, a quien Valdés Tamón dio nombramiento de ingeniero con carácter interino; éste fue el comienzo de su carrera, puesto que por Real Cédula de 1 de julio de 1738 (13) se le confirmó, quedando incorporado al escalafón de ingenieros con esa fecha.

En los gobiernos de los sucesores de Valdés Tamón, tampoco se hicieron obras de importancia en las fortificaciones de la capital. Don Pedro Manuel de Arandía intentó mejorar el frente de la marina, que presentaba grandes defectos, explicables a su juicio porque cuando fue construido estaba bañado por las aguas, y por tal motivo «cuidaron poco de las medidas de su perfección» (14). Pero la retirada progresiva del mar dio nueva importancia a este frente, que

(11) Juan de Ciscara al Rey, en Manila a 28-VII-1713 (A. G. I., Filipinas, 167).

(12) Dicho plano es el primero de los que se contienen en la «Relación en que ... se declaran las Plazas, Castillos, Fuerzas y Presidios de las ... Yslas Philipinas ... formada por el Mariscal de Campo Don Fernando Valdéz Tamón... Año de 1739» (Biblioteca del Palacio Real, Madrid, ms. 264).

(13) Así consta del expediente instruido a petición del interesado, en Manila, a 20-VI-1659 (A. G. I., Filipinas, 921).

(14) Arandía al Marqués de la Ensenada, en Manila, 14-VII-1755. Incluida en un testimonio de 1764 (A. G. I., Filipinas, 482).

carecía de foso y cuya cortina sólo tenía de dos a tres toesas de altura. A pesar de las gestiones de Arandía, nada se hizo por entonces, y la plaza se hallaba en el mismo estado cuando la atacaron los ingleses en 1762. El plano levantado por el ingeniero Miguel Antonio Gómez, refleja claramente la situación (lámina V).

#### EL TERCER PACTO DE FAMILIA Y LA GUERRA CON GRAN BRETAÑA

El Tercer Pacto de Familia, firmado en París el 15 de agosto de 1761, fue hecho público por Francia demasiado pronto para lo que convenía a los intereses de España, y trajo como consecuencia la ruptura con Inglaterra el 2 de enero de 1762.

Nuestras fuerzas navales eran muy inferiores a las inglesas, por lo que no fue posible impedir, ni siquiera retardar, los movimientos de éstas, cuyos ataques se dirigieron contra los territorios españoles de América y Asia: una escuadra británica al mando del almirante Samuel Cornish, hizo rumbo a Filipinas, y el día 22 de septiembre de 1762 se presentó frente a Manila, donde aún no se tenían noticia del comienzo de la guerra.

Las circunstancias en que se hallaba el Archipiélago eran poco favorables para la defensa, pues desde la muerte de don Pedro Manuel de Arandía, ocurrida el 31 de marzo de 1759, el gobierno estaba en manos eclesiásticas, habiéndolo ocupado primero el obispo de Cebú, fray Miguel Lino de Ezpeleta, y luego, desde su llegada a Manila, el arzobispo don Manuel Antonio Rojo.

Este, consciente de su inexperiencia, dejó los asuntos militares en manos del maestro de campo del Regimiento del Rey, marqués de Villamediana, elección poco acertada como demostraron los acontecimientos; pues no supo estar a la altura de las circunstancias.

A la ineptitud de los mandos, se unía la escasez de guarnición, ya que el Regimiento del Rey se hallaba reducido a quinientos cincuenta y seis hombres, muchos de ellos novatos, reclutados en el país, y otros enviados de Nueva España; era gente indisciplinada y de poco valor. Sólo había en Manila ochenta y cinco artilleros, inexpertos en el manejo de los cañones, por ser «indios naturales», mal instruidos, y cuando ya la escuadra enemiga estaba anclada frente a la ciudad, se formaron a toda prisa cuatro compañías de Milicias del Comercio.

Esta era toda la guarnición dispuesta para hacer frente a la po-

derosa armada inglesa y a sus tropas de desembarco, que eran mil quinientos soldados del regimiento del brigadier Guillermo Draper, dos compañías de artilleros de ochenta y cinco hombres cada una, ochocientos fusileros cipayos, tres mil marineros europeos, expertos en el manejo del fusil, y otros ochocientos cipayos, destinados a la fajina, al mando de un ingeniero en jefe y tres subalternos.

Desproporción numérica tan evidente, se veía agravada por los defectos de la fortificación de la plaza, que ya conocemos; por todo ello no es de extrañar que Manila se rindiera tras breve asedio, y que a su entrega siguiese la rendición de Cavite.

No hemos de seguir aquí con detalle las incidencias del sitio; pero sí interesa conocer cuáles fueron los puntos atacados y por donde abrió brecha el enemigo.

Tenemos dos planos, uno de Miguel Antonio Gómez y otro de Tomás de Castro y Andrade, que representan gráficamente cómo fue batida la plaza por la artillería enemiga. En el de Gómez se señalan los tiros de la escuadra, dirigidos como es lógico sobre el frente de la bahía; batió ésta el fortín de San Pedro y de San Eugenio y la media naranja de San Lorenzo, así como el fortín aislado de San José y la cara del baluarte San Diego, que miraba a la bahía.

El desembarco se realizó en un punto de la playa (vid. lámina VI, letra A) próximo a la iglesia de Malta (C), que ocuparon inmediatamente, así como la ermita de Nuestra Señora de Guía (D), que les sirvió de nuevo punto de apoyo a su avance.

Pero los mayores enemigos de la plaza fueron la iglesia y convento de San Juan de Bagumbayan (H) y la iglesia de Santiago (G). Entre ésta y la orilla del mar, estableció el enemigo una trinchera y tres baterías de artillería (F). Una de ellas, compuesta de siete cañones de a veinticuatro, abrió brecha en la cara del baluarte de San Diego (K) y arruinó su parapeto; la otra, de dos piezas del mismo calibre, batió el flanco del baluarte de San Andrés (I), que mira al frente de Bagumbayan, y la tercera, con sólo un cañón, arruinó el fortín o baluartillo de San José (L) en el frente de la marina.

Después de esta preparación artillera, los ingleses se lanzaron al asalto el día 5 de octubre, divididos en tres columnas; una de ellas penetró en la plaza por la brecha abierta en el baluarte San Diego, otra atacó a la Puerta Real, y la tercera siguió la calzada que rodea la ciudad, hasta apoderarse del fortín situado a la entrada del puente grande sobre el Pásig. Ocupado éste, la columna entró en Manila por la puerta del Parian, cuando ya las otras dos estaba dentro de la

plaza. La guarnición española que se había refugiado en el castillo de Santiago, hubo de rendirse ante la superioridad numérica del enemigo, que saqueó la ciudad.

La capital de Filipinas permaneció en poder de los ingleses desde el citado día 5 de octubre de 1762 hasta el 31 de mayo de 1763 en que fue evacuada, dando así cumplimiento a un artículo del Tratado de París de 10 de febrero del mismo año, que estipulaba la devolución por parte de la Gran Bretaña de las conquistas hechas en Cuba y Filipinas, a cambio de la Florida, con el fuerte de San Agustín, la bahía de Panzacola y todos los territorios españoles al este y al oeste del Mississipi.

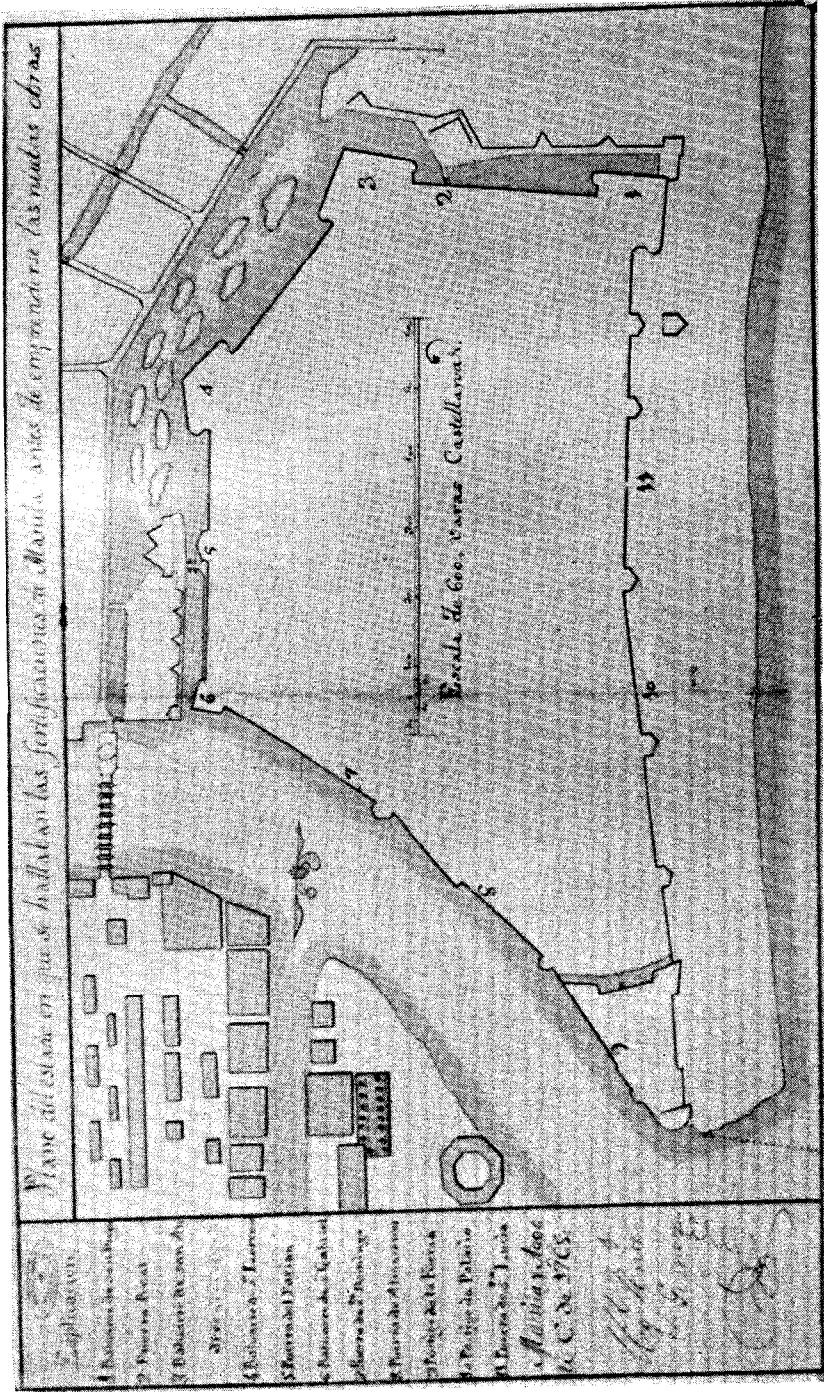
#### LA NUEVA FORTIFICACIÓN DE MANILA

La experiencia adquirida, hizo patentes los grandes defectos de la fortificación de Manila, y por ello el gobernador interino, Francisco de la Torre, ordenó al ingeniero Gómez (15) que la reconociera detenidamente y diese cuenta de su estado; era este tan deplorable que no cabía pensar en intentar su reparo, sino que se hacía necesario fortificarla de nuevo, para lo cual Miguel Antonio Gómez elaboró un proyecto, expresado gráficamente en el plano que delineó (lám. VII). Según se advierte en él, trato de modificar el perímetro de la plaza, para que se aproximase lo más posible a un polígono regular, de acuerdo con las normas generales de su época. Con arreglo a este plan, la fortificación existente, cuyos materiales habían de servir para la construcción de la nueva, quedaba próxima a ésta, con lo que se ahorrarían gastos de transporte, y además si la plaza fuese atacada durante la ejecución del proyecto, siempre quedaría para su defensa la antigua, ya que ésta sólo iría desapareciendo a medida que se construyese la otra.

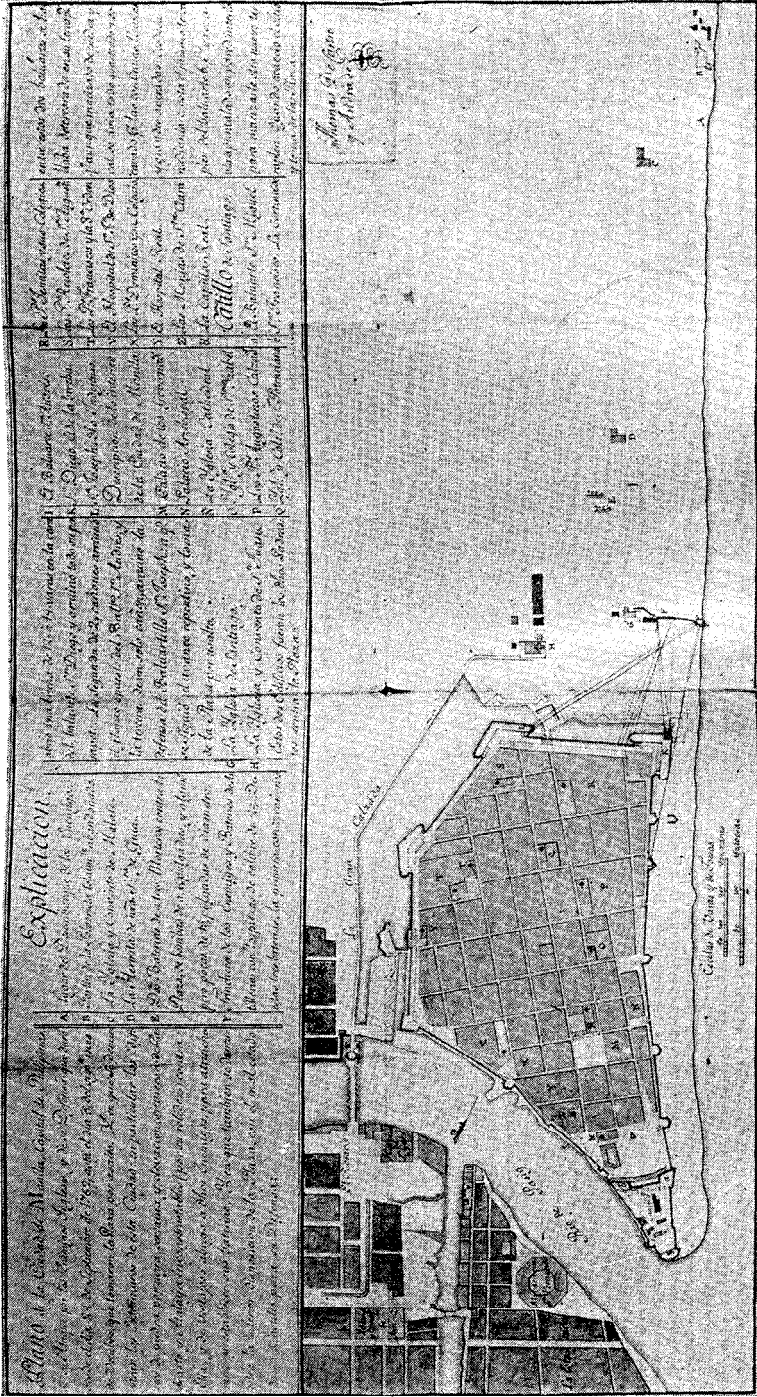
El proyecto de Gómez aumenta a seis el número de baluartes del frente de tierra, y para el frente del río propone tan sólo la construcción de unas plataformas circulares, colocadas a ochocientos pies geométricos de distancia entre sí, con lo que se conseguiría distribuir mejor los fuegos y que la corriente enfilase por esta orilla con mayor

(15) Por Decreto de 4-VI-1764, contenido en el «testimonio del Informe y Proyecto de fortificación de Manila, por el ingeniero Miguel Antonio Gómez (A. G. I., Filipinas, 482).





Plano del estado en que se hallaban las fortificaciones de Manila antes de emprenderse las nuevas obras, por Miguel Antonio Gómez. 1765. (Archivo General de Simancas).



Plano de Manila, por Tomás de Castro y Andrade. En él se señalan los puntos atacados por los ingleses en 1762. (Archivo General de Indias. Sevilla)

facilidad, manteniendo limpio el terreno que quedaba en el ángulo formado entre la cortina y la plataforma. Considera que esta defensa sería suficiente, ya que por la naturaleza del terreno no eran de temer invasiones procedentes del curso superior del río, pero añade que se podrían hacer también baluarte planos en la orilla.

Según observaciones verificadas durante veinte años por el ingeniero Tomás de Castro y Andrade, el mar se iba retirando lenta pero continuamente —pie y medio por año— con lo que ya era posible realizar un desembarco delante de la ciudad; peligro apuntado, como vimos, por don Pedro Manuel de Arandía. Gómez propone que la nueva fortificación se haga a la orilla del mar, cosa realmente inexplicable, puesto que sabía que éste continuaba su retroceso, con lo que en plazo no muy largo volvería a existir el mismo peligro. La única razón que aduce en favor de su proyecto es que así tendría la plaza mayor extensión y regularidad, consiguiéndose un aumento de terreno en el que se podrían construir cuarteles, almacenes, parques de artillería, etc. Para la defensa de este frente proyecta baluartes planos o bien unos caballeros altos unidos entre sí por las correspondientes cortinas.

En el frente de tierra considera indispensable hacer revellines para cubrir cada lienzo de muralla e incluso levantar unas contra-guardias ante los ángulos flanqueados de los baluartes, que junto con aquéllos servirían de fuerte defensa a las fortificaciones interiores.

El proyecto de Miguel Antonio Gómez fue remitido a España (16) y pasó a estudio del Director General del Cuerpo de Ingenieros, don Juan Martín Cermeño, que después de examinarlo, redactó el definitivo, aprobado por el Rey en 18 de noviembre de 1766 (17). Dicho proyecto se refleja en un plano que nos permite conocer las modificaciones que introduce en el propuesto por Gómez ( lám. VIII).

Del examen comparativo de ambos, se deduce que fue rechazado lo fundamental de este último, o sea la modificación de la figura de la plaza y el aumento del número de baluartes, pues en el plano de Martín Cermeño se ve claramente que conservan el mismo lugar y figura que tenían los de San Diego, San Andrés y Dilao

---

(16) Con carta del Gobernador interino Francisco de la Torre a don Julián de Arriaga, en Manila, a 17-VII-1764 (A. G. I., Filipinas, 482).

(17) Don José Raon a Arriaga, en Manila, a 15-VII-1767. Acusa recibo del proyecto aprobado en la fecha indicada (A. G. I., Filipinas, 923).

(números 1, 3 y 4), en los que habían de formarse parapetos de siete varas de grueso y colocar tres cañones en cada uno de sus flancos, y dos o tres en cada cara. Sólo se modifica el de San Gabriel (núm. 6), que habría de extenderse para que en su flanco derecho se pudiesen asentar tres cañones, dejando el antiguo baluarte como caballero o cortadura.

Las puertas Real y de el Parian habrían de quedar en el centro de sus respectivas cortinas, lo que obligó a trasladar la última, que como sabemos estaba enfilada con la calle Real de Palacio y por tanto mucho más cerca del baluarte San Andrés. Como todas las cortinas del frente de tierra eran demasiado largas, defecto que Gómez trataba de subsanar aumentando el número de baluartes, el Proyecto establece la construcción de tres pequeños revellines, los de Bagumbayan, Dilao y el Parian, señalados en el plano con el número 79.

En el frente de la marina se proyecta la construcción de una luneta delante del baluartillo de Santa Isabel (número 20). Dicha luneta (núm. 87), llevaría en cada flanco tres o cuatro cañones. El baluartillo de San Francisco (núm. 17), habría de cubrirse con un reducto, completándose la defensa de este frente con la media luna que ya existía delante del baluartillo de San José (núm. 23).

Martín Cermeño rechaza el plan de Gómez de llevar la fortificación a la orilla del mar, y en cambio, establece la construcción de un foso de agua (núm. 81), que circunvala totalmente la plaza, partiendo del río, junto a la fuerza, para terminar de nuevo en éste, ante el baluarte de San Gabriel, colocando sendas compuertas en sus extremos (núm. 82) para poder mantenerlo siempre lleno, incluso durante la bajamar. Esta es una de las más importantes innovaciones introducidas por el Director General de Ingenieros.

Rodeando el foso, se señala en el plano un camino cubierto (número 83) con plazas de armas y explanadas, al que debía darse la altura indicada en el perfil correspondiente, para que cubriese bien la muralla.

Se indica también la conveniencia de que desaparecieran la iglesia y convento de San Juan de Bagumbayan (núm. 62), así como la parroquia de Santiago y unas casas de mampostería señaladas con el número 63, para dejar totalmente limpio el terreno comprendido entre la plaza y una línea de puntos trazada en el plano (número 86), que señala el límite necesario para que no hubiese obstáculos que perjudicaran a la fortificación.

En cuanto al barrio de el Parian, aunque nocivo a la plaza, teniendo en cuenta que la ciudad poseía en él gran cantidad de propios, cree el Director General de Ingenieros que debe ser respetado, si bien prohibiendo la construcción de nuevos edificios y fortificando provisionalmente en caso de guerra la orilla del estero de Maloza, hasta enlazar con la iglesia de San Antón (núm. 55) y con la calzada que rodea la plaza. También se impide el crecimiento del arrabal de San Miguel (núm. 57) y se prohíbe que se construyan casas a menos de mil varas de distancia de la muralla.

En el proyecto de Gómez se establecen modificaciones sustanciales en la fuerza de Santiago, como se advierte en su plano. De acuerdo con el aumento del recinto general de la plaza, se hace mayor su extensión, que adopta planta cuadrada con baluarte en tres de sus ángulos y una media naranja en el que mira a la entrada del río. Para esta ampliación de la ciudad sería necesario derribar la capilla de la Encarnación, los Almacenes reales, los cuarteles de Infantería y la herrería. Gómez señala también un revellín para cubrir la puerta de la fuerza, y un camino cubierto que la separa de la ciudad.

Tales modificaciones no fueron tampoco aceptadas por Martín Cermeño, y en el proyecto aprobado el castillo conserva su disposición anterior.

#### LAS OBRAS PROVISIONALES Y LA EJECUCIÓN DEL PROYECTO

Mientras en España se estudiaba y preparaba el nuevo plan de fortificación, en Manila se ejecutaron algunas obras provisionales imprescindibles, ya que se había de invertir bastante tiempo en la tramitación del proyecto. Dirigió estas obras Miguel Antonio Gómez, y consistieron en la excavación de un foso en el frente de la marina, hasta enlazar con el que existía en el frente de tierra, que se hallaba también casi cegado.

Delante de la puerta del Postigo se comenzó la construcción de un hornaveque, según plano de Gómez, obra considerada más tarde no sólo inútil, sino incluso perjudicial, y que hubo de ser demolida, por no ajustarse al nuevo proyecto.

Al fin, en 15 de julio de 1767, el Gobernador D. José Raón, comunicó que había recibido los planos de aquél, y que los entregaba

a los ingenieros Miguel Antonio Gómez y Feliciano Márquez, confiando al último la dirección de las obras (18).

Márquez había llegado a Filipinas en el navío «Buen Consejo», el año 1766. Pertenecía al Cuerpo de Ingenieros con el grado de teniente, y tuvo a su cargo las obras de Manila hasta la llegada del capitán Dionisio O'Kelly, que le substituyó como ingeniero Director, en julio de 1769.

O'Kelly fue el principal ejecutor del proyecto de Martín Cermeño, pues estuvo al frente de las obras durante diez años, hasta que le relevó Tomás Sanz, bajo cuya dirección quedaron terminadas.

La realización del nuevo proyecto se inició por la construcción del revellín que debía cubrir la puerta del Parian, substituyendo a la vieja tenaza que existía aquí, como sabemos. El primer ingeniero director, Feliciano Márquez, no se atrevió a levantar los parapetos a prueba, prescritos por Cermeño, en las caras, orejones y flancos de los baluartes, a causa del estado deplorable en que se hallaban, que le hacía temer que no resistirían el peso de los merlones; por ello creía necesario reconstruir todos los baluartes desde los cimientos (19), opinión que los hechos confirmaron ser cierta.

Al encargarse Dionisio O'Kelly de la dirección de las obras, criticó duramente la gestión de Márquez y el que se hubiera comenzado la ejecución del proyecto por el frente del Parian, pues a su juicio era más urgente levantar el revellín que debía cubrir la cortina en el sector comprendido entre los baluartes de San Diego y San Andrés, y al mismo tiempo aprovechar los momentos oportunos, según las mareas, para hacer las compuertas que habían de cerrar el foso por sus dos extremos. Con esto se conseguiría llenar o vaciar éste a voluntad, y por tanto que las obras sucesivas no estuviesen ya sujetas al ritmo de las mareas (20).

La lentitud de la marcha de los trabajos y la imposibilidad de acelerarlos por falta de medios económicos, hizo que don Simón de Anda y Salazar, entonces Gobernador del Archipiélago, encargase al ingeniero de elaborar un plan de defensa provisional que pudiese quedar terminado en plazo breve, y cuyas obras fuesen aprovecha-

---

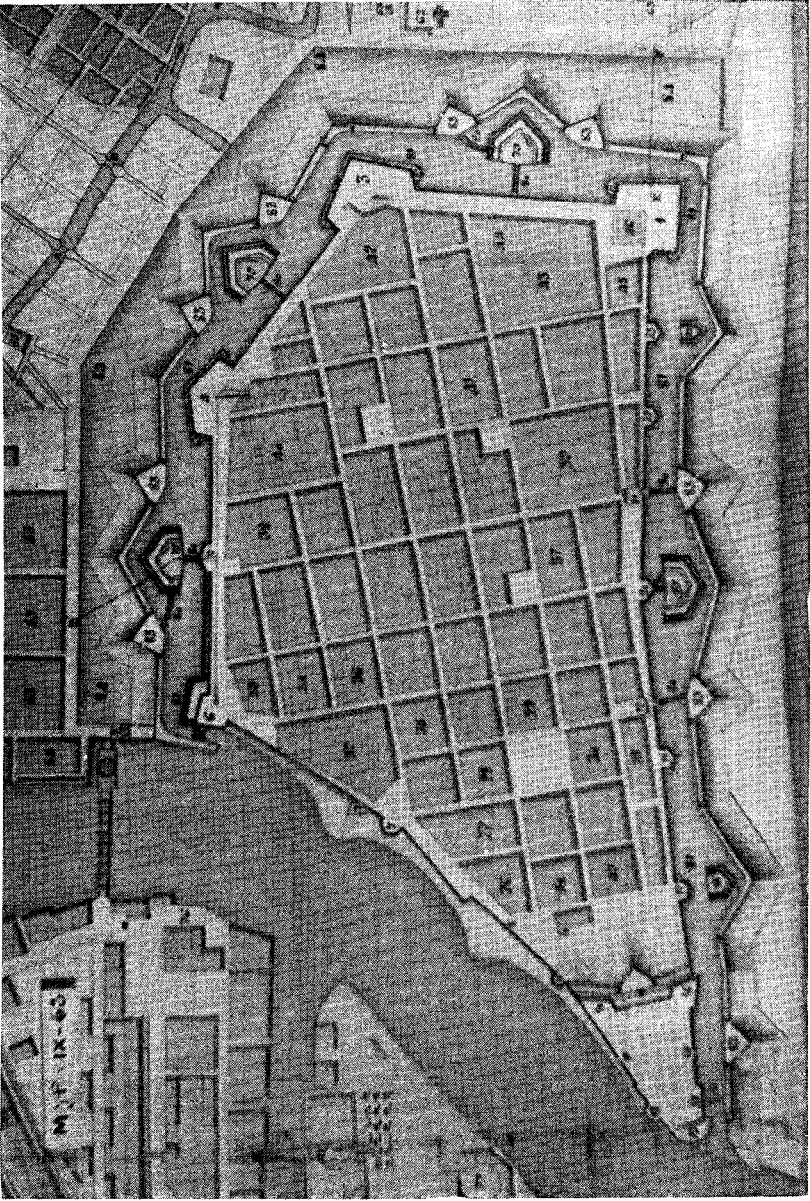
(18) Carta citada en la nota anterior.

(19) Feliciano Márquez a Arriaga, en Manila a 20-V-1768. (A. G. I., Filipinas, 918).

(20) Dionisio O'Kelly a Arriaga, en Manila a 30-VII-1769. (A. G. I., Filipinas, 924).







Proyecto del Director General de Ingenieros, don Juan Martín Cermeño. (Archivo General de Simancas).



bles en el proyecto definitivo, o al menos favoreciesen su realización.

En cumplimiento de esta orden, O'Kelly propuso como primeros objetivos limpiar la campaña de edificios y ruinas, sobre todo el frente de Bagumbayan, y al mismo tiempo preparar las baterías y plataformas de todo el recinto, para montar la mayor cantidad posible de artillería; y también construir un malecón y compuerta provisional junto al baluarte San Gabriel, a fin de tener inundado el foso en bajamar.

Consideraba más urgente fortificar el frente de la marina que los del Parian y Dilao, pues en éstos, la naturaleza pantanosa del terreno estorbaba el ataque, mientras que aquél carecía de obras exteriores, y sus pequeños baluartes eran incapaces de contener el número necesario de soldados, no teniendo tampoco terraplenes, por lo que sus defensores «sólo podrían desfilar uno a uno para acudir a la casi impracticable defensa de un muro de quince pies de altura» (21).

Propuso también como urgente la excavación del foso del frente de Bagumbayan y el proseguir la cimentación del revellín y contraescarpa proyectados, revistiendo el terraplén, provisionalmente, de tepes.

Aprobado por el Gobernador, comenzó la ejecución de este plan el 13 de octubre de 1769; de su marcha fue dando minuciosa cuenta el Ingeniero Director, y por sus informes sabemos que las obras se llevaron a buen ritmo, pues el 20 de noviembre estaba terminado el malecón inmediato al baluarte San Gabriel; a mediados de diciembre se había limpiado y desembarazado de escombros toda la campaña, quedando ya en la forma prescrita en el proyecto, y se había excavado todo el foso en el frente de Bagumbayan y buena parte en el de la marina. La tierra extraída de este último, se empleó en levantar un camino cubierto, con parapeto de tepes y su correspondiente glacis. Al propio tiempo, se terraplenó la cortina de dicho frente, desde el flanco del baluarte de San Diego hasta el de Santa Isabel, dándole una anchura de ocho varas en la parte superior.

En estos primeros meses de actuación fue descubriendo O'Kelly muchos defectos de la fortificación existente y vio también que en

---

(21) Este plan lo expone O'Kelly en su carta a Julián de Arriaga. Manila, 1-I-1770. (A. G. I., Filipinas, 924).

algunos casos las medidas del nuevo proyecto no se ajustaban a la realidad. Deficiencia ésta atribuible sin duda al plano del estado de la Plaza levantado por Gómez, que fue el que sirvió de base a Martín Cermeño.

Los planos y relaciones periódicamente remitidos por O'Kelly permiten seguir paso a paso la ejecución de las obras durante los años 1770 a 1772. En noviembre de este último, el Gobernador decretó la suspensión de los trabajos por falta de medios económicos.

En este momento el revellín de Bagumbayan estaba casi terminado, pues se trabajaba en su parapeto; el del frente de Dilao quedaba ya levantado hasta el cordón, y también se había cimentado el del Parian. En dicho frente prosiguió el trabajo de corregir la defectuosa alineación de la antigua contraescarpa; una parte de la nueva hubo que fundarla sobre pilotaje, pues la naturaleza pantanosa del terreno así lo requería, y esta circunstancia encareció e hizo más lenta la ejecución del proyecto en todo el frente de tierra, en el que se hizo necesario realizar costosas y difíciles obras de cimentación.

Fue Dionisio O'Kelly quien llevó el peso de estos trabajos, pues cuando en 1778 lo relevó Tomás Sanz, estaban ya construidos los tres revellines de Bagumbayan, Dilao y el Parian, y muy adelantados los reductos de Santiago y San Pedro, en el frente de la marina.

El nuevo Ingeniero Director había comenzado su carrera a las órdenes de don Antonio de Ulloa, como ingeniero delineador, y después de desempeñar varios puestos en España, hasta alcanzar el grado de ingeniero ordinario, fue destinado a Filipinas por Real Orden de 9 de septiembre de 1776, para sustituir a O'Kelly (22).

En septiembre de 1778 estaba ya en posesión del cargo (23), que ocupó hasta la terminación del nuevo proyecto, si bien, por diferencias surgidas entre él y el Gobernador José de Basco y Vargas, estuvo algún tiempo separado de su empleo, encargándose temporalmente de las obras de Manila el ayudante de ingeniero José Belestá y Pared, mientras que Sanz fue destinado a Cavite por

---

(22) APARICI Y GARCÍA, JOSÉ: *Colección de documentos copiados en el Archivo de Simancas, como datos para escribir la Historia del Cuerpo de Ingenieros*, tomo LVI, fol. 585. Esta obra se conserva en el Servicio Histórico Militar, Madrid.

(23) Tomás Sanz a Basco y Vargas, en Manila a 17-IX-1778. (A. G. I., Filipinas, 687).

Basco, que al mismo tiempo pidió fuese trasladado, tachándole de negligente. Pero ésto no llegó a realizarse, porque Tomás Sanz dio explicaciones al Gobernador, que le repuso en el cargo y desde entonces desempeñó su cometido con celo y actividad.

Un plano fechado a 31 de mayo de 1784 recoge las obras realizadas bajo su dirección, desde el año 1779 (lám. IX).

Sanz dedicó sus primeros cuidados a la reparación de los baluartes de San Diego (E) y San Andrés (H), los cuales se terminaron en 1779, como consta en la relación correspondiente (24). En el primero fue necesario rehacer la cara que miraba al frente de Bagumbayan, que amenazaba ruina a causa de la brecha abierta en ella durante la guerra, mal tapada por los propios ingleses.

Pero la obra más importante dirigida por él fue la construcción de las nuevas puertas de la ciudad. Comenzó por la Puerta Real (F), trasladada al centro de la cortina de este frente, con arreglo al nuevo proyecto. Su fachada exterior se hizo de orden dórico; en el interior tenía cuerpo de guardia, y dos escaleras de caracol para subir a la muralla. El hueco de la antigua puerta se aprovechó para hacer en él un almacén de pólvora (G).

En el frente de la marina se terminaron las puertas del Postigo (B) y de Santa Lucía (C), ésta con fachada de orden toscano, y ambas con bóvedas de piedra para el paso de carruajes y peatones, cuerpos de guardia, almacén de pólvora y rampas para subir a la muralla. Del mismo modo se construyó la puerta del Pariam, (M), con fachada exterior de orden dórico.

El plano muestra también terminado el camino cubierto (N), con sus plazas de armas, traveses y estacadas, así como el contrafoso (O) con su compuerta (P) para dar entrada y salida al agua. La ejecución del proyecto de fortificación de Manila estaba a punto de ser terminada; sólo faltaba la obra del baluarte San Gabriel, en el que se trabajó en los años 1785 y 1786 (25), pero según la relación del ingeniero únicamente se hicieron en ese tiempo dos malecones, necesarios para contener las aguas del río y dejar en seco la zona en que se habían de construir la nueva cara y flanco del baluarte,

---

(24) «Relación de las obras executadas según el proyecto..., desde el 1 de mayo próximo pasado hasta 30 de noviembre del presente año de 1779». (A. G. I., Filipinas, 494).

(25) Relación de obras ejecutadas desde 1-VI-1785 a 30-VI-1786. (A. G. I., Filipinas, 929).

señalados en el proyecto. Dicha obra se realizó en el año 1787; el 3 de diciembre Tomás Sanz comunicaba al Gobernador que en el mes de enero siguiente pensaba comenzar la construcción del parapeto de este baluarte, «única obra que falta del Proyecto» (26), que al fin quedó terminado después de transcurridos más de veinte años de su aprobación.

Pero si bien las fortificaciones de la Plaza se ajustaron al plano de Martín Cermeño, en la fuerza de Santiago no llegó a construirse el camino cubierto proyectado por éste, y los últimos planos levantados en el siglo XVIII muestran que seguía en el mismo estado que antes de la guerra de 1762, pues sólo se hicieron en ella reparos de poca importancia.

#### NUEVOS PROYECTOS Y OBRAS

La situación internacional creada por la Revolución francesa obligó a España a adoptar medidas de precaución en todos sus territorios, y por ello en 20 de diciembre de 1790 se expidió orden de poner en estado de defensa la plaza de Manila. En su cumplimiento, el Gobernador D. Rafael María Aguilar mandó al ingeniero militar don Gregorio Clavero hacer un estudio sobre el terreno y elaborar un proyecto de obras a ejecutar.

El plan de Clavero (27) centró su atención en el frente del río, por donde podría ser socorrida la plaza en caso de asedio, ya que en los arrabales de la derecha del Pasig sería factible situar tropas de refresco, y evacuar a ellos los heridos. Proyectó la construcción de un baluarte de las mayores dimensiones admitidas por las reglas del arte, a fin de que sus flancos pudiesen barrer toda la cortina de este frente. Dicho baluarte habría de ocupar el lugar en que se hallaba el de Santo Domingo, como se ve en el plano delineado por el ingeniero para expresar su proyecto ( lám. X, letra d). Completaban el proyecto de fortificación de este frente dos plataformas y una doble estacada, al nivel de la marea alta y baja.

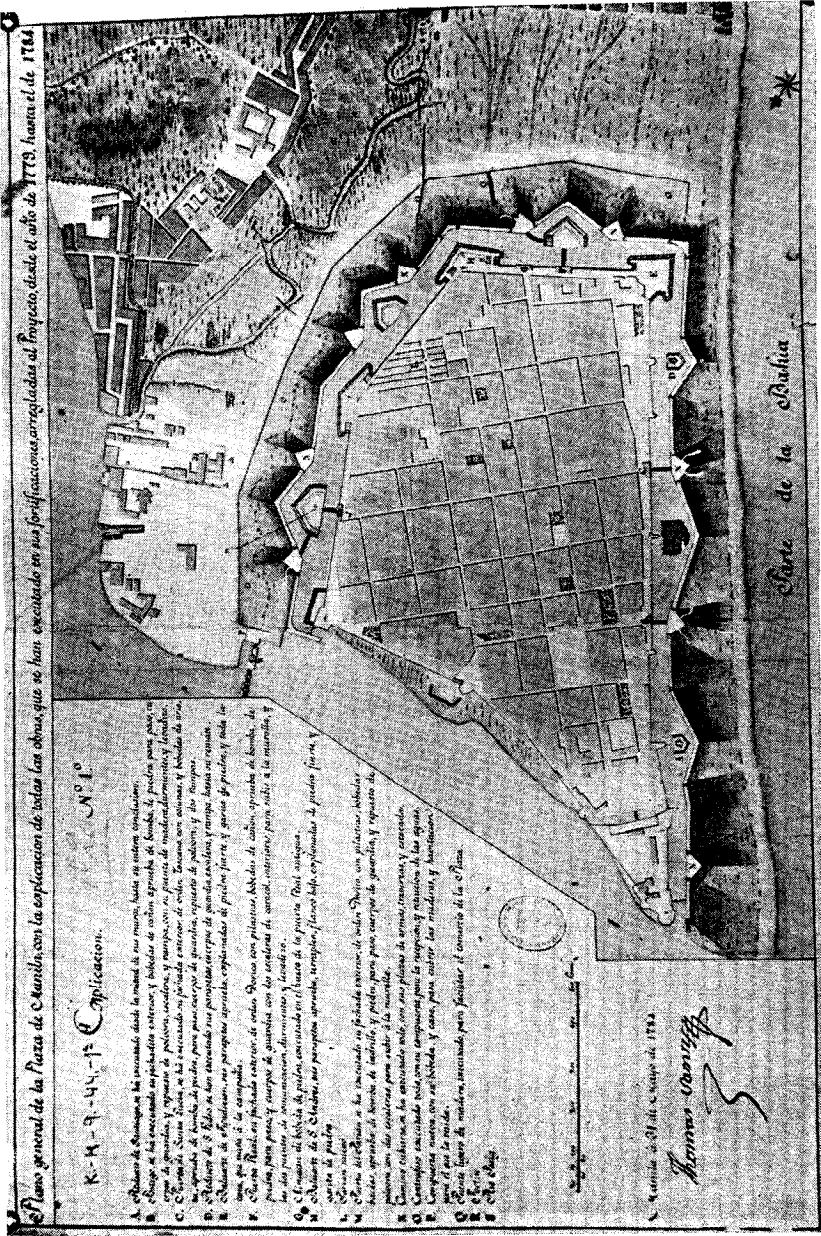
(26) Tomás Sanz al Gobernador, en Manila a 3-XII-1787 (A. G. I., Filipinas, 929).

(27) *Relación del estado actual de la Plaza de Manila y de las obras necesarias para ponerla en estado de defensa...*, por GREGORIO CLAVERO, en Manila, a 12-V-1793. (A. G. I., Papeles de Estado, 46).

Plano general de la Plaza de Manila, con la explicacion de todas las obras que se han executado en sus fortificaciones arregladas al Proyecto, desde el año de 1778, hasta el de 1784.

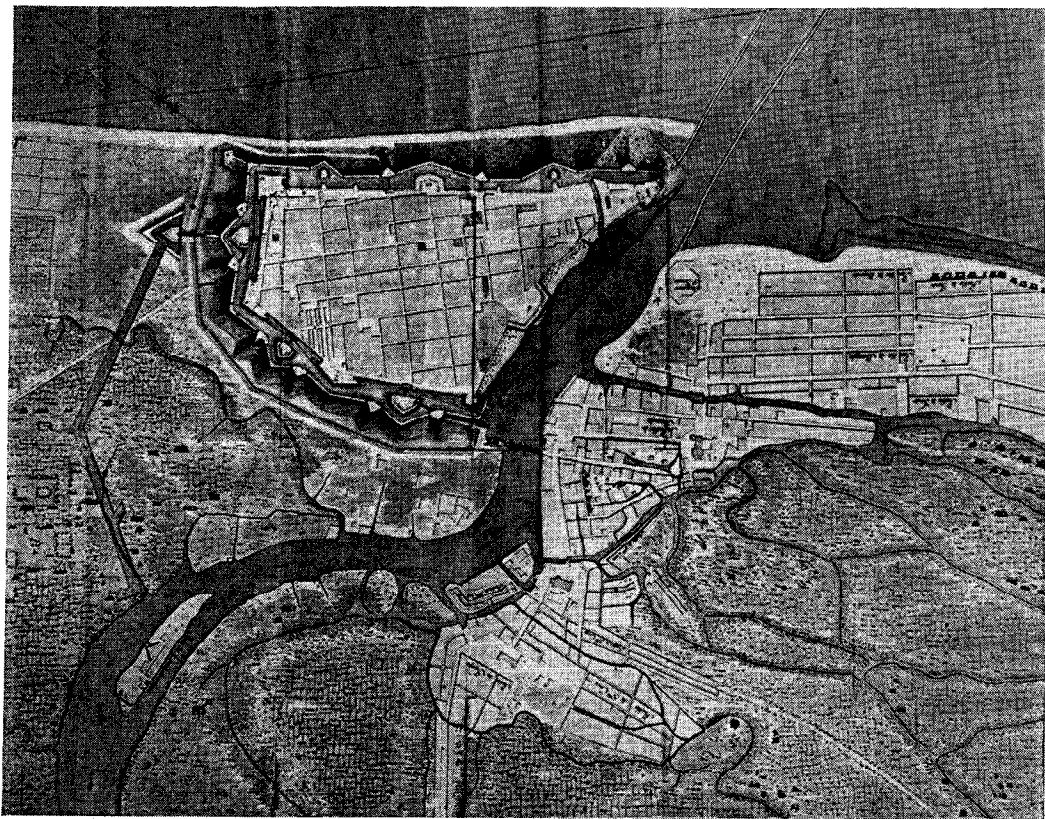
N.º 1.º  
K-M-7-44-17 Explicacion.

- A. Se ha reparado el muro exterior de la ciudad de su muro, hasta su ultima circunferencia.
- B. Se ha reparado su fachada exterior y bolada de cada esquina de la plaza, se ha reparado para poner en estado de guardia y reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos.
- C. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.
- D. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.
- E. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.
- F. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.
- G. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.
- H. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.
- I. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.
- J. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.
- K. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.
- L. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.
- M. Se ha reparado el muro exterior de la plaza, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una, se ha reparado de pedruzcos, azulejos y mamparas, se ha reparado de mamparas, azulejos y ladrillos de una en una.



Manila el 21 de Mayo de 1784.  
*Tomás Sanz*

Obras realizadas hasta 1784, con arreglo al nuevo proyecto de fortificaciones de Manila, por el ingeniero Tomás Sanz. (Servicio Histórico Militar. Madrid).



Obras proyectadas por Gregorio Clavero para fortificar los frentes del río y de Bagumbayan. 1796.  
(Archivo General de Indias. Sevilla).

Consideró indispensable demoler la alcaicería de San Fernando, edificio situado a la orilla derecha del río, frente a la fuerza de Santiago, a la que dominaba perfectamente. Construída a mediados del siglo XVIII para servir de mercado a los chinos, se utilizaba como aduana, cuando escribe Clavero, que propone se traslade ésta al río, abriendo dos puertas en su flanco y haciendo junto a él un pequeño muelle.

En el frente de tierra indica la conveniencia de hacer un puente sobre el foso a flor de agua, que una a la plaza con el revellín de Dilao, y que delante de la cortina en este sector se levante una estacada (letra o del plano); suponiendo muy probable que el enemigo ataque por el mismo sitio que en 1762, propone se construya un reducto avanzado (r) sobre la línea capital del revellín de Bagumbayan, que hará que la cortina quede más cubierta de lo que estaba sólo con éste. Dicho reducto tendría un foso en comunicación con el canal (s.t.u.), que partiendo de la orilla izquierda del río, ante la isla de la Convalecencia, enlazaría con el contrafoso de la plaza, a través del canal señalado en el plano con los números 6 y 7. Dicho canal serviría para que desde él pudieran hostilizar de noche al enemigo con lanchas cañoneras y obuseras, que de día se refugiarían en el río y en el foso del reducto.

Por último, delante del baluarte San Diego proyecta Clavero la construcción de un pastel cuya cara (p) enfilaría una línea que no podía cubrir la artillería de la plaza, mientras que su flanco (q) serviría para hacer fuego sobre el enemigo, en el caso de que éste lo-grase atravesar el contrafoso y atacar el revellín de Bagumbayan por la cara que miraba hacia él (s). Este plan se completa con la instalación de dos baterías (x, y) en la isla de la Convalecencia, que permitirían realizar la llamada «defensa de revés», muy útil a la plaza.

Tales son las líneas generales del proyecto que se envió sin perfiles ni presupuesto, porque era necesario para hacer unos y otro que estuviesen demolidos algunos edificios que se hallaban próximos, con lo que quedaría bien descubierta la campaña y se podría calcular la altura que había de darse a las fortificaciones proyectadas, sin cuyo requisito era imposible valorar su coste.

A través de las relaciones de obras de los años sucesivos, y de las cartas del Gobernador, se puede seguir la marcha de los preparativos de defensa, que comenzaron por las obras de menor importancia, pues no se creyó oportuno acometer la construcción del gran baluarte del frente del río, ni las otras obras de cantería pro-

rectadas, por temor a que el enemigo se presentara antes de que dichas obras estuviesen bien asentadas y hubiesen adquirido la consistencia necesaria, cosa que la humedad del clima retardaba mucho. Los planos posteriores demuestran que del proyecto de Clavero para el frente de tierra sólo se llegó a realizar la construcción del pastel que se llamó de San Gregorio, y no se hicieron el reducto y canal antes citados. Pero una vez terminados los preparativos, la plaza quedó en tal estado de defensa, que Aguilar se atreve a decir «que por ahora ni en mucho tiempo tendrá el Rey que hacer nuevos gastos» (28).

Tales son las últimas noticias que tenemos de la fortificación de Manila, al terminar el siglo xviii.

---

(28) Don Rafael María Aguilar al Duque de la Alcudia, en Manila, a 15-I-1796. (A. G. I., Papeles de Estado, 46).



# LAS BATALLAS POR LA ISLA DE CUBA, «LLAVE DEL NUEVO MUNDO Y ANTEMURAL DE LAS YNDIAS OCCIDENTALES»

por JUAN MANUEL ZAPATERO  
Capitán y Doctor en Historia, del Servicio Histórico Militar  
Correspondiente de la Academia de la Historia, República Argentina

«... es el Centro donde an de acudir todas las Armadas y Flotas de las Yndias, con toda la riqueza que va dellas á España» (1).

## CONSIDERACIONES A LA POSICIÓN ESTRATÉGICA DE CUBA EN LA CONTIENDA DEL CARIBE

La isla de Cuba (2), está situada en el cruce de los dos mares mediterráneos de la América Central: el del Golfo o Seno de Méjico y el Mar de las Antillas. Constituye el punto de convergencia de las comunicaciones marítimas de las tres Américas, y por eso tuvo desde las primeras fases de la descubierta y conquista de las Indias Occidentales, una gran importancia su enclave geopolítico, determinante de las grandes empresas de los españoles.

Por su privilegiada situación en el sector más importante del gran «arco antillano», resultó ser el lugar de concentración para pasar a las tierras continentales y punto de reunión de las naves que regresaban a la Metrópoli, partiendo de los puertos «llaves» de los virrei-

---

(1) «Escrito del Yngeniero Bautista Antonelli. Panamá 11 de julio de 1595». (Arch. General de Indias, Sevilla; ref. Panamá, 44).

(2) Descubierta por Colón el día 28 de octubre de 1492, dióle el nombre de «Isla Juana», en honor del Príncipe D. Juan, heredero de los Reyes Católicos. (Según López de Gómara, Francisco: *Historia General de las Indias*. «Hispania Victrix», Zaragoza, 1552; edic. por Calpe, Madrid, Viajes Clásicos.

natos: Cartagena de Indias, Portobelo, Veracruz; de los surgideros yucatecos o de las Audiencias de Guatemala —Omoa y San Juan de Nicaragua—, sin olvidar los puertos de las restantes islas de las Antillas. En Cuba y en su puerto de La Habana, se reunían las preciadas naves en flotas comerciales protegidas por las Armadas, para emprender la ruta del Atlántico (3), en cuyas latitudes esperaban casi siempre las embarcaciones piratas, tan temidas por sus violentos golpes. Era la doble aventura que deparaba a los hombres de España en Ultramar.

De aquí, que Cuba tuviera un valor primordial en el sistema orgánico del Imperio, significación ya vislumbrada en las primeras décadas del siglo xvi por los gobernadores de la Corona, que hicieron recaer sobre esta isla, la actividad señera que se había iniciado depositar en Santo Domingo. Cuba pasó a ser el centro político y comercial, escala del incansable tráfico marítimo entre los puertos de España y los de las nuevas tierras abiertas a su semilla. Así se establece la primera ciudad de San Cristóbal de La Habana, en la costa meridional de la isla, en el año 1514, para facilitar la expansión y conquista de Tierra Firme, poco después trasladada al litoral del Norte para que sirviera de escala en la ruta de Nueva España y facilitar el descubrimiento de la Florida (4).

Cuba y su puerto principal de La Habana se convirtieron en la base más importante del Caribe; su comercio y la facilidad de su hermosa bahía auguraban extraordinario porvenir —actualmente el puerto de La Habana es uno de los primeros del mundo, escala del tránsito natural de todos los buques que hacen la navegación entre América del Norte y del Sur, portillo del Golfo de Méjico, del que constituye su adelantado geográfico, con sus pasos o canales de Florida y Yucatán—.

A La Habana se le denominó «Llave del Nuevo Mundo y antemural de las Yndias Occidentales», simbolismo que ha pasado a su escudo ciudadano y al de la propia nación. Su fama del mejor puerto de las Indias y la estratégica posición para el dominio de aquellos mares, cruzó el Atlántico y penetró en las esferas políticas de las naciones europeas, en su mayoría rivales de la Monarquía es-

(3) VELÁZQUEZ, M. DEL C.: *El estado de Guerra en Nueva España 1760-1808*. Méjico, 1950; cit. pág. 19.

(4) ANGULO IÑIGUEZ, DIEGO: *Bautista Antonelli. Las Fortificaciones Americanas del siglo xvi*. Madrid, 1942; cit. pág. 44.

pañola. Y el eco lo recogieron los aventureros del mar, quienes aferrados al timón de sus naves corsarias o filibusteras emprendieron las derrotas rumbo al corazón de aquellos dominios. El mar del Caribe, que en el siglo XVI sirvió de punto de apoyo a las conquistas del continente, se convierte en el XVII en escenario de las disputas más o menos desorganizadas, para llegar al XVIII con agresiones metódicas e impronta de batallas perfectamente estudiadas, que reclaman la atención del historiador, pues su significado político y militar es enorme (5).

En el mar Caribe, disputado tenazmente por Inglaterra, los puertos y las ciudades que España construye o levanta se vieron sometidos a los duros ataques, y a la indecisa suerte de las batallas. Algunas de estas ciudades e islas se perdieron con las agresiones, pero la mayoría permanecieron ligadas a la unidad de los dominios, llenando las páginas de su historia con los hermosos ejemplos de heroicas resistencias.

En el siglo XVI, el puerto de La Habana, «centro donde acudían todas las Armadas y Flotas de las Yndias con toda la riqueza que va de ellas á España» (6); depósito de riquezas que no tardó en convertirse en objetivo preferente de los piratas. A mediados de aquel siglo todavía permanecía indefensa, como plaza abierta a cualquier aventurero que se atreviera a penetrar sin grandes riesgos. No hubo pues de transcurrir mucho tiempo sin que se registrase el primer ataque. Fue en el año 1538, cuando La Habana es saqueada por piratas franceses, ultrajando sus iglesias e imágenes (7) y fue librada de perecer en incendio merced al rescate módico, por cierto, de 700 pesos con el que se contentaron (8). De estas fechas arranca el primer gesto previsor, y es levantado al año siguiente 1539, el fuerte de La Fuerza Vieja (9), que sería destruí-

(5) RODRÍGUEZ CASADO, VICENTE: (Cit. del prólogo a la obra: *Jamaica Española*, de MORALES PADRÓN, F. Public. de la Esc. de Est. Hispano-Americanos, Sevilla, 1952, núm. Gen. LXXVII, serie segunda; pág. XVI.

(6) «Escrito del Yngeniero Bautista Antonelli...»; v. ref. (1).

(7) Merece penosa mención el ultraje hecho a la imagen de San Pedro, colgada del dintel de una puerta y blanco de los frutos que le arrojaron (cit. de ANGULO IÑIGUEZ, D. Obr. cit. ref. (4) cit. pág. 46).

(8) COROLEU, JOSÉ: *América*. Barcelona, 1895; cit. tomo III, pág. 84.

(9) Por Real Cédula de 21 de marzo 1538, se ordenaba la construcción de una Fortaleza en La Habana, encargando los trabajos a Hernando de Soto, a quien facilitaron tres mil pesos. Se trata por tanto de una fortificación anterior al de La Fuerza Vieja. «Recopilación documental de D. Benito León y Canales, hecha

do por un nuevo ataque pirata acaecido en 1555, para ser vuelto a reedificar en 1558, en el mismo lugar que todavía hoy se conserva.

En tiempos de la gobernación de don Diego Mazariegos (1565-1566), dan comienzo nuevos trabajos de fortificación, que continuará don Pedro Menéndez de Avilés (1568-1571), segundo Adelantado de Florida y primer estratega del Caribe, y a quien se deben los planes defensivos del Canal de las Bahamas. A partir de Menéndez de Avilés y hasta 1593, con la gobernación de don Juan de Tejeda, se perciben sendos trabajos en los sistemas defensivos de La Habana y demás plazas importantes del Caribe, entre ellas la de San Juan de Puerto Rico, isla emparejada en la centinela de aquel mar. Su avance se percibe en los expedientes y reconocimientos de los capitanes generales de la Armada (10). Siendo gobernador Tejeda, llega a las Antillas para levantar fortificaciones de un admirable sistema, el célebre ingeniero Antonelli. A la defensa de La Habana, Santo Domingo y Puerto Rico se añadirían las de Portobelo y Cartagena de Indias, es decir un «grandioso proyecto de defensa de todos los puertos del Mar Caribe, cuya ejecución se confiaba al ingeniero Bautista Antonelli, en unión del Maestre de Campo Juan de Tejeda (11).

Pero estos proyectos y grandes trabajos, que señalan las primeras preocupaciones estratégicas por el dominio del Caribe —que no escaparon al previsor juicio político de Felipe II—, no detuvieron al incansable Drake, que en 1586 ataca La Habana, intentando saquearla como lo había hecho con Santo Domingo, pero fracasó y sus naves siguieron durante años amenazando la suerte de la ciudad. Ello obligó a levantar los fuertes del Morro y la Punta.

La erección del fuerte en el Morro, era a juicio de Antonelli de principalísima importancia, por su posición de dominio sobre la ciudad y el puerto. Otra tanta se le concedía al fuerte de la Punta, con el que se podría evitar los desembarcos en la playa de Cojimar (12).

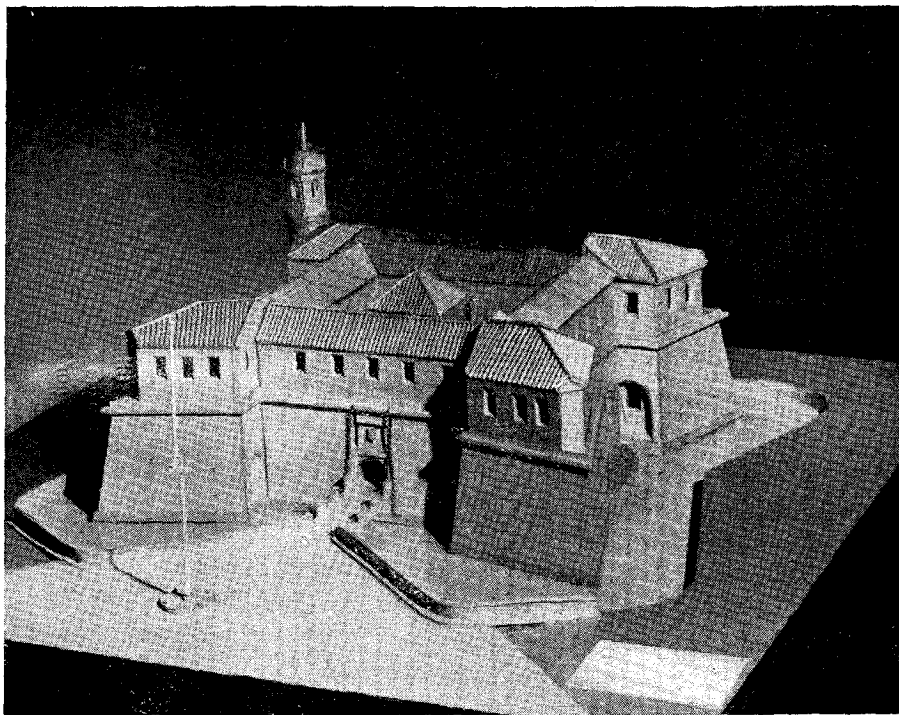
---

en el Arch. Gen. de Indias, Sevilla» (Arch. Docum. Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 2-3-5-6).

(10) En 1580, visitó La Habana e inspeccionó sus fortificaciones el Capitán General de la Armada, D. Bartolomé Villavicencio; su informe revela el estado del castillo de La Fuerza. (Recopilación documental, cit. en ref. ant. y documento: 2-3-1-2.)

(11) MARCO DORTA, ENRIQUE: *Cartagena de Indias, la Ciudad y sus monumentos*. Public. de la Esc. de Est. Hispano-Americanos. N.º General LV. Serie 2.ª, núm. 20. Sevilla, 1951; págs. 38-39.

(12) ANGULO IÑIGUEZ, D.: Obr. cit. v. ref. (4); cit. en pág. 49 (Documentado con la «Relación de lo que convendría tener en el Morro de La Habana, hecha



EL CASTILLO DE LA FUERZA, EN LA HABANA

Maqueta del estado actual del primer fuerte levantado por los españoles en Cuba. Ordenada su fábrica por Real Cédula de 21 marzo 1538, se edificó en 1539 con traza de planta cuadrada, y artillado con el famoso cañón de 47 quintales denominado «El Salvaje». En 1555 fue destruido por los piratas, para ser reedificado en 1558 bajo la dirección del Ingeniero D. Bartolomé Sánchez. El monarca Felipe II, envió el escudo de piedra de las Armas Reales que todavía luce; y en 1587, el gobernador de Cuba D. Juan de Tejeda amplió su obra, según los proyectos de Bautista Antonelli. En el estado que hoy se conserva, solamente la parte inferior —bajo el cordón— comprendidas: caras, flancos y cortinas corresponden al siglo XVI. Las edificaciones que aparecen por encima del citado cordón, son las obras practicadas en el XVIII y principios del XIX.

(Fotografía cedida por D. GUILLERMO DE ZÉNDEGUI, LA HABANA)



Medalla conmemorativa, acuñada en honor de los gloriosos héroes del castillo del Morro, capitanes de navío don Luis de Velasco y don Vicente González, muertos en la defensa de La Habana contra los ataques del almirante Pocockt y general Albermarle, cuyos poderosos efectivos terminaron por conquistar la isla de Cuba.

Con estas obras, La Habana podría ser el puerto seguro de las Antillas y la capital de la isla. Felipe II no tardó en reconocerlo —Real Cédula de 20 de diciembre 1592—, mandando el escudo de las armas reales para la nueva capital, consistente en tres torres de plata en campo azul (13) que recordaban sus fortificaciones: La Fuerza, el Morro y la Punta, y una llave que significaba lo era del comercio del Mundo (14). También proyectó Antonelli un plan defensivo para la bahía, consistente en cerrarla por medio de cadenas, trazando un plano que figura reproducido en la importante obra del señor Angulo Iñiguez.

Por el sur de Cuba, y casi al mismo tiempo que Drake amagaba a La Habana, los corsarios franceses se apoderaron de Santiago, aunque momentáneamente, pues fueron vencidos por la fuerte y patriótica reacción de los vecinos de Bayamo, que causándoles grandes daños les obligaron a reembarcar.

En el siglo XVII, las dos ciudades importantes de Cuba: La Habana y Santiago, marcaban un índice de riqueza y prosperidad. A la explotación de la caña de azúcar se sumó la de los minerales, especialmente el cobre. Esta valoración económica, unida a la militar, redundó en la constitución de la primera capitana general, en el año de 1607.

Pero en esta centuria, los bucaneros y filibusteros acudieron sobre las Antillas, atraídos por las noticias desproporcionadas de sus riquezas. Procedían principalmente de la isla Tortuga, y entre los que se hicieron tristemente célebres por su sangrienta crueldad, destaca el feroz Francisco L'Olonais, que en 1667 asoló la población de San Juan de los Reyes, pasando a cuchillo a los indefensos habitantes. Al año siguiente, Enrique Morgan, antes de acudir a Portobelo, Chagres y Panamá, asaltó puerto Príncipe, ciudad que pagó su libertad mediante crecido rescate.

---

por Antonelli, el 1 de noviembre de 1591» (Arch. Gen. de Indias, Sevilla; ref. Patronato 177. Docum. public. por Ceán Bermúdez; LLAGUNO, *Noticia de Arquitectos*, Madrid, 1820; cit. tomo 111, pág. 255).

(13) COROLEU, J.: Obr. cit. v. ref. (8); cit. pág. 85, tomo 111.

(14) ANGULO IÑIGUEZ, D.: Obr. cit. v. ref. (4); cit. pág. 53.

### LOS GRANDES ACONTECIMIENTOS BÉLICOS DEL SIGLO XVIII

Los más importantes acontecimientos militares en los que Cuba va a ser principal escenario, corresponden a la centuria del XVIII, siglo de la guerra anglo-española, factible de dividir en cuatro señalados periodos:

- a) Guerra de Sucesión de España.
- b) Guerra del «Asiento».
- c) Guerras por el III Pacto de Familia.
- d) Guerra por la Alianza Franco-Hispana de 1796.

En los tres primeros, Cuba se verá duramente comprometida; solamente en el último permanecerá relativamente tranquila, aunque la discordia en el Caribe, la tenga amenazada como principal y estratégica plaza. Pero verá pasar las escuadras inglesas del almirante Harvey, rumbo a la «llave» meridional del «Caño de la Ymbernada» —Trinidad—, y de la no menos importantísima «llave del Caribe» —Puerto Rico—.

#### a) *Guerra de Sucesión de España (1702-1714):*

Durante este período la isla de Cuba acusará las vicisitudes propias de la grave situación política europea. Inglaterra, aliada de la causa del Archiduque de Austria contra Felipe V —reconocido como monarca de España y sus Indias en Cuba, por el gobernador don Diego de Córdoba (1695-1702)—, considera motivo suficiente para ordenar que sus flotas ataquen las posesiones españolas. Desde Jamaica atacan a Trinidad y saquean sus indefensos poblados; la escuadra del almirante sir Bembow ensayó una expedición sobre San Agustín de la Florida, pero fue vencida por la francesa que mandaba el que en otro tiempo fuera temido filibustero Ducasse, y a quien Felipe V premió sus servicios con el Collar del Toisón de Oro, con gran disgusto de la nobleza (15). El 20 de junio de 1703, siendo gobernador militar don Luis Chacón —en el político lo era D. Luis Chirino Vandevall—, aparecieron frente a La Habana las poderosas forma-

(15) ALCÁZAR MOLINA, C.: *Los Virreinos en el siglo XVIII*. Barcelona-Buenos Aires, 1945; cit pág. 154.



ciones, conducidas por los almirantes Walker y Orsidon. El gobernador Chacón, comandante del castillo del Morro tomó eficaces medidas, que amedrantaron a los ingleses y rehusaron el combate.

En 1716, gobernando don Vicente Raja (1716-1717), los navíos piratas de Enrique Jennings se aproximaron a la punta del Cañaveral, lugar donde se estaba procediendo a la extracción de una fortuna perdida con el hundimiento de unas embarcaciones mercantes. Jennings se apoderó de 350.000 pesos y en su retirada hacia Jamaica todavía apresó una nave procedente de Portobelo, cargada de mercaderías y con 3.000 pesos oro, que pasaron a poder de los ingleses. Uno de los navíos de Jennings, el mandado por Carpenter, tuvo la osadía de penetrar en la bahía de La Habana y atacar por sorpresa su puerto, pero fué apresado y poco después, ajusticiado en la capital. Este ataque pirata realizado después de la firma de Utrecht es una consecuencia directa de la discordia por la Guerra de la Sucesión, ya que estas flotas piratas no reconocían los tratados de paz.

b) *Guerra del «Asiento».*

Durante la Guerra del «Asiento», declarada por la nación británica el 23 de octubre de 1739, y que se prolongó por la denominada: de la Pragmática, hasta el año 1748, constituye una fase importante en la guerra del Caribe. La isla de Cuba fue pronto señalada como principal objetivo por el Parlamento y almirantazgo inglés. El día 4 de agosto de 1739, salía de Portsmouth, la escuadra del almirante Vernon para apoderarse de las principales «llaves del Imperio Español en las Indias». Acudiendo en primer lugar a las señaladas en el «Arco de Ulises» o cordón antillano.

Vernon atacó a La Habana en los meses de septiembre a noviembre del citado año, cuando era gobernador y capitán general, el mariscal de campo don Juan Francisco Güemes de Horcasitas (1734-1746). Sumaban los efectivos ingleses cincuenta y siete navíos de guerra, que con rapidez ensayaron el bloqueo del puerto para impedir cualquier auxilio. El día 17 de septiembre «como á las diez del día se descubrieron en la Costa de Barlovento dos navíos el uno de sesenta cañones y el otro de veinte, y habiendo dado caza a diferentes barcos españoles del tráfico de la costa, disparándoles con bala, la mencionada fragata dió fondo con bandera ynglesa delante del Puesto de Bacoranao, situado dos leguas á barlovento, y

empezó a batirlo» (16). Así comenzó un asedio que se prolongaría hasta el 16 de noviembre «en que se separaron de nuestras Costas». Durante el sitio, los ingleses apresaron numerosas balandras y goletas que acudían a La Habana con cargamentos de añil y sal. Los cortos desembarcos que efectuaran, sirvieron para hacerles prisioneros que facilitaron los datos importantes, efectivos y nombres de los oficiales (17). El «Diario» del ingeniero Arredondo es un reflejo del admirable celo desplegado por el gobernador Güemes de Horcasitas, que acudió a todas las partes donde se presumía el asalto, y del patriotismo de las sufridas guarniciones de Cojimar, Matanzas, y castillos del Morro, La Punta, etc., enfervorizados por la ardiente arenga dada por Güemes, que comenzaba así: «Por la honra de Dios, del Rey nuestro Señor, y de la Patria...» (18).

Dos años después volvieron los ingleses sobre Cuba. Fue en ju-

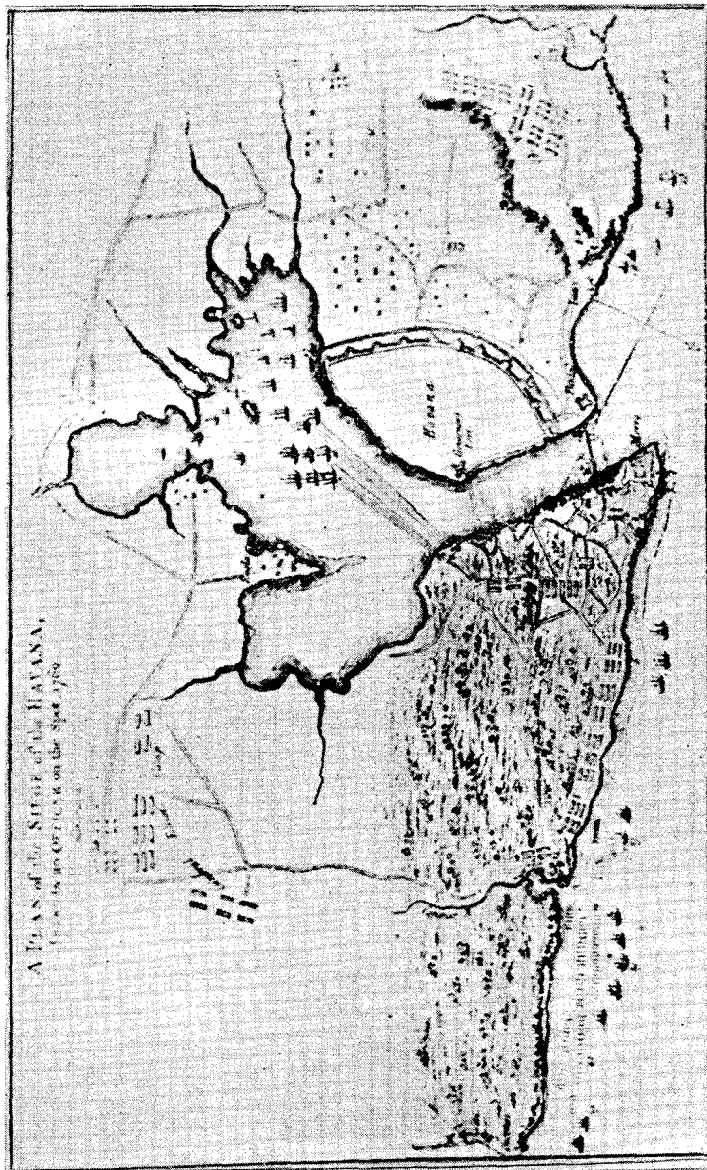
(16) «Diario llevado por el Yngeniero Militar D. Antonio Arredondo desde el día 17 de septiembre de 1739 hasta el 16 de noviembre del mismo año, que estuvo bloqueado aquel Puerto por una Escuadra Ynglesa; dirigido a demostrar las disposiciones de Defensa, que en dicho tiempo determinó el Gobernador de La Habana, Capitán General de toda la Ysla D. Fran.<sup>co</sup> Fernandez Güemes de Horcasitas». (Docum. copiado del Arch. Gen. de Indias, Sevilla por Benito León y Canales, el 26 de mayo de 1852. Arch. docum. Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 2-3-6-1).

(17) Los prisioneros cogidos en Bahía Honda, declararon que ellos formaban parte de la dotación de seis navíos del mando del capitán Brown, que habían salido de Jamaica el día 12 de agosto —1739—, rumbo a Cuba, según órdenes que habían recibido en Londres, y que formaban aquella flota, las siguientes unidades, mandos y dotación:

Nombres de los Cap. <sup>s</sup>	Nombres de los Nav. <sup>s</sup>	Porte	G. <sup>te</sup>
Gefe D. C. Brown ... ..	Hamptoucorert ... ..	70 c. <sup>s</sup>	480
Bartley ... ..	Windsort ... ..	60 »	320
Doglas ... ..	Palmouth ... ..	50 »	250
Knight ... ..	Torrington ... ..	40 »	240
Nowels ... ..	Diamante ... ..	40 »	240
Biscain ... ..	Thoran ... ..	20 »	120

(Según cit. docum. ref. ant. hojas 14 a 16).

(18) «Diario llevado por el Yngeniero Militar D. Antonio Arredondo...»; (docum. cit. ref. (16); cit. hoja 82).



«A PLAN of the SIEGE of the HAVANA, Drawn by an OFFICER on the Spot, 1762».

El grabado refleja los iniciales movimientos del mes de junio, en el Sitio de La Habana por los ingleses. El ejército de Elliot ha conquistado Guanabacoa, se ha perdido el Fuerte de la Cabaña —sobre el que disparan los navíos de la esquadra—, las tierras inmediatas a la bahía están ya en poder de Albermarle, y el Castillo del Morro va a rubricar la gloriosa resistencia que inmortalizaría a los capitanes de navío Velasco y González.



EL CAPITÁN DE NAVÍO D. LUIS DE VELASCO

Comandante del Castillo del Morro de La Habana, gloriosa figura de una de las más heroicas defensas que registran los Fuertes de Ultramar. Ante su Castillo, escasamente defendidos por cuatrocientos hombres, se estrellaron los duros ataques del ejército inglés que conducía el general Albermale, y resistió el Sitio que por mar y tierra le presentó el almirante Pocokt, desde el día 13 de junio hasta el 30 de julio de 1762.

El comodoro Keppel que conquistaría finalmente las gloriosas ruinas del Morro, abrazó al capitán Velasco cuando gravísimo yacía en una de las bóvedas del Castillo, dando órdenes para la defensa y nombrando entre los que habian de relevarle en el mando a «aquel que no tema la muerte y sepa que el primer honor, es la defensa de la bandera de la Patria». Keppel, permitió fuese trasladado a hombros de sus destrozados soldados, a La Habana todavía sin rendirse, donde sería enterrado al siguiente día. El monarca Carlos III, por cuyo honor murió, dispuso que para enaltecer su memoria se diese su nombre —imperecederamente— a un navío de la escuadra.

lio de 1741, cuando saqueado Portobelo y fracasados en Cartagena de Indias —ataques de 13 de marzo a 20 de mayo—, intentan asegurar la palanca oriental de la gran tenaza, del formidable proyecto de cortar los dominios por Panamá. Esta vez consiguieron poner pie en tierra, se apoderaron de Guantánamo, y bajo un sol implacable se dirigen hacia Santiago. Las fuerzas del coronel don Francisco Cagigal de la Vega, gobernador de Santiago, y de don Carlos Riva Agüero, salieron al paso de los invasores, a los que atacaron con dureza, repitiéndose el fracaso de 1739. La isla de Cuba había vuelto a salvarse.

En 1748, la escuadra conducida por el almirante Knowles repetía el ataque sobre Santiago de Cuba, defendida por el brigadir don Alonso de Arcos Moreno. De nuevo son rechazados los ingleses después de sostener un gran combate naval, con la escuadra española mandada por el eximio marino Regio, y con él, Spínola, Varela, y Forestal. Fue de trascendencia el duelo entre los navíos «Africa» y «Cornwailles», que obligó a Knowles a suspender el combate; había sufrido más de cuatrocientas bajas —por trescientos los españoles—. La suspensión de los combates coincidió críticamente con la llegada al Caribe de noticias de Europa: la paz de Aquisgrán. El almirante Knowles, sin pérdida de tiempo puso a su escuadra rumbo a Inglaterra, llevando castigados a sus capitanes Holmes, Innes y Clarke, a los que inculparía de impericia, causantes de la derrota (19).

c) *En las guerras por el III Pacto de Familia (1762-1763 y 1779-1783)*

Catorce años después de ser firmada la Paz de Aquisgrán, España, que se había comprometido con la firma del Pacto de Familia —15 de agosto de 1761— ligando su suerte a la de Francia, se veía envuelta en la gran contienda europea y de enorme repercusión en América, verdadero escenario de una sórdida y violentísima disputa, puesta de manifiesto con la declaración del Pacto. La nueva guerra reaviva en Londres los viejos pero inolvidables proyectos del corte y conquistas de los dominios de la Corona española en Centroamérica, en los que la isla de Cuba era, otra vez, el objetivo primordial.

La guerra tenía para Francia la esencial cuestión de la defensa de sus territorios en el Canadá, que le disputa Inglaterra. No será éste el principal motivo de la disputa —como supone Coroleu—, quien

(19) ALCÁZAR MOLINA, C.: Obr. cit. v. ref. (16); cit. págs. 170-171.

llega a considerar que la participación de España en la nueva guerra, fue una torpe decisión del monarca Carlos III (20). Ello nos llevaría a un error de perspectiva, acertadamente denunciado por Rodríguez Casado (21). La Corona tuvo que entrar en la contienda para librar no sólo su suerte en Europa, sino la propia conservación de los dominios de Ultramar —una rápida visión por los litorales centroamericanos y los relatos de las disputas que registra la historia de las gobernaciones— han de ser suficientes para admitir la penosa decisión de la declaración de una guerra.

Los planes de nuevos ataques en América, fueron sin duda magistralmente concebidos por el Gobierno británico. Con hábil sentido de la estrategia política y militar, Inglaterra hizo públicas manifestaciones de la necesidad de ocupar la isla de Santo Domingo (22), pretendiendo con tal motivo, que los gobernadores españoles movilizasen sus efectivos mejor preparados y pasasen a defender la citada isla; la propia «Gaceta» de Londres se dedicó a difundir los preparativos contra Santo Domingo (23).

El monarca Jorge III, designó al teniente general conde de Albermarle, jefe supremo de los ejércitos de desembarco, y al almirante Pocotk, comandante de la poderosa flota. El día 5 de marzo de 1762, salía la escuadra inglesa de más de sesenta buques de guerra de puerto de Spithcad, rumbo a las Antillas. En plena travesía fue sorprendida por grandes temporales, que les obligan a separarse; el día 20 de abril se reunían en la isla Barbada los efectivos disgregados, donde ya los esperaba el almirante en jefe, con su navío el «Namur». Las otras naves habían conquistado de paso la isla Martinica. Pocotk organizó con brevedad la formación definitiva de la poderosa armada, que ahora contaba con setenta y cuatro buques de guerra, que sumados a los de transporte, componían más de doscientas embarcaciones, en las que iba un poderoso ejército de veintidós mil hombres, con una dotación de 2.292 cañones de todos los calibres.

La sensacional flota se concentró en aguas de la Martinica, considerándose segura dueña del Caribe, y preciándose de las seguras victorias que esta vez no podrían escapar.

(20) COROLEU, J.: Obr. cit. v. ref. (8); cit. pág. 88, tomo 111.

(21) RODRÍGUEZ CASADO, V.: Obr. cit. v. ref. (5).

(22) ALCÁZAR MOLINA, C.: Obr. cit. v. ref. (15); cit. pág. 173.

(23) Números de «The London Gazette Extraordinary» (Arch. Gen. de Simancas, Valladolid; legajo 6.951. Años 1759-1761).

El día 6 de mayo, salían de Cas. de Navieres —Martinica— enderezando al Canal de las Bahamas, y salvando con inaudita imprudencia los innumerables cayos —empresa de por sí arriesgada, y mucho más si se tienen en cuenta los considerables efectivos—, viéndose obligados a encender fuego durante la noche para salvar los escollos de tan peligrosos pasos. Fue un tiempo crítico que se prolongó cerca de un mes, salvado por la favorable estación y la falta de vigilancia de las escuadras españolas, sorprendidas de la efectividad del paso de la gran flota inglesa por la ruta más difícil e incomprensible. El ataque durante la travesía por los cayos, hubiera deparado el más sensacional combate naval de toda la guerra del Caribe y con seguridad, evitado a la ciudad de La Habana el penoso castigo que le esperaba.

A primeros de junio, la escuadra enemiga ya hacía acto de presencia en los litorales de Cuba, el día 5 frente a Matanzas, y el 6, el comandante del Torreón de Cojimar daba el primer parte de ser avistada su presencia:

«El 6 de junio, al ser de día, notició D.<sup>n</sup> Gabriel Cubrieta, Teniente de Ynfan.<sup>a</sup> y Comandante del Torreón de Cojimar, y la Caleta, descubrirse sobre aquella Costa á barlovento una Armada que pasaba de 200 balas...» (24).

El gobernador y capifán general D. Juan de Prado Portocarre-ro (1760-1763), tomó las primeras providencias. Pasó al castillo del Morro, desde cuya fortaleza su comandante don Mateo Saravia le habla igualmente dado cuenta de la aparición de «una gruesa Esquadra q.<sup>o</sup> en la confusión de sus rumbos no se distingue el num.<sup>o</sup> de ella...» (25). La ciudad se conmovió, pero el gobernador creyendo se trataba de la flota que anualmente regresaba desde Jamaica a Europa, mandó fuesen dados bandos que la tranquilizasen, y dictó órdenes para que las fuerzas de la guarnición volviesen a los cuarteles, «persuadido p.<sup>r</sup> las vigias y otros q.<sup>o</sup> le acompañaban, ser

---

(24) «Relación de la acción de la Esquadra de S. M. B. mandada p.<sup>r</sup> el Almirante d.<sup>n</sup> Jorge Pocotk, y operaciones del Exército mandado p.<sup>r</sup> el Excmo S.<sup>or</sup> Conde de Albermarle, Teniente Gral. y Comandant.<sup>o</sup> en Gefe de la Expedición hecha contra la Ciudad de la Habana, y disposiciones q.<sup>o</sup> esta tomó para su defensa desde el 6 de junio, hasta su rendición en 12 de agosto del año 1762». (Arch. Docum. Serv. Hist. Mil. Madrid; signatura: 4-1-1-7).

(25) Idem, ref. anterior.

flotilla, fundados sin más razón que la costumb.<sup>o</sup> Anual de presentarse ante este Puerto para desembarcar...» (26).

El comandante de la escuadra, Gutiérrez de Evía, desengañó al gobernador Prado Portocarrero de las intenciones de aquella escuadra, dadas las maniobras que ejecutaban los navíos de gran porte. Fue a partir de este aviso, cuando las fuerzas españolas se dispusieron efectivamente para la defensa. El coronel don Carlos Caro, que mandaba el regimiento de Edimburgo, pasó a la villa de Guanabacoa, reforzado con las milicias, para sostener el litoral entre Bacuranao y Cojimar.

Mientras tanto, la escuadra inglesa se aproximaba lenta pero segura hacia La Habana, y a prudencial distancia se dividió en tres secciones, presintiéndose un claro señalamiento de objetivos:

- 1.<sup>o</sup> Bacuranao.
- 2.<sup>o</sup> Cojimar.
- 3.<sup>o</sup> La Habana.

A las siete de la tarde, en la Real Fuerza, la Junta de defensa, presidida por el gobernador, y de la que formaban parte el teniente general conde de Superunda, el mariscal de campo don Diego Tavares y el ministro de Marina don Lorenzo Montalvo, intentó resolver con providencias confusas, desordenadas y hasta carentes de sentido, la gravísima situación.

El desembarco inglés era inminente, y no se produjo en aquel día, porque lo impidió la fuerte marejada. Pero al siguiente: «El día 7, a las 10 de la mañana, los buques q.<sup>o</sup> se dirigían hacia Bacuranao conseguían poner pie en tierra...» (27); apoderándose del Torreón, mientras los cañones de la escuadra batían el terreno hacia Cojimar conocido por los «Guayacares», preparatorio de nuevos desembarcos. A las dos de la tarde se apoderaban del pueblo de Cojimar. Y el día 8, ya marchaban en columna hacia la villa de Guanabacoa:

«...eran 12.000 hombres de Tropa arreglada, y 4 mil Gas-tadores. Nun.<sup>o</sup> sumam.<sup>o</sup> excesivo para ser contenido p.<sup>r</sup> 400 que comandaba d.<sup>a</sup> Carlos Caro» (28).

(26) Idem, cit. folio 4.

(27) Idem, ref. anterior.

(28) Idem. folios 9 y 10.



El ataque sobre La Habana era inmediato. El día 9 fue crucial; los castillos de la Cabaña y del Morro se reforzaron con todas las fuerzas disponibles; en el primero, se instalaron dos baterías de tierra y fagina «en la una cuatro cañones y en la otra tres del Calibre de á 12», mandadas por el capitán de navío don Luis de Velasco —futuro héroe de la defensa—. Por desgracia, y como resultado de las primeras medidas adoptadas por la Junta de defensa, tan pronto como la primera brigada enemiga, mandada por Elliot conquistó Guanabacoa, se echaron a pique los mejores navíos de la escuadra española, antes de que corrieran el riesgo de ser aprehendidos por estas fuerzas ya en el interior, o se perdía toda posibilidad de réplica:

«La entrada de los Enemigos en Guanabacoa inspiró en en los animos de los Gefes que se hallaban, y mandavan en la Plaza la procedente desconfianza de q.<sup>o</sup> al día siguiente atacaria la Esquadra Enemiga los Castillos del Morro, y Punta, y trataria de forzar su entrada; y p.<sup>a</sup> precaver este lance, y quitar este escrupulo se exharon á pique los tres navíos de g.<sup>ra</sup>. El Nectuno, Europa y Asia, y cerraron el Puerto con una Cadena de Cables, y tozas. (El forzar el Puerto no es conseguible en tod.<sup>a</sup> tiemp.<sup>a</sup>, y mui difícil su execucion)» (29).

Al navío «Aguiles», de 70 cañones, —salvado del sacrificio—, se le asignó como objetivo batir «la Campaña baja de la Cabaña p.<sup>r</sup> la q.<sup>o</sup> se juzgaba devia pasar el Enemigo» (30). Pero los británicos burlaron esta vigilancia, y el fuerte de la Cabaña tuvo que ser precipitadamente abandonado por sus defensores, después de clavar o echar al agua los cañones de las baterías de refuerzo, subidos con dificultades por los soldados de la Marina, y por trescientos negros esclavos que había en la Plaza (31).

Así quedaba expedito el camino a la ciudad; sin navíos, con una guarnición de por sí reducida —unos 2.780 hombres (32)—, y además seriamente afectada por la fiebre amarilla, la suerte no podía ser otra que la derrota.

El general Albermarle y el almirante Pocotk, con quince mil hombres, se apoderan de ambas riberas de la bahía. Tomado el Torreón

(29) Idem, folio 11.

(30) Idem, idem.

(31) COROLEU, J.: Obr. cit. v. ref. (8); cit. pág. 90 tomo 111.

(32) ALCÁZAR MOLINA, C.: Obr. cit. v. ref. (15); cit. pág. 176.

de la Chorrera y dueños de la Cabaña, se van a dirigir hacia la ciudad; quedaba el castillo del Morro desafiando con enorme valor la manifiesta superioridad del enemigo. La ciudad se dispone a ejecutar una desesperada defensa; se mandó salir a los ancianos, mujeres y niños; se cerraron las bocacalles y se prepararon con urgencia varias «Compañía.<sup>a</sup> de Milicias con gentes del campo, estudiantes y Morenos, Tropa verdaderam.<sup>te</sup> rustica é inexperta para defender tan importante ventajoso puesto» (33).

Comenzó el sitio por La Habana. Albermarle, desde sus posiciones conquistadas, iniciaba el duro castigo artillero, especialmente desde las baterías instaladas en la Cabaña y Loma de San Lázaro, que batían la canal del Puerto y el casco urbano. El día 17, el general inglés despachó un edecán con bandera blanca, que cuando se aproximaba hacia el Morro, se le hicieron señales para que regresase, pues no se quería saber nada de capitulación. El día 19, se apoderaban de «La Ciudad de Santa María del rosario del Condado de Casabayona, y la saquearon sin embargo de la Combocatoria q.<sup>a</sup> hicieron a los vecinos por un Edicto fixado en nombre del Rey de la gran Bretaña» (34).

Mientras tanto, el coronel del regimiento de Edimburgo, Caro, pudo reunir una fuerza de voluntarios campesinos y guajiros, que desde el interior de la isla habían acudido para defender la capital. Este pequeño ejército sin apenas instrucción, pero dotados de alta moral y con gran valor, recibió el nombre de «Lanzeros de Santiago de Cuba» (35); algunas de sus compañías, formadas por morenos, se arrojaron con indecible arrojo sobre los ingleses que ocupaban el Camino Cubierto «con sable en mano y bolbieron con 7 prisioneros, entre ellos un Sargento de Bombarderos» (36). Incluso pasaron a las «planchas» o baterías flotantes dotadas con cañones de á 12 y 16, con las que consiguieron molestar a los enemigos. Algunos de los navíos españoles que no llegaron a ser hundidos, en-

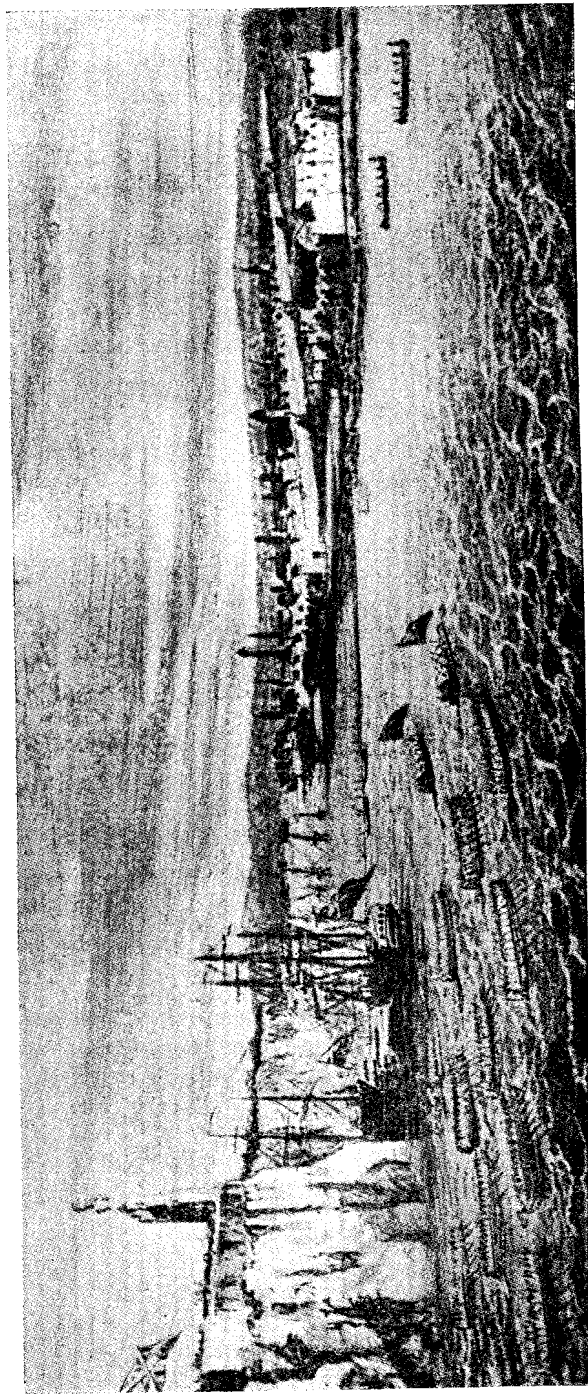
---

(33) «Relación de la acción de la Esquadra de S. M. B.»; docum. cit. v. ref. (24); cit. folio 12.

(34) Idem, idem.

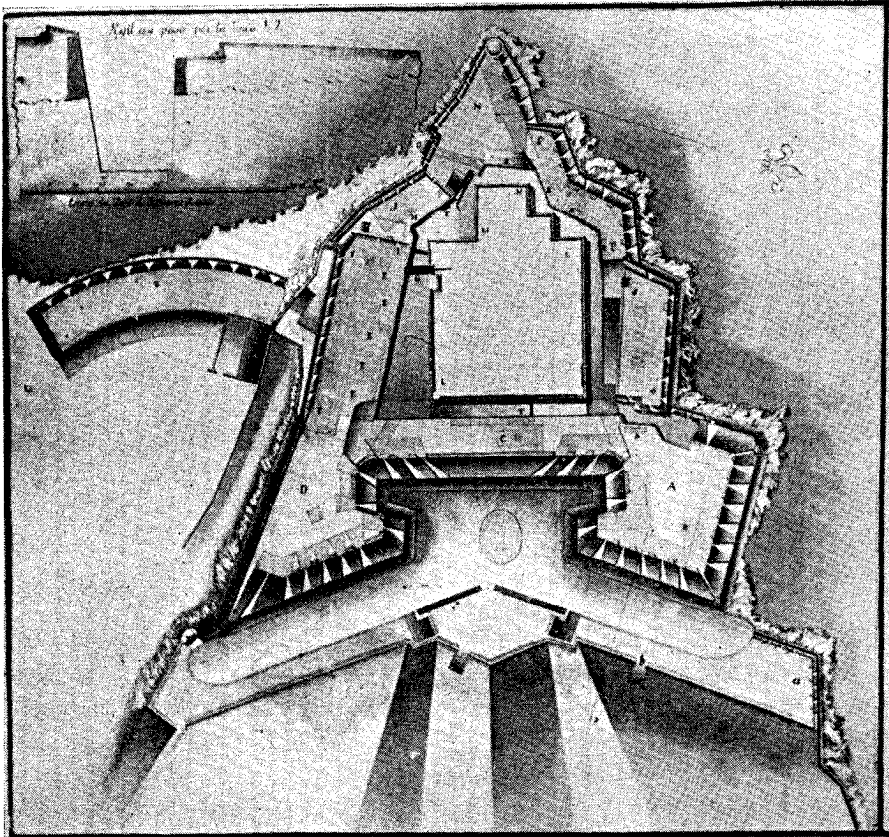
(35) El regimiento Lanzeros de Santiago de Cuba, era un grupo pintoresco, donde se mezclaban los mulátos e isleños sin más traje, muchos de ellos, que un camisón y calzones, ni más armas que chuzos y machete. Cit. de ALCÁZAR MOLINA. C.: Obr. cit. v. ref. (18); pág. 177.

(36) «Relación...»; docum. cit. v. ref. (24); cit. folio 13.



CONQUISTA DE LA HABANA POR LOS INGLESES

El navío almirante «NAMUR» de 90 cañones, del mando de Pocockt, penetra en la bahía. El Castillo del Morro, rota su gloriosa resistencia, luce la bandera inglesa, lanchas de desembarco repletas de soldados se dirigen hacia la Capital, es el día 13 de agosto de 1762. Cuba permanecería en poder de Inglaterra hasta el 7 de julio de 1763, en en que fue recuperada políticamente por el Tratado de París, 10 de febrero de 1763.



PLANO DEL CASTILLO DEL MORRO, DE LA HABANA

Se trata del proyecto de restauración de fines de 1763, con las nuevas obras de refuerzo para suplir sus deficiencias técnicas y reponer los destrozos que causaron los ingleses en el Sitio de 13 de junio a 13 de julio de 1762.

(Arch. de planos, Serv. Hist. Mil. Madrid; signaturas: K-b-10-18).

tre ellos, el «San Jenaro», «San Antonio» y el «Aquilón», se apostaron frente al muelle de la Caballería para batir en lo posible a la Cabaña.

#### LA DEFENSA DEL CASTILLO DEL MORRO (13 DE JUNIO A 13 DE JULIO)

Duramente sitiada la ciudad, el general Albermarle intenta la conquista del Morro, principal sostén defensivo de La Habana. Desde el día 13 de junio, el comodoro Keppel batía con relativa facilidad el castillo, donde su defensor el capitán don Luis de Velasco mantenía una admirable resistencia, mientras reclamaba al gobernador procediese a realizar una salida que destruyese los trabajos de mina del enemigo y rompiesen sus formaciones dispuestas para el asalto:

«El día 29, al ser de día se hizo una Salida de la Plaza al mando del Coronel d.<sup>n</sup> Alexandro Arroyo, la q.<sup>o</sup> marchó p.<sup>r</sup> enfrente del Castillo, y atacaron a los Enemigos en sus Trincheras, y la otra mitad que devia marchar p.<sup>r</sup> la derecha del primero, no le permitió la irregularidad del Terreno y la subida fragosa, montar á tiempo á lo alto de la Montaña; retardó con esto su abanze, p.<sup>r</sup> cuyo motivo el primer cuerpo llegó mucho antes á las Trincheras, y logró q.<sup>o</sup> las abandonar los Enemigos; pero examinando estos q.<sup>o</sup> los atacantes eran pocos, y el segundo cuerpo tardaría toavía en unirseles, aprovecharon esta desunión, y cargando con tezon á los pocos q.<sup>o</sup> se hallaban posesionados de las Baterias, los obligaron á una violenta retirada sin q.<sup>o</sup> se lograra el fin de Clavar la Artillería, y Morteros. El núm.<sup>o</sup> de la Tropa q.<sup>o</sup> componía la Salida era de 300 hombres...» (37).

Fracasado el intento de auxilio, debía entenderse que el castillo del Morro quedaba aislado a su infortunio. El día 1 de julio, sobre las diez de la mañana, se aproximaban al Morro tres navíos de la escuadra enemiga vomitando terrible fuego; resultaron ser la nave almirante de Pocztk —de 90 cañones—, y dos pesados de 70; «lo batieron con el mas activo fuego que pueda imaginarse estrechandolo al mismo tiempo con las Baterias de Cañones, y Morteros de la parte de Tierra: no es decible el fuego q.<sup>o</sup> aun mismo tiempo sufrió p.<sup>r</sup> ambos lados, ni el valor de los defensores, pare-

(37) «Relación...»; docum. cit. v. ref. (24); cit. folios 23 y 24.

ciéndoles maior gloria morir en medio de tan enfurecido bolcan, q.º vivir para triunfar...» (38).

Dentro del castillo, el capitán Velasco con sus hombres comenzaba una de las más gloriosas defensas que registra la historia de Ultramar. Sometido el Morro al duro castigo artillero, los baluartes y las cortinas comenzaron a resentirse, saltando los sillares que entierran entre las ruinas, soldados y cañones (39). Pero Velasco resistió la acometida, y del duelo salió mal librado el almirante Pocotk, pues su navio hubieron de remolcarlo seriamente averiado, veinte lanchas remolcadoras que acudieron con urgencia a salvarle. Desde el día 1 al 13, el castillo quedó sometido al constante cañoneo cada vez en mayores proporciones, en tanto que se producen voladuras y son continuos los intentos de asalto.

El día 15, el capitán Velasco gravemente enfermo, acude a las cortinas y entre las ruinas, dirige la defensa, animando con su presencia al heroico comportamiento de sus hombres; pero resultó herido y aún en contra de su voluntad fue relevado por el también capitán de navio don Francisco Medina, y conducido en medio de grandes dificultades a la plaza. Nueve días más tarde, el 24, sintiéndose con algún alivio de sus heridas, pidió con vehemencia al gobernador Prado Portocarrero, le permitiese volver al Morro, súplica a la que no pudo negarse, impresionado por tan admirable comportamiento :

«El 24 á las 6 de la tarde pasó d.º Luis de Velasco al Castillo del Morro á relevar al Capitán d.º Franc.º Medina; Fue acompañado del Marq.º Gonzales, Capitán de Navio, y esta noche hicieron su fuego acostumbrado a los Enemigos de las Trincheras con Granadas y Fusiles...» (40).

El castillo del Morro resistía, y con su ejemplo se acrecentaba la moral de los que en La Habana seguían con angustia el desarrollo de los acontecimientos. Los ingleses consiguen echar a pique la fragata «Perla» el día 26; y el 27, se apoderaban de la Loma de la

(38) Idem; cit. folio 26.

(39) Dice la «Relación» que «en este mismo día empezaron los Padres Belenistas a preparar moldes para fundir tres Morteros de bronce q.º consiguieron sacar sin pérdida ninguna en su fundición p.º que de alg.º modo pudieran subirse al Castillo p.º reforzar su artiller.º...»; cit. folio 2.

(40) «Relación...»; v. ref. (24); cit. folio 39.

Luz, cortando toda comunicación con la plaza. El 29, se registra la llegada de nuevos refuerzos para los enemigos, procedentes de Nueva York (41).

El día 30 de julio «entre la una y dos de la tarde, teniendo formado su ejercito en tres Cuerpos, cada uno en dos Columnas al parecer de 500 hombres, vigorizado su fuego de Artill.<sup>a</sup>, bombas, Granadas, y fusilería, bolaron la mina y dieron el Asalto...» (42). Fue el ataque definitivo. Así cayó el castillo del Morro, sin pérdida del honor, ganando impercedera gloria para la Historia de España y sirviendo de ejemplo a los hombres que en aquella guerra custodiaban los dilatados dominios de Ultramar, y en definitiva legando un preciado testimonio de clara virtud militar.

Había perecido durante el sitio, la mayor parte de los granaderos de los regimientos España y Aragón; los soldados de la Real Artillería y compañías enteras de Milicias. Cayeron igualmente cubiertos de gloria los de Marina y el «capit.<sup>n</sup> de Nabio Marqu.<sup>n</sup> Gonzalez q.<sup>o</sup> se había presentado Volunt.<sup>o</sup> para acompañar al capit.<sup>n</sup> Velasco el día 24...»

El capitán Velasco tuvo una actuación admirable, luchó en todo momento con enorme valor, y cuando intentaba detener el último asalto saliendo con sus hombres a luchar cuerpo a cuerpo, un bala de fusil le hirió en el pecho cayendo a tierra, regando con su sangre el suelo que con tanta firmeza estaba defendiendo. Sus soldados se lo llevaron arrastrando hasta la bóveda del Cuerpo de Guardia; el héroe en su delirio continúa dando órdenes para prolongar la resistencia a toda costa. Pero ya los ingleses, conducidos por el Comodoro Keppel se habían apoderado del castillo y penetran en la Plaza de Armas cubierta de cadáveres. Quiso Keppel conocer personalmente a quien defendió con tanto valor el Morro, y entrando en el Cuerpo de Guardia se encontró tendido en el suelo, mortalmente herido, al héroe español. Emocionado el jefe inglés se arrodilló para abrazarle, mientras Velasco en su agonía daba su última orden: «que me suceda quien no tema a la muerte». Keppel, perplejo, queriendo ofrecerle una prueba de su profunda admiración y respeto, dispuso que su cuerpo fuese llevado por los soldados que habían quedado en el Morro, a La Habana. Y mientras aquellos titanes

---

(41) ALCÁZAR MOLINA, C.: Obr. cit. v. ref. (15); cit. pág. 178.

(42) «Relación...»: v. ref. (24); cit. folio 41.

se llevaban a hombros a su capitán, la bandera inglesa era izada en el castillo, pero lentamente, en prueba de homenaje al héroe del Morro.

Aún duró la resistencia en la capital hasta el día 11 de agosto, en que se pediría la capitulación. La ciudad se entregó el 12, pero los ingleses no hicieron la entrada hasta el 13. La capitulación concedida por el general Albermarle fue altamente honrosa, como correspondía a tan brillante página de heroica resistencia. Toda la guarnición, con sus banderas y armas, a la que se le concedió honores militares, salió de La Habana para ser reembarcada camino de España.

Los ingleses fueron dueños de la capital y de toda la isla, desde el citado día 12 de agosto hasta el 7 de julio de 1763. Durante este tiempo, Cuba permaneció dividida en los bandos característicos de todo país conquistado. Por fin, la Paz de París de 10 de febrero de 1763, nos proporcionaba su recuperación, pero fue a costa de la Florida, con sus hermosos puertos de Pensacola y los territorios orientales del Missisipi, con lo que Inglaterra aseguraba el dominio en el área septentrional del Caribe. Para los hombres de la Corona en los restantes territorios del Caribe, sorprendidos por los acontecimientos, todo aquello significaba nuevos motivos de guerra. La nueva fase de la guerra no tardaría en aparecer; por de pronto ya se señalaban dos claros objetivos: Pensacola y las Bahamas, cuyo estudio merece por su importancia nuevos trabajos, que podrán ver la luz en las páginas de esta REVISTA.



# EL MOVIMIENTO ENVOLVENTE CONTRA LA LINEA FRANCESA FRENTE A CADIZ EN 1811 Y LA BATALLA DE CHICLANA

por CARLOS MARTINEZ-VALVERDE  
Capitán de Fragata

La batalla de Chiclana, en la Guerra de la Independencia, presenta gran interés, pese a su escaso efecto resolutivo; quizá precisamente por ello, ya que fue debido a diferentes causas muy complejas, cuyo análisis nos proporciona valiosas enseñanzas. Esta acción de guerra llegó a nosotros, en la mayor parte de las Historias, desfigurada en grado sumo, y es justo esclarecer los hechos en pro de la justicia y del honor de las Armas Españolas.

Parece que unos historiadores tomaron de otros la narración, y así se fueron reproduciendo y hasta aumentando los errores. Los ingleses, que son los que más estudiaron la batalla, se circunscribieron a reforzar las opiniones de Graham, su General, y a cantar, merecidamente, el ardoroso ataque al Cerro del Puerco y a sus estribaciones, digno en verdad de inmarcesibles lauros. Poco se expusieron, sin embargo, los puntos de vista de los españoles que en la batalla se batieron. La opinión de un sector en las Cortes de Cádiz, por motivos en gran parte políticos, se pronunció también del lado de los Mandos militares ingleses, que tomaron parte en la acción, opinión muy contraria a la del General en Jefe español y a su Estado Mayor y, en rigor, a la de los españoles del ejército expedicionario.

La batalla de Chiclana tiene lugar el día 5 de marzo de 1811, y se produce a consecuencia de un movimiento envolvente, emprendido, por mar, por las fuerzas que guarnecen la «fortaleza gaditana», reforzadas por otras de Ronda y de Gibraltar, contra la línea de bloqueo terrestre establecido ante aquélla por los franceses. «Fortaleza gaditana» es lo que se ha convertido en 1811 el conjunto formado por Cádiz y la Isla de León.

La línea francesa se extendía desde Sanlúcar, a Poniente, hasta Sancti-Petri, a Levante, y el ataque aliado de dicho día 5 se produjo a retaguardia de ella por este último punto, al tiempo que de frente tropas españolas pasaban el Caño de Sancti-Petri por su boca del Sur, por un puente de barcas tendido al efecto.

La batalla consta fundamentalmente de dos grandes combates: uno en el extremo noroeste de la playa de la Barrosa, contra las posiciones francesas de la zona de la Torre Bermeja y Molino de Almansa, retaguardia de las establecidas por los imperiales, ante la Isla, frente a la desembocadura del referido Caño de Sancti-Petri; otro sumamente sangriento, en el otro extremo sudeste de la playa, en la falda y altura del Cerro del Puerco y en la playa, contra las divisiones francesas con que el General Víctor manióbró desde Chiclana, tratando de envolver a las fuerzas aliadas. Los ingleses se fijan, por lo general, exclusivamente, en este segundo combate, en donde cobraron gloria sus Armas, y llaman a toda la batalla «de la Barrosa», por estar antiguamente coronada una altura del Cerro del Puerco por una torre llamada Vigía de la Barrosa. Algunos también la denominan batalla del Pinar, pero para nosotros es de Chiclana, puesto que se reñía para la posterior ocupación de este pueblo, que fue base de partida en último término de las fuerzas francesas.

El combate del Cerro del Puerco y sus inmediaciones puede a su vez considerarse dividido en otros tres, dos de ellos más coordinados entre sí y otro de mayor independencia. Los primeros son los sostenidos por dos agrupaciones inglesas contra dos divisiones francesas; el tercero, el llevado a cabo por las fuerzas españolas de tal fuerte contra una fuerza francesa de dragones e Infantería ligera, que quería llevar a cabo un movimiento envolvente, por la playa, del referido frente aliado en esa zona de la batalla.

El más amplio movimiento que los aliados hicieron por mar (Cádiz-Tarifa) para llegar a la batalla, estaba impuesto por la naturaleza del obstáculo que separaba las dos líneas adversarias; un obstáculo de caños y terrenos cenagosos de salina, muy difícil de atravesar «en fuerza» por cualquiera de los contendientes, pues si bien los aliados poseían abundantes medios navales para pasarlo (muy al contrario de los franceses), el hacerlo de frente y en gran número, hubiese ocasionado enorme cantidad de bajas, especialmente por la escasez de puntos de desembarco y la difícil viabilidad una vez puesto el pie en tierra.

Las fuerzas españolas ya se habían fogueado anteriormente en numerosos golpes de mano realizados durante un año de operaciones en el bloqueo terrestre sostenido por los franceses a Cádiz y San Fernando, de tal modo que muchas unidades, constituidas por soldados bisoños en un principio, tan sólo capaces de defender una línea detrás de unos parapetos, se habían transformado en otras aguerridas capaces de batirse con un enemigo fuerte, en campo abierto. El momento era propicio para la expedición, pues el Duque de Dalmacia, Soult, había llevado a Extremadura de las tropas de Víctor, que estaban frente a Cádiz, dos regimientos de Infantería y cinco de Caballería (J. Belmas, *Journeaux des Sièges*). El Mariscal Víctor había representado al Duque de Dalmacia cuán peligrosa era para el mantenimiento de su 1.<sup>er</sup> Cuerpo frente a Cádiz esta disminución de fuerzas, pero sin resultado. El Duque, por el contrario, le impulsaba a destacar aún más fuerzas que maniobrasen hacia Huelva. Así se queja el Duque de Bellune en el parte de campaña que a Berthier, Mayor General del Gran Ejército, da de la batalla.

Las fuerzas destinadas a la expedición que dio origen a la batalla de Chiclana, fueron españolas, inglesas y portuguesas. Al frente de las primeras se puso al Teniente General don Manuel de la Peña; eran unos 6.000 infantes, 500 caballos y 7 cañones. Al frente de los ingleses y portugueses, el también Teniente General Sir Thomas Graham; siendo aquéllas en total unos 5.100 hombres, de ellos 206 jinetes y con 10 cañones. Se dio el Mando del ejército así formado al general español, por ser más numerosas las tropas de nuestra nación (norma que se seguía con frecuencia). Don Manuel de la Peña, Capitán General de Andalucía y Jefe interino del Cuarto Ejército, era persona de carácter bondadoso y conciliador, mas de valor acreditado ya desde Bailén. Sir Thomas Graham, un noble escocés valeroso y experimentado en la guerra, pero de genio vivo y violento y de condición soberbia, profesaba un profundo odio a los franceses desde que los revolucionarios de aquel país, con el pretexto de que llevaba armas ocultas, habían registrado el fétetro en que trasladaba el cadáver de su bella esposa a través de Francia, desde la Riviera a Inglaterra (1).

---

(1) Este incidente fue el que le impulsó a la Milicia, ya en edad madura. Antes de la batalla de Chiclana había tomado parte en varias campañas, sin que

El Jefe de Estado Mayor o Mayor General del ejército expedicionario era el Mariscal de Campo don Luis Lacy, muy valeroso y enterado de su profesión, también de genio vivo y de un carácter impulsivo muy semejante en cierto modo al de Graham. Los caracteres de estas tres personas habían de influir grandemente en las relaciones que se establecieron entre los ejércitos aliados, especialmente en el momento de la acción y los que siguieron.

Consistía el plan establecido en trasladarse estas fuerzas por mar, gracias al dominio que de él tenían los aliados, a Tarifa, y en dicho puerto desembarcar; y reforzado el ejército por otras fuerzas inglesas de Gibraltar y por españoles de la Serranía de Ronda, al mando éstas del Brigadier Begines de los Ríos, organizarse y dirigirse sobre Medina Sidonia, para desde allí lanzarse sobre la línea de bloqueo francesa, por retaguardia, desbaratándola por Chiclana. Las tropas españolas de la Isla de León, en el momento oportuno, habían de atravesar el Caño de Sancti-Petri por un puente de barcas tendido desde la Isla, enfrente de la aún existente batería de Urrutia, a la Punta de la Sanidad, opuesta a aquélla; y desde una cabeza de puente en ella establecida, atacar de modo frontal las posiciones de las flechas del ala izquierda francesa, para después continuar hacia Chiclana; todo coordinado con el ataque por retaguardia lanzado por los expedicionarios.

A lo largo de la línea española, y de modo simultáneo con las anteriores acciones, de revés y de frente, había de amagarse toda la línea francesa, atacándola realmente por algunos de los puntos del extremo opuesto, procurando ocupar posiciones en ellos y en todo el resto fijar al enemigo. Estos ataques habían de hacerse a través del obstáculo acuático extendido entre las dos líneas, y en ellos habían de desempeñar importante papel las lanchas de fuerza, las cañoneras, las obuseras y las embarcaciones bombarderas.

Existió un plan de ataque, antes de llevar a cabo esta expedición, consistente en pasar las tropas el Caño de Sancti-Petri por su desembocadura, mientras fuerzas españolas transportadas desde Cádiz, las de San Roque y un solo batallón inglés (el 28) atacaban la línea por retaguardia, para atraer sobre ellos las fuerzas francesas. El plan estaba previsto para el 29 de enero (1811), pero el

---

la Fortuna le fuese muy propicia. Se había hallado en la rendición de Malta, en la retirada de John Moore y en la malograda expedición inglesa a Walcheren.

mal tiempo impidió la salida de Cádiz de la expedición. Sin embargo, las fuerzas que habían de venir desde Algeciras llevaron a cabo el movimiento previsto, apoderándose momentáneamente de Medina Sidonia, poco guarnecida en aquel instante por los imperiales. No obstante, éstos reaccionaron y hubieron de retirarse los españoles, el plan fracasó y hubo que idear uno nuevo, que fue el que llevó a cabo en febrero y marzo la expedición de Lapeña.

Las tropas angloportuguesas de esta expedición, mandadas por Graham como queda dicho, salieron, de Cádiz, en primer término; lo hicieron el día 21 de febrero, en un convoy de 20 barcos mayores; el mal tiempo no les permitió desembarcar en Tarifa, como estaba previsto, y hubieron de hacerlo en Algeciras, a donde llegaron el día 22; al siguiente pusieron el pie en tierra y se dirigieron a Tarifa. La «Royal Navy» con un admirable esfuerzo, «contra el viento», aún con mal tiempo, y para evitar los malos caminos, transportó por mar la artillería desde Algeciras. Con ella y con los víveres que el Gobernador de Gibraltar envió a lomo de mulas, Graham pudo reunir en Tarifa su ejército en disposición de operar.

Las tropas españolas, transportadas en embarcaciones de menor porte, tuvieron que demorar su salida de Cádiz hasta el día 26, en que lo hicieron en un convoy de 200 velas, escoltado por la corbeta de guerra «Diana» y alguna fuerza sutil de cañoneros, mandando la expedición naval el Capitán de navío Mourelle. Desembarcaron en Tarifa el día 27, al anochecer, excepto algunas unidades cuyos transportes (unas 10 embarcaciones), fueron arrastrados hasta Algeciras. Desde aquí, por tierra, se incorporaron.

El día 28, ya reunido el ejército expedicionario, se puso en marcha, dividido en tres Cuerpos: el de vanguardia formado por 5 batallones, mandado por el brigadier Lardizábal; el del centro con 6 batallones y 4 escuadrones de Caballería, al mando del Príncipe de Anglona, y el de retaguardia, llamado de reserva, constituido por las tropas inglesas y portuguesas, mandado por el General Graham. Llevaba también éste a sus órdenes dos batallones españoles (Ciudad Real y 4.º de Guardias Walonas). Graham agregó, por su parte, a la Caballería española mandada por Whittingham, sus dos escuadrones de húsares hannoverianos de la Legión Alemana. Whittingham era de nacionalidad inglesa, pero General del Ejército español; ya había salido con Castaños el año 1808 para batirse en Bailén.

Al llegar al puerto de Facinas, Lapeña, para ocultar su presencia, hizo acampar sus tropas en una dehesa, retirando de día las grandes guardias y puestos avanzados que se establecían de noche; y así esperó «la llegada de multitud de efectos que no le habían llegado aún de Tarifa».

Desde Facinas, los aliados podían tomar dos caminos: bien el que lleva directamente a Vejer, o el que conduce a Casas Viejas, ambos separados por la laguna de la Janda. El de Vejer era el mejor para el tráfico, pero el peor estratégicamente considerado, ya que sería el más vigilado, mientras que el de Casas Viejas, menos directo, continuaba después hacia Medina, desde donde, como estaba previsto, se podía amenazar la retaguardia francesa atrayendo las fuerzas de la línea de bloqueo, de tal suerte que quedase aquélla desguarnecida y a merced de la salida de las fuerzas de la Isla. Lapeña resolvió tomar este segundo camino; o sea, el de Casas Viejas, si bien con intención de también atacar Vejer al mismo tiempo.

Como era lógico, para llegar al enemigo por sorpresa y tenerle siempre desconcertado, el General Lapeña organizó la aproximación a base de marchas nocturnas, que le fueron muy criticadas por algunos historiadores británicos. Así salió de Facinas al atardecer del 1.º de marzo. Los ingleses se extraviaron y contramarcharon, perdiendo el verdadero camino, hasta que al fin lo encontraron.

La vanguardia española alcanzó Casas Viejas, donde había dos compañías francesas que tomaron posiciones en un convento y presentaron resistencia, hasta que vieron la cuantía de las fuerzas que se les venían encima y emprendieron la retirada. La caballería española y alemana les persiguió acuchillándolas. Estas fuerzas francesas era una avanzada de la división del General Cassagne, destacada por Víctor a Medina Sidonia, donde se había atrincherado fuertemente con artillería.

En Casas Viejas fue reforzado el ejército expedicionario aliado por la división de Begines de los Ríos, de 1.600 infantes y alguna Caballería. Así quedó Lapeña al frente de un Cuerpo de 12.000 infantes, 800 caballos y 24 piezas de artillería. Al saber este General en Jefe que Medina estaba bien guarnecida, y conocedor de lo dominante de su posición, pensó que su conquista podría proporcionarle gran retraso en la maniobra proyectada de ataque por sorpresa a la línea de bloqueo con el concurso de las fuerzas de la Isla. Napier, en su *Historia*, mantiene que Lapeña no debía desear otra

cosa mejor que encontrarse a los franceses de Cassagne aislados en Medina Sidonia, para batirlos por separado. Recordaremos en contra de esta teoría, el retraso perjudicial que le produjo a Wellington en su campaña de 1812 el obstinarse en la ocupación del Castillo de Burgos, defendido por 2.000 hombres (18 septiembre-22 octubre). Medina Sidonia era y es una dominante posición, no fácil de conquistar si está bien fortificada y guarnecida, y tampoco era aconsejable dejarla a un lado y pasar adelante, quedando atrás los efectivos de Cassagne, que, según los franceses hechos prisioneros en Casas Viejas (y según el inglés Fortescue), eran de 3.000 hombres (algunos historiadores dicen 2.000) con 7 piezas de artillería.

El estado de fuerzas anexo al parte de campaña del Mariscal Víctor al Emperador, da como enviados a Medina 2.350 hombres. El Comandante de batallón, francés, Vigo Roussillon, en sus *Memorias*, da la cifra de 3.000 infantes y toda la Caballería (Víctor se quedó con los dragones). Lógico es pensar que cualquier detención daría tiempo al acercamiento de las divisiones de Víctor, que se batirían con el apoyo de la de Cassagne en posición dominante, y si la tardanza en ocuparla era mayor, aún podrían, incluso, venir fuerzas de Sebastiani: este refuerzo del 1.<sup>er</sup> Cuerpo por el 4.<sup>o</sup> no es más ni menos que lo que Napoleón pensó debía de haberse hecho, como más adelante veremos, ante el ataque aliado contra la línea frente a Cádiz y la Isla establecida. Como veremos, el día 21 de marzo, es decir, dieciséis días después de la batalla de Chiclana, a pesar del retraso con que actuó Sebastiani, que le hizo merecer ser vituperado por el Emperador, llegaban a Medina algunos de sus batallones.

El plan trazado por Víctor no era, sin embargo, resistir en Medina con las tropas de Cassagne, mientras acudían las dos divisiones de Ruffin y de Leval bajo su mando directo. En el parte de las operaciones que da al Emperador, dice que a Cassagne le había dado la misión de «observar atentamente al enemigo, dándole cuenta de todos sus movimientos, y en el caso de que desembocase por Medina, replegarse lentamente sobre Chiclana, atrayéndole en esta dirección. El se dirigía desde el Cortijo de Guerra hasta Medina, con 4.500 hombres que había podido reunir de las divisiones Ruffin y Leval, para atacar al enemigo durante su marcha» (por retaguardia). «Al mismo tiempo, el General Villatte, que se había quedado en Chiclana con algunos batallones, se uniría al General Cas-

sagne y atacaría al enemigo saliéndole al paso». Pensaba así coger a los expedicionarios entre dos fuegos y en una formación de marcha.

Tal como se desarrollaron los hechos, la división Cassagne no pudo intervenir, como veremos, en la batalla. El que quedasen dichas fuerzas francesas inactivas, por el cambio de itinerario de la expedición, el que Víctor no fuese reforzado y el que, por el contrario, pudiesen tomar parte en la acción las fuerzas españolas de la Isla, puede considerarse no la consecuencia de un fallo de Lapeña, según Napier indica, sino muy al contrario, como una hábil maniobra del General español.

Lapeña, analizando la situación, resolvió el cambio de itinerario y el dirigirse por Vejer hacia Sancti-Petri; pero para fijar a Cassagne en Medina lanzó desde Casas Viejas hacia dicha posición un destacamento, no sólo para «to watch», es decir, vigilar, a Cassagne, como dice Napier, sino efectuando una demostración, para que no sólo aquél, sino Víctor, por medio de las informaciones de su subordinado, creyesen a Medina el objetivo de la expedición y maniobrasen en consecuencia, dejando a los aliados en mejores condiciones de atacar la línea por Sancti-Petri; y para que si el Mariscal Víctor llegaba a tiempo al combate, que al menos Cassagne, con su división, no pudiese intervenir en la primera acción que se riñese. Lo que consiguió totalmente.

Pasados muchos años se había de oír y reputar como ortodoxo este sistema de ataque a una línea enemiga, expuesto esta vez en lo naval por el estratega norteamericano Maham. Mantiene éste que el punto más favorable para atacar una línea es un extremo, más difícilmente reforzable que cualquier punto del centro, y, con preferencia debe atacarse al extremo más cercano a la línea de comunicaciones del enemigo. El punto más ventajoso para los aliados era, en las operaciones de marzo de 1811, el extremo de la línea francesa, en Sancti-Petri.

Continuemos con la marcha de aproximación: Lapeña plantea la marcha del ejército desde Casas Viejas, hacia Vejer, ya ocupado, no por el camino más directo, sino por el de más al Sur, volviendo a pasar nuevamente los ríos Celemín y Barbate, en los que solamente había vados en las cercanías de Casas Viejas.

Según Fortescue en su *Historia del Ejército Inglés*, el camino de la Mediana fue escogido por Graham; dice que este General al-



canzó, a galope, a Lapeña, que iba más avanzado que él en la columna y, creyendo que el General en Jefe contramarchaba dirigiéndose de nuevo hacia Facinas, le convenció que tomase el referido camino de la Mediana. Pone Fortescue sobre las espaldas de Graham la responsabilidad de la marcha por el camino inundado, en donde llegaba el agua a los hombros a la altura del pecho durante un largo trecho, así como también le adjudica el mérito de la organización del paso de la artillería ante el titubeo —dice— de los españoles, a los que ridiculiza un tanto. Hace constar que en 12 millas de camino hasta Vejer, tardaron los expedicionarios quince horas, y que la marcha por el camino escogido en principio por Lapeña, por consejos de los guías, hubiese aumentado la distancia en 20 millas. Calculemos: a cuatro kilómetros por hora, en las quince horas hubiesen podido cubrir 60 kilómetros, en vez de los 48 que anduvieron, es decir: que había margen para, que en ese tiempo, andar mucho más, sí, pero con menos fatiga y no hubiesen tenido que llegar empapados al tener que andar por la Mediana con el agua hasta el pecho. El mismo Fortescue, dice que con el frío y la mojadura, lo que era de esperar, veintenas si no centenares, tuvieron que ser mandados al hospital.

Llegaron los aliados frente a Vejer entre las ocho y nueve de la noche, y la retaguardia de Caballería a las doce.

Como antes queda dicho, para efectuar una demostración sobre Medina, Lapeña había dejado en Casas Viejas un destacamento. Este estaba formado por un Cuerpo de Patriotas y el escuadrón de Ubrique «para que adelantasen sus grandes guardias y formasen las mismas hogueras que habíamos tenido la noche anterior», es decir no para vigilar, *sino para mostrarse*. El que hace por ser notado puede también vigilar, es verdad, pero su cometido principal es engañar al enemigo si la maniobra es tan sólo aparente. Con objeto de seguir manteniendo la atención de los franceses sobre Medina, no sólo desde Casas Viejas, sino también desde Vejer, donde forzosamente habían sido señaladas sus fuerzas al atacarlo, envió también desde ese pueblo sobre Medina al Escuadrón de Voluntarios de Madrid y al Batallón ligero de Valencia de Alburquerque.

El resto del ejército expedicionario salió de Vejer por el camino que conduce hacia Chiclana el día 4 a las cinco de la tarde, tomando esta dirección en su marcha de aproximación, eficazmente en-

mascarada ésta por las demostraciones antes expuestas, que en efecto engañaron a Cassagne y durante mucho tiempo a Víctor, que reiteraba su orden al primero de seguir en Medina, y aunque los dragones que se retiraron de Vejer le participaron la presencia en este pueblo de los españoles, las informaciones de Cassagne seguían denunciando obstinadamente que los aliados se les venían encima no solamente por el camino de Casas Viejas, sino también por el de Vejer. Con ello quedaba, pues, bien encubierto el verdadero movimiento del ejército aliado.

Antes de salir de aquel pueblo, el día 4 firmaba Lacy, como Jefe de Estado Mayor, las pertinentes «Previsiones».

En el lugar llamado de la Lobita, a un cuarto de legua de Conil, dejó el ejército expedicionario la dirección de Chiclana y tomó la del Cerro de la Cabeza del Puerco, llevando un escuadrón desplegado que le servía de exploración, cubriendo la marcha del lado de Chiclana. Y Lapeña dice de esta fase de la aproximación: «En este punto se habían encontrado nuestras guerillas de vanguardia con la caballería francesa, que las cargó de improviso, y habiéndose empeñado un fuerte tiroteo, obligó a hacer alto a la columna, y aún a variar el orden de marcha».

El General en Jefe, desde Vejer, a las ocho de la mañana del día 4, había enviado al General Zayas, que había quedado al frente de la guarnición de la Isla, un Oficial del Regimiento de Carmona con un oficio (instruyéndole del plan —dice Lapeña—, y de que era llegado el momento de verificar el todo de la combinación, de que debía resultar atacar a toda la línea enemiga desde la costa de Poniente hasta Sancti-Petri; jugando a la vez cerca de 1.000 cañones». Pero el falucho que llevaba a dicho oficial, fue apresado por un bergantín inglés y siéndole sospechoso, le tuvo detenido dos días, con lo que el aviso no llegó, y sigue Lapeña: «Bien es que el aviso que había dado a dicho General desde Casas Viejas bastaba para estar prevenido a ejecutar mis anteriores órdenes; pero yo ignoraba el suceso desgraciado de la noche del 3 (noche del 3 al 4), en el puente de Sancti-Petri». Este puente era el de barcas que, para pasar las tropas de la Isla, se tendió el día 2, estableciéndose su cabeza, fortificada, en la Punta de la Sanidad. Fue sorprendida la guarnición de aquélla por cuatro compañías francesas (dice Belmas en *Journéaux des Sièges*), acercándose los primeros atacantes por la zona que deja al descubierto la marea baja, ocultos aquéllos por

las sombras que las tierras más elevadas arrojaban en el terreno bajo, por efecto de la luz lunar. Los españoles hubieron de retirarse con grandes pérdidas, y sólo gracias al heroísmo de los Cazadores del Regimiento de Irlanda y a cortarse a tiempo el puente, pudo impedirse que los franceses penetrasen en la Isla.

El Mariscal Víctor, en su parte al Mayor General Berthier, dice que el ataque a la cabeza de puente fue llevado a cabo por dos compañías de Voltigeurs del 95, aunque probablemente las apoyaron otras fuerzas; si pasaban el puente poco podían hacer dos compañías. Estas pertenecían a la división Villatte, y torpe sería no tener prevista la explotación del posible éxito. Noticias españolas hablan de tres regimientos franceses tomando parte en la operación. Por el lado español se batieron batallones de Reales Guardias españolas y walonas. Señala Víctor en el mencionado documento, que los españoles fueron sorprendidos «trabajando y con el fusil en bandolera»; que los del 95 causaron tal desorden, que los españoles perdieron muchos hombres, hechos prisioneros, entre ellos un Coronel y tres Capitanes, y que tuvieron las Reales Guardias 150 muertos por las armas y 200 ahogados. Asegura el de Bellune que hubo soldados franceses que pasaron al otro lado del puente y que volvieron a sus líneas en la confusión, mezclados con los españoles que acudieron al contraataque.

Sigamos con la aproximación de las fuerzas aliadas expedicionarias; éstas llegaron al Cerro de la Cabeza del Puerco a las ocho de la mañana del día 5. Lapeña tenía previsto haber llegado antes, pues se expresa así: «El reconocimiento del bosque durante la noche, y las demás precauciones consiguientes, con las dudas de los guías acerca del verdadero camino, produjeron el retardo de dos horas, que son precisamente las que faltaron para llegar la vanguardia a Sancti-Petri (y por lo tanto al Cerro del Puerco), según había ordenado». Pretendía atacar las posiciones francesas al amanecer.

La vanguardia española, ya en el Cerro hizo flamear banderolas y tiró algunos cañonazos para hacerse notar de los de la Isla. Napier dice que Lapeña no hizo señales, pero lo cierto es que el General en su Representación a las Cortes asegura que las hizo. En dicho documento expresa la inacción que encontró en Sancti-Petri, «a pesar de las repetidas señales con banderolas, los cañonazos que hicimos tirar desde aquel punto, y sobre todo la vista del ejército situado la mayor parte en la cima de dicho Cerro». Esta demos-

tración de fuerza sí que pudo evitarse dejando la altura por la derecha de la columna y cubriéndola de las vistas del enemigo. Debiera haberse hecho así, pues lo mismo que Lapeña esperaba que dicho ejército «podía y debía verse desde Sancti-Petri», lo propio les ocurriría a los franceses desde sus posiciones de la Bermeja y de Chiclana; incluso, pudiendo tener de este modo una completa confirmación de la verdadera dirección del ataque «en fuerza». El hecho es que el General en Jefe quedó sorprendido extraordinariamente con el silencio de toda la línea, y sobre todo de la falta de actividad que se observaba en Sancti-Petri.

La caballería española de exploración continuó por el bosque con dirección noroeste, hasta establecer contacto con las posiciones francesas de Torre Bermeja. La División de vanguardia, mandada por el Brigadier Lardizábal, una vez reforzada por tropas del de Anglona, y tras muy corto descanso, rebasó el Cerro del Puerco, ya después de las ocho de la mañana, y se dirigió hacia la línea Torre Bermeja-Molino de Almansa para llevar a cabo un ataque oblicuo sobre la línea de flechas que defendía aquella posición y campamento. Al apreciarse en el pinar que habían de atravesar los atacantes la existencia de «un Cuerpo de Caballería enemiga» (que cargó a la exploración española a las nueve horas), ordenó el General fuese reforzada la fuerza de ataque con un escuadrón español y que la siguiese en segundo escalón una sección (la mitad aproximadamente) de la 2.ª División. La línea enemiga, reforzada, estaba guarnecida por la división Villate, fuerte de unos 4.000 hombres según informes posteriores de los prisioneros; Belmas, en su *Journeaux des Sièges*, dice que tan sólo tenía 3.000. Constituían dicha División francesa los regimientos 27, 94, 95 y 2.º de dragones, con dos cañones y un obús (la mayor parte de la artillería la tenían asentada mirando hacia la Isla).

De fiarnos del estado de fuerza que une Victor en sus partes oficiales, esta división estaba constituida, en efecto, por los regimientos antes dichos; el 5.º de Cazadores formaba parte de ella, pero había sido destacado a Medina, así como algunas fracciones de otros Cuerpos. Dice que le quedaban a Villatte 2.730 hombres para maniobrar y 600 para ocupar las posiciones comprendidas entre Chiclana y Sancti-Petri. Pero en el referido estado de fuerza no habla de la artillería, ni tampoco de las fuerzas españolas al servicio de Napoleón; ¿es que no las empleó para guarnecer la línea? Noticias de origen propio, imprecisas, aseguran que sí, y que ha-

bía al menos en cada pueblo importante: Sánlúcar, Puerto de Santa María, Puerto Real, Chiclana... En unos sitios un batallón, en otros dos compañías. Hay que añadir a los efectivos imperiales preparados en ese sector, las fuerzas que guarnecían la línea.

Precisemos lo más posible lo que ocurre en cada momento al seguir con las operaciones: a las once horas, cuarenta y cinco minutos, se notifica al General Zayas, por parte telegráfico, «que las tropas del General Lapeña operan a retaguardia de las líneas francesas», es decir, que empieza el ataque de Lardizábal. A la primera embestida de los españoles, ceden un poco los franceses, pero éstos —dice Lacy en el *Diario de Operaciones*—, «rehechos y reforzados, vuelven a la carga; ceden los nuestros un tanto»; llega casi a quedar envuelto el batallón ligero de Campo Mayor y aún a apoderarse el enemigo de la artillería, pero salva la situación Lardizábal con gran riesgo personal, atacando con el regimiento de Murcia, mandado por su coronel don Juan Muñoz, que carga furiosamente al enemigo y lo rechaza, «haciéndose general su desordenada fuga con los vigorosos esfuerzos de parte del batallón de Canarias, todo el tercero de Reales Guardias Españolas y el regimiento de Africa que llegó también a la sazón».

El puente de barcas, tendido desde la Isla el día 2, estaba cortado, como queda dicho, pero Zayas no bien apreció, por el fuego, el ataque aliado, ordenó tenderlo de nuevo, y con esta actividad quedaron fijados los efectivos franceses por el lado de la posición que miraba a la Isla (2). Poco antes del mediodía, el General Lapeña viendo la resistencia obstinada de los franceses en Torre Bermeja, a pesar de haber mandado al Príncipe de Anglona con el resto de su división en apoyo de Lardizábal, y considerando que era de capital importancia asegurar antes que nada la comunicación con la Isla para ulteriores operaciones, pues de ella debía recibir víveres, municiones de que estaba muy necesitado, y artillería y caballería que eran escasas, e incluso asegurar una línea de retirada en caso de desgracia, dio a elegir al General Graham sobre ser él el

---

(2) Víctor, en sus partes, manifiesta que eran dos batallones, y que para que no se viesen comprometidos dio orden, a su llegada a Chiclana, de que se replegasen sobre su División, para que toda ella atacase «las cabezas de las columnas enemigas que marchaban sobre Sancti-Petri». Es de esperar quedasen, sin embargo, observando a los españoles de la Isla para no dejarles tender el puente impunemente, pasar por él y marchar a atacar de revés a Villatte.

que se adelantase con su División a reforzar la acción de Lardizábal en la zona de la Bermeja, o quedar protegiendo la retaguardia del Ejército y que el que avanzase fuese Begines. El General inglés eligió ser su División la que avanzase, y así como a las doce, la puso en marcha por el lado derecho de la zona de ataque, asegurando de este modo el flanco de este lado, de Lardizábal, para impedir fuese envuelto por la fuerza de Villatte si atravesaban el arroyo. Los ingleses, pues, estaban más descansados que los españoles, por haber permanecido más tiempo esperando en el Cerro de la Cabeza del Puerco. Habían llegado a eso de las nueve de la mañana y como queda dicho, se pusieron en movimiento a las doce; aún no habían pasado el canal las tropas de la Isla.

Lapeña, al tener la mayor parte de sus tropas en Torre Bermeja o en marcha hacia ella, dejó el Cerro del Puerco y con su Estado Mayor se dirigió a galope por la playa hacia aquella zona. A la una de la tarde —dice Zayas en su parte— «nuestras tropas se han apoderado sin disparar un tiro de la batería de las Flechas» (3). Los franceses se habían retirado, pero seguían presentando resistencia frente a las fuerzas expedicionarias. Según el parte verbal del General Lapeña, a la una y media pasaba Zayas el río (4); es decir, hasta las trece horas treinta minutos, no había quedado asegurada la comunicación con la Isla. De las tropas que pasaron de la Isla pronto hubieron de operar por la izquierda algunas compañías de Cazadores del Regimiento de Irlanda (Diario del Estado Mayor), por correrse hacia este flanco las fuerzas de Villatte y progresar mucho hacia el Molino de Almansa por el camino de Chiclaña; es decir, que después de la una y media aún se combatía intensamente contra Villatte y a esa hora se combatía también en el Cerro del Puerco.

En dicha altura habían quedado los batallones de Cantabria y

---

(3) La batería de las Flechas se hallaba avanzada a vanguardia de la línea francesa que miraba a Sancti-Petri; es decir, más adelantada que la línea que pudiéramos llamar «fundamental de resistencia», Molino de Almansa-Torre Bermeja. Este movimiento de las fuerzas de Zayas, que ocupan esta posición sin disparar un tiro, concuerda con un repliegue de los franceses sobre el grueso de su división, pero era «a la una de la tarde».

(4) Podemos interpretar que a esta hora lo pasaba el grueso de sus tropas, y media hora antes lo habían hecho las vanguardias de Zayas, las cuales eran las que habían ocupado la batería de las Flechas, según dice en su parte.

Sigüenza, a las órdenes del Brigadier Begines de los Ríos, y los, también españoles, de Ciudad Real y Guardias Walonas, a las del Brigadier J. de la Cruz Mourgeon, que además tuvo con él en los primeros momentos las compañías de flanqueadores de los regimientos británicos números 9 y 82, Royal Norfolk y South Lancashire, respectivamente, ambas a las órdenes del Mayor Browne, que habían quedado guardando los bagajes de Graham. El tren español se alineaba a lo largo de la playa, desde el pie de la Torre de la Barrosa con dirección a la Bermeja. Lo protegían los dos escuadrones hannoverianos, dos españoles de Granaderos del Ejército y dos Compañías de Instrucción también españolas, mandadas todas las fuerzas de esta arma por el Mariscal de campo Whittingham. Todas las que quedaron en el Cerro del Puerco y sus inmediaciones formaban, como dice Lacy en las contestaciones al interrogatorio a que fue sometido después de la batalla, «el último escalón del ataque oblicuo a las órdenes del General Whittingham»; tenían cuatro piezas de artillería. Las municiones de reserva e impedimenta, y estas tropas —continúa Lacy—, «debían seguir el movimiento (hacia la Bermeja), luego que nos vieses completamente posesionados (de dicho punto) y en el caso que sucedió (y que también fue previsto) de que alguna columna enemiga durante la marcha, tratase de envolver nuestro flanco derecho o retaguardia, sirviesen para cubrir la del ejército, disputando la infantería la entrada del bosque y la caballería el paso por la playa, respecto de que a todo trance era menester franquear el paso de Sancti-Petri que ya estaba vencido, aunque no asegurado».

Cuando la División anglo-portuguesa había recorrido próximamente la mitad de su camino hacia la Bermeja, a eso de la una del día, y Lapeña estaba ya con su Estado Mayor en la zona de dicha Torre, recibió el General Graham noticia, por la exploración de sus jinetes, de que el enemigo se presentaba en fuerza en el llano, aproximadamente por las inmediaciones de Campano, y se dirigía a «las alturas de la Barrosa» (Cerro de la Cabeza del Puerco). Tomemos sus palabras en el Parte que elevó este General a Lord Liverpool, Ministro de la Guerra de S. M. Británica: «Considerando yo aquella posición (Cerro del Puerco), como la llave de Sancti-Petri, inmediatamente mandé la contramarcha con el fin de sostener las tropas que se habían dexado para su defensa; y la rapidez con que fue executada esta operación, sirvió de presagio favorable» —no se

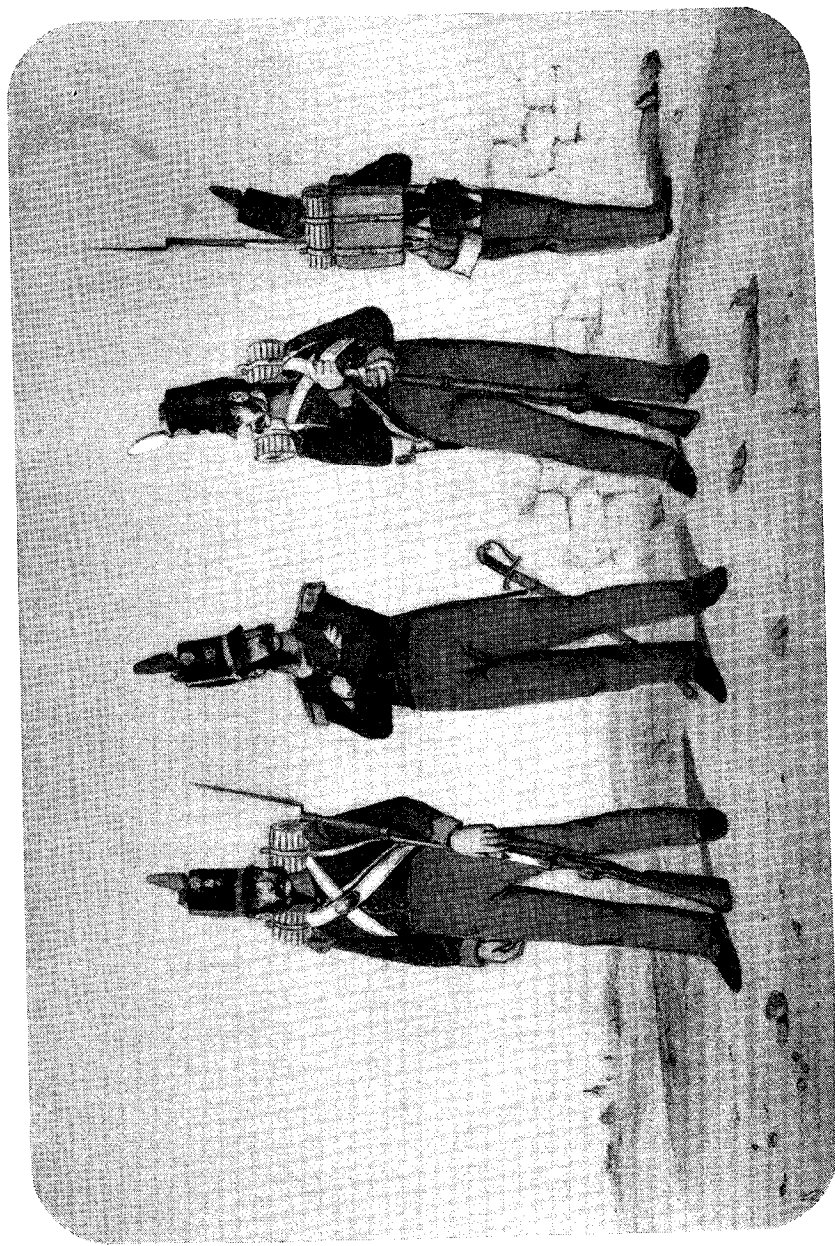
habían dejado las tropas, como veremos, para defender el Cerro a todo trance; la maniobra de los ingleses se hizo con rapidez, si bien con el desorden forzado por la urgencia—. Continúa: «Antes de salir de los pinares se oyó que las tropas situadas en la altura de la Barrosa se retiraban de aquel puesto, mientras que el ala izquierda del enemigo subía con rapidez (División Ruffin), al mismo tiempo que su derecha permanecía en la llanura de la orilla del pinar, a la distancia de tiro de cañón» (División Leval). «El movimiento envolvente de los franceses por la playa no podían verlo, y así no se explica qué hacían las tropas españolas (véase planos).

Víctor, en su parte al Emperador, se expresa: «A mi llegada a Chiclana vi al ejército enemigo marchando en columna por la playa. Su cabeza no estaba muy alejada de nuestras líneas de Sancti-Petri. Las divisiones Leval y Ruffin llegaban, pero el General Casagne estaba aún lejos; no podía acercarse a nosotros antes de la medianoche, pero esperándole perderíamos la ocasión favorable que nos ofrecía la situación del enemigo, en la que podíamos atacarle con ventaja, sin darle tiempo a formarse». Continúa diciendo que el enemigo, oculto en parte por un bosque, no podía ver a los franceses, pero ello también hacía que, a su vez, apreciase erróneamente la situación, de tal forma que la salida del bosque de los ingleses cogió de improviso especialmente a la división Leval.

De documentos franceses, los interceptados del Coronel Barón de Le Jeune, Ayudante de Campo del Mayor General Berthier, y su enviado especial para informar, podemos entresacar: «El Mariscal Víctor, informado con retraso de la verdadera dirección seguida por el enemigo, había llegado a Chiclana el 15 de marzo, entre las ocho y nueve de la mañana, seguido por los batallones de las divisiones 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>». Los efectivos de éstas eran, según los mencionados documentos, de 5.000 hombres entre ambas. El plan que había concebido primeramente, dice Le Jeune, «era dejar a Villatte sosteniendo débilmente las posiciones de Torre Bermeja y tratar de llevar a los aliados al pie de las fortificaciones de Santa Ana, donde se encontrarían en situación harto difícil».

Esta maniobra no la da por prevista Víctor, ni en su parte a Napoleón ni en su parte a Berthier. La realidad no fue tampoco así, sino que los de Villatte resistieron tenazmente; tenemos noticias de ello en los partes españoles y en las noticias de origen inglés, por ejemplo, en la *History of the British Army*, de Fortescue. No se





Infantería española hacia 1811. (Del *Album de la Infantería Española*, dibujado por Villegas, bajo la dirección del Conde de Cionard).



Caballería española hacia 1808 (coraceros y lanceros de la Legión extremeña). (Del *Album de la Caballería Española*, dibujado por Villegas, bajo la dirección de Clonard).

concibe eso de que se abandone tan fácilmente el interceptar a los aliados la comunicación con la Isla, por donde habian de recibir refuerzos, y por donde, si el caso llegaba, podían retirarse. El Mariscal Víctor dice en su parte al Emperador: «Mientras que las divisiones Leval y Ruffin combatían con los ingleses, el General Villatte resistía al ejército español cerca de Sancti-Petri. El fuego duró, en este sector, hasta que cerró la noche». Es decir, mucho después de cesar en el Cerro del Puerco y en sus estribaciones. También expresa erróneamente Le Jeune lo que sigue exponiendo del plan, diciendo que Víctor pretendía «cortar la retirada de los españoles hacia las montañas»; nunca se hubiesen retirado hacia ellas de haber estado establecida la comunicación con la Isla. «Durante esta maniobra —sigue Le Jeune— el Mariscal Víctor en persona, con la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> división, se dirigió entre Conil y Sancti-Petri, aproximadamente a la altura de Torre Barrosa, con la intención de cortar al enemigo la retirada hacia las montañas». Este segundo movimiento evidentemente fue el efectuado por Víctor, pero no con esas intenciones. Con las dos divisiones se había dirigido desde la bifurcación de la carretera a Málaga con el camino de Campano, hacia el Cerro del Puerco, con la idea de atacarlo según dos direcciones y además envolverlo por la playa, con la Caballería y la Infantería ligera, 1.<sup>a</sup> de Dragones (200 caballos) y 9.<sup>o</sup> de Infantería ligera (400 hombres), fuerzas que se separaron del itinerario de Ruffin en las cercanías de la Laguna del Puerco. La artillería, como veremos más adelante, quedó retrasada en este movimiento.

La división de Leval debía atacar al Cerro por su parte nordeste, y la de Ruffin por su parte sudeste. Al ver avanzar a los franceses sobre el referido Cerro, las fuerzas aliadas que lo ocupaban dejaron la pelada altura para replegarse más cerca del grueso, tomando posiciones en la linde del bosque; era la maniobra que habian de hacer para no dejar tanta distancia entre los dos frentes de combate que se iban a constituir, a fin de no permitir ser atacadas en dos direcciones, ni envueltas, y mejorar su posición, situándola a distancia a que fuese ineficaz la artillería de Ruffin (5). Begines se retiró hasta la linde del bosque, que en la costa está en el barran-

---

(5) Vigo Roussillon, Comandante de batallón francés, dice en sus *Memorias* que la artillería francesa llegó con retraso al combate por falta de caballos y por haber tenido que dar un rodeo debido al terreno.

co que desemboca en la playa, en cuya orilla derecha estaba la Casa de los Guardias de la Costa y a 1.500 metros del Cerro.

Victor, en su parte a Berthier, hace ver la razón de la retirada del Cerro, de los españoles. Dice: «el enemigo parecía querer espararnos y se mantuvo durante algunos momentos, y después de un corto tiroteo y algunos cañonazos, abandonó la posición. Cuando llegué a la cima del Cerro, vi que el enemigo *no había hecho este movimiento en retirada, sino para aproximarse al resto de sus tropas que estaban batiéndose del lado de Sancti-Petri y de las que podría haber sido cortado por la División Leval*».

Cuando se acercaban, las fuerzas de Leval avistaron a las aliadas que estaban en el Cerro, pero ya en retirada, y entonces oblicuaron para ir contra ellas (así lo asegura el Brigadier De la Cruz Mourgeon). En su nuevo movimiento, dichas fuerzas de Leval encontraron a la brigada anglo-portuguesa de Wheatley, es decir a la del ala izquierda inglesa, después de haber Graham contramarchado y desplegado. Dice el citado Brigadier español en una carta publicada en *El Conciso*, núm. 41: «El enemigo sólo se dirigía a atacar las tropas en ella (posición del Puerco) con todas sus columnas, y no a las inglesas, que de ningún modo podía ver, siendo la prueba de esta verdad, que al salir el General Graham con sus tropas, del pinar, se encontró con los enemigos que habían variado la dirección de sus columnas por nuestra retirada».

Graham, al ver a los del Cerro retirándose, interpretó (carta a Lord Liverpool), que «una retirada a la vista de semejante enemigo, que ya se hallaba al alcance de la fácil comunicación por la playa, del mar, hubiese expuesto al Ejército entero aliado al peligro de ser atacado al momento de la confusión que sería inevitable al llegar casi al mismo tiempo los diferentes Cuerpos sobre la fila angosta de cerros de la Bermeja».

Graham, después de contramarchar, maniobró formando dos agrupaciones; una, la antes referida, mandada por el Coronel Wheatley, partiendo del bosque, desplegó al amparo de las guerrillas de tiradores formadas por las dos Compañías del 95 inglés (Rifle Brigade) y las fuerzas del 20 Portugués, que fueron las primeras que salieron del pinar, junto con la artillería del Mayor Duncan. La otra, mandada por el Brigadier Dilkes, se lanzó en ataque oblicuo y cuesta arriba contra la División de Ruffin, que coronaba las alturas del Cerro del Puerco; en el centro de las dos agrupaciones de tropas

inglesas, el Mayor Duncan situó sus diez piezas de artillería (dos baterías de diferentes calibres) y empezó con gran prontitud, antes incluso de la formación de las líneas de Infantería, un mortífero fuego a unos 200 metros de distancia contra la División de Leval. Esta artillería inglesa, maniobrando siempre con admirable rapidez, cambió dos veces de asentamiento, una y otra a vanguardia, durante el transcurso de la acción. «Nunca hubo artillería mejor servida», afirma, con justicia, Graham en su parte; su fuego, prontamente ejecutado, permitió la adecuada maniobra de la Infantería.

La brigada del Coronel Wheatley (izquierda), desplegó en línea llevando, de izquierda a derecha, un destacamento de Infantería ligera del Regimiento 95 (Rifle Brigade), otro del 28 (Gloucester), tres Compañías del 2.º de Granaderos de la Guardia Real (Coldstream), un Batallón del 87 de Fusileros Irlandeses y un destacamento del 67 (Hampshire). Esta larga línea de casacas rojas, salió de improviso del pinar, y avanzó contra las líneas de columnas francesas, que se acercaban en impresionante formación y a tambor batiente.

En las *Memorias* del Comandante del batallón Vigo Roussillon, se dice: «El duque de Bellune, viendo delante de nosotros un escuadrón de caballería inglesa y no pudiendo reconocerle, le tomó por cabeza de una columna de Caballería. Hizo detenerse al 8.º regimiento y a un batallón del 54, y ordenó se formasen en cuadro por batallones. Mientras que ejecutábamos esta maniobra, el ala izquierda de los ingleses, precedida de cuatro piezas de artillería ligera, entrando en batería, a corta distancia, hizo fuego de metralla contra nuestros cuadros. El Mariscal, viendo que había cometido una torpeza, desapareció».

Los franceses no tenían por el momento artillería, no había llegado aún; critica Vigo Roussillon la medida del Mariscal de haber enviado «toda la caballería» a Medina, y agrega: «íbamos, pues, a batirnos sin Caballería ni artillería». El Mariscal dice a Berthier «que esperó un corto tiempo para esperar a la artillería (un instant fut employé à attendre l'artillerie)».

Volvamos a los británicos. La brigada de Dilkes, formada por un destacamento del 67 (Hampshire), un batallón del 3.º Regimiento de la Guardia Escocesa, uno del 1.º Regimiento de Granaderos de la Guardia Real y un destacamento del 28 de Infantería ligera (Gloucester), se lanzó, como antes se dijo, contra las alturas ocupadas por

la división francesa de Ruffin, pero oblicuando a la derecha, cubierto este movimiento por las fuerzas de Browne, que eran las inglesas dejadas en el Cerro que habían primero retrocedido a establecer contacto con Graham y después vuelto hacia el enemigo. Antes, habían sido estas fuerzas cargadas por un escuadrón de Ruffin, cuando se replegaban hacia Graham. Carga contraatacada por un escuadrón hannoveriano que dispersó a la caballería francesa; la cual se retiró detrás de su propia Infantería, y los hannoverianos, a su vez, hubieron de hacerlo detrás de los batallones españoles de Ciudad Real y Reales Guardias Walonas que, mandados por el Brigadier De la Cruz Mourgeon, acudían a mantener el ala derecha de la brigada Dilkes al desplegar contra Ruffin.

Este estableció, al fin, su artillería (ocho cañones), en la mayor cota del Cerro, e hizo fuego sobre las fuerzas de Browne que habían formado en línea; cayeron muchos y se rehicieron una vez, volviendo a formar; pronto perdieron más de la mitad de oficiales y cerca de 200 hombres (de 470 que tenían). Se pegaron los restantes al terreno, y haciendo fuego esperaron a las fuerzas de Dilkes, que avanzaban oblicuamente por detrás de ellos.

Por la izquierda, Wheatley, una vez formadas las líneas al amparo, como queda dicho, de los tiradores, avanzaron con determinación; el empuje definitivo lo dio el batallón de Reales Fusileros Irlandeses, que estoicos sus hombres, llegaron sin disparar un tiro hasta estar a menos de 60 yardas del enemigo; le hacían frente dos batallones del 8.º de línea franceses, formados en columnas; a esta corta distancia, los irlandeses rompieron fuego y se lanzaron inmediatamente a la bayoneta, con tal arrojo, que los imperiales se retiraron desordenadamente al estar aquéllos a 25 yardas de ellos. Poco después perseguían a los franceses puestos en desordenada fuga, cobrando un águila del 8.º de línea; era la primera de estas insignias imperiales que tomaban las tropas británicas en la guerra de España, apoderándose además de dos cañones. Dicho 8.º de línea francés, de 1.200 hombres que tenían sus dos batallones, tuvo muerto su Coronel y uno de los Jefes de Batallón, herido y prisionero el otro (Vigo Roussillon), 17 Oficiales subalternos y 934 de tropa entre muertos y heridos.

A la derecha de los ingleses, el extremo de ese lado de Dilkes no subió directamente hacia el centro de la línea de columnas, formada por las tropas de Ruffin, que ocupaban el cerro en su cumbre más

alta, es decir, la segunda altura tierra adentro, sino que oblicuaron cuesta arriba al extremo izquierdo de los franceses para tratar de envolverle. Atacaron con tanta decisión los de Dilkes, que de nada sirvió el contraataque francés llevado en último término por los granaderos de Chaudron-Rousseau, conducidos por Víctor en persona. Los ingleses perdieron muchos hombres, y hubo Cuerpo como los Reales Guardias, que tuvo 302 bajas, de 935 que lo componían; los del 67 aún tuvieron mayor proporción (6), pero los franceses, de 3.200 hombres que había en la cumbre, perdieron 750, así como dos cañones. Vigo Ruossillon, en sus *Memorias*, habla de esta primera división: «Estaba en retirada, dejando en el campo al General Ruffin que la manaba; al General Chaudron-Rousseau, un gran número de muertos y heridos, cinco piezas de artillería, cuyos caballos habían sido muertos a tiros de fusil».

La línea de columnas en que se acercaban los franceses cuando los de Graham se lanzaron contra ellos, se componía de los batallones siguientes: en la División de Leval (derecha francesa) los batallones: 1.º del 54 de línea; 1.º y 2.º del 8.º, 2.º del 54 y 4.º de Granaderos (estos últimos según los ingleses, pues Víctor no los menciona). En la División de Ruffin (sobre el Cerro), se alineaban las columnas de los batallones: 1.º del 96, 1.º y 2.º del 24 y 3.º batallón de Granaderos.

La artillería, cuatro cañones la de Leval y ocho la de Ruffin, formaban en el flanco izquierdo de cada división. El total de las fuerzas que Víctor llevó en ambas divisiones era de unos 5.200 hombres, según el estado de fuerza de Víctor (no cuenta la artillería); según el historial del 2.º de Dragones del Comandante Bruyère, 6.000; y según Fortescue, 6.500. Descontando 550 (Dragones y 9.º ligero), que llevasen a cabo el movimiento envolvente, 1.º de Dragones e Infantería ligera, quedaban para batirse con los anglo-portugueses unos 4.650 según Víctor (más los artilleros) y unos 5.950 según Fortescue; es decir, que la superioridad numérica de los franceses no existía si es cierta la cifra dada en el estado de fuerza francés anexo al parte de campaña de Víctor, o no era muy grande si se hace caso de la cifra de Fortescue, ya que los efectivos anglo-portugueses sumaban 5.100 hombres.

Sin embargo, el historial del 9.º regimiento francés de Infantería

---

(6) Al final se incluye un estadillo de bajas anglo-portuguesas.

ligera, dice: «Parece, pues, que el 9.º no tuvo el 5 de marzo sino dos batallones en el combate, habiendo quedado el 3.º de guarnición en los atrincheramientos». Este historial da como bajas de este 9.º ligero «dos oficiales muertos y seis heridos y doscientos hombres fuera de combate». Estas bajas se las hicieron los españoles, que fueron los que con este regimiento combatieron. Es decir, que les hicieron el 50 por 100 de bajas; de acuerdo con las que dice Víctor en sus partes de campaña.

El resultado obtenido gracias al ímpetu de los británicos, tiene más mérito por vencer a un enemigo ocupando una posición ventajosa, que por el número en sí que componía aquél; en realidad las fuerzas de Leval fueron sorprendidas (y sin tener aún artillería) por la salida del bosque de las fuerzas Wheatley, a las que en modo alguno esperaban.

Como en general se conoce poco lo que pasó en el flanco derecho de los británicos y la mayor parte de los historiadores lo omiten, vamos a transcribir lo que dice el Brigadier español D. Juan de la Cruz Mourgeon, que mandaba, como queda dicho, Guardias Walonas y Ciudad Real, más dos piezas de artillería. En su carta a don Jacinto María López, publicada en *El Conciso*, núm. 44, con motivo de contestar a una de un Oficial inglés que se firma C. P., se expresa: «Como la orden que yo tenía era la de conservar el flanco derecho, no debía de ningún modo unirme a la línea de batalla inglesa, dejando abierto el paso al enemigo que estaba a mi retaguardia», el cual se encontraba en la playa combatiendo con la caballería de Wittinghan, que se hallaba mucho más atrás del extremo de la línea de Dilkes. Y continúa «Pues si así lo hubiera verificado (como tuve lugar para llegar a la línea, aún antes que los mismos ingleses, pero no lo verifiqué por no faltar a lo que se me había mandado), tal vez lejos de ser victoriosos hubiéramos sido derrotados, pues todas las tropas inglesas estaban sobre una línea y no había otras para maniobrar que las que yo mandaba, y las que me sostenían por mi flanco derecho que eran las que mandaba el Brigadier Begines» —también retrasadas en posición originariamente en la linde del pinar, cerca de la antigua Casa de Guardias de la Costa—. «Por esta razón me dirigí en la misma formación de columna cerrada —listo para maniobrar— sobre la línea de batalla de Caballería e Infantería que estaba situada delante de la Casa Blanca (la altura que los ingleses llaman Barrosa), acompañado ya de un escudaron de húsares



ingleses (hannoverianos) y Compañías de Instrucción (españolas) al mando del Segundo Ayudante de Estado Mayor Don Santiago Wall. Al resto del primero de Valencia y compañías de Cazadores de Sigüenza y Cantabria, mandé atacar en guerrillas, a las de los enemigos que se habían corrido hasta la playa, apoderándose de nuestros bagajes, lo cual verificaron sostenidos por el expresado Wal y escuadrón de húsares ingleses; tanto esta operación como la que seguía haciendo la columna cerrada de mi cargo, aterraron a los enemigos, en términos que su caballería (dragones) abandonó sus tropas ligeras y se retiró a todo escape sobre el fin de la Laguna». Sigue: «Viendo que ya no tenía enemigos ni por mi retaguardia ni por mi derecha, me dirigí con mi columna al flanco derecho de la línea de batalla inglesa (Dilkes), cuya izquierda aún estaba batiéndose; estando en ella y siguiendo siempre mi marcha, pasó el escuadrón de húsares ingleses (hannoverianos) y atacó a la caballería enemiga, que le esperó en batalla a pie firme; pero el valor e intrepidez de los húsares británicos la derrotó en menos de un minuto, poniéndola en vergonzosa y precipitada fuga; mas persiguiéndola, se encontraron a pocos pasos un pequeño cuadro de Infantería enemiga, que haciéndoles una descarga, tuvieron que suspender prudentemente el alcance y se volvieron a su formación en batalla, detrás de la Infantería española». Pasa después a decir el Brigadier cómo el fuego eficaz de sus dos piezas de artillería hace retirar al cuadro de la Infantería francesa. La línea enemiga emprende la retirada, en desorden, cesando el fuego «que aún sostenía con mucha viveza»; y termina: «en cuyo momento recibí orden del General Graham para suspender la marcha de mi columna y dar descanso a la tropa, como lo verificaron también todas las inglesas».

El relato del Brigadier Mourgeon hace ver que Ruffin mantenía su flanco izquierdo con un destacamento de dragones, distinto a las fuerzas de ese arma, que había efectuado el movimiento envolvente por la playa, que en aquel momento estaban aún por detrás de sus batallones, según asegura. Como el Brigadier Mourgeon marchó de rechamente hacia la Casa Blanca en la altura del Cerro de más al Sur, y la caballería inglesa actuó según su ataque y retirada muy cerca de esta línea de marcha (se refugió después detrás de la Infantería española), nos hace observar que entre esta línea y el agua existía una zona de 800 metros de ancho, en la que actuaban contra las fuerzas francesas del movimiento envolvente (por la playa y

ladera), las fuerzas de Begines y las de Whittinghan: dos batallones en guerrillas, Cantabria y Sigüenza; el de la Reyna en segundo escalón; la caballería española en la playa, dos escuadrones y dos compañías (7).

Victor trató de reorganizar sus fuerzas para efectuar un último esfuerzo, pero juzgándolo inútil, dio al fin orden de retirada a sus dos divisiones, llevándose a cabo aquélla concéntricamente sobre los terrenos situados al norte de la Laguna del Puerco. Los de Villate se tiroteaban aún con los españoles, en la zona del Molino de Almansa, durando los combates hasta cerrar la noche.

Dice Fortescue que la retirada de la Infantería francesa fue protegida por una parte de los Dragones que habían efectuado el movimiento envolvente por la playa, los cuales habían sido retirados de su cometido mientras se batían con Whittinghan el resto de los Dragones y el 9.º ligero. Los jinetes franceses llamados para proteger la retirada cargaron sobre la Infantería inglesa, cuyo flanco, en la maniobra al retirarse Ruffin, marchaba por la línea de alturas del cerro en dirección noroeste, es decir, en dirección perpendicular a la del asalto al Cerro. Dichos Dragones fueron cargados por el escuadrón hannoveriano de la derecha, es decir, por el conducido por Ponsomy, que actuó anteriormente contra el destacamento de Dragones inmediato a Ruffin, cuando éste se mantenía en las cumbres. Whittinghan no rompió lo que tenía delante ni envolvió al grueso francés en retirada. Ni él resolvió hacerlo, ni Graham se lo ordenó.

La acción contra las columnas de Ruffin y Leval había durado hora y media aproximadamente, según los ingleses, y dos horas y media según Víctor; en este tiempo tuvieron los franceses más de 2.000 bajas entre muertos y heridos, y 400 prisioneros, estando entre los heridos los Generales Ruffin (quedó prisionero) y Bellegarde, y muerto Rousseau. Perdieron además un águila de distinción (la primera que conquistaban las fuerzas británicas en la Península) y seis

---

(7) Ante estos combatientes se presentaban, de momento, unos 150 caballos del 1.º de Dragones y un batallón del 9.º de Infantería ligera, pero siempre había la amenaza de un ataque de mayor envergadura, por ese flanco, montado aquel tras la cubierta del Cerro y de la División Ruffin que lo coronaba. Que, pues, con esto, bien explicada la efectividad de la maniobra de las fuerzas españolas, del lado del Cerro, que además de guardar el flanco derecho inglés, causaron, como antes queda dicho, el 50 por 100 de bajas a los Dragones y 9.º ligero franceses.

piezas de artillería. Belmas, en su *Journeaux de Sièges*, confiesa 2.300 bajas francesas, bien es verdad que aumenta la de los ingleses a 3.500 hombres. Graham perdió, en verdad, entre muertos y heridos, 1.129 soldados, 51 sargentos y 61 oficiales. Los españoles en ambos combates de la Bermeja y del Puerco, perdieron 300 hombres. El Marqués de Bounillé, General de Brigada, Jefe de E. M. del General Sebastiani, dice que «el primer Cuerpo (de Victor) tuvo en esta jornada (Chiclana) 2.500 hombres fuera de combate, de 6.000 a 7.000 combatientes (8). Nuestros partes —dice— evaluaron la pérdida del enemigo a 900 muertos, de los cuales 300 eran ingleses y a poco más de 3.000 heridos».

No obstante su derrota en el Cerro, los franceses se retiraron organizadamente hacia Chiclana, conservando la Infantería el orden de columnas ante el temor de los ataques de la caballería aliada, llevando a su retaguardia un Cuerpo de Caballería. Con tan buen orden se retiraron, dice Lacy, «que al atravesar el bosque frente a la Bermeja, una de sus columnas maniobró de tal modo que nos hizo creer venía con intención de atacarnos».

Mientras se desarrollaba la acción del Cerro del Puerco y en su zona nordeste, no había cesado aún el tiroteo en la zona de la Torre Bermeja. Lapeña había asegurado la comunicación con la Isla —se recuerda que lo consiguió a las trece horas treinta minutos—, y era dueño de la preciada línea de abastecimientos. Graham había contramarchado una hora antes aproximadamente, sin orden del General en Jefe y también sin darle noticia, según dijo que por creer a Lapeña en el Cerro. No obstante no estar aún asegurada la situación en la zona de la Bermeja y Molino, al oír el fragor del vivo combate trabado a tan larga distancia, envió Lapeña en socorro de Graham, primero una compañía de Zapadores, otra del Regimiento de Murcia, y algunos destacamentos de patriotas; unos 300 hombres en total, y conforme se aclaraba su situación, de un modo relativo, hizo adelantar con Lardizábal hacia el Cerro del Puerco, a los regimientos de Africa y de Canarias, con un total de 1.000 hombres, quedando Lapeña de momento tan sólo con los Batallones de Campo Mayor (719 hombres), Carmona (338), Murcia (1.003), Guardias Españolas (623), y un batallón de Cazadores (400), a más de dos escuadrones de Caballería, más una compañía y dos

---

(8) Según Victor, 7.930 (véase estado de fuerza).

piezas de artillería; es decir, con unos 3.483 hombres en total. No podía conservar menos fuerzas ante los franceses que se le oponían (que creía eran 4.000, y según Victor 3.380, de los Regimientos 27, 94 y 95 de la División Villate, algo disminuidos por los destacamentos enviados a Medina, más las fuerzas que guarnecían en principio la posición). Estos detalles se concretan en las contestaciones a las preguntas tercera y cuarta del interrogatorio a Lacy en la información que fue instruida por orden de la Regencia. Lapeña recibía, además, noticias erróneas, tales como que los ingleses llevaban la peor parte, y el no poderles apoyar inmediatamente, al estar a casi 5.000 metros de la nueva zona de combate, aumentaba su interés en mantener la posición de la Bermeja, sobre la que habrían de retirarse las fuerzas de Graham si eran batidas.

A eso de las cuatro de la tarde ya habían cesado los combates en el Cerro y sus estribaciones, y se retiraban las fuerzas francesas, algunas incluso hacia Puerto Real, más dejando bien guarnecida la dominante posición de Santa Ana, defensa inmediata de Chiclana. El resto de la tarde se empleó en enterrar muertos y evacuar heridos; ya de noche, todas las tropas aliadas acamparon en la zona de la Bermeja, es decir, que se concentraron en el área a cuya conquista el General en Jefe había limitado, en principio, los objetos a conseguir en este primer día de combate.

Al anochecer del día 5 se entrevistaron Graham y Lapeña, y el primero manifestó —aseguran los españoles— que las fuerzas inglesas serían reforzadas con otras de las que habían quedado en la Isla. Por haberse desarrollado la conversación en francés, hablarlo todos los presentes y poseerlo la mayor parte, no tuvieron lugar a dudas los extremos en ella tratados. Pero en la noche de este mismo día 5, de modo inesperado, pasaron a la Isla las fuerzas de Graham. Lapeña le escribió preguntándole las causas, mas de momento no tuvo contestación. Al comunicado que envió al Consejo de Regencia sobre el mismo extremo, el Ministro de la Guerra le contestó que el de Estado había pasado una nota al Embajador de Inglaterra en Cádiz, solicitando la vuelta al campo de la división anglo-portuguesa. A las seis de la tarde del 6, contestó el General Graham al General Lapeña; le envió una nota «en la que se negaba a concurrir con sus tropas a la continuación de nuestros movimientos, aunque ofrecía auxiliarnos desde esta Isla, por no extenderse a más sus facultades» Lapeña manifiesta en

la Representación ya mencionada, que aun con la ausencia de los anglo-portugueses, contaba con las tropas necesarias «para llevar adelante la empresa», pero que hallándose «tan a la inmediación del Gobierno, con cuya orden y de acuerdo en todo se había emprendido la expedición combinada con nuestros aliados», creía «no deber dar un paso aventurado sin su previa consulta y aprobación». Montó a caballo y se personó en la sede de la Regencia, ofreciendo continuar sólo con los españoles las operaciones emprendidas, pero no se le dio permiso ni instrucción alguna.

El día 6 se llevaron a cabo los ataques frontales de toda la línea contra la del enemigo, previstos para el día 5. Una de estas acciones fue el desembarco de tropas españolas e inglesas (de las primeras 700 hombres del regimiento de Toledo), al amanecer, en las playas del Puerto de Santa María, entre dicho pueblo y el castillo de Santa Catalina (apoderándose de la batería de la Guía y quemando el fuerte de la Puntilla o de San Antonio), y en Rota. El castillo de Santa Catalina del Puerto, fue atacado, mas no tomado. Apoyaron estas acciones las fuerzas navales sutiles de don Cayetano Valdés y las inglesas del Almirante Keats. De Rota se posesionó Don Ignacio Fon-negra, destruyendo algunas baterías enemigas. Las lanchas cañone-ras y obuseras de todas las bases de fuerzas sutiles se desplegaron por la bahía y por los caños, cuyas aguas les acercaban a las posi-ciones enemigas, y las cañonearon inténsamente. En algunos puntos desembarcaron fuerzas españolas.

Las noticias de origen francés que tenemos, de después de la batalla (también de los papeles del Coronel Le Jeune), dicen «que el Mariscal Víctor, esperaba se atacase Chiclana el día 6 y que había dado órdenes en consecuencia; estas órdenes —continúa— fueron mal interpretadas y se destruyeron indebidamente algunas de nuestras obras durante la noche, pero enseguida se repararon. El mismo (Víctor) vino a Puerto Real con la División Leval y había enviado la 1.<sup>a</sup> División a Santa María para guarnecer la línea de bloqueo, como estaba antes de la batalla del día 5. El 5.<sup>o</sup> regimiento de Cazadores (de Caballería) fue enviado en servicio de reconocimiento al Cortijo de Guerra, entre Puerto Real y Medina; encontró un destacamento de caballería enemiga y lo aniquiló...». Pasa después a hablar lo ya dicho sobre los intentos de recuperar Medina.

Volviendo al ejército expedicionario... El día 7 transcurrió sin que recibiese Lapeña instrucción alguna, y el día 8 se le quitó el

mando de la expedición, dándoselo al General Zayas. Lapeña, extrañado y dolido por tal medida, pidió se hiciese una investigación de su conducta, y de ello fue encargado el Mariscal de Campo don Félix Colón. Es de gran importancia, para el análisis de la batalla, el estudio de las contestaciones de Lacy a las ocho preguntas que dicho General le formuló por escrito, y que consideraremos más adelante.

El día 7 el ejército cruzó el caño de Sancti Petri y entró de nuevo en la Isla (9). El Brigadier Begines de los Ríos no lo hizo, sino que con 2.000 hombres se posesionó el día 8 de Medina Sidonia (dejada por Cassagne el día 5, ya que llegó a Chiclana a media noche del 5 al 6). El Coronel Barón Le Jeune comenta en sus papeles que el fuerte de Medina había sido «un poco imprudentemente abandonado». Que «el día 6 mismo por la noche, los franceses trataban de recuperar Medina, pero fueron rechazados». Que «el día 7 enviaron mayores efectivos y las tropas españolas, al no tener ya objeto mantener la posición, se retiraron sin presentar resistencia». Las noticias de fuente española dicen que Begines, el día 8, rechazó un ataque francés, de tropas procedentes de Chiclana, y el día 9 rechazó un ataque de 600 franceses, distinguiéndose en el combate el regimiento de la Reyna. Estas noticias proceden de los partes leídos ante las Cortes; puede estar algo confundido de fechas el Barón, que ya vimos expresó también de un modo confuso la idea de la maniobra prevista por Víctor para la batalla del día 5.

Simultáneamente con las operaciones de Lapeña desde Tarifa, las llevaba a cabo Ballesteros con 4.000 hombres por tierras de Sevilla con éxito. De haberse continuado las operaciones después de la interrumpida batalla de Chiclana, Ballesteros y Lapeña hubieran quizás destrozado los restos del ejército francés y se hubiesen apoderado de Sevilla. Nada de esto ocurrió, y las tropas de Víctor pudieron de nuevo guarnecer sus líneas. El día 12 de marzo empezaba una vez más el bombardeo de Cádiz por los obuses Villantroy.

En la batalla de Chiclana se pone grandemente de manifiesto una falta de compenetración y enlace entre los aliados. La pugna entre los mandos parece comenzar con cierto descontento inicial de Graham de operar bajo el mando de Lapeña. Si bien dice que se

---

(9) Víctor en su parte a Berthier dice que vio pasar tropas enemigas de regreso a la Isla, el 6 a las cuatro y media de la tarde.

puso a las órdenes del General español, en contra de las instrucciones que tenía, más bien le pusieron las circunstancias y las reglas usuales de mando conjunto, al concurrir Lapeña con mayores efectivos; le fue pareciendo mal todo lo que Lapeña le mandaba; las marchas nocturnas, el itinerario seguido, etc., a pesar de que el camino más penoso, el de la Medina, lo había escogido él. Después de la batalla envió un escrito a Sir Henry Wellesley, enviado extraordinario de Su Majestad Británica cerca del Gobierno español, y a este escrito se le hizo circular, impreso, para sincerarse ante la opinión de los cargos que dice le resultaban en la Representación elevada por Lapeña a las Cortes. En aquel escrito, Graham produce a su vez acusaciones contra el General en Jefe, y a ellas contesta cumplidamente Lacy, como Jefe de Estado Mayor, punto por punto.

Una de estas acusaciones de Graham a Lapeña, es que éste fatigó a las tropas con marchas nocturnas inútiles y empleando guías malos. Contesta Lacy a esto, exponiendo la necesidad de tal clase de marchas en la aproximación para conseguir la sorpresa del enemigo. El objetivo, dice, «era forzar el paso de Sancti-Petri, acometiendo con muchos a pocos por la espalda, y verificar la reunión de sus tropas (las de la Isla) con las expedicionarias, antes que el enemigo nos pudiera comprometer a la acción general», y para conservar al enemigo en la incertidumbre del ataque y ocultar la verdadera posición. Sigue expresándose, refiriéndose a la última noche: «¿Y cómo ocultarla en semejante terreno de otro modo que marchando de noche? Convenía y debió hacerse, porque una marcha de 5 leguas con buen tiempo y buen piso para la tropa no la rinde en términos de que no esté a su llegada en estado de entrar en acción. Los guías fueron los mejores que se pudieron conseguir, y se utilizaron con arreglo a los principios establecidos».

Condena también Graham se fuese al combate antes de que se incorporasen los destacamentos enviados, desde Casas Viejas y desde Vejer, en demostración, contra Medina. Estos destacamentos fijaban en realidad dos o tres mil hombres de Cassagne, como señala Fortescue (los franceses dicen que eran 2.000, excepto Vigo Rousillon que declara estaban en Medina 3.000 infantes y toda la Caballería). El estado de fuerza de Víctor, da destacados en Medina 2.050 infantes y 300 caballos. Hay que añadir a esto la artillería, que no aparece en el citado documento. Las fuerzas fran-

cesas de Medina no tomaron parte en la acción, con ventaja para los aliados. Las demostraciones de los españoles mantenían al Mariscal Víctor hasta el último momento en la mayor incertidumbre del lugar en que se iba a atacar. El mantener destacados a esas fuerzas españolas merecía, pues, la pena. El General Graham opinaba debían los expedicionarios haber hecho alto y tomar posición cerca de Conil, y dice Lacy que tan sólo era necesario hacer lo que se hizo, es decir, detenerse corto tiempo para organizar la columna, y que otra cosa era perder un tiempo precioso, perturbando el efecto de la sorpresa. Aún así, se inició más tarde de lo debió el ataque a las líneas de Torre Bermeja.

Dice Graham en su escrito que Lapeña quedó en el Cerro del Puerco cuando él emprendió la marcha hacia la Bermeja por orden del General en Jefe español, y que al ataque enemigo éste abandonó la posición. Contesta Lacy «que el General Lapeña montó a caballo y se adelantó hacia la vanguardia, único punto donde se combatía y se destruían enemigos, donde acababa de dar orden para que la misma División británica se adelantase; en una palabra, a la posición que se había propuesto forzar y ocupar a todo trance: ¿y a esto se llama abandonarla? No puede atribuirse esta contradicción más que a un error del traductor». Se ve, pues, lo injusto de la acusación de algunos historiadores ingleses, que llegan a decir con toda clase de falsos detalles, y empleando incluso el insulto burdo, que el General Lapeña sobrecogido de terror al ver avanzar a los franceses contra el Cerro del Puerco, lo abandonó y dejó a sus fuerzas en desordenada retirada (10).

Lacy dice, comentando la contramarcha de la División anglo-portuguesa: «La orden del General en Jefe fue terminante para que aquéllas tropas fueran a sostener y asegurar los progresos de la vanguardia». Después considera que si Graham pensaba que Lapeña estaba en el Cerro del Puerco, es razón de más para que no hubiese contramarchado sin orden del General en Jefe, que a su parecer «estaba en lugar donde podía apreciar lo que más convenía». Contestando a la afirmación rotunda de Graham de que el Cerro del Puerco era la clave del campo de batalla, dice Lacy que no lo cree así en modo alguno, ya que las tropas que quedaron

(10) Ya se ha expuesto el porqué de la retirada, y cómo se hizo ésta en orden, corroborando todo el mismo Víctor en su parte.



en él no lo hicieron para defender a ultranza, sino que «quedaron como último escalón del ataque oblicuo, que con buen éxito se estaba verificando en el campo de la Bermeja, y que no huyeron, sino que hicieron lo que debían, que era proteger la retaguardia del ejército a distancia prudencial de él, nunca alargándola en demasía; debían maniobrar mejorando su posición, como hicieron, bajando al bosque para disputar al enemigo su entrada, asegurando de este modo la marcha a todos los que se dirigían a la Bermeja», y «que estas tropas en ningún caso debieron ser sostenidas, pues eran ellas las destinadas a sostener a las que marchaban a un ataque sostenido». Sin embargo, parece que en el caso del ataque francés que se produjo, sí debieron ser reforzadas por los británicos o algunas fuerzas situadas en segundo escalón, más sin alargar la distancia tanto, con las de la zona de Torre Bermeja, como lo hicieron los ingleses. Lacy, insistiendo sobre la conveniencia que pudiera haber de mantener el Cerro del Puerco, a la vez que la zona de la Bermeja, se expresa: «¿Cómo podía caber en la cabeza de un General el pretender sostener dos posiciones a un mismo tiempo, distantes a tres cuartos de legua, sin ninguna relación entre sí, y separadas por un bosque inmenso? Bien hubiera correspondido esta operación a subdividir sus fuerzas con el objeto principal de ataque, que era de reconcentrarlas y aumentarlas». Se queda corto en esta apreciación de distancias, pues en los planos modernos hay en línea recta de la Torre Bermeja al Cerro del Puerco 5.000 metros, es decir, una legua entera y aún más.

A lo que dice Graham en su escrito que no fue apoyado debidamente por los españoles, presenta Lacy el hecho innegable de que la División Británica tuvo su flanco derecho apoyado por los batallones españoles de Ciudad Real y Guardias Walonas, a más de la división de Begines y la Caballería del General Whittinghan, y que aun admitida la necesidad de contramarchar o una vez hecha la contramarcha, era incumbencia del General Graham mandar todo este conjunto de tropas que quedaba en el sector del Cerro del Puerco, no del General en Jefe, que estaba a una distancia de una legua. Dice Lacy, después de celebrar el arrojado de los británicos y portugueses, que ellos «decidieron la acción»; y sigue: «¡Gloria a tan valientes soldados!». Mas no por eso cuantas tropas estuvieran en aquella parte dejaron de contribuir poderosamente al buen éxito. «Siempre se ha particularizado en las batallas a los

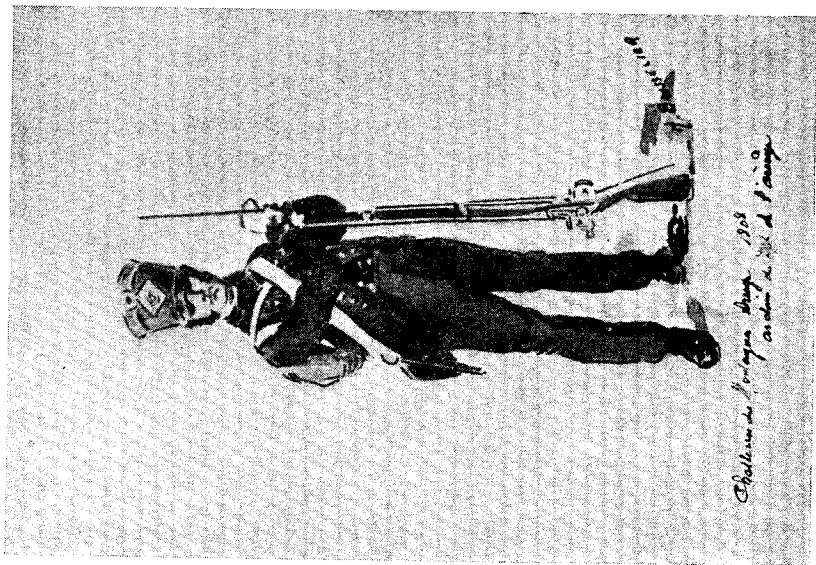
Cuerpos que han tenido la suerte de decidir las; pero nunca se han atribuido toda gloria, ni menos han tratado de humillar a los que no han tenido ocasión de coger por sí aquellos lauros».

Dice también Graham a Sir Henry Wellesley, en su escrito, que Lapeña debiera haber «enviado con celeridad todo el Cuerpo de la Caballería española con la artillería volante por la playa, para formarse en la llanura y envolver la izquierda del enemigo». Responde Lacy, analizando las fuerzas de esa clase de que disponía directamente Lapeña en la Bermeja: un escuadrón, una compañía y tan sólo cuatro piezas de artillería ligera; y asegura es fácil apreciar que tan escasas fuerzas de estas armas eran las indispensables para mantener la posición de la Bermeja (11). En cambio, Graham disponía en las cercanías del Cerro: «A las órdenes del Brigadier Begines: Reyna, Sigüenza, Cantabria y Escopeteros de Getares; a las del Brigadier don Juan de la Cruz Mourgeon, Guardias Wálonas y Ciudad Real, con artillería. La caballería a las órdenes del Mariscal de Campo don Santiago de Whittingham, 2 escuadrones de granaderos, 2 compañías de Instrucción y 1 escuadrón de húsares hannoverianos». Sigue Lacy: «El General que toma un partido semejante (Graham), debe a lo menos extender sus providencias a cuanto pueda contribuir al logro de su intento; y así como toma sobre sí lo más —ordenar la contramarcha y ejecutarla—, debe mandar y disponer lo menos —la maniobra de las fuerzas españolas de aquel extremo—. Resultando de la contramarcha dos acciones distintas, a media legua de distancia, ¿cómo es posible que el mismo General mande los movimientos parciales y del momento de ambas?»

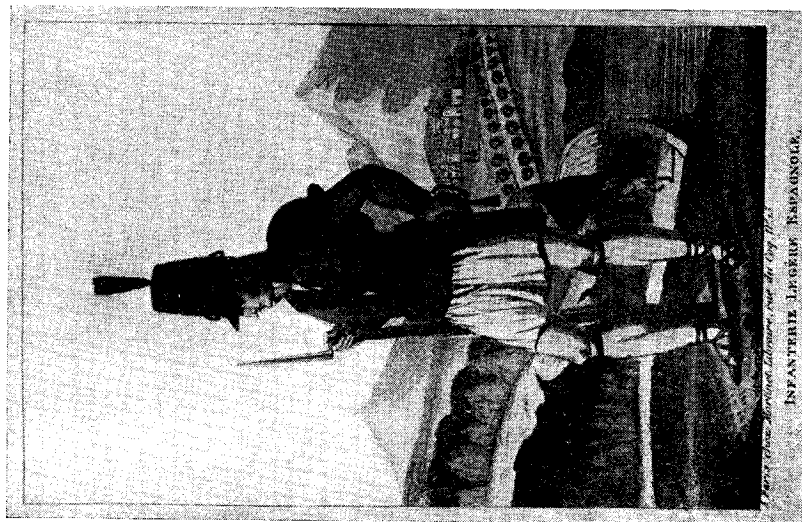
Lacy contesta debidamente al reproche de Graham de no haber hecho marchar Lapeña «la mayor parte de la Infantería por el pinar a retaguardía, para envolver la derecha del enemigo». Señala que el General en Jefe tan sólo disponía de unos 3.400 hombres, y con ellos debía sostener con preferencia a toda la posición de Torre Bermeja y Molino de Almansa, que en aquel momento «se hallaba atacada por su flanco izquierdo; tanto que fue menester hacer martillo... No obstante (después de haber enviado a una compañía de zapadores, otra del regimiento de Murcia y a todos los patriotas), hizo adelan-

---

(11) Recuérdese que los franceses tenían en esta zona 200 caballos del 2.º de Dragones.



Ejército francés de 1808. Cazador de Montaña del departamento de l'Ariège (Del *Album de apuntes de El Gouli*, interpretados por Boisselier).



Infantería española ligera; voluntario del Reino de Valencia. (Grabado publicado por Martinet).



tar a los regimientos de Africa y Canarias, con un total de 1.000 hombres, y no fue con otro objeto que el de proteger el combate que notaba por su derecha (Cerro del Puerco); y si *al ver cesado el fuego* no se les hubiera mandado retroceder, hubieran llegado al punto que se indica. Pretender que a una acción imprevista, decidida en tan poco tiempo, lleguen con oportunidad los socorros y disposiciones de a media legua, es tratar de imposible. A través de un bosque no podía apreciarse la cuantía de las fuerzas francesas del Cerro del Puerco, y allí estaban las dos terceras partes del ejército expedicionario para hacer frente a lo que fuese». Se pregunta si Lapeña debía dejar a unos enemigos que tenía a tiro de fusil, por otros que se hallaban a media legua y «desistir de su propósito de atraer al enemigo a la posición en que convenía admitirle la batalla, porque en todo le era superior, y aventurarlo todo a un combate desigual por todos los títulos».

A lo que se refiere Graham sobre las grandes pérdidas que tuvo la División Británica, contesta Lacy que no las habría sufrido si no se hubiesen lanzado contra el Cerro del Puerco; y que la linde de un bosque es muy buena posición.

A la acusación de Graham de no tener nada planeado el Mando español, dice Lacy que era un buen plan el que se desarrolló a la perfección durante la aproximación, plan que tuvo al enemigo desorientado hasta el último momento (12), y que en absoluto hubo, como dice el General inglés, «falta de combinación tan imprevista como desatendida». Manifiesta que previsto estaba «1.º, poder emprender el ataque de las flechas antes del amanecer; 2.º, que éstas al mismo tiempo fuesen amagadas por el frente; 3.º, que en toda la extensión de la línea se hiciesen diferentes ataques falsos y un desembarco verdadero en la costa de Rota; 4.º, que el enemigo no pudiese presentar la acción general antes de realizar nuestra unión con las fuerzas de la Isla». Y que a pesar de fallar estas combinaciones por diversas causas (retraso por reconocimientos obligados, más o menos prolijos; dudas de los guías, e interceptación, por el bergantín inglés, de la comunicación de Lapeña a Zayas), se llevó a cabo la primera y principal empresa del plan «de amenazar poderosamente todos los puntos del frente de una línea dilatadísima y de envolverla por su flanco izquierdo con mayor número de fuerzas que

---

(12) Como hemos visto, lo confiesa Víctor en sus partes.

la del total que la cubría». Sigue analizando cuánto mejor hubiese sido para las fuerzas británicas, en vez de salir en desorden de un bosque y subir por terreno despejado y batido, contra un enemigo ya bien organizado, el haber, por el contrario, forzado a ese enemigo a internarse en el bosque si quería avanzar y combatir en aquel momento. Insiste en que el combate, de no haberlo forzado los imperiales, debería haber quedado aplazado para el siguiente día, ya reforzados y abastecidos y sin saber los franceses la maniobra que aquéllos pudieran intentar realizar. Como Graham ataca al Estado Mayor español de no haber previsto ni atendido combinación alguna, es decir, no tener previsto un plan, señala que en todo caso, de ser así, que no lo era, el responsable sería el General en Jefe, no su Estado Mayor.

Insiste Lacy que los británicos en modo alguno fueron abandonados, y que todas las fuerzas españolas que se habían retirado al bosque, no bien observaron desde el Cerro la contramarcha de Graham, salieron de aquél, acometiendo el ala izquierda de los franceses; parte de ellas a las fuerzas enemigas que trataban de envolver a los aliados por la playa. Mientras, el resto de los cuerpos españoles continuaban batiéndose en la zona de Torre Bermeja y Molino de Almansa, para asegurar esta «posición de la que dependía todo». Por tanto, en modo alguno la División Británica estuvo «abandonada a sí misma». También se le enviaron refuerzos, si bien, por la distancia y el cansancio, forzosamente habían de llegar tarde.

Afea Lacy, sobre todo, la imprevista retirada de Graham a la Isla. «Sepa el mundo entero, por más que se sorprenda, que en un ejército combinado, un General que manda una de sus Divisiones y recibía diariamente la orden, hallándose vivaqueando en segunda línea, esperando todo el resto del ejército con ansia el día para llevar adelante las victorias conseguidas el anterior, a media noche mandó repasar el río a sus tropas, y entrar en sus cuarteles sin enviar un mero recado al General en Jefe que estaba al frente de su ejército».

Razona después Lacy ante la duda de Graham de que las tropas francesas en la zona Torre Bermeja, Molino de Almansa, sumasen 4.000 hombres. Dice que las divisiones de Ruffin y de Leval no llevaban sino diez batallones escogidos y algunas compañías de Cazadores; que la división Villatte, compuesta de 4.500 hombres, guarnecía la línea desde Santa Ana al arrecife, y que en las posiciones había dejado escasamente 500 hombres, con lo que pudo presentarse en la

Bermeja con 4.000 (de acuerdo con las declaraciones de los prisioneros franceses) (13).

Antes de suscitarse esta controversia escrita (las contestaciones de Lacy están fechadas el 30 de abril), hubo en Cádiz discusiones públicas y particulares; los ánimos se excitaron grandemente, reavivándose el encono existente entre los aliados, ya anteriormente despertado por la lamentable retirada de Moore y la infructuosa victoria de Talavera; se produjeron debates en las Cortes; se cruzaron cartas poco amistosas entre oficiales ingleses y españoles. Se agriaron tanto la cosas, especialmente entre Graham y Lacy, que se llegó a concertar un duelo entre ellos; felizmente «se arregló la pendencia sin lidiar», dice Toreno. También desde Lisboa, en apasionados despa-chos, envió sus opiniones el General Wellington. El general diplomático de Sir Henry Wellesley calmó algo los ánimos. Las Cortes habían decidido dar oficialmente las gracias a los aliados y declarar que estaban satisfechos de la conducta militar de la oficialidad y tropa del 4.º Ejército; no nombrando, sin embargo, en su declaración, al General en Jefe. Dispusieron seguidamente que el Consejo de Regencia ordenase incoar una escrupulosa investigación «con todo el rigor de las leyes militares, dejando (11 de marzo) libertad a la Regencia para que pudiese llevar adelante sus ulteriores intenciones sobre cualesquiera planes que tuviesen acordados», es decir, continuar las operaciones en la forma que creyese mejor. Ya era tarde, pues nuevamente había quedado guarnecida toda la línea francesa, y era de esperar el pronto refuerzo del 1.º Cuerpo. La Junta presidida por el General Colón, Consejero Decano del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, y formada para enjuiciar el comportamiento de Lapeña, por los Generales Marqués del Palacio, Marqués de Castelar y don Félix Jones (que presentaron sus dictámenes el 13 de mayo), acordó que no había motivo para condenar la conducta del General Lapeña. Este, no obstante, fue substituído por el Marqués de Coupigny y Graham fue destinado directamente a las órdenes de Sir Arturo Wellesley, reemplazándosele por el General Cook. Se ofreció a Graham la Grandeza de España y el título de «Duque del Cerro de la Cabeza del Puerco», más lo rehusó, unos dicen que por no agradar-

---

(13) Ruffin, por su parte, dice que la división Villatte tenía tan sólo en aquel día 3.000 hombres. Lacy no tiene en cuenta los destacados a Medina, de esta División.

le el título con la denominación, en su traducción al inglés; otros que por resentimiento con la Regencia, y otros, que, por no lastimar a su General en Jefe, Wellington, que no había alcanzado aún tal distinción. Al General Lapeña (más adelante y basándose en el dictamen de la Comisión, se le premió con la Gran Cruz de Carlos III. Las Cortes, después del concienzudo análisis de los hechos, habían declarado al fin «quedar satisfechas de su conducta».

Consideremos ahora ciertos puntos de vista del lado francés, con relación al mantenimiento del mal llamado sitio de Cádiz. He aquí lo que dice Napoleón en sus órdenes del 30 de marzo de 1811 al Mayor General del Gran Ejército, General Berthier, Príncipe de Neufchâtel y de Wagram, sobre la expedición de las fuerzas aliadas y el ataque a las líneas francesas frente a Cádiz. Su visión es naturalmente clara, concisa y acertada, como es de esperar del primer estratega de su tiempo. Dice: «He visto con desagrado los acontecimientos sufridos por el Primer Cuerpo delante de Cádiz; debe comunicarse al Duque de Dalmacia que no puedo aprobar sus disposiciones acerca de este asunto; que este acontecimiento no hubiese tenido lugar y que el sitio de Cádiz no hubiese corrido los peligros por los que acaba de pasar, si al partir para Extremadura el referido Duque de Dalmacia hubiese antes puesto bajo las órdenes del Mariscal Duque de Bellune, la División Godinot y el Cuerpo de Ejército del General Sebastiani; que de este modo hubiese tenido a sus órdenes además de los suyos, seis regimientos franceses y tres polacos, es decir, cerca de veinte mil hombres más; y, reclamando a su zona de operaciones, al verse amenazado por el desembarco de Algeciras, ocho mil hombres del Cuerpo de Sebastiani y una brigada del General Godinot, hubiese tenido con él tres veces las fuerzas necesarias; que solo importaba guardar verdaderamente durante la expedición a Extremadura dos lugares: Sevilla y Cádiz; que hubiese hecho falta haber centralizado todos los hospitales en Sevilla; que, por otra parte, bastaba con la tercera parte del Cuarto Cuerpo (Sebastiani) para mantener en respeto a las tropas de Murcia, de mala calidad, y aguantar a toda esa región. El Duque de Dalmacia tiene bajo sus órdenes sesenta mil hombres. Podía haber dejado treinta mil a las órdenes del Duque de Bellune y además haber presentado el doble de fuerzas de las que puso ante Badajoz» —había tomado esta plaza y por ello en el mismo escrito se le felicitaba—. «Esta manía de querer conservar todos los puntos, en un momento difícil, expone a grandes desgracias».



El Príncipe de Neufchâtel, por su parte, se expresa dirigiéndose a Sebastiani: «El Emperador ve con desagrado de que mientras el sitio de Cádiz corría el peligro de ser levantado, se encontraban diseminados, guarneciendo puestos insignificantes los Regimientos: doce, treinta y dos y cuarenta y tres, que formaban una división de más de ocho mil hombres. Los seis batallones polacos y la caballería de Pereimond eran más que suficientes para quedar en observación de ese lado, y, por consiguiente, podían haber quedado disponibles para mantener el sitio de Cádiz los cuatro regimientos franceses y la División de Caballería del Conde Milhaud. Por otra parte, los dos Regimientos del General Godinot, en total seis batallones, permanecían sin hacer nada, inútiles en sus acantonamientos. El disponer bien de las tropas es lo primero que debe hacer un General, y S. M. ve con desagrado que aquí no se han tomado las disposiciones convenientes».

En el escrito del Emperador, se decía: «El Príncipe de Neufchâtel deberá escribir al General Sebastiani que estoy descontento de que mantenga sin hacer nada diez y seis mil hombres de mis mejores tropas; que lo sucedido en Cádiz es culpa suya; que sus fuerzas formaban el ejército de Observación, y era la seguridad del ejército sitiador».

Las órdenes del Emperador de esta fecha, se continúan con las disposiciones encaminadas a reforzar el Ejército del Mediodía, enviándoseles tropas del Centro. Afirma que los únicos puntos que deben conservarse son Badajoz (una vez tomado éste), Sevilla y Cádiz, y que el Duque de Dalmacia debe mantenerse en disposición de recibir un ataque de Wellington o bien de marchar contra él, si es que se le ordena, con unos 35.000 hombres, y que en este caso deberán quedar bajo las órdenes de Víctor las tropas de Sevilla, las que continúen el sitio de Cádiz, y las del Cuerpo de Observación de Granada.

Estos conceptos claros sobre que el ejército de Sebastiani debía haber estado en disposición de acudir en auxilio del de Víctor, puede influir en la valoración de la decisión de Lapeña de eludir una posible detención en Medina Sidonia si trataba de expugnarla. Por los papeles del Coronel Barón de Le Jeune, sabemos que antes del día 21 de marzo (en que fecha su escrito), habían ya llegado a Medina varios batallones de los del Cuerpo de Sebastiani, que hubiesen podido acudir mucho antes, si hubiesen actuado los

Generales franceses más de acuerdo con los puntos de vista del Emperador, o si se hubiese producido la referida detención.

Mas todo esto no estaba previa y concretamente establecido en órdenes, y había de resolverse echando mano de una Doctrina militar, cuya interpretación, como todo lo humano, tiene sus fallos al intervenir el amor propio y las pasiones. Leemos en *Victoires, Conquêtes, Desastres et Guerres Civiles del Français*, editado en Paris (1820), que la organización del Mando francés adolecía de un grave inconveniente: la independencia de sus Cuerpos de Ejército, una vez que perdían el contacto con el General en Jefe. Dice, con ocasión de la marcha de Soult a Extremadura y la batalla de Chiclana: «Los otros Generales que mandaban en el Reino de Granada y en Andalucía (5 de marzo de 1811) eran independientes y el Mariscal Víctor no podía emplear sus tropas, sino de mutuo acuerdo: gré a gré». En el parte de Víctor al Emperador, señala refiriéndose al auxilio que había pedido a Sebastiani: «El 4.º Cuerpo, que no estaba seriamente ocupado, podía unirse a mí, total o parcialmente, pero no tenía autoridad alguna sobre él». Continúa diciendo que no había dejado de pedirle a Sebastiani que maniobrara en dirección de Algeciras o Estepona, para amenazar al enemigo que se le acercaba; pero agrega: «Sea que mi misiva no le haya llegado al señor General Sebastiani, sea que no ha querido, o que no haya podido acceder a la petición que le hacía, éste enemigo no ha sido inquietado en modo alguno».

De todo lo anteriormente expuesto, y de repetidas visitas al campo de batalla, podemos deducir las siguientes conclusiones:

El movimiento envolvente del Ejército Expedicionario en su primera fase, por mar, fue necesario para establecer una amplia y bien guarnecida cabeza de puente al otro lado del caño de Sancti-Petri, cosa que sin él hubiese costado muchas bajas o se hubiese hecho imposible. Esta cabeza de puente, reforzada desde la Isla, sería la base de ulteriores operaciones.

El ataque de revés a la línea francesa en su flanco oriental, es decir, en Sancti-Petri, tenía la ventaja de que se hacía por un extremo de aquélla, más difícil de reforzar por los franceses, como todo extremo, que los puntos intermedios. Llevaba consigo la conquista de ese extremo, el asegurar una línea de comunicaciones con la Isla y Cádiz, que se manifestaba muy necesaria para recibir por ella los aliados, abastecimientos y refuerzos.

Las marchas nocturnas realizadas por los expedicionarios hacia la zona de combate, fueron eficaces para mantener la incertidumbre del enemigo sobre la maniobra verdadera de aquéllos. También fueron eficaces para tal fin las demostraciones efectuadas sobre Medina, desde Casas Viejas y Vejer.

El trasladarse el ejército desde el primero al segundo de estos pueblos, no por el camino directo, sino dejando los ríos no vadeables entre el ejército en marcha y el enemigo, fue una medida de seguridad, en evitación de entablar combate en el terreno que no convenía y con ventaja para los franceses.

Fue acertado eludir una posible acción contra las Divisiones de maniobra de Víctor, con el apoyo, aquéllas, de la bien guarnecida Medina. Una larga detención de los aliados ante esa posición para tratar de expugnarla, hubiese llevado consigo la venida de refuerzos franceses del Cuarto Cuerpo (Sebastiani) y de Sevilla. También la maniobra que tenía ideada Víctor, expuesta en su parte de campaña al Emperador, quedaba fracasada al eludir Medina.

Así como todas las precauciones y fintas fueron eficaces hasta la aproximación inmediata al combate, teniendo en cuenta la importancia que tenía el que se atacase las flechas al amanecer, se debieron incluso sacrificar las medidas de seguridad que llevasen consigo retraso, en el último momento, y avanzar con más rapidez la última noche; con menos detenciones o rompiendo a marchar antes, tomando así un cierto margen para eventualidades. La sorpresa ya proporcionaba en sí, también, seguridad. El haberse atacado las flechas a las seis de la mañana en vez de hacerlo a las once, hubiese anulado toda maniobra inmediata de Víctor, que hasta las nueve horas no llegó a Chiclana y pudo hacerse cargo de la situación. Al menos hubiese emprendido aquella maniobra más tarde, ya con el ejército expedicionario, reforzado, abastecido y descansado; es decir, con mayor capacidad de combate.

De lo que manifiesta Lapeña, se desprende que parece que cometió un error, que Graham no le reprocha por cierto; dice que permaneció el ejército, al menos una parte importante de él, sobre el Cerro del Puerco, visible ostensiblemente desde Sancti-Petri (posiciones de la Isla). También de este modo se hacía visible «en fuerza» a los franceses que guarnecían las flechas de la zona de la Bermeja. Las señales ópticas e incluso las acústicas con cañón, se imponían, ya que había que avisar a Zayas de la proximidad del Ejército, pero

siempre se debió ocultar lo más posible la masa de tropas, manteniéndola cubierta por las alturas del Cerro.

El ataque llevado a cabo por Lardizábal a las flechas de la zona de la Bermeja, fue efectuado con pericia y acometividad. Graham lo califica como «bien dirigido y con feliz éxito». Otros oficiales ingleses lo citan «como ejecutado de modo bien honorífico».

Según los ingleses, la división de Villatte tenía tan sólo 3.000 hombres, en vez de los 4.000 que dice Lacy le dieron los prisioneros; fácil es acercarse a esta cifra; aumentese a los 3.000 la fuerza maniobrera, la que guarnecía normalmente las flechas; era un terreno crítico, y por tanto tenía que estar constantemente bien guarnecido. En todo caso, había 4.000 según los cálculos e informaciones, y según este número había que reaccionar. Lapeña en la zona del Molino de Almansa, quedó casi con la misma cantidad de hombres que calculaba tenía el enemigo con que se batía, y había de suspender toda ofensiva local hasta ser reforzado por las tropas de la Isla (14).

Las tropas que quedaron en el Cerro del Puerco después de dejar Graham dicha posición, no tenían por objeto guarnecerla y menos defenderla a toda costa, sino que eran como fuerzas de observación del frente establecido en la Bermeja; el General Whittinghan hizo lo que debía al ordenar su retirada ante las fuerzas que presentaba el enemigo, atacando el Cerro en dos direcciones y envolviéndole; retirada efectuada para mejorar sus posiciones a la linde del bosque.

El General Graham estaba en un error, al parecer, con respecto a la misión asignada a esas fuerzas dejadas a retaguardia y se lanzó, con valeroso ardor, a un ataque al Cerro en favor de aquéllas; este ataque separaba los dos frentes creados (uno de ellos imposible de suprimir: el de la Bermeja); haciendo muy difícil ser auxiliado en el Cerro del Puerco por las fuerzas que se batían y apoyaban la acción en el Molino de Almansa (zona de la Bermeja).

---

(14) Según el Estado de Fuerzas dado por Victor, el General Villatte maniobraba con 2.730 hombres (sin contar con la artillería), y quedaban en sus líneas 600; la mayor parte de éstos deberían guarnecer Sancti-Petri, zona crítica de las operaciones sobre Cádiz. Además, es probable que hubiese fuerzas españolas al servicio de los franceses, que debieron llevar a la línea al tener que disminuir la guarnición francesa de ésta por los efectivos enviados a Medina (1.350 hombres de Villatte) y quedar dispuestos los 2.730 antes dichos dedicados a la maniobra.

Lapeña no abandonó la zona de combate del Cerro, sino que antes de que se presentase el enemigo se había trasladado a la única en que se combatía: la de la Bermeja. Cuando ordenó marchar a Graham, no había más adversario que el existente en dicha zona del Molino y la Bermeja, y quedando en el Cerro fuerzas suficientes para guardar la retaguardia del Ejército, siempre que tomasen posiciones a distancia prudente en que pudiesen ser reforzadas. La contramarcha de Graham se inició a las trece horas aproximadamente, y a esa hora no sólo no había pasado Zayas el Caño, sino que el enemigo atacaba fuertemente la zona de la Bermeja y Molino de Almansa.

En la retirada de Begines no tenía mucha importancia abandonar algunos carros del tren en la playa, ya que más importante era una pronta maniobra. Esos carros, casi o totalmente vacíos dado el estado de los repuestos, no importarían mucho una vez establecidas las comunicaciones con la Isla. Así y todo, fueron retirados en su mayor parte.

La elevación del Cerro del Puerco y la zona de los terrenos altos con que se prolonga hacia el Nordeste, no mandaban en la linde del pinar donde se retiraron los españoles, y menos en él, ya que el alcance eficaz de las armas era cuando más de 500 metros para la artillería y mucho menos aún para la Infantería. El lugar a que se retiró Begines estaba a 1.500 metros del Cerro (una milla inglesa dice Fortescue), es decir, a distancia del alcance máximo de la artillería de Ruffin, numerosa y situada en lugar dominante; pero que tal distancia y el estar a cubierto los españoles, hacían fuese poco efectiva.

El avanzar los franceses, teniendo los aliados el bosque a 1.500 metros del Cerro, no creaba situación crítica para el ejército aliado expedicionario (que sería prontamente reforzado por el de la Isla), con los dos flancos apoyados uno en el mar y el otro en el río que va a la caleta de Almansa; ocupando una zona de amplitud suficiente para formar varias líneas de combate.

El establecerse los imperiales en el Cerro tampoco creaba situación crítica, ya que al día siguiente hubiese tenido lugar el combate que se desarrolló el día 5; sin que saliesen de improviso los anglo-portugueses del bosque, sí, pero con las fuerzas aliadas descansadas y muy reforzadas por las de la Isla, con la tropa racionada y con la artillería que tanto se precisaba.

Bien es verdad que al dilatar el combate para el día siguiente hubiese podido intervenir en él la división Cassagne, pero ello suponía para los franceses un refuerzo menor que el que los aliados hubiesen tenido, procedente de la Isla. Un ataque frontal y general de la línea aliada a la francesa, se hubiese sostenido poniendo en situación crítica la retirada de los franceses, que a mayor distancia estaban también amenazados hacia Sevilla, por Ballesteros, desde el Condado de Niebla.

Parece lógico que, aunque dice Lacy que las fuerzas dejadas en el Cerro como último escalón del ataque oblicuo, esto es, las de Whittingham, Begines y Mourgeon, no necesitaban ser auxiliadas, al presentarse los franceses con tan elevadas fuerzas a retaguardia, la situación cambiaba y los cinco batallones españoles, el inglés y la caballería, si bien podían detener de momento a los doce batallones franceses, con un regimiento de Dragones y doce piezas de artillería, no podrían hacerlo durante mucho tiempo si no se les reforzaba. Las tropas llamadas a hacerlo eran precisamente las de Graham (el escalón anterior del ataque). Pudiera, pues, este General haber contramarchado aún sin orden superior, si no recibía alguna y lo creía imprescindible.

No obstante considerar el General en Jefe errónea la maniobra de Graham, le auxilió enviando fuerzas; éstas llegaron tarde, como era de esperar por la distancia a recorrer y el cansancio producido por las marchas y los combates anteriores. Si los anglo-portugueses estaban fatigados, después de haber descansado en las estribaciones del Cerro, desde las nueve hasta las doce del día, más lo estarían las fuerzas de la zona de la Bermeja, que no habían tenido tal descanso y habían combatido durante toda la mañana.

Según los franceses, que dicen que las divisiones de Ruffin y Leval no pasaban entre ambas de 5.000 hombres, no había en el Cerro gran superioridad numérica de los imperiales, sino solamente ventaja de la posición, contrarrestada esta ventaja por la sorpresa conseguida por la salida del bosque de los británicos y portugueses. Los franceses no estaban tampoco descansados, como aseguran algunos historiadores ingleses, pues venían en marcha forzada nocturna y habían salido del Cortijo de Guerra a las cinco de la mañana, llegando a Chiclana entre ocho y nueve de esta mañana (15).

---

(15) Según el Estado de Fuerzas de los franceses, que obra unido al parte oficial que dio el General Victor al Emperador, y que se incluye a este estudio

Admitase que lo heterodoxo en la guerra puede llevar al éxito, y así ocurre con frecuencia, por la sorpresa que produzca y el ardor que se ponga en ello. Pese a lo antes dicho de la separación de los frentes, el formidable ataque de Graham partiendo de un bosque, llevado a cabo y mantenido como lo hizo, hubiese destrozado a la masa de maniobra del ejército francés, si en lugar de combatir con las fuerzas tan sólo de su División, lo hubiese coordinado con la acción de todas las que automáticamente quedaban a sus órdenes; Graham era por derecho propio, por su grado, el segundo Jefe del ejército expedicionario. Debiera haber contado en esos momentos el General inglés con la distancia del resto de las tropas y su cansancio. Lapeña, por su parte, debiera haberle notificado dónde tenía su puesto de Mando; en la actualidad así se hace, y en aquella época se ve que era igualmente necesario.

En la zona del Cerro del Puerco, las fuerzas españolas hicieron lo que debían, al no recibir órdenes de Graham. Los batallones de Guardias Walonas y Ciudad Real aseguraron el flanco derecho inglés, amenazado por tener los franceses fuerzas adelantadas (con respecto a Ruffin) en la playa. Los de Sigüenza, Cantabria y la Reyna, así como la Caballería, se batían contra dichas fuerzas imperiales: un escuadrón de Dragones y un batallón del 9.º de Infantería ligera. El historial de este Cuerpo da dos batallones de este regimiento, pero está equivocado, ya que el Estado de Fuerzas antes dicho da sólo 400 hombres; otros 600 quedaron en las líneas frente a Cádiz.

El mejor empleo de la Caballería existente en la playa, podía depender o del golpe de vista de Whittingham, su General, o de las órdenes que éste recibiese de Graham, nunca, en la circunstancia creada, del General en Jefe, distante más de cinco kilómetros y ejerciendo el Mando directo en una zona de combate, en la que había que vencer a toda costa.

---

como anexo, deducidas las fuerzas que se quedaron para cubrir las líneas, la división de Ruffin llevaba 2.400 hombres y la de Leval 2.800, es decir, entre ambas un total de 5.200 hombres, de los cuales casi 550 (400 del 9.º del ligero y 150 Dragones), se enfrentaron con las tropas españolas y no con las inglesas. Eran, pues, menores los efectivos que Víctor enfrentó a los angloportugueses de Graham, que estos mismos, aproximadamente en unos 450 hombres. No hubo, pues, superioridad numérica francesa. Se ve, además del Estado de Fuerzas francés, el que da de los anglo-portugueses Fortescue en su *Historia del Ejército Inglés* (volumen VIII).

Whittingham tampoco abrazó la responsabilidad de un Jefe de Caballería, que al no recibir órdenes se lanza al enemigo en el momento oportuno.

Por todo lo dicho, puede comprobarse que los españoles se portaron como buenos en ambos frentes de la batalla; también los franceses y lo mismo los anglo-portugueses en el Cerro y su estribaciones. Si bien el choque más sangriento lo mantuvieron los ingleses, portugueses y alemanes con la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> divisiones francesas, no cabe quitar la gloria a los españoles que se batieron con valor y pericia, aunque las circunstancias de los combates no les llevasen al lugar de la mayor fuerza del enemigo, en el Cerro y en sus laderas; pero sin ellos, no sólo no se hubiese conquistado la zona de la Bermeja, objeto principal de la operación, sino que el movimiento de Graham (glorioso, pero no coordinado debidamente con la acción de conjunto), le hubiese llevado a un fracaso.

Error fue del Mando aliado de la Isla no desarrollar inmediatamente la acción frontal prevista para el momento del ataque de revés a la línea francesa, acción que no se desarrolló sino al día siguiente. No cabe decir que no estaba preparada, pues un frente debe estar siempre listo para reaccionar, y al menos las fuerzas navales no tenían sino que recibir una orden para ponerse en movimiento en cualquier momento. Las tropas de desembarco podían también haber actuado, con menor preparación de la operación, sí, pero con más efectividad, por lo simultáneo de la acción con el ataque del ejército expedicionario.

El General Graham se retiró de la zona de operaciones, cuando el ejército expedicionario estaba acampado esperando la llegada del día para reanudar aquéllas. Lo hizo sin orden ni permiso del General en Jefe, y hasta sin comunicárselo. Se consideran de gran importancia en un ejército combinado una buena inteligencia entre los Jefes de las diferentes partes componentes, y una estrecha subordinación al que mande. Igualmente es de gran importancia el uso de un idioma, o que al menos los mandos lo dominen.

El General Lapeña no continuó las operaciones con sólo los españoles, aún teniendo fuerzas suficientes y gran deseo de operar, por llevar el hacerlo sin los aliados a consecuencias de índole diplomática. Creyó su deber ponerse en contacto con el Mando superior, al estar tan cerca de él. Le faltó, si se quiere ser exigente, el impulso del genio que ante la oportunidad de un momento cierra



los ojos a toda consideración de subordinación y carga sobre él toda la responsabilidad, no mirando sino el aprovechamiento del éxito.

Este análisis de las operaciones de marzo de 1811 ante Cádiz, tiene por objeto exponer defectos y aciertos, y, sobre todo, poner en claro una recta y ponderada dirección de las operaciones del General en Jefe, si bien tuviese algunos errores, y una valerosa acción de las fuerzas españolas, desvirtuadas ambas por historias poco analíticas de la acción, considerada de un modo general y amplio; historias que, por desgracia, son las que más abundan, incurriendo además algunas de ellas en apasionamientos extremos, que llegan al insulto.

Una vez más en la Historia, en la batalla de Chiclana, las tropas españolas habían sido bien mandadas y se habían batido poniendo de manifiesto las virtudes que son tradicionales en nuestro Ejército.

DOCUMENTO NUMERO 1

Del estado de fuerzas dado por el Mariscal Víctor, anexo a sus partes de campaña al Emperador y al Mayor General Berthier, Príncipe de Neuchâtel.

*Fuerza y distribución de las tropas del V Cuerpo que estaban ante Cádiz, el 5 de marzo de 1811*

Nombre de la división	Nombre del regimiento	Combatientes	Sobre la línea en los reducidos	En Medina	Disponibles para marchar contra el enemigo	OBSERVACIONES
Ruiffin....	9.º ligero.....	1.000	600	—	400 800 600 400 — 200	Los 600 hombres del 9.º ligero, ocupan las obras desde el arrecife hasta Puerto Real.
	24 de línea.....	800	—	—		
	96 de línea.....	1.200	—	600		
	Granaderos del 3.º Bón.	400	—	—		
	Volteadores del 3.º Bón.	400	—	400		
1.º de Dragones.....	200	—	—	—		
Leval.....	45 de línea.....	1.200	800	—	400 1.200 1.200	Los 800 hombres del 45 de línea, ocupan desde el reducido «Napoleón» hasta el fuerte «Santa Catalina».
	8.º de línea.....	1.200	—	—		
	54 de línea.....	1.200	—	—		
Villate.....	27 ligero.....	1.400	—	200	1.200 400 950 180 —	Los 600 hombres del 94 de línea, ocupan desde el reducido Bellune hasta el reducido Villate.
	94 de línea.....	1.400	600	400		
	95 de línea.....	1.400	—	400		
	2.º Dragones.....	180	—	—		
	5.º Zapadores.....	300	—	300		
Obreros de Marina y Zapadores Minadores....		1.300	1.300	—	—	Al Trocadero.
		13.580	3.300	2.350	7.930	Deduciendo de esta fuerza de 7.930 hombres, los obreros, los cañoneros-fusileros, los músicos, etc., queda reducida a menos de 7.400 hombres.

## DOCUMENTO NUMERO 2

*Tropas de que disponia en total, Victor, incluyendo las de guarnición de las posiciones de la línea, con ocasión de la batalla de Chiclana, así como las de Sebastiani. (De la Historia de la Península, de Napier)*

	Fuerza efectiva		Destacados		Hospital	Efectivo total
	Hombres	Caballos	Hombres	Caballos	Hombres	Hombres
<b>PRIMER CUERPO (VICTOR)</b>						
<b>FRENTE A CÁDIZ:</b>						
15 de febrero de 1811..	20.572	1.886	1.331	681	1.254	23.157
Refuerzos recibidos en marzo (1).....	5.209	775	—	—	743	5.952
<i>Total.....</i>	25.781	2.661	1.331	681	1.997	29.409
<b>CUARTO CUERPO (SEBASTIANI):</b>						
15 de febrero de 1811..	16.703	4 007	741	397	1.699	19.143
Refuerzos recibidos en marzo.....	6.020	1.457	—	—	878	6.890
<i>Total.....</i>	22.723	5.464	741	397	2.577	26.033

NOTA.—El Quinto Cuerpo, estando frente a Badajoz, recibió un refuerzo de más de 1.000 hombres.

(1) Probablemente son los recibidos después de la batalla de Chiclana; antes de ella este Primer Cuerpo experimentó la reducción de dos Regimientos de Infantería y cinco de Caballería, quedando reducido, según dice Victor, a los dos tercios de sus efectivos, en cuyo caso quedarían 15.438 hombres. En el estado de fuerzas que da en sus partes, dice tiene 13.580 hombres, pero omite los de Artillería y los que guarnecen la costa desde el Castillo de Santa Catalina del Puerto hasta Rota; éstos y los artilleros pueden explicar la diferencia existente.

## DOCUMENTO NUMERO 3

*Estado de fuerzas de los ingleses que tomaron parte en la batalla de Chiclana. (Según: The Battle of Barrosa March 5, 1811 (of Chiclana) extract from a history of the british army by The Hon J. W. Fortescue)*

---

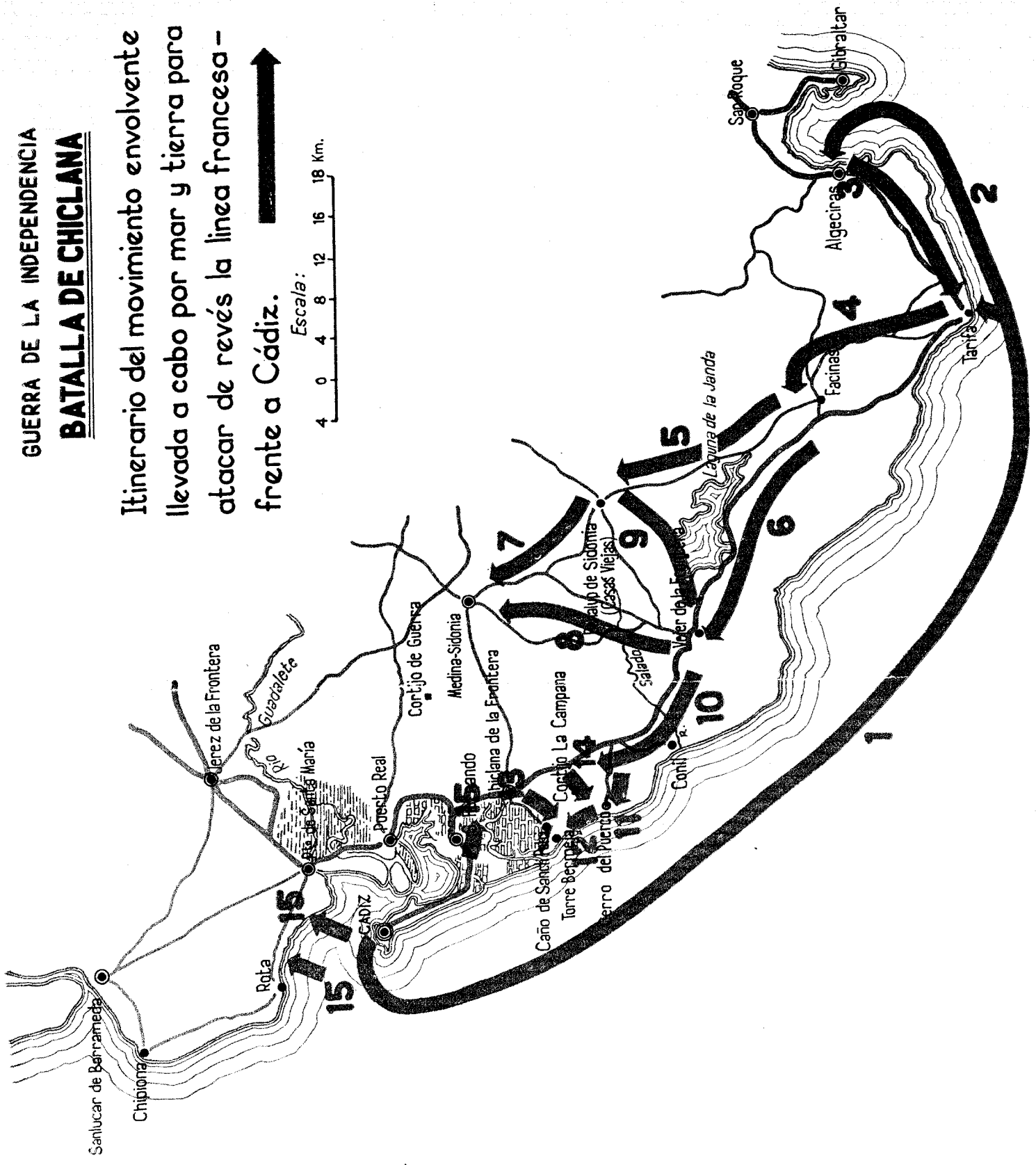
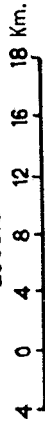
2 squadrons, 2nd Hussars, K. G. L.....	206
2 brigades artillery.....	200
Detachment R. E.....	47
Dilkes' brigade (2 composite batts. of Guards, 2 cos. 2/95th).....	1,221
Wheatley's brigade (1/28th (less its flank cos.) 2/67th, 2/87th cos., 20th Portuguese).....	1,764
Bernard'e batt.: 2 cos. 2/47th, 4 cos. 3/85th..	594
Browne's batt.: 2 cos. 2/9th, 2 cos. 1/28th, 2 cos. 2/82nd.....	475
1 co. Royal Staff Corps.....	33
	<hr/>
Rank and file.....	4,540
Add 1/8 for officers, sergeants, and Drummers.....	560
	<hr/>
	5,100

---

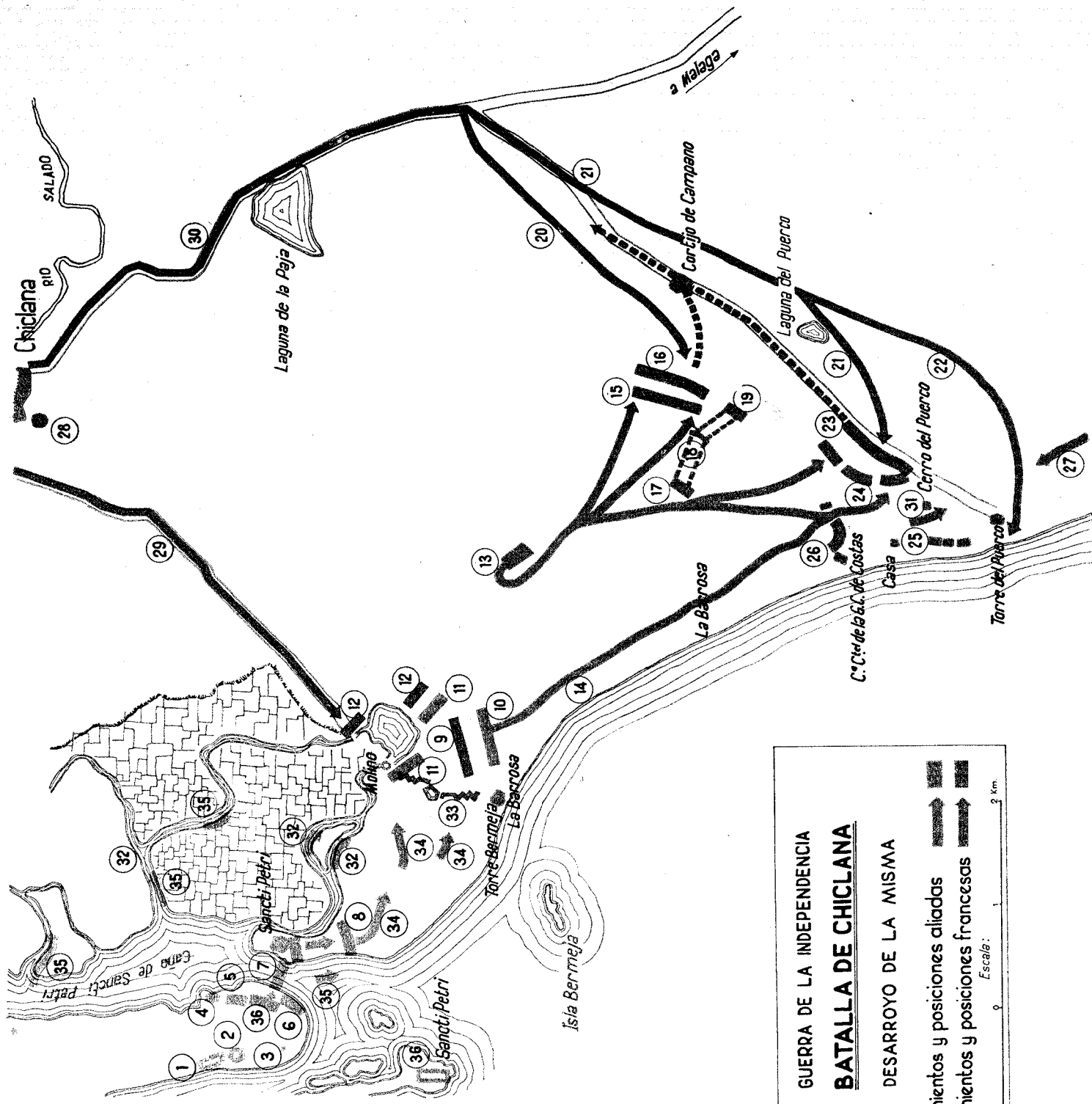
GUERRA DE LA INDEPENDENCIA  
**BATALLA DE CHICLANA**

Itinerario del movimiento envolvente  
 llevada a cabo por mar y tierra para  
 atacar de revés la línea francesa -  
 frente a Cádiz.

Escola:



1. Parte del itinerario del movimiento envolvente marítimo común a españoles e ingleses.
2. Id. relativo al movimiento marítimo, sólo de las fuerzas anglo-portuguesas.
3. Id. del itinerario seguido por tierra por los anglo-portugueses hasta Tarifa.
4. Id. del ejército aliado en su marcha hasta Facinas.
5. Id. del ejército aliado hacia Casas Viejas.
6. Id. del destacamento aliado que marcha contra Vejer simultáneamente al hacerlo contra Casas Viejas.
7. y 8. Demostraciones realizadas por los destacamentos españoles enviados desde Casas Viejas y Vejer sobre Medina.
9. Marcha del ejército aliado de Casas Viejas a Vejer por el Camino de la Mediana.
10. Marcha del ejército aliado de Vejer hasta la Lobita.
11. Id., id. de la Lobita al Cerro del Puercu.
12. Dirección de ataque desde el Cerro del Puercu a la zona de la Torre Bermeja.
13. Marcha de Villate a reforzar las Flechas.
14. Id. de Víctor con Leval y Ruffin contra el Cerro del Puercu.
15. Reacción frontal de la línea española el día 6.



1. Campamento aliado (Barracones).
2. Fortín inglés.
3. Telégrafo.
4. Batería española de Aspiros.
5. Batería española de Urrutia.
6. Batería española San Genis.
7. Puente de Barcas, tendido en la noche del 3 al 4 (vuelto a tender el 5).
8. Cabeza de puente española (noche 3 al 4).
9. División francesa Villate (1.ª Posición).
10. Ardizábal (1.ª Posición).
11. Fuerzas españolas (Posición final).
12. Villate (después de la retirada).
13. Lugar de la contramarcha de Graham.
14. Camino de Conil a Cádiz (seguido por las tropas españolas).
15. Brigada anglo-portuguesa desplegada después de contramarchar.
16. División de Leval en su ataque.
17. Primera posición artillería inglesa de Duncan.
18. Segunda posición artillería inglesa de Duncan.
19. Tercera posición artillería inglesa de Duncan.
20. Camino seguido por la División Leval.
21. Camino seguido por la División Ruffin.
22. Camino seguido por el 1.º de Dragones y el 9.º de Infantería ligera francesa en su movimiento envolvente.
23. División Ruffin sobre las alturas.
24. Brigada de Dilkes a la conquista del Cerro.
25. Tren aliado en la playa.
26. Posición de Begines después de su retirada del Cerro del Puerto.
27. Camino seguido por el grueso del ejército aliado en la fase de aproximación.
28. Posición fortificada de Santa Ana.
29. Camino seguido por la división francesa Villate.
30. Camino seguido por Ruffin con las divisiones.
31. Brigada española de la Cruz Mourgeon.
32. Batería francesa de la Isleta.
33. Línea francesa del Coto de San José.

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

**BATALLA DE CHICLANA**

DESARROLLO DE LA MISMA

Movimientos y posiciones aliadas  
 Movimientos y posiciones francesas

Escala:

0 1 2 3 km

## APORTACION A LA BIOGRAFIA DEL MARISCAL DE CAMPO DON ANTONIO SEQUERA Y CARVAJAL, FUNDADOR DE LA ARTILLERIA EGIPCIA

por NICOLAS HORTA RODRIGUEZ  
Comandante de Artillería

Durante todo el siglo XIX, las biografías de los Generales de Artillería, según afirmaba un asiduo escritor del «Memorial» (1), podrían haberse resumido, salvo excepcionales circunstancias, en las siguientes líneas: «Fué un militar de honor y probidad, adornado de las aptitudes requeridas, supuesto que el Cuerpo le conservó en su seno, y pertenecía a la Orden Militar de San Hermenegildo».

Esas excepcionales circunstancias se dan en la vida de don Antonio Sequera y Carvajal, y justifican la publicación por don Enrique Ocerín de su biografía (2). Artillero de valor acreditado a lo largo de toda la Guerra por la Independencia, fue luego diputado en aquellas Cortes que provocaron la intervención de los «cien mil hijos de San Luis». Emigrado más tarde y colaborador significado luego en la tarea de poner los cimientos del Egipto moderno, al lado de Mohamed Ali Bajá, histórico personaje que parece legendario, la gran competencia profesional y la perseverancia del artillero español, consiguieron iniciar la creación de una artillería eficiente en dicho país. Bastaría este título para la mentada justificación. La vinculación a Segovia, cuna de nuestra Arma, es la que Ocerín invoca para que la sucinta biografía «pueda tener encaje adecuado entre las publicaciones del brillante Instituto «Diego de Colmenares».

---

(1) CARRASCO Y SAYZ (ADOLFO): *Memorial de Artillería*, serie IV, tomo XIII, pág. 268.

(2) OCERÍN (ENRIQUE DE): *El Mariscal de Campo Don Antonio Sequera y Carvajal, fundador de la Artillería egipcia*. Instituto «Diego de Colmenares», separata de «Estudios Segovianos», 1956, tomo VIII.

La vinculación de Sequera al común sentir de los artilleros del XIX, nos mueve a escribir estas líneas para tratar de reflejar su faceta de combatiente «cristino».

Remitimos a los lectores a la obra citada (especialmente a nuestros compañeros de Arma) y les hacemos gracia aquí de todo lo que, muy certeramente, en ella se relata.

Hay, sin embargo, en la breve biografía, una omisión que debe ser subsanada.

Nos dice Ocerín que al regresar don Antonio Sequera del Cairo, el 6 de septiembre de 1836, después de trece años en el exilio, es elegido diputado para las Constituyentes por Granada, se reintegra a su escala (era entonces teniente coronel de Artillería y tenía grado de teniente coronel de Infantería por méritos en la Guerra de la Independencia), «y como pago a las amarguras sufridas en el destierro, se le concede el grado de coronel de Infantería... y el empleo de brigadier de Infantería... A continuación se le nombra Segundo Cabo (3) y Capitán General interino de Valencia, donde permanece hasta el 22 de mayo de 1837». «Pero nuevamente —continúa— arde entonces en España la guerra. Los carlistas, dueños del Norte, efectúan incursiones hacia el Centro y Sur, y la expedición de Gómez, tiene inquietos a los *cristinos*. Sequera, cuya sangre no le permite descanso alguno, ni apetece destinos sedentarios, sale para la campaña al frente de varias baterías y está en acción hasta el 30 de diciembre de 1837, fecha en que llega el ascenso a coronel de Artillería». Más tarde es nombrado Director de la Academia segoviana.

Aparte de lo incompleto de los datos transcritos, algunos son inexactos. La Hoja de Servicios del Mariscal Sequera es concluyente en varios (4). En la 8.ª Subdivisión se hace constar que en 1836 fue nombrado, por Real Orden de 3 de diciembre, Gobernador Militar de la Plaza de Alicante, si bien en la 7.ª, refiriéndose al mismo año, se dice: «quedando en espectación (sic) de destino en el 3.º Departamento de Artillería». Parece deducirse, pues, que su situación al llegar a España es la últimamente citada, y que seguidamente es designado Gobernador Militar de Alicante. De esta

---

(3) Los «Segundos Cabos» fueron creados por Real Orden de 26 de junio de 1800 para ejercer interinamente el mando de las Capitanías Generales en los casos de ausencia, enfermedad, etc., de los titulares.

(4) Ver en «Apéndice».



corta etapa que va desde el 6 de septiembre de 1836 al 7 de diciembre del mismo año, no tenemos dato ninguno que añadir a la biografía del Mariscal. No así de la siguiente, que comprende el mando de Sequera en Valencia como Segundo Cabo, Capitán General interino y Jefe de División. Su también corta duración (diciembre de 1836 a mayo de 1837), no justifica la omisión, teniendo en cuenta que los hechos a que se refiere están insertos en nuestra primera guerra carlista, que son, por otra parte, excepcionales en cuanto a la normal actuación de un artillero profesional, y que pueden contribuir a reflejar objetivamente la personalidad del biografiado.

\* \* \*

Para don Antonio Sequera, capitán de artillería distinguido por sus conocimientos profesionales y Diputado a Cortes, aquella memorable sesión del 11 de junio de 1823, en la que se aprobó una proposición declarando —nada menos— demente a Fernando VII y suspenso el poder real, fué la iniciación de la etapa más novelesca de su vida. El segundo capítulo se abrió en la mañana del 6 de septiembre del mismo año, cuando al leerse, ya en Cádiz, la relación de los diputados presentes que habían de prestar el consabido juramento, se oye el nombre de nuestro artillero (5). Y, por fin, su destino se abre francamente a la aventura cuando, tratando de escapar a la pena decretada para los votantes de la famosa proposición, consigue embarcar rumbo a Gibraltar (6).

(5) LAFUENTE (MODESTO): *Historia General de España, desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII, continuada desde dicha época hasta nuestros días por don Juan Valera, con la colaboración de don Andrés Borrego y don Antonio Pivala*, Barcelona, 1882, tomo VI. En la nota (1) de la pág. 448, figura el nombre de D. Antonio Sequera en la relación de los diputados presentes en Cádiz, que presentaron juramento.

(6) Estimamos indudable la inclusión de D. Antonio Sequera en la «Lista de los Diputados a las llamadas Cortes que han sido condenados por la Real Sala del Crimen de la Real Audiencia de Sevilla, a la pena ordinaria de garrote con las costas del proceso, y a que sus bienes se apliquen al Real Fisco de S. M. por haber votado en la sesión de 11 de junio de 1823 la destitución del Rey N. S. y nombrado la pretendida Regencia». Tomamos el testimonio de: FUENTE (VICENTE DE LA): *Historia de las Sociedades Secretas*, Barcelona, 1923, tomo II, págs. 464 y 465. En esta última se citan los diputados por Granada incluidos en la lista, que son el total de los cinco correspondiente a la provincia, y uno de los nombres es «don Antonio Pequera», sin que la evidente errata diga nada en contra de nuestra afirmación.

Sobradamente conocida es la historia española de los años que van de 1823 a 1836. Recordemos solamente que si el emigrado Sequera pudo volver a pisar tierra española, fue porque la Reina Gobernadora (sobrina y viuda de Fernando VII y cónyuge, a los tres meses de su viudez, de un ex guardia de Corps) había firmado en agosto, ante unos sargentos tan audaces como asustados, la declaración por la que se ordenaba publicar la Constitución de 1812. Y conviene no olvidar tampoco que, según el testimonio de un relevante «hermano» (7), el Gobierno que se formó a raíz de aquel motín, era de filiación netamente masónica. Un Gobierno que provocó o no supo evitar la anarquía general que se desencadenó inmediatamente en toda la nación, y produjo el efecto de suscitar una nueva guerra civil, cuando iban transcurridos casi tres años de la que desangraba a España desde la muerte de Fernando VII.

Es claro, pues, que el ultraliberalismo o «progresismo» de nuestro don Antonio (8), le proporcionó como a tantos otros aquel grado de coronel y el empleo de brigadier de Infantería que en su Hoja de Servicios constan como otorgados «por su méritos y servicios». Y no es que pretendamos restar importancia a los prestados. Pero creemos no equivocarnos si aseguramos que la auténtica gloria del entonces —en su Arma— teniente coronel Sequera, tan documentada en la obra de Ocerín, la de ser creador de la artillería egipcia, no pesó para nada en el ánimo de quienes iban a lanzar al prestigioso artillero, luego de los honores concedidos, a una aventura de muy dudoso éxito.

\* \* \*

Apuntado queda el hecho de que el motín de la Granja, expresión elocuente de la división que existía entre los mismos «cristinos», fue manifestación e incentivo de una revolución que se agravaba cuando los acontecimientos de la guerra civil exigía más que nunca

(7) MORAYTA (MIGUEL), Gran Maestro del Oriente Español, Catedrático de Historia de la Universidad de Madrid: *Masonería Española. Páginas de su Historia*. Ampliaciones y refutaciones de Mauricio Carlavilla, Madrid, 1956, pág. 289.

(8) No tenemos datos para afirmar que estuviese afiliado a la Masonería. Sin embargo, debemos anotar que Morayta en la ob. cit., pág. 149, dice que «se escogieron (los nombres de la lista de votantes de 1823, de la incapacidad del Rey)... caprichosamente; todos los escogidos pertenecían a la Masonería o a la Comunería».

Gobierno fuerte y unidad de mando. Si ésta se había logrado en contadas ocasiones, como excepción al personalismo que imperaba, las querellas de los políticos la harían a la sazón prácticamente imposible, y sin darse punto de reposo en relevar generales que frecuentemente mostraban valor y competencia, darían al traste con los planes que auguraban para un futuro próximo la terminación de la guerra. Esperanzas tenía de terminarla el Jefe del Ejército del Centro, y así lo anunciaba al Gobierno (9) en 18 de agosto de 1836. Pero nada más iniciarse la vida del Gabinete Calatrava, tras «la sargentada», se desataron «las peores pasiones» (10), y al asesinato del general Quesada seguía el restablecimiento en las provincias de las conocidas Juntas revolucionarias, gloriosas cuando en 1808 tomaron de la calle el poder político abandonado por los dirigentes, pero que ahora servían solamente a la anarquía. Esta indisciplina tenía que reproducirse en el Ejército.

Mientras la agitación dominaba en las ciudades, el campo de Cabrera ofrecía un aspecto bien distinto, del que son fiel reflejo las palabras que el mismo caudillo tortosino escribía en 20 de agosto del citado año a cierto personaje de la corte de D. Carlos: «Diga V. al Rey que si parece que los españoles se han vuelto locos, aquí no lo estamos, gracias a Dios, y juzgo que las ventajas que hemos obtenido este año sobre los enemigos continuarán. Yo desearía que S. M. viese este su ejército de Aragón, cuya disciplina y valor son admirables. El llamado del Centro (se refiere al *crístico*) está desbandado y casi en disolución. Yo procuraré batirlo en detall hasta que pueda hacerlo con batallas campales, lo cual no tardará» (11). Y estas palabras respondían a la verdad, tanto en su juicio sobre el enemigo como en las propias esperanzas, pues a pesar de que el Gobierno liberal había conseguido formar un ejército respetable (el del Centro) para combatir en la zona de Aragón, el Maestrazgo y Valencia, a costa, incluso, de quitar al del Norte (teatro principal de la guerra) la división que mandaba Narváez, las fuerzas resultaban inadecuadas para una acción intensa que debía abarcar desde el Pirineo a Cartagena. Para colmo de desdichas en el bando «crístico»,

---

(9) CÓRDOBA (BUENAVENTURA DE): *Vida militar y política de Cabrera*, Madrid, 1845, tomo II, pág. 80.

(10) FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA (FERNANDO): *Mis memorias íntimas*, Madrid, 1886, tomo II, pág. 163.

(11) CÓRDOBA (BUENAVENTURA DE): ob. cit., tomo II, pág. 82.

las sublevaciones de Zaragoza y Valencia y el peligro que amenazaba a la Corte como consecuencia de la general insurrección, dejaron al general Montes tan escaso de fuerzas, que se creyó autorizado a presentar la dimisión. Fue designado en sustitución de Montes el 23 de agosto del mismo 1836, el general don Evaristo San Miguel, autor de la letra del Himno de Riego. En esta serie de sustituciones y relevos casi constantes, don Evaristo tuvo, sin duda, más suerte y más acierto que en su hazaña poético-política: Gómez, que a principios de septiembre había arrastrado a la aventura de su famosa expedición a Cabrera, contribuyó eficazmente a que Cantavieja, que el caudillo de Tortosa había fortificado y abastecido y en la que funcionaba ya una maestranza de artillería a cargo del capitán don Luis Soler, cayese el 30 de octubre en poder del general San Miguel. Pero si Gómez, sin quererlo, le ayudó, Gómez también le hizo marchar y contramarchar después lo suficiente para que el Gobierno, ante la ineficacia resolutive de la campaña, le sustituyese en diciembre por el general Quiroga.

De setiembre a noviembre de 1836, el Maestrazgo como reducto central y la huerta levantina como zona de abastecimiento de las huestes de Cabrera, quedaron encomendadas a la dirección de su segundo Arévalo que, con Llangostera y Forcadell, procuró simplemente mantener la organización y el espíritu de las fuerzas carlistas en espera de la vuelta del caudillo.

Ramón Cabrera, que de cabo en diciembre de 1833 ha llegado en 1834 a coronel de Infantería y ostenta luego el título de Comandante General del Bajo Aragón, es sometido en este año de 1836, en el que alcanzaría el empleo de Mariscal de Campo, a la más dura prueba de su azarosa vida. El recuerdo de su madre, fusilada el 16 de febrero, gracias a lo que el general Noguerras dijo y a lo que el general Mina no quiso decir, le acompaña vivo y punzante. No podría buscarse un catalizador más activo para hacer reaccionar sus innatas cualidades de guerrillero con la intrincada tierra del Maestrazgo y producir así, en una síntesis atormentada y romántica, la gran figura del caudillo tortosino, cruel en el fusilamiento de unas mujeres, de alguna de las cuales se sospechó fuese su primer amor, abnegado hasta la locura tantas y tantas veces, y siempre heroico, en el violento ataque y en la inconcebible retirada...

Así le imaginamos al fin de aquel 1836, separado, con Miralles, de la expedición de Gómez, tratando de ganar con escasas fuerzas el seguro de sus montañas. Sorprendido en Rincón del Soto, desor-

denada su caballería y dispersa su infantería, combate personalmente con firmeza y encuentra luego en la fuga su salvación, llevando, como testimonio de su valor, agujereadas por las balas su capa y su maleta. La desgracia trata de abatirle, pero ni el peligro ni la enfermedad le vencen. Ni las graves heridas. Enfermo y en unas parihuelas llega Cabrera a Arévalo. Miralles que le sustituye, es sorprendido por las fuerzas liberales que rodean el pueblo, y Cabrera resulta herido de bala y bayoneta. Desangrándose, a pie, como obra de un milagro, consigue escapar, siendo casualmente encontrado por los suyos; luego, gracias a los cuidados del párroco de San Miguel de Almazán mejora, consigue ponerse en comunicación con Forcadell, y a principios de 1837 se une en Rubielos a sus fuerzas, que le reciben con delirante entusiasmo.

Bien pronto se conoció en la zona valenciana la llegada de Cabrera. Aprovechando las discordias de sus enemigos y su falta de unidad de mando y de plan de acción, el caudillo carlista hace, desde su refugio del Maestrazgo, osadas incursiones que llevan la guerra a la Huerta. «Seguía entre tanto —dice San Román (12)— siendo penosísimo y desconsolador el estado de Valencia: vacilante la tranquilidad en la ciudad por consecuencia de los últimos disturbios; sin respeto ni prestigio las autoridades ni fuerzas para contenerlos; sin reflexión, generosidad ni calma los partidos. El Gabinete mismo levantado en hombros del sargento García, comprendía la necesidad de gobernar; érale para ello forzoso poner un dique a los extravíos de la revolución de La Granja y restablecer el orden, pero no tenía hombres. Creyendo encontrar uno en el teniente coronel de Artillería D. Antonio Sequera...»

Aparece, pues, D. Antonio Sequera en el escenario levantino en unos momentos difíciles para la causa gubernamental. Aunque no suscribamos íntegramente la opinión de San Román, que le juzga dotado solamente de un genio «duro y desabrido» (13), puesto que el mismo autor, sin reparar en la contradicción, nos dice enseguida que Sequera «intentaba y quería» restablecer la disciplina, es lo cierto que su elección, hecha por consideraciones políticas, no puede juzgarse acertada. Desconocía la clase de guerra en la que era lla-

(12) SAN ROMÁN (TENIENTE GENERAL MARQUÉS DE): *Guerra civil de 1833 a 1840 en Aragón y Valencia. Campañas del General Orúa (1837-1838)*, Madrid, 1884, pág. 26.

(13) Ob. y pág. citadas.

mado a intervenir, así como el terreno sobre el que habría de combatir. Su experiencia bélica de la Guerra de la Independencia, que hizo de teniente y capitán de Artillería, no podía proporcionarle una base suficiente para dirigir una lucha absolutamente irregular. Por otro lado, el grado de brigadier que le había otorgado el partido político imperante, le malquistaba con los que iban a ser en Valencia sus subordinados inmediatos, todos más antiguos que él.

Presentados los protagonistas y reseñadas las principales circunstancias personales y de ambiente, queremos ahora relatar, tratando de buscar objetividad a través de lo que escribieron los contendientes, una pequeña acción que enfrentó a don Ramón Cabrera, guerrillero titulado Mariscal de Campo, con don Antonio Sequera, artillero graduado de brigadier de Infantería.

\* \* \*

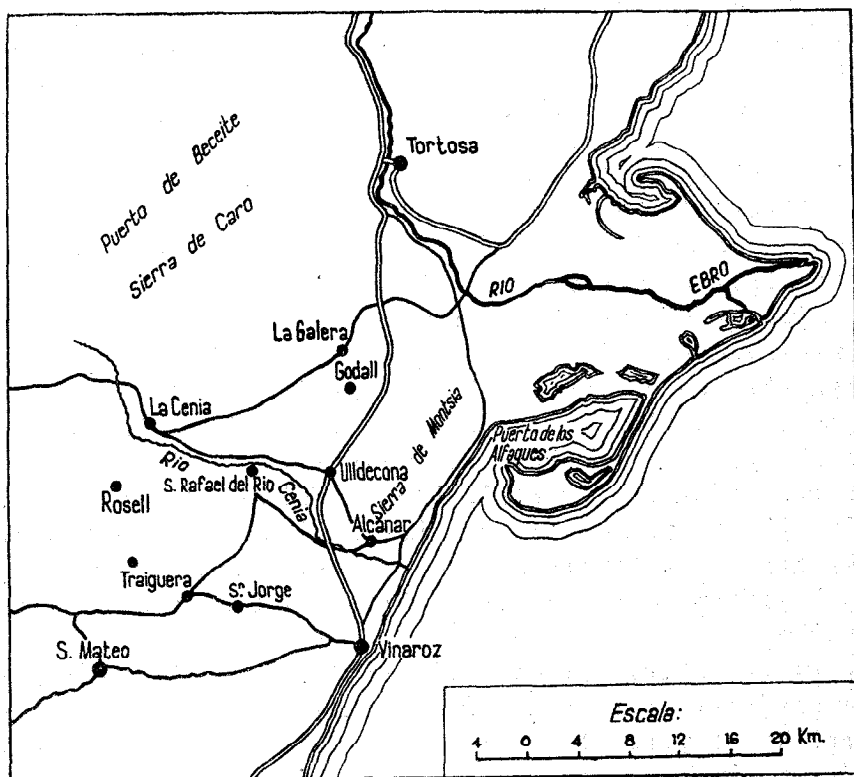
La huerta tortosina, enlace entre Cataluña y el reino de Valencia, encuentra hacia el Sur un territorio calizo de desnudos cerros —la sierra del Montsiá— y enseguida el río Cenia, frontera administrativa entre Tarragona y Castellón. Alcanar es una villa situada en el arranque de uno de los ramales menores de esa sierra del Montsiá, frente por frente casi exactamente a la punta oeste de los Alfaques de Tortosa, con el río Cenia por el Sur, a unos dos kilómetros, y el mar cuatro kilómetros al Este. Se encuentra, pues, en el límite Noroeste de la plana litoral castellanense, a la que geográficamente pertenece, y puede decirse que en esa zona, de Alcanar al Norte, el terreno va intrincándose, para penetrar en una de las regiones típicas en nuestra estrategia nacional, la «región-guarida» (14), determinante en gran medida de la acción bélica del caudillo tortosino quien, propiamente, habría de ser conocido como «el tigre del Maestrazgo».

Ya en 17 de octubre de 1835, se da una acción de Alcanar. Alcanar por sí misma no tiene notable importancia militar ni política, pero lo feraz de sus tierras por un lado, que permite a Cabrera abastecerse, y por otro la significación moral de un terreno abierto, de gran densidad de población, que forma parte de una zona cuyo dominio significa para las huestes carlistas su crecimiento en fuerza, seguridad y audacia, determinó que Cabrera, con Forcadell y Aré-

---

(14) DÍAZ DE VILLEGAS (JOSÉ): *Geografía Militar de España*, 3.ª edición, Madrid, 1940, pág. 355.

valo, la atacasen en la indicada fecha para tomarla a los dos días, después de la notable resistencia que mantuvieron 64 cristinos al mando de don José Boria. Había aún otro motivo para esta conquista: se trataba de arbitrar una vía que permitiese introducir por



### Croquis nº1

mar víveres y pertrechos, así como los productos de las salinas de San Carlos. Esta última empresa se confiaría a la gestión del padraztro de Cabrera, pintoresco combatiente carlista que llegó a organizar, aunque parezca increíble, una fuerza mixta «caballero-fluvial», sin que su doctrina, desde luego, pasase a ningún reglamento.

Conviene señalar, por fin, en estas notas del terreno, que en la época (al menos), existía unos tres kilómetros al norte de Alcanar, la ermita de Nuestra Señora del Remedio, colocada en el recinto de unas bre-

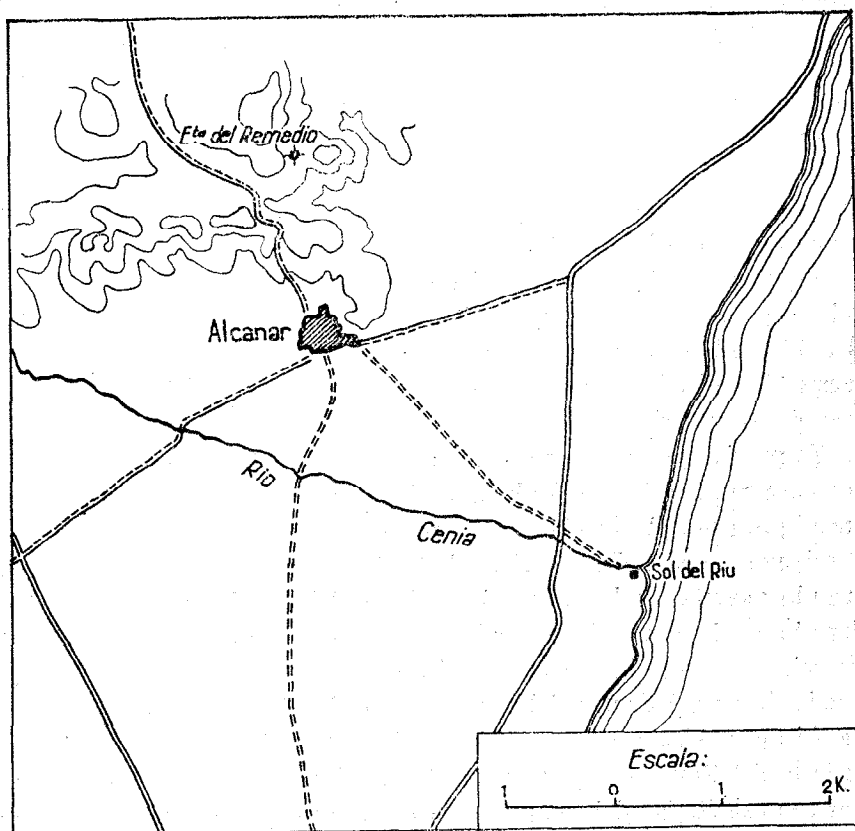
ñas y excelente observatorio hacia Alcanar y el terreno circundante. Y también que de Alcanar al Nordeste, Este y Sur, las comunicaciones son fáciles y los caminos numerosos, y el único obstáculo hacia la última dirección es el río Cenja, cuyas altas márgenes se suavizan en la proximidad de su desembocadura.

Reseñado queda cómo Cabrera, vuelto por extraordinaria suerte de la expedición de Gómez a su zona-refugio, y aún no repuesto de sus heridas, recorría personalmente al comenzar 1837 el territorio de la huerta levantina en auténticas «algaras». En Torreblanca, muy al sur de Vinaroz, Cabrera se encontró con las fuerzas de Borso di Carminati, un combativo italiano del bando «cristino» que había elegido por sí mismo (entonces podían ocurrir cosas semejantes) su zona de acción. Y fue un mal encuentro en el que nuevamente, y haciendo honor a su extraordinario valor personal y a su papel de corajudo guerrillero, Cabrera resultó nuevamente herido. Tal vez hubiese sido ésta su postrer acción, si sus inmediatos subordinados, conscientes de lo importante de la herida y de la mala situación en que se encontraban sus tropas, no le hubiesen impedido volver al combate, para obligarle luego a retirarse hasta La Cenja transportado en una camilla. Una vez más la victoria «cristina» se frustró por falta de unidad de mando, y Cabrera, sin perjuicio de que sus subordinados continuasen alimentando la lucha con acciones audaces, rápidas y casi continuas, pudo tener un respiro en La Cenja para curar sus heridas.

El caudillo carlista sabía y valoraba sin jactancia lo que suponía su propia persona al frente de las tropas, y por ello y por escarmantar a Reverter, que había sorprendido días antes a unos ordenanzas de Cabrera, inició la acción que nos ocupa sin estar restablecido, ni mucho menos. Con la única fuerza que para su seguridad tenía, ochenta y cinco infantes y catorce caballos, y a pesar de los ruegos de los suyos que temían por su vida, montó a caballo a las ocho de la noche del 18 de febrero de 1837 y emprendió la marcha hacia Rosell, siguiendo luego por la orilla del río Cenja. Hubo de detenerse por habersele soltado los vendajes y reproducirse la hemorragia de alguna de sus heridas. Sus subordinados quisieron otra vez hacerle desistir de la empresa, y el médico hizo ver a todos las graves consecuencias que podían aquí originarse, pero Cabrera les hizo callar diciendo: «Póngame Vd. los vendajes, y adelante, que aún puedo sostenerme a caballo». Nuevamente en marcha, siguieron hasta un kilómetro aproximadamente de Alcanar, acampando en la falda del



Montsiá en espera del amanecer. No nos ha sido posible identificar el punto exacto, pero sin duda Cabrera con su partida esperó el nuevo día en alguna de las alturas que dominan Alcanar, seguramente al norte de la ermita de Nuestra Señora del Remedio. Lo cierto es



### Croquis nº 2

que, siguiendo su propósito de hacer que las fuerzas de Reverter viniesen de Vinaroz en ayuda de las autoridades de la villa, destacó a un sargento con cinco voluntarios a Alcanar, para que sus exigentes peticiones provocasen la reacción de Reverter, a quien suponía en Vinaroz. En lugar de éste, que se encontraba ausente, a la demanda de las autoridades locales acudió el 2.º batallón de voluntarios de

Valencia con 400 hombres, y su jefe se limitó a tomar con dos compañías la ermita del Remedio, que domina el pueblo por el Norte, dejando el resto de sus fuerzas a la entrada de éste. El sargento y los cinco voluntarios se fueron retirando antes de que las fuerzas del batallón pudieran alcanzarles y, por medio de sus disparos, alertaron a Cabrera. Sin embargo, el batallón «cristino» no se resolvió a atacar a las exiguas fuerzas carlistas. Por el contrario, Cabrera, a pesar de tratarse de efectivos superiores, dispuso tres guerrillas de doce hombre cada una, que atacaron de frente y de flanco a los contrarios, quienes tras retirar sus dos compañías de la ermita e incorporarlas a las fuerzas que habían dejado en Alcanar, fueron obligados a abandonar la villa y retirarse con dirección a Vinaroz por el camino de Sol del Riu (15). Pero Cabrera no se conforma con el éxito obtenido, y con sus catorce caballos carga al enemigo, le desordena y le pone en franca fuga, persiguiéndole hasta la Torre de Sol del Río (Sol del Riu), a cuyos restos (16) se acogen tratando de hacerse fuertes los efectivos que quedan, acaso solamente la mitad, del batallón de voluntarios.

Es precisamente en este momento, en el que Cabrera se encuentra con sus catorce de a caballo recogiendo el armamento de las bajas enemigas (que él calcula, muy probablemente con exceso, en unas doscientas) y organizando el traslado de cincuenta y tres prisioneros, cuando aparece en la zona del combate el brigadier Sequera. Había llegado en la tarde de ese mismo día, con la primera brigada del Ejército de Valencia y Murcia, del que era jefe accidental, a Vinaroz, y avisado por el tirofeo del encuentro producido en las inmediaciones de Alcanar, hizo avanzar (dice en su parte) «dos mitades de la caballería del Rey... y una columna de cazadores...» Advertido Cabrera por su caballería, del avance de esta vanguardia enemiga, «que le hizo concebir mal agüero» (son sus palabras), se repliega con sus jinetes sobre el pueblo, donde encuentra a sus ochenta y cinco infantes, y apercibiéndose de que la vanguardia tan rápidamente incorporada a la escena del combate, anuncia la llegada de fuerzas abrumadoramente superiores, recurre a un ardid para escapar del grave e inminente peligro: llama a un paisano y poniéndole una onza de

---

(15) Cabrera dice en su relación (ver «Apéndice»), «del solderin», pero se trata sin duda de un error en la transcripción del parte manuscrito.

(16) Es una de las torres costeras que durante la Guerra por la Independencia, hicieron demoler nuestros aliados los ingleses.

oro en la mano, le dice: «Como cosa nacida de tí ve y dile al jefe enemigo que estoy aquí y que tengo cuatro batallones emboscados; haz este servicio y cuenta con mi correspondencia». Y relata sencillamente Cabrera: «Lo hizo y el enemigo contramarchó para Vinaroz, quedando yo a salvo de la borrasca que tenía encima...» En efecto, Sequera que, por su parte, esperaba noticias del movimiento de su vanguardia para actuar en consecuencia, recibió sin duda la visita del falso confidente, pues aseguró que «noticioso después que la facción que en Alcanar había atacado a 400 hombres del 2.º batallón de voluntarios de Valencia y les había envuelto, no era sólo la de Carbó, sino que estaban Llangostera y Cabrera...»

Después de este evidente acuerdo en el relato del envío y recepción de la información falsa, que es a nuestro juicio fundamental de la acción de Alcanar, la discrepancia entre las referencias oficiales de los dos bandos es tan completa que resulta forzoso advertir en ellas una intencionada deformación de la realidad. Cabrera asegura que, una vez que el enemigo contramarchó a Vinaroz, mandó reconocer de nuevo el campo y recogió 317 fusiles y otros efectos, «retirándome aquella tarde a este punto (La Cenía), habiendo mandado encender hogueras para aparentar campamento sobre Munciá (Montsiá)». Sequera, sin embargo, asegura que al recibir la información de la entidad de las partidas enemigas, marchó él mismo «con toda la fuerza de la primera brigada, dividida en dos columnas con mucha inteligencia por su comandante general... Estas tomaron la izquierda y centro de nuestro ataque, pues la columna de cazadores (la que fue con la vanguardia) ya había pasado a la derecha, y sin duda no la cargaron las facciones por oportuno movimiento de nuestra brigada. Yo continué dicho movimiento de frente hasta pasar el pueblo, y las guerrillas persiguieron por la montaña la facción que se retiró en la dirección de Rosell, y habiendo anochecido dispuse el regresar a esta villa... Los facciosos sólo pudieron ser cargados por la caballería del Rey, cuyo distinguido capitán no cesó el escape hasta alcanzarlos antes de ocupar la montaña...»

A través de los dispares relatos, creemos atisbar lo sucedido, a lo que contribuyen también hechos posteriores. Y la realidad fue que Cabrera obtuvo un franco éxito al escapar de sus enemigos que se encontraban, desde todos los puntos de vista, en condiciones óptimas para haber aniquilado su partida e, incluso, para haber intentado con muchas probabilidades de feliz resultado, la captura o la muerte del caudillo carlista.

No podemos admitir, aunque Sequera lo diga en un documento oficial (que, por las trazas, tiende más a justificar que a relatar) que la caballería del Rey hizo a los enemigos «más de treinta muertos y sobre cincuenta heridos de lanza...» (17), suma que incluye la casi totalidad de la partida. No puede concebirse cómo los carlistas, con Cabrera al frente, y tratándose de la propia escolta tan acreditada en numerosas empresas desesperadas, se dejasen matar sin combatir. Y esto es lo que viene a decirnos Sequera al confesar las bajas propias: muerte de un alférez, herida de un capitán en una mano y las heridas de dos soldados. Cabrera cuenta que no combatió con la primera brigada: su victoria fue la huida, y, prescindiendo del combate con el segundo batallón de voluntarios —cuyas bajas no recoge Sequera— hay que hacer constar, lo que es una notable excepción en los acostumbrados relatos de los dos bandos, la paridad de las sufridas por Cabrera y el brigadier, ya que el primero declara que sufrió la muerte de tres hombres y las heridas de otros tres.

Podría también argüirse de la escasa monta de estas bajas carlistas, frente a esos 200 muertos y 54 prisioneros del 2.º batallón de Valencia, o frente a esos 317 fusiles recogidos del campo de batalla por la partida. Ya indicamos que Sequera no incluye en su parte las bajas del repetido batallón, y conviene ahora considerar cómo se desarrolló el encuentro de éste con Cabrera. En primer término, la actitud puramente defensiva de los voluntarios de Valencia, que se limitaron a ocupar la ermita del Remedio con dos compañías, y a escapar más tarde ante el ataque de los «facciosos», si bien luego se detuvieron al amparo de la Torre de Sol del Riu. Es el mismo Sequera quien nos cuenta el papel tan poco brillante de los «cristinos», cuando dice: «la facción que en Alcanar había atacado a 400 hombres del 2.º batallón de voluntarios de Valencia y les había envuelto...» Cabe, por tanto, si no en un número tan elevado, que la escasa caballería de Cabrera hiciese numerosas bajas al batallón, especialmente en la persecución a lo largo del camino de Sol del Riu,

---

(17) Las relaciones oficiales de los dos bandos, en la primera guerra civil carlista, no se distinguen por su objetividad, y es en este aspecto de las bajas en el que la realidad resulta más deformada. Tanto que, del lado gubernamental, pudo decir un diputado, según consta en el «Diario de Sesiones de Cortes» y en la «Gaceta de Madrid» del 1.º-XI-1836: «Desgraciadamente hemos visto en los partes que ha publicado oficialmente la Gaceta desde que se encendió la guerra hasta principios de octubre último (1836), cuatrocientos mil enemigos muertos y prisioneros, y esto, afortunadamente para la humanidad y para la patria, es falso...»

que corre por terreno llano y descubierto, apto para que los jinetes castiguen con éxito a fuerzas en franca huida, que buscan con agobio una zona a cubierto para organizar su defensa.

Indirectamente Sequera (o, mejor, su Hoja de Servicios) nos confiesa también su fracaso, pues señala como éxito de la acción descrita el haber «salvado» al batallón.

Hay, por fin, en cuanto a los resultados, algo más. Nos cuenta «el tigre del Maestrazgo» que el enemigo capturó, con uno de los caballos de Cabrera que en la persecución hacia el mar montaba un ordenanza que resultó muerto, la capa del caudillo. Si lo supo Sequera, ¿no lo estimaría como símbolo de su fracaso?

Al volver con tan triste balance Sequera hacia la Plana, supo el desastre de Buñol. Este y la «retirada» de Alcanar fueron más tarde invocados (además de la falta de vestuario y del retraso de las pagas) por los cazadores de Oporto, para pretender justificar su sublevación, que no fue la única de aquel Ejército en el que Sequera no pudo lograr siquiera plenamente el restablecimiento de la quebrantada disciplina.

Aunque no por mucho tiempo, Sequera continuó en el mando que ostentaba, y su nombre se asocia luego a otro desastre de las fuerzas gubernamentales, el famoso de Pla del Pou, que la historiografía liberal adornó con el relato de la fantástica «orgia de Burjasot».

\* \* \*

Al estudiar la acción de Alcanar, no tratamos de evaluar desmesuradamente un encuentro que, en el marco general de la campaña, no es más que una incidencia. Pero sí queremos señalar, en primer término, que el encuentro es una de las típicas acciones de Cabrera, el caudillo carlista, auténtico guerrillero de extraordinario valor personal, audaz, dinámico y astuto, dotado del «instinto» del terreno, arma decisiva en las luchas irregulares.

Inicia la marcha desde La Cenia, tomando la dirección de Rosell, con el fin de hacer creer al enemigo que va a incorporarse al grueso de sus fuerzas que se amparan en el refugio del Maestrazgo, especie que sus agentes se encargan también de difundir. Marcha de noche, con una pequeña tropa y cae, así, por sorpresa sobre su objetivo, que no es realmente Alcanar, sino, además de la proyectada represalia, mantener la alarma sobre la zona que confía su seguridad a fuerzas numerosas regularmente organizadas. Combate contra tropas muy

superiores (un batallón de 400 hombres), mientras considera que puede acogerse con cierta facilidad a la zona montañosa, e incluso las persigue en campo abierto con su escasa caballería. No las ataca, sin embargo, cuando, cubiertas por los restos de la Torre de Sol del Riu, pueden combatir con ventaja contra las suyas, que han de hacerlo en terreno despejado. Y en el momento en que, la no prevista contingencia de la llegada de Sequera con la primera brigada (18), le coloca ante fuerzas abrumadoramente superiores, utiliza los recursos de su astucia para lograr una auténtica victoria de guerrillero, la huida en las mejores condiciones posibles.

Cultivó Cabrera siempre, y así en la acción de Alcanar, el prestigio personal indispensable a todo jefe, mucho más si lo es de fuerzas irregulares. Va al combate herido, se resiste, implacable consigo mismo, a las súplicas de sus subordinados, y vuelve a su base de La Cenia, cumplida la misión prevista, en un estado de gran agotamiento, con las heridas nuevamente abiertas.

Del lado gubernamental, casi no es preciso subrayar unos hechos tan elocuentes por sí mismos. De una parte, la falta, desde la iniciación de la guerra civil de un plan de acción, de unidad de mando y de confianza en los mandos superiores del Ejército. De otra, desde la «sargentada», la gravísima subversión política con su cortejo de indisciplina que alcanza a todas las esferas sociales. Esta indisciplina, de tan graves y manifiestas consecuencias en el Ejército, actúa como elemento desintegrador de las fuerzas regulares que operan, no con arreglo a las directrices de un mando centralizado, sino de acuerdo con el capricho o la particular inspiración de los jefes, muchas veces empujados a la acción o a la inacción, según los compromisos derivados de las pasiones políticas.

En el caso concreto del mando del brigadier Sequera, es evidente lo inadecuado de su designación, sólo fundada en el favor del partido gobernante. El era realmente un capitán de Artillería, de brillante historial como tal a lo largo de la Guerra por la Independencia, y que había luego acreditado sus dotes pedagógicas y de organizador en la etapa de su emigración en Egipto. Era también, y esto es lo

---

(18) No es fácil determinar los efectivos de esta primera brigada, unidad entonces de composición muy variable, sujeta además a las adversas circunstancias de la campaña; pero teniendo en cuenta lo que dice Sequera en su escrito y las normas entonces imperantes, podemos deducir que sus efectivos estarían fácilmente con los de Cabrera en la relación de diez a uno por lo menos.

que, por desgracia, le puso frente a Cabrera, un diputado «progresista» al que la revolución de La Granja quiso mimar para tenerle de su parte. Pero la revolución, alterando el rígido justificado orden castrense, le lanzó a una aventura de la que necesariamente tenía que salir malparado. Para completar estas adversas circunstancias, se le dio el mando sobre jefes más antiguos que él, que tenían experiencia de una campaña desconocida para Sequera, quien ni siquiera sabía el terreno sobre el que habría de operar. La acción de Alcanar es el resultado, bien elocuente, de su falta de condiciones para el mando encomendado. De haber reunido las necesarias, podría seguramente haberse apuntado un tanto sensacional, o, al menos habría hecho lo necesario para lograrlo. Aunque sea duro nuestro juicio, y a través de lo tendencioso de su referencia del combate, se echa de ver que la única información que contribuye a elaborar su decisión es la que, falsa, le proporciona el contrario. Cree que se encuentra ante un enemigo que, por su importancia, exige el empleo de toda su fuerza, y ello implica ya lentitud, la suficiente para que Cabrera escape a una persecución que (si realmente la hubo) (19) debió ser mucho más rápida y audaz. Sin duda pesaba también sobre la voluntad de Sequera, y esto puede ser una exculpación, la tónica general de los mandos «cristinos», predominantemente defensiva que, de perdurar, hubiese dado tal vez el triunfo final a don Carlos.

No queremos silenciar un doble aspecto de la actuación del brigadier Sequera, de beneficiosos resultados: de un lado, el afán de restablecer la disciplina, primer paso para que ello pudiera lograrse más tarde; y de otro, su lealtad en informar al mando superior del lamentable estado de las unidades. Contribuyó así a la medida que luego se tomó, de formar un Ejército del Centro que bajo el mando de Oráa, el «lobo cano», intentase combatir más adecuadamente al «tigre del Maestrazgo».

#### A P É N D I C E

Las fuentes principales para el concreto tema de la acción de Alcanar, son los relatos de ambos contendientes y la hoja de servicios del Mariscal Sequera. Los relatos se incluyen a continuación,

---

(19) Hay un detalle en las relaciones de los contendientes, que nos induce también a suponer que la persecución de que habla Sequera, no se hizo. Cabrera asegura que se retiró «aquella misma tarde», y Sequera dice que «habiendo anochecido» dispuso regresar a Vinaroz.

tomados de la obra de Córdoba (Buenaventura de), citada en las notas, en sus págs. 317 y 318. La hoja de servicios se transcribe en la parte correspondiente.

### *Relato de Cabrera*

«Comandancia genera interina de Aragón.—Excmo. Sr.: Sin embargo de hallarme todavía en cama por causa de las heridas, tuve noticia de la partida de peseteros montados mandada por Reberter, a quien tenía ganas de escarmentar por la sorpresa hecha a mis ordenanzas en la Gelera; reuní el 18 por la noche 85 infantes y 14 caballos, única fuerza útil y disponible que tenía para mi resguardo en este pueblo, me levanté y emprendí la marcha, situándome en la falda de Munciá, como un cuarto de hora del pueblo de Alcanar, que dista una hora del de Vinaroz, y de allí mandé un sargento con 5 voluntarios a Alcanar, con orden de que incomodasen a la justicia con pedidos exigentes para que diera parte a Vinaroz y subiese Reberter en persecución de los que molestaban al alcalde. La autoridad militar tan luego tuvo el aviso mandó un batallón de peseteros, pues Reberter había salido para Amposta la tarde antes. Vista por el sargento la fuerza que subía de Vinaroz, se fue retirando, tirando algún tiro en la dirección que yo me hallaba; pero el enemigo se contentó con tomar la ermita que domina el pueblo con dos compañías, quedando la fuerza restante a la entrada del pueblo. Viendo que no adelantaban resolví atacarles; dispuse tres guerrillas de doce hombres cada una para que rompiesen el fuego por frente y flancos, y constituyéndome con el resto de la fuerza en reserva se principió el choque, desalojé a las compañías de la ermita, que reunidas al batallón les hice rebasar el pueblo, y al llegar al camino de Vinaroz con los 14 caballos les cargué, desordené y puse en fuga, persiguiéndoles hasta la torre del solderrín, donde se hicieron fuertes, dejando en el campo muy cerca, si no pasaban, de 200 muertos y 54 prisioneros. Estando recogiendo el armamento fui advertido por los de a caballo que el enemigo venía; dispuse replegar mi fuerza sobre el pueblo, cuando de repente cayó sobre mí la vanguardia, lo que me hizo concebir mal agüero; pero habiendo llegado al pueblo encontré a la mayor parte de mi fuerza en las afueras que me esperaba, cuando en esto vi un paisano, le llamé, y poniéndole una onza de oro en la mano, le dije: «Como cosa nacida de ti ve y dile al jefe enemigo que estoy aquí y que tengo cuatro batallones emboscados; haz este servicio y cuenta con mi correspondencia». Lo hizo, y el enemigo contramarchó para Vinaroz, quedando yo a salvo de la borrasca que tenía encima; después mandé de nuevo reconocer el campo y recogí 317 fusiles y otros efectos, retirándome aquella misma tarde a este punto, habiendo mandado encender hogueras para aparentar campamento sobre Munciá. Mi pérdida fue la de 3 muertos y 3 heridos, y haber cogido un oficial enemigo uno de mis caballos que lo mon-



taba un ordenanza que murió en el acto de la carga, y mi capa que iba puesta a la perilla de la silla. Las heridas se abrieron y llegué aquí echando sangre por todas, habiéndome la irritación tenido hasta hoy en cama. Debo recomendar a V. E. a mis ayudantes don José Domingo y Arnáu, don Ramón Ojeda y D. Ramón Gaeta, pero en particular al primero y al teniente de infantería don Estanislao Forcadell, que hizo proezas de valor. Todo lo que pongo en conocimiento de V. E. para que por su conducto llegue al soberano del Rey N. Sr.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Cuartel General de Cenía, 25 de febrero de 1837.—Excmo. Sr.—Ramón Cabrera.—Excelentísimo Sr. Ministro de la Guerra». (Documento facilitado al autor de la obra por el mismo Cabrera).

### *Relato de Sequera*

«Capitanía general de los reinos de Valencia y Murcia.—Plana Mayor.—Excmo. Sr.—Llegando ayer tarde a Vinaroz con la primera brigada de este ejército, el ruido de algunos fusileros me avisó de que debía haber algún encuentro sobre las montañas de mi izquierda, y apenas enterado era hacia la parte de Alcanar, hice avanzar dos mitades de la caballería del Rey al mando del capitán D. Cristóbal Aguila en observación, y que la siguiese el jefe de E. M. coronel don Melchor del Castaño con la columna de cazadores de la misma para sostener su movimiento. Noticioso después que la facción que en Alcanar había atacado a 400 hombres del 2.º batallón de voluntarios de Valencia y les habían envuelto no era sólo la de Carbó, sino que estaban Llangostera y Cabrera, marché yo mismo con toda la fuerza de la primera brigada, dividada en dos columnas con mucha inteligencia por su comandante general el coronel don Pedro Hidalgo. Estas tomaron la izquierda y centro de nuestro ataque, pues la columna de cazadores ya había pasado a la derecha, y sin duda no la cargaron las facciones por el oportuno movimiento de nuestra brigada. Yo continué dicho movimiento de frente hasta pasar el pueblo, y las guerrillas persiguieron por la montaña la facción que se retiró en la dirección de Rosell, y habiendo anochecido dispuse el regresar a esta villa, habiendo recibido a las diez de la noche parte verbal del alcalde de Ulldecona, de que aquella había pasado por las inmediaciones de aquel pueblo sin detenerse, hacia la Cenía de Rosell. Los facciosos sólo pudieron ser cargados por la caballería del Rey, cuyo distinguido capitán no cesó el escape hasta alcanzarlos antes de ocupar la montaña, y en las eras de Alcanar les hizo más de treinta muertos y sobre cincuenta heridos de lanza, pues sus bizarros soldados buscaron con demasiado ardor los enemigos, teniendo que sufrir la pérdida del alférez don Pedro Murio, víctima de su distinguido valor. Fueros heridos de lanza los soldados Juan Martín Navas y Manuel Monfoya, y un caballo muerto y dos heridos de bayoneta: también fue herido de bayoneta en la mano el

capitán Aguila. (Siguen las recomendaciones) Dios guarde a V. E. muchos años. Vinaroz, 20 de febrero de 1837.—Excmo. Sr.—Antonio Sequera (firmado).—Excmo. Sr. secretario de Estado y del despacho de la Guerra.» (Documento facilitado al autor de la obra por el Ministerio de la Guerra).

*De la Hoja de Servicios del Mariscal Sequera*

(Copia facilitada al autor del artículo por el Archivo General Militar).

*De la 2.ª Subdivisión.*—«1.º junio 1835. Grado de coronel de Infantería por sus méritos y servicios.=7 diciembre 1836. Empleo de brigadier de Infantería por idem.=30 diciembre. 1837. Coronel de Artillería».

*De la 4.ª Subdivisión.*—«Emigrado en el extranjero, hasta 6 de septiembre de 1836 y cuyo tiempo se le abona.—12 años, 11 meses, 3 días.=En el 3.º Departamento de Artillería, hasta 7 de diciembre de 1836 en expectación de destino.—3 meses, 1 día.=2.º Cabo y Capitán General interino del Distrito de Valencia, hasta 22 de mayo de 1837.—5 meses, 15 días».

*De la 7.ª Subdivisión.*—«1824 a 1836.—Emigrado hasta 6 de septiembre del último año que regresó a España y cuyo tiempo se le abona según las disposiciones vigentes, quedando en expectación de destino en el 3.º Departamento de Artillería.=1837.—Hallándose de 2.º Cabo interino, salió mandando en Jefe las tropas del Ejército de Valencia y se halló en la acción que tuvo lugar el 19 de febrero entre el río Cenia y Alcaraz (se trata de un error), batiendo las facciones reunidas de Cabrera y Llangostera, habiendo salvado el primer Batallón de Voluntarios francos de Valencia que en una salida a Vinaroz, por disposición del Brigadier Borso Dicarminati, había sido envuelto por los enemigos...»

# LA ESTRATEGIA ALEMANA EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

por JUAN PRIEGO LOPEZ  
Coronel de Estado Mayor, del Servicio Histórico Militar

## I. INTRODUCCIÓN

Nos proponemos bosquejar en este artículo un juicio ponderado de la estrategia alemana en la Segunda Guerra Mundial, sopesando debidamente los alegatos de las diversas partes interesadas en dicho pleito.

La empresa es, desde luego, muy difícil y casi quijotesca, porque las fuentes de información han sido prácticamente acaparadas por el bando vencedor, que se incautó de los archivos del vencido y los viene utilizando hasta ahora con manifiesta parcialidad.

Y no menos parciales resultan la mayoría de las memorias publicadas después de la guerra por políticos y militares alemanes, que pretenden salvar su responsabilidad en el desastre de su Patria, descargándola íntegramente sobre las espaldas de Hitler y sus principales colaboradores.

Tal estado de opinión puede parangonarse con el que se produjo en Francia hace un siglo y medio, con motivo del derrumbamiento del imperio napoleónico. Pues, también entonces, los enemigos solapados del régimen caído salieron a la luz, criticando apasionadamente la personalidad y la obra del caudillo corso. Y hasta sus propios lugartenientes renegaron de él y se unieron al coro de sus detractores.

Pero, aunque deportado y recluso en la isla de Santa Elena, Napoleón sobrevivió todavía lo bastante para legarnos unas Memorias justificativas, que sirven de contrapeso a tales críticas y contribuyen a esclarecer los motivos de sus acciones.

Hitler y sus colaboradores más íntimos no han sido tan afortunados. Pues —como es sabido— todos ellos perecieron al producirse el derrumbamiento final, o fueron ejecutados por los vencedores, tras un juicio, en el que no tuvieron verdadera oportunidad de defenderse.

Ninguno de ellos ha dejado tampoco unas Memorias que aclaren suficientemente su actuación durante la guerra, sin que puedan considerarse como tales las que, con el título de *Conversaciones sobre la guerra y la paz*, *Diario de guerra de Hitler*, *Diario de Goebbels*, etc., se han publicado en estos años por iniciativa o bajo la supervisión de las autoridades aliadas; ya que, aun dando por buena su autenticidad, se trata, en todo caso, de notas o reflexiones fragmentarias, sin relación directa con las decisiones fundamentales de orden político o estratégico.

Nos encontramos, por tanto, ante un proceso en que la acusación se ha reservado todas las ventajas posibles, mientras la defensa se ve privada de la libertad y de los medios necesarios para ejercitar sus derechos.

Por fortuna, algunos historiadores y comentaristas independientes del bando vencedor (Fuller, Liddell Hart, Hinsley, Russell Grenfell, Veale, Wedemeyer, Hanson Baldwin, Cossé-Brissac y otros, que serán citados a su debido tiempo), se han esforzado, con una nobleza que les honra, en restablecer la balanza de la justicia, examinando con la mayor objetividad la actuación de los vencidos.

También las Memorias de ciertos generales alemanes (especialmente, las de Guderian, Manstein, Kesselring y Rendulic), pueden servirnos de guía, por tratarse de testimonios muy autorizados y bastante objetivos. No ofrecen las mismas garantías otras obras de la misma procedencia, donde la versión documentada de los hechos se halla enturbiada por un apasionamiento en los juicios que tiene que repugnar necesariamente a todo lector imparcial.

No obstante, en las más recientes publicaciones sobre dicho tema aparecidas en unos y otros países, se advierte una mayor moderación en los juicios sobre la dirección suprema alemana en la Segunda Guerra Mundial, centralizada principalmente en Adolfo Hitler. Creemos, pues, llegado el momento de intentar una revisión de tales juicios, no para absolver al Führer alemán de toda culpa, sino para precisar en justicia la magnitud y trascendencia de sus yerros.

El planteamiento correcto de la cuestión nos parece ser el siguiente:

1.º Estudiar sin prejuicios los antecedentes del conflicto, para determinar en qué medida resulta Hitler responsable de su iniciación y extensión posterior.

2.º Hacer un balance global de las fuerzas en presencia, no sólo de las inmediatamente disponibles, sino de aquellas cuya intervención podía preverse a la larga; con objeto de discernir las perspectivas de victoria que se le ofrecían a Alemania y la mejor forma de aprovecharlas.

3.º Comparar los resultados del anterior balance con las principales decisiones de Hitler en el orden estratégico, y establecer así, de un modo equitativo, la cuenta de sus aciertos y de sus fallos.

4.º y último. Señalar la influencia de unos y otros en el resultado final.

A la luz de los nuevos elementos de juicio que han ido apareciendo en estos últimos años, examinaremos sucesivamente estos cuatro puntos, y expondremos de un modo sumario nuestra opinión acerca de ellos (1).

## II. ANTECEDENTES DEL CONFLICTO

Como es sabido, los orígenes de la Segunda Guerra Mundial se remontan a las graves injusticias de que Alemania fue víctima en el *Tratado de Versalles* de 28 de junio de 1919, que puso fin a la primera conflagración del mismo género, iniciada unos cinco años antes.

Efectivamente, el 11 de noviembre de 1918, los alemanes depusieron las armas bajo la promesa formal suscrita el día 6 por el Secretario de Estado americano Mr. Lansing, en nombre de los gobiernos aliados, de que la paz sería negociada de acuerdo con las condiciones relativamente moderadas expuestas por el Presidente Wilson en los famosos «catorce puntos» de su mensaje al Congreso de 8 de enero del mismo año. Pero una vez que los vencidos quedaron inermes, los vencedores se desentendieron de aquella pro-

---

(1) Un estudio más amplio y detallado de algunas de estas cuestiones podrá hallarlo el lector en la segunda edición de mi *Historia Militar Contemporánea*, próxima a publicarse, así como en las obras que se citan al final de este artículo.

mesa, excluyendo a sus recientes adversarios de toda participación en la *Conferencia de la Paz*, que se inauguró en París el 18 de enero de 1919, y manteniendo mientras duraban las deliberaciones de la misma, un severo bloqueo que prolongaba inhumanamente los sufrimientos de la población civil alemana.

El entonces primer ministro de Italia, Francesco Nitti, en su obra *L'Europa senza pace*, comenta a este respecto: «Constituirá siempre un funesto precedente en la historia moderna que, con desprecio de todos los usos consagrados, de todos los antecedentes y de todas las tradiciones, los delegados de Alemania no fueran siquiera oídos. No tuvieron más remedio que firmar el tratado en el momento en que el hambre, el agotamiento y la amenaza de una revolución, les impedía obrar de otro modo» (2). Y Lord Buckmaster opina, por su parte: «El inducir a cualquier nación, por mala y abominable que pueda ser, a deponer las armas, con arreglo a una serie de condiciones, y después, cuando está indefensa, imponerle otras, es un acto deshonesto que nunca podrá ser borrado» (3).

No habiendo, pues, mediado negociación o trato alguno entre una y otra parte, las decisiones unilaterales que liquidaron la Primera Guerra Mundial no podían ser consideradas por los vencidos como verdaderos «tratados», a cuyo cumplimiento se sintieran obligados en conciencia, sino como «dictados» o imposiciones que tendrían que soportar mientras las circunstancias no les permitieran eludirlos.

Tal fue el concepto que mereció a los alemanes la llamada paz de Versalles, en virtud de la cual su Patria perdía todas sus colonias; devolvía a Francia la Alsacia y la Lorena; cedía a Polonia la provincia de Posen, juntamente con un amplio «pasillo» hasta la bahía de Danzig, que aislaba la Prusia oriental del resto de Alemania; experimentaba sensibles mutilaciones en la Alta Silesia y el Schleswig (véase croquis núm. 1); quedaba prácticamente desarmada y a merced de sus poderosos vecinos, y era condenada a pagar una crecidísima indemnización de guerra, que ulteriormente quedó fijada en la fabulosa cifra de 132 mil millones de marcos oro. Y, por añadidura, los delegados alemanes hubieron de suscribir

---

(2) Traducido libremente de la primera edición italiana. R. Bemporad & Figlio, Firenze, 1921, p. 113.

(3) Citado por Russell Grenfell, en su obra *Odio incondicional* (Ed. española Espasa-Calpe, Madrid, 1955, p. 93).

también una cláusula, en la que se hacía recaer sobre su Patria la entera responsabilidad de la guerra; cláusula desprovista de todo valor jurídico y moral, por haber hecho constar tales delegados que únicamente la firmaban obligados por la fuerza.

A consecuencia de todo ello, Alemania quedó sumida por largo tiempo en una situación caótica. El Estado y la economía estuvieron a pique de derrumbarse. Los «espartaquistas» (elementos marxistas afines al bolchevismo) promovieron graves desórdenes en diferentes puntos del país, y sólo pudieron ser reducidos merced a la bravura y abnegación de Cuerpos de voluntarios, constiuídos por oficiales y soldados del antiguo Ejército. Y, mientras tanto, Francia se esforzaba en precipitar la ruina y descomposición de su abatida rival, ocupando en 1923 la cuenca del Ruhr y fomentando artificiosamente el separatismo de Renania, el Palatinado y Baviera (4).

Un pueblo de tan acusada conciencia nacional, como era el alemán, no podía soportar indefinidamente un trato tan desconsiderado y vejatorio. Y, así, no tardó en cundir en amplios sectores de la opinión alemana la aspiración de liberar a su patria del pesado yugo que se le había impuesto en Versalles, y de restablecerla en la posición que, por su gloriosa historia y elevada cultura, le correspondía entre las grandes potencias europeas.

El partido nacionalsocialista, acaudillado por Adolfo Hitler, supo hacerse intérprete de estos anhelos del pueblo alemán, y a ello se debió el creciente eco que sus doctrinas fueron encontrando en todos los ámbitos del país.

No necesitamos detallar aquí la biografía y las doctrinas del famoso *Führer*, que consideramos suficientemente divulgadas. Basta recordar que, pese a su modesto origen, Hitler poseía unas dotes extraordinarias de propagandista, y que intuyó sagazmente la necesidad de asociar las aspiraciones nacionales con las reivindicaciones sociales, para substraer a las masas populares germanas de la influencia marxista. A tal fin reemplazó la consigna de «lucha de clases» por la de «lucha de razas»; proponiendo la unión de todos

---

(4) Esta política francesa suscitó por entonces severas críticas en los medios políticos ingleses. Sir John Simon opinaba en 14 de agosto de 1923 que la ocupación del Ruhr era «en realidad, un acto de guerra». Y en el *Liberal Year Book* de abril del mismo año se expresaba el temor de que la «herida infligida a Alemania fuera ya bastante profunda para perdurar hasta el momento en que dicha nación hubiese recobrado la potencia necesaria para aplicar la pena del talión».

los alemanes de origen «ario», con objeto de eliminar la desmedida influencia que los judíos habían alcanzado en la política y la economía del país, a partir de la proclamación de la República.

Estas consignas encontraron muy pronto entusiasta acogida, especialmente, entre los desmovilizados sin empleo. Y el flamante «Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista» (abreviadamente, *Nazi*) —como Hitler denominó, en definitiva, al movimiento por él dirigido—, llegó a contar en 1923 con decenas de millares de afiliados y un número todavía mayor de simpatizantes.

En noviembre de aquel mismo año, Hitler se atrevió, pues, a oponerse, en unión del General Ludendorff, a la intentona separatista del Gobierno bávaro, presidido por von Kahr. Y aunque la airada protesta de los nazis fue ahogada en sangre, los planes de von Kahr quedaron frustrados, merced a la oportuna intervención de la *Reichswehr*. De todos modos, el partido nazi quedó disuelto por orden del Gobierno federal, y su caudillo fue condenado a cinco años de prisión en la fortaleza de Landsberg, en el Lech.

Sin embargo, la reclusión de Hitler en dicha fortaleza sólo duró unos meses (del 10 de abril al 20 de diciembre de 1924, en que fue indultado), que aquél aprovechó para escribir su libro *Mein Kampf* («Mi lucha»), donde se precisan y aclaran sus doctrinas. Especial interés ofrecen sus directrices fundamentales de política exterior: unidad alemana: liberación de las trabas de Versalles; expansión hacia el Este. Esta última constituye la suprema finalidad a que se subordinan las anteriores, tendiendo, en una parte, a derrocar, en Rusia, el régimen soviético, que era sin duda el enemigo más temible de Alemania y de toda la cultura occidental, y, de otra, a proporcionar a los pueblos germánicos «espacio vital» suficiente para su futuro desarrollo. Política colonizadora que tiene sus precedentes en la obra de los caballeros teutónicos y en los establecimientos alemanes a orillas del Volga por iniciativa de Catalina «la Grande», y que se había intentado proseguir en 1918, después de la paz de Brest-Litowsk, fomentando el separatismo de Ucrania y los Estados bálticos, con la mira de disociar el heterogéneo conglomerado ruso en una pluralidad de naciones mediatizadas por Alemania (5). Para la consecución de tal finalidad, preconizaba Hit-

---

(5) Ni más ni menos que lo efectuado después por los aliados con el imperio austro-húngaro, y lo que Francia intentó realizar el año 1923 en Renania, el Palatinado y Baviera.



ler renunciar a toda reivindicación contra las potencias occidentales, cuya neutralidad, e incluso amistad, había que procurarse a toda costa. Y con particular énfasis insistía el caudillo nazi en las ventajas mutuas que podrían derivarse de una alianza anglogermana dirigida contra Rusia (6).

Cuando Hitler salió de su prisión, la situación interior y exterior de Alemania había entrado en una fase de pasajera y engañosa mejoría. Con la aceptación del «Plan Dawes» y la concesión de los importantes créditos norteamericanos destinados a ponerlo en marcha, los alemanes lograron temporalmente estabilizar su moneda y restaurar su maltrecha economía. Y mediante el *pacto de Locarno* (15 de octubre de 1925), en virtud del cual aceptaba el Gobierno alemán como definitivas las fronteras con Bélgica y Francia, fijadas en Versalles, se consiguió la evacuación anticipada de las cabezas de puente de Colonia, Coblenza y Maguncia. Al propio tiempo, se concedía a Alemania un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones; reconociéndose así, al menos formulariamente, la jerarquía internacional del Estado alemán, presidido ya entonces por el veterano mariscal Hindenburg.

Pero ninguna de las principales reivindicaciones de Alemania quedaba, sin embargo, satisfecha. Pues dicha nación no logró que se rectificase el arbitrario y perjudicial trazado de sus fronteras orientales, que dejaba aislada de las demás una de sus más importantes regiones, ni que se le otorgara la igualdad de derechos en materia de armamento; permaneciendo, de este modo, prácticamente indefensa frente a la poderosa coalición franco-checo-polaca, que amenazaba con estrangularla por el Oeste, Sur y Este (véase croquis núm. 2).

Por otra parte, el panorama político y económico de Alemania volvió a ensombrecerse, con motivo de la crisis financiera que se inició en los Estados Unidos a fines de 1929, y que obligó a retirar los créditos que subvencionaban la restauración de la industria teutona. Muchas fábricas tuvieron que cerrar, y el paro obrero creció en proporciones pavorosas. Los comunistas intentaron aprovecharse de la situación y promovieron sangrientos incidentes. Todo lo cual favoreció el auge del partido nazi, que había sido reorganizado por Hitler después de su liberación, y que ofrecía solución

---

(6) Véanse los capítulos XIII y XIV de la mencionada obra (segunda edición española, publicada en Munich, en octubre de 1937).

para el problema del paro y el mantenimiento del orden. De este modo, en las elecciones del 14 de septiembre de 1930, dicho partido obtuvo 6.401.000 votos y 107 diputados, en vez de los 12 de que disponía hasta entonces en el Reichstag. Y en las del 31 de julio de 1932, el número de sus electores asciende a 13.700.000, y el de sus representantes a 230; convirtiéndose en el partido más importante de Alemania. Inútilmente tratan sus enemigos declarados u ocultos, de cerrarle el acceso al Poder, que, al fin, viene a sus manos, al encargarle el Presidente Hindenburg, en 30 de enero de 1933, de la jefatura del Gobierno.

\* \* \*

En el momento en que Hitler se hizo cargo del Poder en Alemania, la situación interna del país se había agravado considerablemente. El déficit presupuestario alcanzaba la enorme cifra de siete mil millones de marcos-oro; los campesinos se hallaban agobiados por las deudas; el número de parados rebasaba ampliamente los seis millones, y, aprovechándose de tan difíciles circunstancias, el partido comunista —que contaba con organizaciones de combate equivalentes en número y eficacia a las de los nazis—, preparaba una formidable insurrección.

Para hacer frente a estos gravísimos problemas, el nuevo jefe del Gobierno alemán comenzó por disolver el Reichstag —donde su partido, aun siendo el más importante, no disponía todavía de mayoría absoluta—, y convocó nuevas elecciones para el 5 de marzo de 1933.

Mientras se desarrollaba la campaña electoral, los síntomas de un próximo levantamiento comunista se hicieron inminentes. Y tales síntomas se vieron confirmados el 27 de febrero con el incendio del Reichstag, que había de constituir la señal o el preludio de la rebelión. Pero la rápida y enérgica actuación de las autoridades nazis hizo abortar el complot, desarticulando las organizaciones rojas, declarando fuera de la ley al partido comunista y encarcelando a sus principales dirigentes.

De este modo, pudieron celebrarse en orden las anunciadas elecciones, en las que los nacionalsocialistas obtuvieron la mayoría requerida. Y en la primera sesión del nuevo Parlamento —que tuvo lugar el 22 de mayo, en la Opera Kroll—, se concedieron a Hitler

plenos poderes por un período de cuatro años, para «socorrer a los campesinos e integrar a los parados en el circuito de la producción».

Hitler procedió, al mismo tiempo, a desarrollar su programa de unificación nacional, reagrupando las formaciones patrióticas, disolviendo los partidos políticos e identificando el Estado con el nacionalsocialismo. Medidas, todas ellas, que fueron ratificadas por el pueblo alemán en las nuevas elecciones celebradas el 12 de diciembre de 1933, en las que la lista de candidatos nazis obtuvo cerca de 40 millones de votos, equivalentes al 92 por 100 del censo electoral.

A la misma finalidad unificadora respondía la nueva ley orgánica del Reich, de 30 de enero de 1934, en la que el sistema federativo que había prevalecido hasta entonces en el Estado alemán era sustituido por un gobierno de tipo centralista. Pero esta labor de integración estuvo a punto de malograrse, a causa del funesto antagonismo que surgió por entonces entre la *Reichswehr* y las S. A. (milicias del partido).

La última organización citada había crecido desmesuradamente desde el año anterior, llegando a contar con unos tres millones de hombres, agrupados en unidades similares a las del Ejército, y su jefe de Estado Mayor, el capitán Röhm (7), pretendía convertirla en el elemento principal de la futura *Wehrmacht*. El ministro de Defensa del Reich, General Blomberg, se opuso a tales pretensiones, apoyado por Hitler, que entendía (al menos, por entonces), que sólo la oficialidad profesional se hallaba capacitada para los altos mandos militares, y que los jefes del partido debían limitarse a la acción política.

Röhm no renunció, sin embargo, a sus propósitos, y al verse desautorizado por el Führer, decidió rebelarse contra él, promoviendo una «segunda revolución» de tendencias sociales avanzadas, para lo cual se puso de acuerdo con el intrigante General Schleicher y con el jefe nazi disidente Grégor Strasser.

La posición de Hitler parecía así insegura, y ante la eventualidad de su caída y el inminente fallecimiento del anciano mariscal Hindenburg (cuyas fuerzas declinaban por momentos), los elementos reac-

---

(7) Se trataba de un veterano de la Primera Guerra Mundial, que se había comportado heroicamente en la batalla de Verdún, pero de espíritu aventurero e indisciplinado, a quien Hitler, después de su liberación, confió la reorganización de las Milicias nazis.

cionarios se dispusieron también a aprovecharse de las circunstancias.

Pero el Führer se adelanta a los proyectos subversivos de ambos grupos, sorprendiendo el 30 de junio de 1934, en Wiessee (Alta Baviera), a Röhm y sus principales colaboradores, que se habían reunido allí para ultimar sus planes, y ordenando su ejecución tras un sumario juicio. Mientras tanto, su lugarteniente Göring detiene, a su vez, a los conspiradores de Berlín, que son eliminados también implacablemente (8).

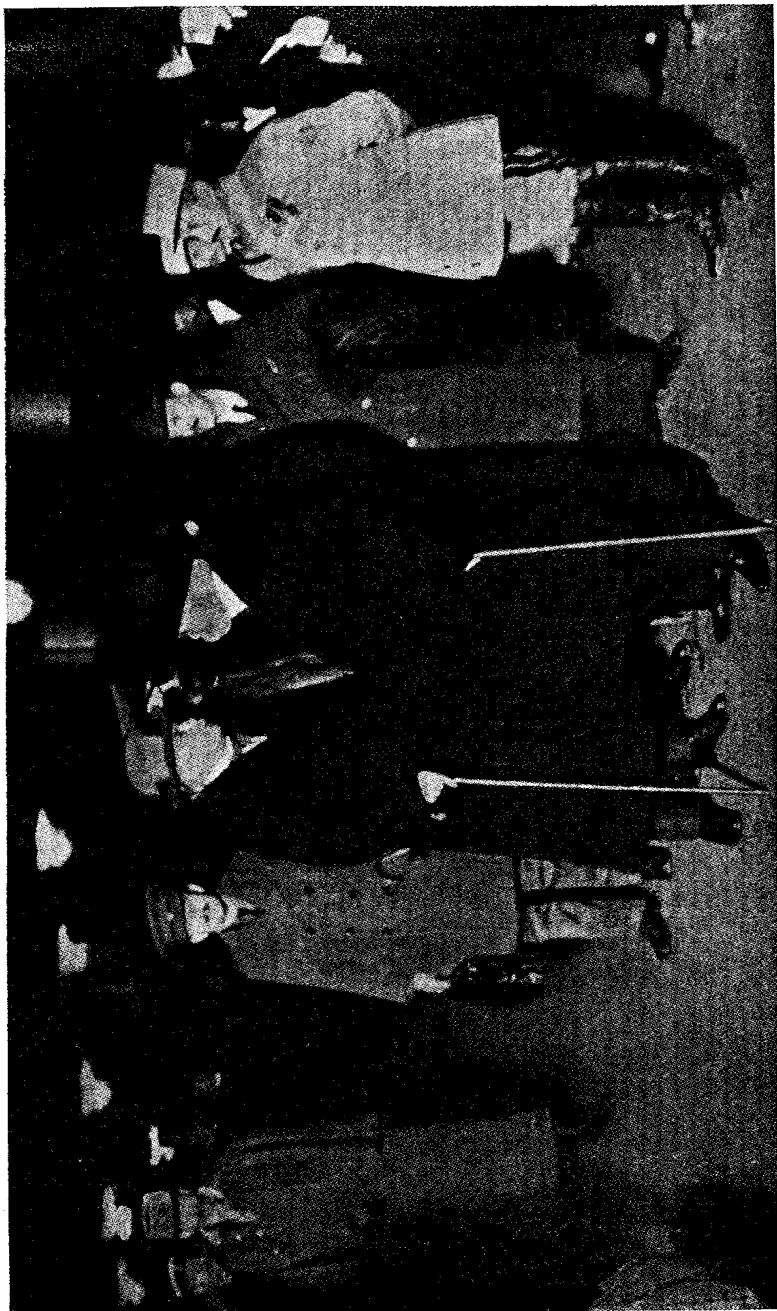
Mediante esta sangrienta purga (que no puede compararse, sin embargo, en intensidad y refinamiento, con las que coetáneamente tenían lugar en la Rusia soviética), quedó zanjada, a satisfacción de la *Reichswehr*, su rivalidad con las milicias del partido. Y, en consecuencia, el 19 de agosto de 1934, tras la muerte de Hindenburg, el Ejército alemán profesional acató sin reservas la designación de Hitler para la Jefatura del Estado, con el título de *Reichsführer*, por un plebiscito casi unánime (38.362.760 votos a favor y 4.294.654 en contra); prestándole el correspondiente juramento de fidelidad. De este modo, el régimen nazi quedaba al fin consolidado y en disposición de afrontar, con la necesaria autoridad, las graves cuestiones pendientes de orden internacional.

Efectivamente, la elevación al poder del nacionalsocialismo había sido acogida con extremada hostilidad por una gran parte de la opinión extranjera. En febrero de 1933, el Gobierno polaco del Mariscal Pilsudski movilizó sus tropas y se dispuso a invadir la Prusia oriental. Pero como los gobernantes de París y Londres no se mostraron propicios a respaldar su acción, el citado mariscal desistió de sus propósitos belicosos y se esforzó en llegar a un acuerdo con el nuevo Gobierno alemán.

Por otra parte, los dirigentes del judaísmo internacional reaccionaron airadamente contra la implantación en Alemania del régimen nazi, al que, en 23 de marzo de 1933, declararon la guerra económica y financiera (9), procurando por todos los medios a su alcance concitar contra él la opinión de los países democráticos. La

(8) En Berlín hubo, desde luego, excesos en la represión, que fueron sancionados por el Führer con la muerte de los responsables de los mismos.

(9) El texto de tal declaración se publicó en el *Daily Express* de la citada fecha y puede verse reproducido en *Les Origines secrètes de la guerre 1939-1945* («Lectures Françaises», núm. spécial, Juin 1957, p. 117).



Los artífices del Tratado de Versalles. — Clemenceau y Lloyd George se entrevistan en la estación del Norte de París, durante la Conferencia de la Paz (enero-junio de 1919).



Un grupo de paisanos armados durante la revolución comunista en Munich (1919).

Francmasonería —cuyas íntimas relaciones con el movimiento político judío son tan notorias—, se apresuró a secundar tal actitud, fomentando la psicosis belicista en tales países (10). Y la *Komintern* incitaba, a su vez, a las masas proletarias a formar un frente único para derrocar a los gobiernos totalitarios y oponerse a la expansión de sus doctrinas (11).

Por consiguiente, desde la instauración del régimen nazi, Alemania se hallaba amenazada de una invasión por todas sus fronteras, y comprendiéndolo así, Adolfo Hitler procuró acelerar el rearme de su Patria para ponerla al abrigo de un ataque por sorpresa. Decisión que se vio influida también por el mal cariz que para los intereses alemanes iba tomando la *Conferencia del Desarme*, inaugurada en Ginebra el 2 de febrero de 1932.

Ya con anterioridad al triunfo del nacionalsocialismo, la delegación alemana en dicha conferencia había exigido el cumplimiento de la promesa contenida en el preámbulo a la Parte V del Tratado de Versalles, de que el desarme de Alemania sería seguido de un desarme general (12); pues, de otro modo, su Patria no se consideraría obligada por más tiempo a la observancia de las cláusulas militares del susodicho tratado (13). En resumidas cuentas, lo que Alemania pretendía era negociar con las demás naciones en pie de igualdad; que tales naciones desarmaran en la misma proporción que a ella se le había exigido trece años antes, o que se le permitiera rearmarse hasta el nivel consentido a las demás. Tal pretensión resultaba razonable en el supuesto de que se tendiera a un desarme equitativo. Pero las potencias aliadas, y, en especial Francia, se opusieron con evasivas y dilaciones a dicha tesis, y, en vista de ello, los delegados alemanes se retiraron por primera vez, en

(10) Ibid. Véanse textos reproducidos en las páginas 162 y 163.

(11) Véase el folleto de G. DIMITROF: *La lucha por el frente único contra el fascismo y la guerra*. (Ediciones Europa-América, Barcelona, 1938).

(12) Extracto del Tratado de Versalles, Parte V. Cláusulas militares, navales y aéreas: «A fin de hacer posible el comienzo de una limitación general de los armamentos de todas las naciones, Alemania se compromete a observar estrictamente las cláusulas militares, navales y aéreas que siguen». (Reproducido en la *Verité sur cette guerre*, editado por «The Research Department of the British Peoples Party», 12 John Street, London, WC. 1, segunda edición francesa, enero de 1940).

(13) Véase JACQUES CHASTENET: *Europa entre dos guerras*. (Ed. española EPESA, Madrid, 1945, pp. 99-100).

22 de julio de 1932 (seis meses antes del advenimiento de Hitler al Poder), de la Conferencia del Desarme; haciendo constar que no volverían a ella, si no se le reconocía a su Patria la «igualdad de derechos». Ante la actitud irreductible de tales delegados, que ponía en peligro el éxito de la Conferencia, Francia acabó por ceder, y en 11 de diciembre de 1932, le fue reconocida en principio a Alemania la igualdad que pretendía, quedando tan sólo por discutir las modalidades de ejecución.

Cuando Hitler subió al Poder, la cuestión parecía, así, en vías de solución satisfactoria. Por lo cual, los delegados alemanes volvieron a la Conferencia del Desarme, y el Führer hizo en 21 de marzo y 17 de mayo de 1933 declaraciones pacifistas; adhiriéndose en la última de ellas a la propuesta del *premier* inglés MacDonald, fijando en 200.000 hombres, con tiempo de servicio reducido, el efectivo máximo terrestre de todas las grandes potencias europeas. Y en el ambiente de euforia internacional producido por tales declaraciones, se acordó en 7 de junio siguiente, por iniciativa de Mussolini, la firma de un «pacto de los cuatro» (Francia, Inglaterra, Alemania e Italia) para asegurar la revisión pacífica de los Tratados de 1919 y tener a raya a la Rusia soviética.

Desgraciadamente para la paz del mundo, se recrudeció por entonces la campaña de los congresos sionistas, las logias masónicas y las organizaciones marxistas contra la Alemania nazi, a causa de las medidas discriminatorias adoptadas en este país contra los individuos de raza semita; esforzándose en convencer a los elementos oficiales de Francia y otros países, de que sería un error y un crimen negociar con el *Führer* (14). Debido a lo cual, el «Pacto de los cuatro» quedó sin efecto, y las potencias democráticas se dispusieron a mantener una firme actitud frente a las pretensiones alemanas.

De este modo, al reanudarse en el mes de octubre la Conferencia del Desarme, la delegación francesa propuso que la igualdad de derechos concedida en principio a Alemania quedara aplazada por un período «de prueba» de cinco años. Los representantes de Inglaterra y Estados Unidos se adhirieron a tal propuesta. Y, de este modo, las aspiraciones del pueblo alemán se vieron nuevamente defraudadas.

(14) BENOIST-MÉCHIN: *Historia de Alemania y su Ejército (1918-1938)*. (Edición española Montaner y Simón, S. A., Barcelona, 1942, p. 609).



Ante esta actitud de intransigencia, Hitler ordenó en 14 de octubre de 1933 la retirada definitiva de sus delegados en la Conferencia del Desarme y la Sociedad de Naciones; decisión que fue aprobada por el pueblo alemán en el plebiscito de 12 de diciembre siguiente, por 40.601.577 votos, que representaban el 95 por 100 de los votantes.

El Führer no desistió, sin embargo, de un acuerdo con las potencias occidentales. Hacía, en realidad, un año que Alemania, basándose en la igualdad de derechos que le fue otorgada en principio, había comenzado su rearme. Desde su elevación al Poder, Hitler puso en marcha un «plan cuatrienal» para la eliminación del paro forzoso, mediante el desarrollo de la industria de armamentos, garantizando al propio tiempo la seguridad interior y exterior del país. A fines de 1933, dicho plan había conseguido ya resultados sustanciales, disminuyendo el número de parados en unos tres millones. Tal rearme iba dirigido principalmente contra la Rusia soviética, cuyas relaciones cordiales con la República alemana, iniciadas con el convenio de Rapallo de 16 de abril de 1922 (15), quedaron bruscamente interrumpidas con la institución del régimen nazi. Una de las primeras medidas de Hitler al encargarse del Gobierno, fue hacer regresar de Moscú a la misión militar germana que allí funcionaba desde hacía años, con lo que daba a entender que no había renunciado a sus planes contra la U. R. S. S., esbozados en su libro *Mi lucha*. Pero, para la realización de tales planes, ya hemos dicho que el Führer necesitaba asegurarse la neutralidad de las potencias occidentales, y, en especial, la de Francia, con la que, a raíz de su retirada de la Conferencia del Desarme, inició negociaciones directas sobre tan importante cuestión.

A tal fin, en 18 de diciembre de 1933, Hitler notificó al Gobierno francés que Alemania renunciaba a toda reivindicación territorial en el Oeste, con excepción de la comarca del Sarre, cuya suerte habría de decidirse en un plebiscito (16); a cambio de lo cual pe-

---

(15) En virtud de este convenio, técnicos y militares alemanes fueron enviados a Rusia para cooperar a la reorganización de la Industria y el Ejército soviético. Y hasta se dice que entre la Reichswehr y el Alto Mando ruso existían acuerdos secretos. (Véase FRITZ HESSE: *Intriga en torno de Alemania*, ed. española de Luis de Caralt, Barcelona, febrero de 1956, p. 9).

(16) Este se celebró el 13 de enero de 1935, bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones, y constituyó un gran éxito para la Alemania nazi, a la que

día que se autorizase a su país a aumentar sus efectivos militares a 300.000 hombres, dotados de un armamento puramente defensivo (excluyéndose, por tanto, los aviones de bombardeo, los carros de combate pesados y las piezas de artillería de calibre superior a 15 centímetros).

Esta propuesta del Führer ocasionó gran alarma entre los países de la *Petite Entente* (Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia), aliados de Francia, que se consideraban especialmente amenazados por el rearme alemán; los cuales influyeron sobre el Gobierno de París para que tal propuesta fuese rechazada.

En su virtud, los gobernantes franceses se mostraron opuestos a negociar sobre el rearme de Alemania fuera del marco de la Sociedad de Naciones, y consideraron desde luego inadmisibles la cifra de 300.000 hombres fijada por Hitler para los efectivos de su Ejército.

El Gobierno británico intentó mediar en la cuestión, reproduciendo la propuesta hecha el año anterior por Mac Donald de que todos los ejércitos europeos se redujesen al efectivo de 200.000 hombres. Hitler aceptó esta cifra como base de discusión y prometió limitar su rearme aéreo a un 30 por 100 del de sus vecinos, y el naval a un 35 por 100 del tonelaje británico. Pero M. Barthou, ministro francés de Asuntos Exteriores, se negó en 17 de abril de 1934 a proseguir las negociaciones para legalizar el rearme alemán, y declaró que en adelante su país velaría por su seguridad con sus propios medios (17).

Tal resolución carecía de sentido, si Francia no estaba dispuesta a iniciar una guerra preventiva contra Alemania. Pero en el pueblo francés no existía por entonces voluntad de lucha, y la Gran Bretaña se oponía a cualquier intento de agresión. En vista de ello, se propuso M. Barthou intimidar a Hitler concertando pactos con la Rusia soviética y demás países del Este europeo. Pero tropezó con la resuelta negativa de Polonia, que acababa de firmar con Ale-

---

fue incorporada dicha comarca, conforme el deseo manifestado por el 90 por 100 de los electores de la misma.

(17) Parece ser que esta actitud intransigente de Barthou se debió a los informes recibidos del embajador francés en Berlín, François-Poncet, a quien el General Schleicher había declarado por entonces que los días del régimen nazi estaban contados. Sobre todo ello, véase la citada obra de Benoist-Mechin (edición española, pp. 616-617 y 640).

manía un Pacto de amistad (26 de enero de 1934) y rechazaba toda alianza con los rusos.

Las contramedidas francesas contra el rearme alemán tuvieron que reducirse, pues, a intensificar su propio rearme. Y, así, el Gobierno de París restableció en 15 de marzo de 1935 el servicio militar de dos años. Decisión a la cual replicó Hitler decretando al día siguiente la implantación en Alemania del servicio militar obligatorio, con lo que se desentendía en un modo abierto y definitivo de las cláusulas militares del Tratado de Versalles. Francia, que se había negado sistemáticamente a una revisión amistosa y equitativa de tales cláusulas, tuvo ahora que limitarse a protestar de este acto unilateral de Alemania, que fue condenado formulariamente por la Sociedad de Naciones.

Para prevenir otras posibles transgresiones alemanas del orden internacional establecido, se reunieron en Stressa (*Lago Maggiore*), los representantes de Inglaterra, Francia e Italia que concertaron, el 14 de abril siguiente, un acuerdo en el que se preveía la cooperación aérea de las tres potencial para defender la independencia de Austria. Pero este «frente de Stressa» no pudo mantenerse a la larga, debido a las discrepancias que no tardaron en surgir entre sus componentes.

En efecto, de conformidad con las ideas expuestas en su libro *Mi lucha*, a que antes nos hemos referido, Hitler había iniciado en febrero de aquel mismo año negociaciones para un acuerdo naval con Inglaterra, que encontraron favorable acogida por parte del Almirantazgo británico. Llegóse así, en 18 de junio de 1935, a la firma de tal acuerdo, en virtud del cual, Alemania quedó autorizada a aumentar el tonelaje de su flota de superficie hasta un 35 por 100, y el de su flota submarina, hasta un 45 por 100 de las fuerzas inglesas del mismo tipo (18). Con ello, el Gobierno británico daba por enterradas las cláusulas militares de Versalles, y venía a legalizar el rearme alemán.

No pararon aquí los intentos de acercamiento de Hitler con In-

---

(18) Como lo hace constar F. H. Hinsley, basándose en los Archivos navales alemanes y en los Documentos de Nuremberg, Hitler puso voluntariamente límites a su rearme naval para no inquietar a Inglaterra y facilitar el establecimiento de relaciones amistosas con dicha potencia. (Véase su obra *Hitler's Strategy*, traducida al español con el título impropio de *Hitler no se equivocó*, editorial AHR, Barcelona, 1935, p. 27).

glaterra, pues von Ribbentrop, enviado a Londres como plenipotenciario para la firma del susodicho acuerdo, llevaba el encargo de establecer las bases de una verdadera alianza con aquel país, comprometiéndose Alemania a cooperar con sus fuerzas terrestres, aéreas y navales a la defensa del Imperio británico, a cambio de que se le concedieran manos libres para atacar a la Rusia soviética. Pero en Inglaterra existía un núcleo de opinión belicista condensado en torno de Winston Churchill, que, desde el advenimiento de los nazis al Poder, venía preconizando una guerra preventiva contra Alemania, y, por influjo del cual, las amistosas propuestas de Hitler no fueron atendidas por el Gobierno británico (19).

Mientras tanto, Francia orientaba su política de alianzas hacia la Unión Soviética, con la cual concertaba, en 2 de mayo del mismo año, un pacto de asistencia mutua, refrendado por la calurosa acogida dispensada poco después en Moscú al ministro francés Laval, y completado unos días más tarde por un pacto análogo, firmado por los gobernantes rusos con Checoslovaquia. De esta manera, la Unión Soviética salía de su aislamiento internacional y procuraba servirse de los gobiernos democráticos para conjurar la amenaza que sobre ella se cernía por parte de la Alemania nazi. Al mismo fin tendían las consignas difundidas por el Secretario General de la *Komintern*, Jorge Dimitroff, en el VII Congreso de dicha organización (celebrado durante aquel verano en la capital moscovita), con las siguientes palabras: «El peligro más amenazador para nuestra patria proletaria es la probable agresión del fascismo alemán. Si no logramos desviar estas fuerzas hacia otros países, no podremos conjurar este peligro» (20). Con tal objeto, el famoso agitador búlgaro recomendaba a sus secuaces de todo el mundo la formación de un amplio *Frente Popular Antifascista*, cuya verdadera finalidad consistiría en provocar la guerra entre los países democráticos y los totalitarios, dejando a salvo a la Unión Soviética.

Y, así, cuantos conflictos surgieron desde entonces entre uno y otro grupo de potencias, fueron explotados por las organizaciones comunistas y sus auxiliares conscientes o inconscientes para

---

(19) Véanse FRITZ HESSE: *Intriga en torno de Alemania* (pp. 38-39, 41, y 43) y F. H. HINSLEY (ob. cit., pp. 25-26).

(20) JACQUES CHASTENET: ob. cit., pp. 131-132.

desencadenar la gran conflagración mundial, que había de favorecer el desarrollo de sus planes.

Tal sucedió, en primer lugar, con ocasión de la guerra italo-abisinia, iniciada el 3 de octubre de 1935. Los elementos antifascistas se esforzaron entonces en arrastrar a Inglaterra a una guerra con Italia, y aunque no lo consiguieron, lograron al menos que la Sociedad de Naciones decretara sanciones económicas contra el segundo país citado, que sin debilitar su esfuerzo bélico, ofendieron gravemente sus sentimientos nacionales, impulsando a su Gobierno a desentenderse de los compromisos de Stresa y hacer causa común con la Alemania nazi.

La tensión internacional consiguiente impulsó, por su parte, a Hitler a tomar una decisión que venía madurando desde la firma del pacto de asistencia franco-soviético. El caudillo nazi consideraba, en efecto, que tal pacto hacía ilusorias las garantías concedidas a Alemania por el Tratado de Locarno, y decidió ocupar la zona demilitarizada de la orilla izquierda del Rin, con objeto de poner a sus fronteras del Oeste a cubierto de cualquier ataque. Tal ocupación se efectuó el 7 de marzo de 1936, pocos días después de haber ratificado las cámaras francesas el mencionado pacto militar con los Soviets.

Francia intentó oponerse con las armas a la iniciativa alemana. Pero se vio, una vez más, desasistida por Inglaterra, que, atenta a las derivaciones del conflicto italo-etíope, había desplazado hacia el Mediterráneo el centro de gravedad de sus fuerzas. Por lo cual, todo se redujo a una nueva condena inefectiva de Alemania por la Sociedad de Naciones.

\* \* \*

Mientras tanto, el *Frente Popular* preconizado por Moscú se había incautado del Poder en Francia y España; desencadenando en nuestra Patria una violenta persecución contra los elementos de orden, que tendía a despejar el camino para la instauración de una república soviética española. Para oponerse a tal designio se inició en 17 de julio de 1936 nuestro glorioso Alzamiento nacional, que no tardó en degenerar en cruenta guerra civil entre los partidarios más o menos declarados del régimen soviético y los esforzados mantenedores de la tradición hispana. En la lucha se inmis-

cuyó desde luego el Gobierno frentepopulista francés presidido por León Blum, enviando a sus correligionarios españoles abundantes auxilios en armas, municiones y personal especializado (21). La misma conducta siguieron muy pronto la Rusia soviética y otros países que, aun titulándose democráticos, simpatizaban con la causa roja en nuestra Patria. Y ante esta descarada intervención, que les ponía en manifiesta inferioridad de condiciones, los dirigentes del bando nacional hubieron de solicitar una ayuda análoga de los países totalitarios; ayuda que nunca alcanzó el volumen de la que obtuvieron sus contrarios, y a cambio de la cual no se hipotecó en modo alguno nuestro porvenir político. Especialmente, la ayuda alemana al bando nacional se redujo a un pequeño pero eficaz cuerpo de aviadores y especialistas, denominado «Legión Cóndor», cuyos efectivos no llegaron a rebasar los 5.000 hombres.

En el curso de nuestra lucha, se esforzó la Unión Soviética en provocar, por toda clase de medios, la guerra entre las potencias democráticas y totalitarias que, como ya hemos dicho, constituía la meta de su actividad diplomática. Estos designios se pusieron bien de manifiesto con ocasión del ataque efectuado el 29 de mayo de 1937 por aviones rojos (22), contra el acorazado alemán «Deutschland» afecto al servicio de control del *Comité de No Intervención*, cuando se hallaba anclado en el puerto de Ibiza; en represalia de lo cual, bombardeó la escuadra alemana la ciudad de Almería. Pero tales intentos fracasaron por entonces, y sólo sirvieron para reforzar los lazos establecidos entre Italia y Alemania desde el conflicto italo-abisinio y formalizados con las visitas de Mussolini a Berlín (septiembre de 1937) y de Hitler a Roma (mayo de 1938), que condujeron a la formación del llamado *Eje Roma-Berlín*; acuerdo que se

---

(21) Véase la carta del ex ministro socialista D. Fernando de los Ríos al jefe del Gobierno rojo Sr. Giral, fechada en París el 25 de junio de 1936, y reproducida fotográficamente en las láminas XLV a XLVIII de la obra de FRANCESCO BELFORTE: *La guerra civile in Spagna* («Istituto per gli studi di politica internazionale, tomo I, 1938-XVI).

(22) Es de advertir que la aviación roja española se hallaba estrechamente controlada por la Misión militar rusa en nuestra Patria, como se deduce de las declaraciones de Indalecio Prieto: *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional. Intrigas de los rusos en España* (Texto taquigráfico del informe pronunciado el 9 de agosto de 1938 ante el Comité Nacional del Partido Socialista Obrero Español. París, Imprimerie Nouvelle (Association ouvrière), 53 Quai de la Seine, 1939).

convirtió en triple, en virtud de la adhesión de Italia al *Pacto Anti-komintern*, firmado anteriormente entre Alemania y el Japón.

Por otra parte, la Unión Soviética atravesaba entonces por una grave crisis interna. Alentados al parecer por los servicios secretos nazis, altos personajes del Gobierno y del Ejército rusos conspiraban contra Stalin y se aprestaban a derribarle. El contacto entre los conspiradores y el Gobierno alemán llegó a establecerse a través de la embajada soviética en Praga. Pero el ministro checoslovaco Benes se enteró de lo que se tramaba y lo puso en conocimiento de Stalin, el cual inició una gigantesca «purga», que se prolongó durante más de dos años (desde mediados de 1936 a fines de 1938), en la que fueron eliminados más de cinco mil funcionarios civiles y militares, entre los que se contaron los prohombres bolcheviques Rikov, Bujarin, Rádek, Kaménev y Zinóviev, el Mariscal Tujatchevski y otros muchos generales, jefes y oficiales de las fuerzas armadas soviéticas (23). Contrariamente a lo que se creyó por entonces, las consecuencias de tan severa depuración, lejos de debilitar la potencialidad de la U. R. S. S., la reforzaron a la larga; pues bajo el imperio del terror, la autoridad de Stalin se hizo indiscutible y nadie osó en adelante contrariar sus planes. Rusia se hallaba así dispuesta a soportar sin desmayo las más duras pruebas.

También se produjeron por entonces en Alemania serias disensiones entre los altos mandos militares y la dirección política del Reich. Pretendían aquéllos que Polonia y no Rusia era la verdadera enemiga de Alemania, y que tan sólo una alianza germano-soviética permitiría aplastar a los polacos, por lo que estimaban que la política antibolchevique de Hitler contribuía a debilitar y aislar a su país. También les inquietaba la intervención del Führer en la guerra civil española y los compromisos cada vez más estrechos contraídos con Italia y el Japón. Por último, los vínculos existentes entre algunos generales de la oposición y los grandes magnates de la industria pesada, les impulsaban a criticar las severas restric-

---

(23) Acerca de todo ello informan cumplidamente las obras de Jacques Chastenet (pp. 139-141) y Fritz Hesse (pp. 66-67), anteriormente citadas, así como la de SALVADOR BORRERO: *Derrota Mundial* (séptima edición, México, 1960, página 62-64), con abundantes referencias a las *Memorias* de WINSTON CHURCHILL, que parece bien enterado del asunto (véase el volumen primero de la edición española. José Janés, editor, Barcelona, 1949, pp. 323-333).

ciones impuestas al auge de sus negocios por la política de autarquía patrocinada por Hitler (24).

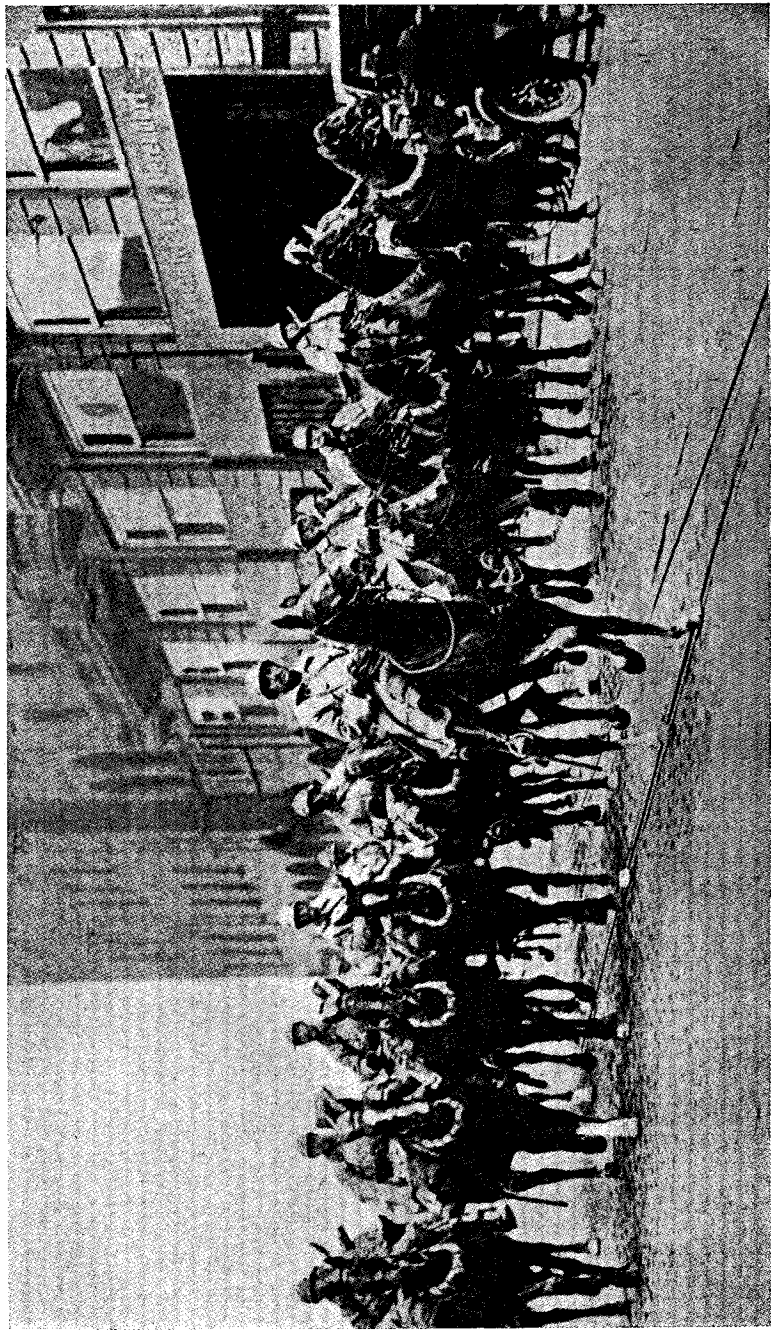
La cabeza visible de tal oposición era el General von Fritsch, jefe del Ejército de Tierra, que en nombre de los demás generales que secundaban su actitud, pidió al ministro de la Guerra y Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, Mariscal von Blomberg, que se hiciera intérprete de sus aspiraciones cerca del Führer. A lo que von Blomberg se negó, por entender que su misión no era inmiscuirse en la política. Los mencionados generales parecieron acatar de momento esta decisión de su superior. Pero, como al poco tiempo contrajera dicho mariscal matrimonio con una joven funcionaria de su ministerio, los generales en cuestión le obligaron a pedir el retiro, por entender que enlace tan desigual le descalificaba para el desempeño de su elevada jerarquía. Hitler admitió, desde luego, la dimisión de Blomberg, pero ordenó también el retiro de von Fritsch y de los miembros más significados de su grupo; aprovechando la ocasión para efectuar, en 4 de febrero de 1938, un amplio reajuste de los mandos de la *Wehrmacht*. En lo sucesivo, el mando supremo de la misma sería ejercido directamente por el propio Führer, asistido por un Alto Estado Mayor (O. K. W.), presidido por el General Keitel; el mando del Ejército de Tierra fue confiado al General von Brauchitch; el de la *Luftwaffe*, al Mariscal Göring y el de la Marina, al Almirante Raeder (25).

Por esta misma época, los principales objetivos económicos que Hitler se propuso desde su elevación al Poder habían sido plenamente logrados: la absorción total del paro obrero, mediante la ejecución del programa de rearme y de importantes obras públicas y sociales, de carácter remunerador; la rehabilitación del artesana-

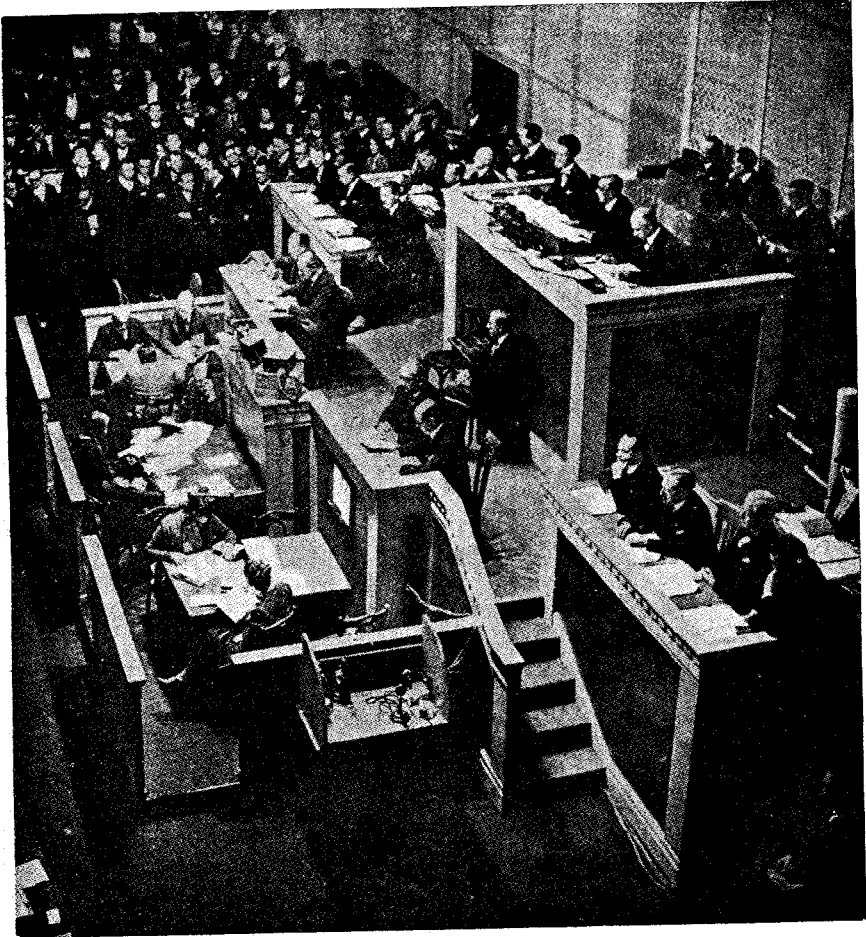
(24) Véase Benoist-Mechin (ob. y ed. citadas, p. 694).

(25) En la versión de este lamentable incidente, que envenenó las relaciones entre el Führer y el generalato alemán y tuvo, más adelante, trascendentales repercusiones, nos hemos atenido principalmente a la versión de Benoist-Mechin (obra cit., pp. 693-696), por parecernos la más amplia y detallada. En las obras de GUDERIAN: *Recuerdos de un soldado*, VON MANSTEIN: *Victorias frustradas* y FETER BOR: *El Estado Mayor alemán visto por Halder*, se hace también referencia al asunto, pero no se explican de un modo satisfactorio sus antecedentes. En cambio, nos hablan de una grave acusación de tipo moral que se formuló contra von Fritsch, que se reveló al cabo falsa, siendo sancionado el denunciante con la pena de muerte. El Führer rehabilitó moralmente a von Fritsch, pero no le restableció su cargo.





La ocupación del Ruhr. — Entrada en Essen de los dragones franceses (enero de 1923).



Sesión de apertura de la Conferencia del Desarme (Ginebra, 2 de febrero de 1932).

do y los campesinos, y la estabilización de los precios. La escasez de divisas se suplió con la emisión de billetes y el incremento de la productividad industrial, pues el Führer opinaba que no el oro, sino el trabajo, constituía el fundamenta de la riqueza. De este modo, la industria alemana se encontró en pocos años en condiciones de negociar con otras naciones a base del sistema de trueque, procurándose sin desembolso de divisas las materias primas que necesitaba. Con todo ello, el pueblo alemán alcanzó en los años que precedieron a la guerra un nivel medio de vida bastante elevado (26). Pero la competencia industrial así establecida con los países que traficaban a base de los sistemas tradicionales, contribuyó a intensificar en los medios influyentes de tales países la hostilidad contra el régimen nazi.

Poco después se verificó la anexión de Austria por parte de Alemania, cuyos antecedentes resumimos a continuación. El 12 de noviembre de 1918, recién terminada la Primera Guerra Mundial, la Asamblea nacional austríaca votó una ley por la cual su país pasaría a formar parte de la República alemana; acuerdo que fue ratificado por unanimidad el 4 de febrero de 1919, y acogido favorablemente el día 6 por la Asamblea nacional germánica reunida en Weimar, que declaró que «los alemanes del Reich y de Austria constituían una unidad indivisible, frente a la cual no debían prevalecer las fronteras que hasta entonces les habían separado». Pero, en el Tratado de Versalles, las potencias vencedoras opusieron su veto a tal unión, que no podría efectuarse sin el consentimiento *unánime* del Consejo de la Sociedad de Naciones. Para hacer viable la existencia independiente de un minúsculo Estado austríaco, con una capital desproporcionada a su tamaño, se le concedieron importantes empréstitos, que le permitieron subsistir durante algunos años, no sin graves rozamientos entre el proletariado vienés, dominado por el marxismo, y los elementos agrarios y social-cristianos que prevalecían en el resto del país. Este equilibrio inestable no pudo mantenerse a la larga, debido a la crisis norteamericana de 1929, que obligó a retirar los créditos que subvencionaban el normal desenvolvimiento de la economía austríaca. Se produjeron, en consecuencia, importantes quiebras, con su inevitable secuela de paro obrero y disturbios so-

---

(26) De este elevado grado de bienestar material se hizo eco por entonces el economista norteamericano Maxime Y. Sweezy, que en su libro *La Economía Nacional-socialista*, dedica calurosos elogios a la obra de Hitler.

ciales. Y en tal ambiente volvió a retoñar la aspiración al *Anschluss* (unión) con Alemania, de que se hizo portavoz el partido nazi austriaco, que alcanzó en pocos años considerable influjo en el país; sobre todo, a partir de la exaltación de Hitler al Poder. Por entonces, se constituyó Mussolini en decidido protector de la independencia austriaca, pues temía que una Alemania unida pudiera entorpecer su política balcánica. A tal fin favoreció el Duce la creación en Austria de un «Frente Patriótico», dirigido primero por Dollfuss (27), y luego, por Schuschnigg, con la misión de combatir, a la vez, al marxismo y a los nazis. Pero, como ya hemos visto, la oposición francobritánica a los planes italianos en Abisinia ocasionó la ruptura del «frente de Stressa» y obligó a Mussolini a estrechar los lazos con Hitler, concediéndole manos libres en los asuntos austriacos. En virtud de tal autorización, expresa o tácita, Hitler celebró en 12 de febrero de 1938 una conferencia con Schuschnigg, en la cual quedó acordada en principio la celebración de un plebiscito preparatorio del *Anschluss*, para garantizar la sinceridad del cual, el jefe nazi austriaco Seyss-Inquart pasaría a formar parte del Gobierno de su país como ministro del Interior. Pero el 9 de marzo, sin conocimiento previo del Presidente federal Miklas, ni de Seyss-Inquart, convocó Schuschnigg el plebiscito para dentro de cuatro días, bajo la fórmula ambigua de «una Austria libre y alemana, independiente y social, cristiana y unida», que no permitía al lector formarse clara idea del sentido y alcance de su voto. La publicación de tal convocatoria produjo gran confusión e inquietud en la opinión austriaca, y con objeto de evitar mayores males, el Presidente Miklas destituyó a Schuschnigg y encargó a Seyss-Inquart de la formación de un nuevo Gobierno, que en 12 de marzo solicitó del Führer la entrada en Austria de tropas alemanas para garantizar el orden. La ocupación de Austria se efectuó, pues, de modo impremeditado. A tal punto, que los cuarteles generales de las fuerzas acorazadas encargadas de la operación se hallaban de viaje de prácticas en la región del Mosela; lo que motivó no pocos retrasos y entorpecimientos. A pesar de todo, la ocupación no tropezó con ninguna resistencia, pues los soldados alemanes fueron re-

---

(27) El canciller Dollfuss fue asesinado el 26 de julio de 1934 por nazis austriacos; crimen que fue reprobado públicamente por Hitler, cuya política de aproximación a Italia se vio seriamente comprometida por aquel hecho, realizado, según todos los comentaristas imparciales, sin su anuencia ni consentimiento previo.

cibidos con indecible entusiasmo por la población austriaca, y el Ejército de este país se sumó espontáneamente a los invasores (28). El 13 de marzo, Hitler entraba triunfalmente en Viena, y el 15, la anexión de Austria era comunicada oficialmente a las potencias extranjeras, que aceptaron sin grandes protestas el hecho consumado; tanto más cuanto que el pueblo austriaco ratificó el 10 de abril, por abrumadora mayoría (4.273.000 votos a favor y sólo 11.000 en contra), la unión con Alemania.

Pero el horizonte internacional volvió muy pronto a ensombrecerse con motivo de la llamada *cuestión de los Sudetes*. Se denomina así la región montañosa que bordea por el Noroeste la meseta de Bohemia; región que se hallaba entonces habitada por gentes de raza y cultura alemanas, que los Tratados de Paz de Versalles y Saint Germain habían colocado arbitrariamente bajo el dominio del heterogéneo Estado checoslovaco (29). De igual modo que los austriacos, los habitantes de dicha región habían expresado reiteradamente su deseo de incorporarse al gran Reich alemán; deseo que se vio estimulado por el ejemplo de Austria, y que se puso de manifiesto en las elecciones checoslovacas de mayo-junio de 1938, que revistieron caracteres de verdadero plebiscito, ya que el 91 por 100 de los electores de lengua germana otorgaron sus votos al *Partido alemán de los Sudetes*, dirigido por Conrad Henlein, no obstante la presión ejercida por el Gobierno de Praga. Hitler prometió apoyar por la fuerza, si era preciso, las aspiraciones de aquel partido. Checoslovaquia se consideró amenazada y solicitó de Francia y Rusia el auxilio previsto en los pactos de asistencia mutua que tenía concertados con dichas potencias. Inglaterra, por su parte, se había comprometido a secundar a Francia en el caso de que se viera arrastrada a una guerra con Alemania. Y, de este modo, en el curso de aquel verano, parecía avecinarse el estallido de un gran conflicto bélico, que las organizaciones internacionales antifascistas se esforzaban en hacer inevitable.

---

(28) Sobre todo ello, véase GUDERIAN: *Recuerdos de un soldado*. (Ed. española Luis de Caralt, Barcelona, 1953, pp. 29-32).

(29) De tal Estado pasaron a formar parte 7 millones de checos, 3 millones de alemanes, 2 millones de eslovacos, 700.000 húngaros, 400.000 rutenos o ucranianos subcarpáticos y 350.000 judíos. Los checos se habían comprometido a respetar la autonomía de estas importantes minorías nacionales; pero luego no cumplieron sus promesas y establecieron un gobierno de tipo centralista, administrado exclusivamente por ellos.

En tales circunstancias, el General Beck, jefe de Estado Mayor del mando supremo del Ejército alemán (O. K. H.), se creyó en el caso de presentar a Hitler una memoria advirtiéndole de que las fuerzas de su mando no se encontraban en condiciones de afrontar una guerra de dos frentes y exhortándole, por tanto, a moderar su política. Con lo cual, no cabe duda de que se excedía de sus atribuciones, por lo que el Führer le separó del cargo, sustituyéndole por Halder —tan opositorista como aquél, pero más solapado—, quien se puso en relación secreta con Sir Robert Vansittart y otros significados miembros del partido belicista inglés, para que se opusiesen terminantemente a las pretensiones de Hitler, al que en unión de otros generales se proponía detener en el caso de que persistiese en su actitud agresiva (30).

Pero los generales opositoristas alemanes se equivocaban rotundamente en sus apreciaciones de entonces, pues Francia e Inglaterra se hallan todavía menos preparadas que Alemania para un conflicto bélico, y la mayoría de la población de tales países se inclinaba a una solución pacífica de la cuestión de los Sudetes. Por otra parte, Lord Runciman, a quien el *premier* inglés Sir Neville Chamberlain envió a Praga como mediador, emitió un informe en que se demostraba lo bien fundado de las reclamaciones alemanas y proponía la inmediata incorporación al Reich de las comarcas de Checoslovaquia con más del 50 por 100 de población germánica. En vista de ello, Chamberlain se decidió a tratar directamente con Hitler, y, a tal fin, celebró con él sucesivas entrevistas en Berchtesgaden y Godesberg (14 y 23 de septiembre) para tratar de los detalles de la cesión a Alemania de aquellos territorios. Todavía hubo que vencer algunas dificultades, pues el Gobierno checoslovaco oponía obstáculos y dilaciones a tan duro sacrificio, y el Führer, consciente de sus derechos, se mostraba impaciente en demasía. Pero la oportuna mediación de Mussolini mitigó tales impacencias, y la cuestión quedó zanjada satisfactoriamente en Munich, durante la noche del 29 al 30 de septiembre de 1938, merced a un acuerdo suscrito por Hitler, el Duce, Chamberlain y Daladier, en virtud del cual, las regiones checoslovacas en litigio serían entregadas a Alemania por etapas sucesivas. Aparte de ello, el Führer y el *premier* inglés

---

(30) El mismo Halder nos informa de esta gestión irregular, y hasta se jacta de ella en la obra de FETER BOR: *El Estado Mayor alemán visto por Halder*. (Edición española Espasa-Calpe, Argentina, S. A., Buenos Aires, 1955, pp. 98-99).

se comprometieron a recurrir a negociaciones directas en todas las cuestiones de importancia que pudieran suscitarse en el futuro, lo que parecía constituir el punto de partida de un acercamiento anglo-germano (31).

\* \* \*

Parecía lógico que la política de amistosa colaboración entre las cuatro grandes potencias occidentales, iniciada con el acuerdo de Munich, se hubiera proseguido y completado en los meses subsiguientes, examinando con el mismo espíritu de concordia las demás reivindicaciones de Alemania. Pues no tenía sentido transigir en las cuestiones de mayor importancia, como eran el rearme alemán, la remilitarización de la zona renana, la incorporación de Austria y la desmembración de Checoslovaquia, y resistirse, en cambio, a un acuerdo razonable sobre los problemas relativamente secundarios que aún quedaban por solventar. Así lo entendieron, al parecer, los firmantes del susodicho acuerdo; iniciándose poco tiempo después conversaciones franco-alemanas y anglo-italianas, que tendían al arreglo de tales problemas pendientes.

La negociaciones franco-alemanas quedaron ultimadas en 6 de diciembre de 1938, mediante una declaración conjunta firmada en París por el ministro francés Georges Bonnet y el alemán Joaquín von Ribbentrop, en virtud de la cual ambos países reconocían como definitivas sus fronteras de entonces y se comprometían a consultarse mutuamente sobre las cuestiones internacionales que pudieran afectarles. Y en el mismo ambiente de cordialidad y transigencia se desarrollaron las conversaciones celebradas en Roma, a mediados de enero de 1939, entre Chamberlain y Mussolini.

Desgraciadamente, los elementos internacionales que conspiraban contra la paz mundial no cejaban en sus siniestros propósitos, y en los días que siguieron inmediatamente al acuerdo de Munich se vieron secundados eficazmente por un grupo de políticos y financieros ingleses, entre los que destacaban Churchill, Eden, Duff Cooper, Vansittart y Hore Belisha, que reprobaban la política pa-

---

(31) Acerca de todo ello, informan cumplidamente el trabajo de HENRI LEBRE: *Munich et les origines de la guerre* (incluido en el volumen: *Le origines secrètes de la guerre 1939-1945*, anteriormente citado) y la obra también mencionada de Fritz Hesse (ed. española citada, cap. III, pp. 112-150), la cual ofrece especial interés, porque el autor —por entonces agregado de Prensa a la Embajada alemana en Londres—, intervino decisivamente en la conclusión del acuerdo.

cifista de Chamberlain y calificaban el citado acuerdo de «capitulación vergonzosa para el imperio británico».

Por otra parte, el 7 de noviembre de 1938, mientras se efectuaban en París las negociaciones preliminares para el entendimiento franco-alemán, a que antes nos hemos referido, se produjo en dicha capital un crimen destinado a tener funestas repercusiones en el curso de los acontecimientos ulteriores. Nos referimos al atentado cometido por el joven israelita de origen polaco Herschell Feibel Grynszpan contra el secretario de la embajada alemana von Rath, quien falleció de resultas de las heridas recibidas; declarando el agresor haber querido «vengar a sus correligionarios y, en particular, a los judíos polacos expulsados de Alemania».

Este crimen —visiblemente inspirado por las organizaciones internacionales que se esforzaban en provocar la guerra entre las potencias democráticas y totalitarias—, consiguió plenamente los resultados propuestos; pues desató las pasiones en unos y otros países y encendió entre ellos una ciega animosidad, que sobreponiéndose a los dictados de la prudencia y el buen sentido, había de conducir en breve plazo a la formidable conflagración cuyas desastrosas consecuencias tenemos aún que lamentar.

En efecto, al conocerse en Alemania el asesinato de von Rath y los móviles confesados por su autor, se recrudeció en dicho país la persecución antisemita que se había mitigado bastante en los últimos años. Especialmente, durante la noche del 8 al 9 de noviembre («noche del cristal»), se organizaron en las principales ciudades alemanas violentas manifestaciones contra los establecimientos judíos, cuyos escaparates fueron apedreados y sus géneros saqueados e incendiados; resultando también profanadas y destruídas algunas sinagogas, aunque no se registraron, sin embargo, muertos ni heridos entre la población israelita. Tales manifestaciones cesaron el día 11 por orden del Gobierno nazi, que en represalia por el atentado de Grynszpan impuso a la comunidad hebrea una multa colectiva de mil millones de marcos.

Indudablemente, estas represalias fueron tan injustas como excesivas y sólo sirvieron —como seguramente se pretendía— para que las organizaciones internacionales antifascistas lograran atraerse a la opinión hasta entonces neutral de los países democráticos, impresionada por las noticias exageradas y tendenciosas propaladas por aquellas organizaciones.

De este modo, del 13 al 14 de noviembre tuvieron lugar en Lon-



dres y Nueva York gigantescas manifestaciones de protesta contra la «barbarie nazi». El propio Chamberlain amenazó por aquellos días, en la Cámara de los Comunes, al Gobierno del Reich, con hacerle sentir su descontento por las medidas antisemitas que acababa de dictar. Y un miembro de su gabinete, Lord De la Warr, declaraba poco después en Bradford, que «con la Alemania nazi, sólo las armas podían dialogar eficazmente».

Sin embargo, el Gobierno alemán se mostraba propicio a dejar partir de su territorio a los judíos que así lo desearan, llevándose incluso parte de sus bienes, con tal que los gastos de transporte no corrieran por su cuenta. A tal fin, se entablaron por entonces negociaciones entre el Comité Internacional para la Emigración Judía, presidido por Mr. Rublee, y el ministro de Economía del Reich, Dr. Schacht. Se había previsto la suscripción de un empréstito de 500 millones de libras, garantizado por el Gobierno de Berlín, a cambio de un contingente suplementario de exportación en ciertos países. Pero a ello se opuso la Gran Bretaña; negándose también a admitir en su suelo nuevos refugiados israelitas. Y análoga postura adoptaron los Estados Unidos y otras naciones, cuya solicitud por los judíos oprimidos por Hitler no llegaba hasta el sacrificio de sus intereses políticos o económicos (32).

A consecuencia de todo ello, en los primeros meses de 1939 se fueron desvaneciendo las esperanzas suscitadas por el acuerdo de Munich y las posteriores conversaciones de París y Roma de que se estableciese una concordia duradera entre las cuatro grandes potencias europeas de Occidente. En lugar de una política de mutua tolerancia y convivencia entre el bloque democrático y el totalitario, los portadores más autorizados de la opinión inglesa y francesa propugnaban el rearme de sus respectivos pueblos contra el peligro nazi. Y cediendo a los clamores de esta propaganda belicista, los Gobiernos de Londres y París empezaron a prepararse febrilmente para una guerra que algunos de sus miembros se obstinaban en considerar ineludible.

Durante el mes de marzo, la tensión internacional se incrementó aún más con motivo de la nueva crisis que surgió en Checos-

---

(32) Sobre esta importante cuestión, merece consultarse el bien documentado trabajo de RENÉ D'ARGILE: *L'Affaire Herschell Feibel Grynspan ou le tournant décisif vers la guerre* (incluido en el volumen *Les origines secrètes de la guerre 1939-1945*, repetidamente citado, pp. 217-277).

lovaquia. Después del acuerdo de Munich, dicho país había pasado a constituir una federación integrada por las tres nacionalidades subsistentes: checa, eslovaca y ucraniana subcarpática. Pero la discordia entre tales nacionalidades, sofrenada mientras el poder central checo se mantuvo fuerte, se manifestó de un modo explosivo cuando éste se debilitó. El 10 de marzo, con el pretexto de que el gobierno autónomo eslovaco se excedía de sus facultades, las autoridades centrales checas ocuparon militarmente Bratislava y ordenaron la detención de los miembros de dicho Gobierno. El jefe del mismo, Monseñor Tiso, se refugió en Alemania y solicitó la ayuda del Führer para su pueblo. El Presidente checo Hacha se trasladó también a Berlín para solventar el conflicto, y de sus conversaciones con Hitler se dedujo un documento firmado por ambos el 15 de marzo, declarando que «el territorio de Bohemia y Moravia se colocaba bajo la protección del Reich». Aquel mismo día entraban en Praga las tropas alemanas; mientras Eslovaquia se declaraba independiente y Hungría se anexionaba la Ucrania subcarpática. El Estado checoslovaco había dejado de existir (véase croquis núm. 3).

En realidad, tan heterogéneo conglomerado se hallaba en vías de inminente disgregación, y la intervención del Führer no hizo más que precipitarla, eliminando a tiempo un peligroso foco de perturbación europea. Pero sus explicaciones no fueron consideradas satisfactorias por los Gobiernos de Francia e Inglaterra. En particular, *míster Chamberlain* acusó formalmente a Hitler de haber violado el acuerdo de Munich, y declaró que jamás volvería a confiar en sus promesas.

A partir de entonces, el *premier* inglés decidió mantenerse inflexible frente a las pretensiones de Alemania. Si bien confiaba en salvaguardar la paz intimidando a los gobernantes nazis con una política de rearme y de cerco diplomático. Pero con ello impulsó a Hitler a precipitar los acontecimientos, para conseguir sus objetivos antes que tales amenazas pudieran llevarse a efecto (33).

De este modo, en la primavera de 1939, mientras las potencias democráticas se esforzaban en completar el cerco de las totalitarias, éstas se apresuraban a ocupar ciertos territorios de importancia

---

(33) F. H. HINSLEY, en su famosa obra *La estrategia de Hitler* (ed. española citada, pp. 50-61), justifica esta decisión del Führer, al comprender que «el tiempo no actuaba ya en su favor».

vital para su defensa inmediata. Como sucedió con el territorio de Memel, ocupado el 22 de marzo por los alemanes, previo el asentimiento del Gobierno lituano, y con el de Albania, anexionado por Italia el 12 de abril, tras el derrocamiento del rey Zogú, que se había mostrado indócil a la influencia italiana. Por otra parte, el 22 de mayo se firmaba entre ambas potencias totalitarias, el llamado «Pacto de Acero», que transformaba el Eje Roma-Berlín en franca alianza militar.

Tanto el Führer como el Duce preferían, sin embargo, llegar a un arreglo pacífico de las cuestiones pendientes, pues no ignoraban los grandes recursos potenciales de que disponían sus presuntos adversarios, y deseaban evitar con ellos un choque armado, sin renunciar, claro está, a las reivindicaciones que juzgaban de interés vital para sus respectivos países.

En virtud de tales premisas, Hitler propuso formalmente a Polonia, en 21 de marzo (34), un acuerdo razonable sobre los problemas de Danzig y el «Corredor», únicas reclamaciones importantes que Alemania tenía aún que formular en Europa.

Estos problemas venían perturbando desde hacía tiempo las relaciones entre ambos países fronterizos. Verdad es que Danzig y el «Corredor» habían sido dominados por Polonia en su época de apogeo (de mediados del siglo xv a mediados del xvii), pero no es menos cierto que la población de aquella ciudad y su contorno era alemana en un 95 por 100 y deseaba permanecer unida a Prusia, a la que había sido incorporada definitivamente en 1793; como lo demostraron cumplidamente los plebiscitos allí celebrados después de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, la ciudad de Danzig y sus alrededores quedaron internacionalizados por decisión de la Sociedad de Naciones, y al NO. de aquélla se le otorgó a Polonia el puerto de Gdynia (Gdingen), para comunicar con el cual se creó el llamado «corredor polaco», faja de unos ochenta kilómetros de anchura media que separaba la Prusia oriental del resto de Alemania (véanse croquis números 1 y 3); separación que era considerada por el pueblo germano como un agra-

---

(34) Con anterioridad a esta fecha, tanto Hitler como Ribbentrop, habían tratado confidencialmente de estas cuestiones con el Coronel Beck, ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, el cual había contestado hasta entonces con evasivas.

vio intolerable, que no se hallaba dispuesto a tolerar por tiempo indefinido.

No obstante, Hitler procuró aplacar tales rencores desde su advenimiento al Poder, pues confiaba en que las diferencias entre ambos pueblos llegarían a solventarse por vía pacífica, ante la conveniencia de unirse contra el enemigo común, que era, a su juicio, la Unión Soviética. El Führer deseaba asociar a Polonia a su empresa antibolchevique y se avenía a hacerla partícipe del presunto botín, a cambio de pequeñas concesiones en los asuntos de Danzig y el «Corredor» (35). Con tal objeto había concertado aquél con el Mariscal Pilsudski el pacto de amistad de que ya hemos hablado. Pero este pacto no dio los resultados que Hitler apetecía, porque los gobernantes polacos siguieron manifestándose tenazmente refractarios a satisfacer en lo más mínimo las pretensiones alemanas.

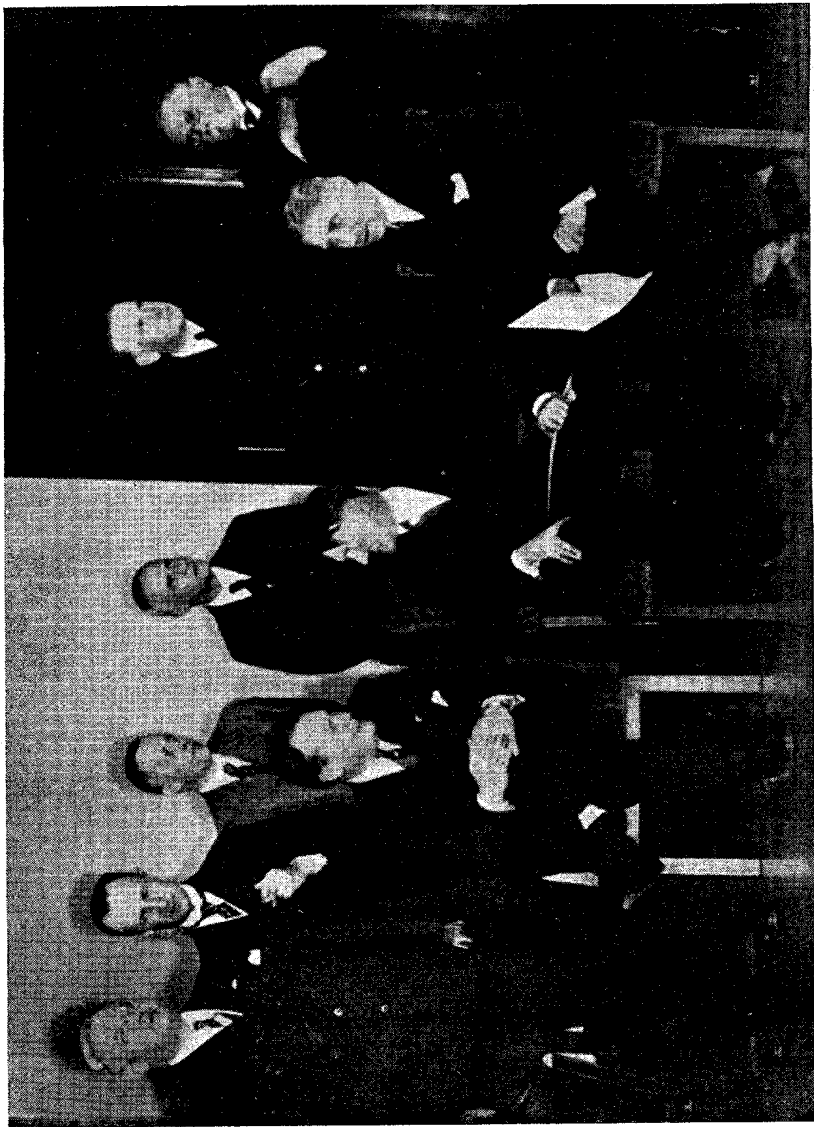
En realidad, la propuesta formulada por el Führer a Polonia en 21 de marzo de 1939 no podía ser más moderada. Se reducía en sustancia a la entrega del territorio de Danzig, de acuerdo con la voluntad manifiesta de la gran mayoría de su población, y a la concesión de un paso de un kilómetro de anchura a través del «Corredor» para comunicar la Prusia oriental con el resto de Alemania. A cambio de ello, el pacto de no agresión con Polonia sería prorrogado por veinticinco años; se le reconocerían a dicha nación los derechos económicos de que hasta entonces disfrutaba en el puerto de Danzig; así como la libre disposición del de Gdynia, y se aceptarían como definitivas las demás fronteras existentes entre los dos países.

El gobierno polaco rechazó, sin embargo, tan razonable propuesta, negándose a tomarla siquiera como base de discusión. Actitud de intransigencia fomentada por los Gobiernos de Londres y París, que habían prometido a Polonia su apoyo incondicional frente a todo intento de agresión alemana.

Tales promesas —adelantadas ya por vía oficiosa—, tomaron estado oficial el 31 de marzo al declarar Chamberlain en la Cámara de los Comunes que su Gobierno ayudaría a Polonia por todos los medios a su alcance en el caso de que una agresión pusiera en pe-

---

(35) Véanse los interesantes fragmentos del *Diario* del Conde Juan Szembek, subsecretario de Asuntos Exteriores de Polonia en 1938 y 1939, citados por Henri Lebre, en su trabajo: *Munich et les origines de la Guerre (Les Origines secrètes de la guerre 1939-1945)*, pp. 59-60).



La subida de Hitler al Poder.—El Führer reunido con los ministros de su primer gobierno; entre los que figuran: Göring, von Papen, Hugenberg y el Conde Schwerin von Krosygg.



La Conferencia de Munich. —Llegada de Sir Neville Chamberlain al aeropuerto de la capital bávara (28 de septiembre de 1938).

ligro su independencia. A primeros de abril, el Coronel Beck, ministro polaco de Asuntos Exteriores, se trasladó a Londres para formalizar el pacto de asistencia militar con Inglaterra. Y el 13 del mismo mes, Daladier manifestaba, por su parte, que la alianza francopolaca firmada en 1921 continuaba en todo su vigor.

Con estas declaraciones, se pretendía, por lo pronto, intimidar a Alemania y obligarla a renunciar a sus pretensiones. Pero —como ya hemos adelantado—, Hitler no podía ya retroceder sin grave mengua de su prestigio, y en vista del progresivo rearme de las potencias democráticas, se sintió obligado a actuar sobre Polonia antes de que se consumase el cerco que le amenazaba. A este fin, el Führer denunció el 28 de abril el pacto de no agresión con aquel país y el acuerdo naval anglo-germano, por haberse alterado con la reciente alianza anglopolaca la situación en que tales compromisos fueron concertados. Al mismo tiempo, ordenó a su Estado Mayor la preparación de un plan de ataque contra Polonia, que debía tender a la consecución de un éxito rápido. Pero dicho ataque —previsto para primeros de septiembre— no se verificaría sin haber agotado antes todas las posibilidades de negociación, y en caso de que la situación diplomática resultara favorable, pues se debía procurar por todos los medios posibles aislar a Polonia y localizar la guerra (36).

Francia e Inglaterra iniciaron seguidamente negociaciones para un pacto militar con la Unión Soviética, completando así el cerco diplomático de Alemania que intentaban establecer. Pero tales negociaciones no condujeron a ningún resultado positivo, a causa de las desmesuradas exigencias formuladas por los gobernantes soviéticos y de la rotunda oposición de Polonia a permitir la entrada de fuerzas rusas en su territorio, ni aun para auxiliarla en caso de conflicto.

Mientras tanto, el Gobierno soviético sugería confidencialmente al de Alemania la conveniencia de entablar negociaciones para un acuerdo comercial, procurando establecer al mismo tiempo «bases políticas más favorables» para las relaciones entre los dos países. En su deseo de eludir el cerco diplomático que le amenazaba, Hitler

---

(36) Véase F. H. HINSLEY: ob. cit., 34-35, donde se hace referencia a los documentos de Nürenberg; así como las citas del libro de MARCEL BEAUMONT: *La faillite de la paix*, incluidas en el trabajo de HENRI LEBRE: *Munich et les origines de la Guerre*, tantas veces mencionado (pp. 71-72).

no dudó en acoger favorablemente tales proposiciones. Y, de este modo, en el curso de aquel verano, se fueron perfilando dentro del mismo ambiente de sigilo, las grandes líneas de un pacto ruso-germano de amistad y no agresión, que, con gran sorpresa de la opinión mundial, fue firmado solemnemente en Moscú por Molotov y von Ribbentrop el 23 de agosto de 1939.

En virtud de dicho pacto, ambas naciones pasaban aparentemente por alto sus divergencias ideológicas y se comprometían a mantener en lo sucesivo relaciones amistosas y de intercambio económico; consultándose mutuamente sobre las cuestiones europeas que pudieran interesarles, sin recurrir entre sí al uso de la fuerza. Existían, además, cláusulas secretas, en las que la Unión Soviética reconocía los derechos de Alemania sobre Danzig y el «Corredor», a cambio de que no se opusiese a las reivindicaciones rusas en los países bálticos, en la parte oriental de Polonia y en la Besarabia.

Como los hechos posteriores han demostrado cumplidamente, aquel pacto de amistad entre los representantes de ideologías tan opuestas no podía ser sincero y obedecía por ambas partes a razones de mero oportunismo. Mediante él esperaba Hitler resolver satisfactoriamente su conflicto con Polonia; pues no creía que Inglaterra y Francia mantuvieran sus promesas de ayudar a dicho país, a sabiendas de que no podrían cumplirlas (38). Y Stalin pretendía, por su parte, desviar hacia las potencias occidentales la amenaza hitleriana, provocando una guerra general que había de favorecer en definitiva el éxito de sus planes revolucionarios. El dictador rojo se proponía, además, mantener a su patria alejada de la lucha durante el mayor tiempo posible; reforzando, mientras tanto, su potencialidad bélica y ensanchando sus fronteras, sin el menor riesgo, a costa de sus inermes vecinos, hasta que la debilitación de los dos bandos beligerantes la permitiera intervenir como árbitro de la contienda (39).

Indudablemente, Stalin se mostró entonces más sagaz y previsor que el Führer; pues éste no tardó en convencerse de lo errado de

(38) Véanse F. H. HINSLEY: ob. cit., pp. 55-56, y FRITZ HESSE: ob. cit., (página 204).

(39) Véanse las declaraciones de Stalin del 20 de mayo de 1938, ante el pleno de la *Komintern*, y del 19 de agosto de 1939, ante el *Politburó*, reproducidas por Mauricio Carlavilla en su nota final a la primera edición española de la obra del General Ktivitsky: *Yo, jefe del Servicio Secreto Militar Soviético*, (sucesor de Hipólito de Pablo, Guadalajara, 1945, pp. 318-319).



sus cálculos. En efecto, el día 25, cuando Hitler dio, por primera vez, la orden de iniciar las operaciones contra Polonia en la madrugada siguiente, se vio sorprendido por la noticia de que Inglaterra confirmaba solemnemente sus promesas de ayuda militar a dicho país, declarando que se consideraría en guerra con el Reich en cuanto el primer soldado germano cruzase la frontera polaca. Y, por si fuera poco, el Duce se excusaba de secundar la acción alemana, so pretexto de no haber sido consultado previamente. Bajo la impresión de tan desagradables nuevas, el Führer dio contraorden a sus tropas y se decidió a buscar salida airosa al conflicto por la vía diplomática (40).

A tal fin, del 26 al 29 de agosto, se efectuaron nuevas negociaciones entre Alemania e Inglaterra, en las que intervino a título de agente oficioso el ingeniero sueco Dahlerus, amigo de Göring. Como resultado de estas gestiones, Chamberlain sugirió a Hitler que se entendiese directamente con Polonia. El Führer aceptó el día 29 tal sugestión y preparó unas proposiciones muy moderadas que serían entregadas a un plenipotenciario polaco, cuya llegada se esperaría en Berlín hasta la medianoche del día 30. Pero el gobierno inglés —ya fuera por mala voluntad o por excesiva corrección— se abstuvo de influir sobre el gobierno polaco (41), y éste, sintiéndose respaldado por aquél en su actitud intransigente, se negó a enviar a Berlín ningún plenipotenciario; decretando, a guisa de respuesta, la movilización general. Unicamente el embajador británico en Alemania, Mr. Henderson, se presentó aquel día en el despacho de Ribbentrop, para enterarse de las proposiciones alemanas, que le fueron leídas y que se reducían por lo pronto a la entrega de Danzig; aplazándose para dentro de un año la cuestión del «Corredor», cuya suerte sería decidida en un plebiscito, organizado y vigilado por una comisión internacional. Si el plebiscito resultaba favorable a Polonia, ésta concedería a Alemania un paso para comunicar con la Prusia oriental; y en caso contrario, sería Alemania la que otorgara a los polacos un paso análogo hasta su puerto de Gdynia. Por último y para evitar nuevos rozamientos entre ambos países, se efectuaría un canje de sus respectivas minorías nacionales.

(40) Véanse FRITZ HESSE: ob. cit., pp. 208 (nota 1), 210 y 211, y VON MANSTEIN: *Victorias frustradas* (edición española Luis de Caralt, Barcelona, 1956, pp. 15-16).

(41) Conviene recordar que, un año antes, los gobiernos francés y británico no habían dudado en presionar fuertemente al de Checoslovaquia para que aceptara sacrificios mucho mayores de los que ahora se pedían a Polonia.

Transcurrió, sin embargo, todo el día 30 sin que se presentara el esperado plenipotenciario polaco. No por ello se dejaron de realizar durante la mañana del 31 toda clase de generosos intentos para evitar el conflicto. Mussolini propuso la reunión de una conferencia semejante a la de Munich, entre los gobiernos francés, inglés, alemán e italiano, para estudiar las bases de un arreglo. También el papa Pío XII encargó a sus nuncio en Varsovia que aconsejase al gobierno polaco desistir de su actitud irreductible para evitar una guerra desastrosa para su país y para el mundo. Pero el Coronel Beck se limitó a ordenar a su embajador en Berlín que visitase a Ribbentrop para hacerle saber que su gobierno examinaría en sentido favorable «las sugerencias británicas», pero que no estaba autorizado para discutir las proposiciones alemanas (42).

A partir de entonces, los acontecimientos se precipitaron, desbordando las intenciones pacíficas de las personalidades responsables. Parece ser que el día 25, cuando se dio por primera vez la orden de atacar a Polonia, las organizaciones nazis habían transmitido por radio a sus afiliados alemanes en aquel país la consigna de cooperar al avance de sus tropas. Por un imperdonable descuido, no se les dio posteriormente contraorden, y tales elementos se habían lanzado a la acción el día 26, provocando las naturales contramedidas de los polacos, que en su furor antigermano se excedieron en la represión. Según escrupulosas comprobaciones hechas por la Jefatura de Seguridad del Reich, después de la ocupación de Polonia y que fueron testificadas por representantes de las agencias informativas internacionales —entre ellos, el de la *United Press*—, 4.850 hombres, mujeres y niños alemanes fueron muertos por los polacos con ocasión de aquellos sucesos. Estas cifras reales —exageradas después por los servicios nazis de información—, fueron comunicadas al Führer en aquel día, impulsándole a dar la orden definitiva de avance en Polonia, que se inició en las primeras horas de la jornada siguiente, 1. de septiembre (43).

Mientras tanto, la propuesta de mediación de Mussolini había sido aceptada por Alemania y Francia, insistiendo tan sólo esta última nación en que Polonia fuera admitida también a la proyectada conferencia. Pero Inglaterra— que se había retrasado en contestar—, al

---

(42) Véanse las interesantes citas del *Diario* del Conde Szembek, incluidas en el trabajo ya mencionado de Henri Lebre (pp. 87-88).

(43) Véase FRITZ HESSE: ob. cit., p. 217.

enterarse de la entrada de tropas alemanas en territorio polaco, exigió la retirada previa de tales tropas a sus bases de partida, antes de consentir en ninguna negociación; condición difícil de cumplir en el momento en que se estaban librando encarnizados combates, en los que el bando germano había obtenido ya sustanciales ventajas. Sin embargo, el 2 de septiembre, a las siete de la tarde, el agregado de prensa a la embajada alemana en Londres, Dr. Fritz Hesse, recibió el encargo personal de Hitler de hacer saber al consejero diplomático de Chamberlain, Sir Horace Wilson —con el cual mantenía dicho agregado amistosas relaciones—, que el Führer se hallaba dispuesto a retirar sus fuerzas de Polonia y a pagar reparaciones por los daños causados a dicho país, con tal que Inglaterra se ofreciera a actuar de mediadora en la cuestión de Danzig. Durante la entrevista, Sir Horace Wilson llegó a proponer que Hitler se excusase públicamente de su conducta ante la opinión mundial. Condición que resultaba, desde luego, inaceptable, pero que no llegó siquiera a ser puesta en discusión; porque, entre tanto, Sir Horace recibió un telegrama en el que se le anunciaba que Francia —que se resistía a ir a la guerra, en el caso de tener que atender, a la vez, a los dos frentes alemán e italiano— había desechado sus preocupaciones, ante la seguridad dada por Mussolini de que su patria permanecería neutral en el conflicto. En tales circunstancias, Inglaterra se hallaba decidida a no retroceder en sus propósitos bélicos y se consideraría en guerra con Alemania, si esta nación no retiraba sus fuerzas del territorio polaco antes de las doce de aquella noche (44).

No habiéndose cumplido, pues, tal condición —irrealizable a todas luces en plazo tan perentorio—, *Inglaterra declaró la guerra a Alemania a las once de la mañana del día 3 de septiembre de 1939*, y Francia siguió su ejemplo, con visible desgana, a las diecisiete horas del mismo día.

Así comenzó la Segunda Guerra Mundial, que había de durar cinco años y nueve meses, dejando a Europa arruinada y debilitada frente a la amenaza soviética que sobre ella se cierne hoy, a la vez, desde el Este y desde el Sur.

\* \* \*

---

(44) Sobre todo esto, nos atenemos a la versión del propio Fritz Hesse (ob. cit., pp. 219-226), que consideramos fidedigna en lo esencial, dados los valiosos testimonios que aduce, y haberse publicado ya en versión inglesa, mereciendo la calificación de veraz y concienzuda por parte de la crítica angloamericana.

De la exposición desapasionada de los hechos que acabamos de esbozar, se desprende claramente, a nuestro juicio, que, si bien Hitler meditaba y preparaba desde hacía tiempo una guerra de agresión contra la Unión Soviética, y si, a última hora, se decidió a ventilar por la armas su pleito con Polonia, no puede hacérsele responsable de la iniciación y posterior extensión de un conflicto general, que venía a perturbar sus planes anteriores y que rebasaba, en definitiva, la capacidad bélica de Alemania, según lo había reconocido él mismo en su libro *Mi lucha* (45).

Puede alegarse, sin embargo, que con su audaz política de decisiones unilaterales, contribuyó en cierto modo a provocar dicho conflicto. Pero debe tenerse en cuenta que el Führer se vio obligado a seguir tal política, ante la tenaz negativa de las potencias aliadas —y, especialmente de Francia— a consentir la menor atenuación de aquellas cláusulas del tratado de Versalles, cuya manifiesta injusticia había sido reconocida por significadas personalidades de dicho bando (Nitti, Maynard Keynes, Lord Buckmaster, Sir John Simon, Lloyd George), y que el pueblo alemán no se hallaba dispuesto a soportar por tiempo indefinido. Hitler fue elevado precisamente al poder con el encargo expreso de liberar a su patria de tan pesada carga; y durante más de dos años se esforzó en llegar a un acuerdo equitativo con las potencias occidentales en materia de armamento. Pero ya hemos visto cómo tales negociaciones quedaron definitivamente rotas por iniciativa de Francia. Y en vista de ello, adoptó el Führer su primera resolución unilateral: el restablecimiento del servicio militar obligatorio en Alemania. Francia concertó entonces un pacto de asistencia mutua con la Unión Soviética, en virtud de la cual, si ésta era atacada por Alemania, los franceses podían invadir fácilmente este país hasta la línea del Weser, a causa de la zona desmilitarizada del Rin, que se extendía hasta cincuenta kilómetros al oriente de dicho río (véase croquis número 3). Hitler advirtió que si tal pacto era ratificado por las cámaras francesas, se vería obligado a garantizar la seguridad de las regiones occidentales de su patria, ocupando aquella zona desmilitarizada, como en efecto lo hizo a los pocos días de haberse efectuado aquella ratificación. Las potencias occidentales (Francia e In-

---

(45) «Si Alemania quiere poner fin al peligro de exterminio que le amenaza en Europa, deberá tener cuidado de no reincidir en los errores de la anteguerra, haciéndose enemiga del mundo entero». (Ed. española citada, cap. XIII, p. 334).

Inglaterra) poseían todavía entonces un margen de superioridad militar que les permitía haberse opuesto por la fuerza a aquella nueva decisión unilateral de Alemania, sin provocar un largo y sangriento conflicto mundial. Hitler había previsto aquella eventualidad, y por eso la ocupación militar de Renania se había concebido en principio como un «acto simbólico», encomendado a un pequeño cuerpo de 35.000 hombres, que tenía la orden de retroceder en caso de invasión aliada, sin arriesgar un choque con los invasores, con el fin de dar lugar a negociaciones pacíficas para un nuevo tratado de Locarno (46). Pero las citadas potencias no se decidieron a intervenir ni aceptaron tampoco las amistosas propuestas del Führer. Con lo que vinieron a sancionar y, en cierto modo, a justificar la política unilateral de éste, al no dejarle otro camino abierto para satisfacer las que él estimaba legítimas reivindicaciones de su patria. En la misma línea se sitúa la anexión de Austria, que respondía —como ya hemos visto— al deseo casi unánime de los habitantes de este país, reiteradamente manifestado por vía plebiscitaria, y que se hubiera efectuado de manera espontánea, si Schuschnigg no se hubiera vuelto atrás de los compromisos contraídos. De todos modos, el acontecimiento se desarrolló pacíficamente y fue aceptado sin graves reparos por Francia e Inglaterra.

En realidad, los intereses vitales de tales potencias no se hallaban tan gravemente afectados por aquellas decisiones de Alemania, como para justificar el desencadenamiento de una nueva conflagración de consecuencias incalculables. Comprendiéndolo así, Chamberlain resolvió no oponerse a la incorporación al Reich del territorio de los Sudetes, que se efectuó esta vez mediante el acuerdo de Munich, suscrito por las cuatro grandes potencias europeas de Occidente y que parecía augurar una era de buen entendimiento y pacífica colaboración entre ellas.

Desgraciadamente, Chamberlain se dejó pronto disuadir de tan sensata política por la camarilla belicista dirigida por Churchill y estimulada por Roosevelt; adoptando desde comienzos de 1939 una actitud de franca hostilidad hacia Alemania, que tenía que conducir fatalmente a una guerra, salvo en el caso de que dicha nación se

---

(46) Véanse FRITZ HESSE: Ob. cit., p. 56; y también en las *Memorias de CHURCHILL*, (ed. cit., tomo I, p. 229), se alude a estas instrucciones de Hitler, aunque él se resista a creer en la buena fe de éste.

hubiera dejado intimidar, renunciando en lo sucesivo a toda nueva reclamación. Pero tal actitud de firmeza, que hubiera podido aún tener éxito en 1935 ó 1936, cuando Alemania había iniciado apenas su rearme, tenía que resultar contraproducente en el momento en el que la máquina militar germana estaba ya a punto de alcanzar su pleno desarrollo (47). En estas condiciones, la nueva política de Chamberlain impulsó a Hitler a precipitar los acontecimientos, procurando aprovecharse de su superioridad bélica circunstancial para alcanzar los objetivos que aún le faltaban por lograr; por vía diplomática, si era posible, y, si no, por la fuerza. Tal ocurrió principalmente con la garantía que Chamberlain (incitado por el bando belicista) dio a Polonia en 31 de marzo de 1939, que todos los comentaristas británicos independientes de hoy (Liddell Hart, Fuller, F. H. Hinsley, Russell Grenfell) califican de imprudente e, incluso, de inmoral, pues se sabía de antemano imposible de cumplir. Dicha garantía se convirtió, efectivamente, en causa inmediata e irremediable de la guerra; pues, de un lado, estimuló la cerrada intransigencia de los polacos a ceder en lo más mínimo a las pretensiones de Alemania, y de otro, impulsaba a este país a resolver el problema con las armas, antes de que aquella garantía pudiera hacerse efectiva. Y a remachar el clavo vino el maquiavélico pacto de amistad, propuesto a Hitler por Stalin, que aquél se vio obligado a aceptar contra sus íntimas convicciones, por creer que las potencias occidentales no insistirían en mantener sus promesas de ayuda a Polonia, que ahora resultaban totalmente ilusorias; pues no era dudoso que tal país sería aplastado por sus dos poderosos vecinos, en el caso de que persistiera en su actitud de intransigencia, antes que sus valedores pudiesen intervenir. No obstante, a los dos días de concertado aquel pacto, la garantía a Polonia fue confirmada por el gobierno británico, que al respaldar así la obstinación de los polacos, a sabiendas de que no podía socorrerlos, se hizo responsable de las desgracias que dicho pueblo tuvo que soportar entonces y sigue aún soportando actualmente.

---

(47) A este respecto observa Chastenet: «La lógica del acuerdo adoptado en Munich por las grandes potencias occidentales, Francia y Gran Bretaña, habiendo dejado pasar el momento en que la fuerza creciente de Alemania podría haber sido aplastada, debiera haber sido el dejar provisionalmente que el Reich prosiguiera su acción en el Este, y que ellas se aprovecharan de la tregua acordada para ponerse en condiciones de enfrentarse después con él» (ob. cit., ed. española, página 229).

En nuestro relato hemos reseñado ya las gestiones que Hitler y Mussolini realizaron en los últimos días de agosto para evitar o localizar un conflicto, que llevado hasta el fin, sólo podía acarrear —como los hechos han demostrado— la ruina de Europa y el auge del imperialismo soviético. Sabemos también por el valioso testimonio de Fritz Hesse —no desmentido hasta el presente— que el Führer se hallaba dispuesto incluso a retirar sus fuerzas de Polonia y a pagar reparaciones por los daños causados. Pero todo fue inútil, porque el partido belicista inglés se hallaba firmemente decidido a ir a la guerra, no para salvar a Polonia, cuya suerte les importaba muy poco a los prohombres de dicho partido (48), sino para destruir el nazismo y reducir a Alemania a una impotencia permanente (49). Tarea que a tales belicistas se les antojaba fácil; pues según declaró Sin Horace Wilson a Fritz Hesse en la dramática entrevista a que aludimos, «la guerra no iba a durar mucho, ya que Alemania, *por los informes que ellos tenían*, se encontraba con el problema de una escasez de materias primas y similares, que no podía permitirle mantener la guerra por mucho tiempo. Y eso, sin contar con que tampoco había ultimado su rearme» (50).

Como hoy sabemos, tales informes procedían en gran parte del grupo de generales disidentes, en que figuraba Halder, jefe del E. M. del O. K. H. De este modo, la infidencia de estos generales que pretendían —según dicen— impedir la guerra, contribuyó, por el contrario, a provocarla, ocasionando a la larga la ruina de su patria (51).

(Continuará en el número próximo.)

---

(48) En sus *Memorias*, Churchill da muestras de verdadera animosidad contra los polacos (véanse especialmente las pp. 395, 396 y 397, del tomo I de la edición española).

(49) *Ibid.*, tomo I, cap. I, p. 31.

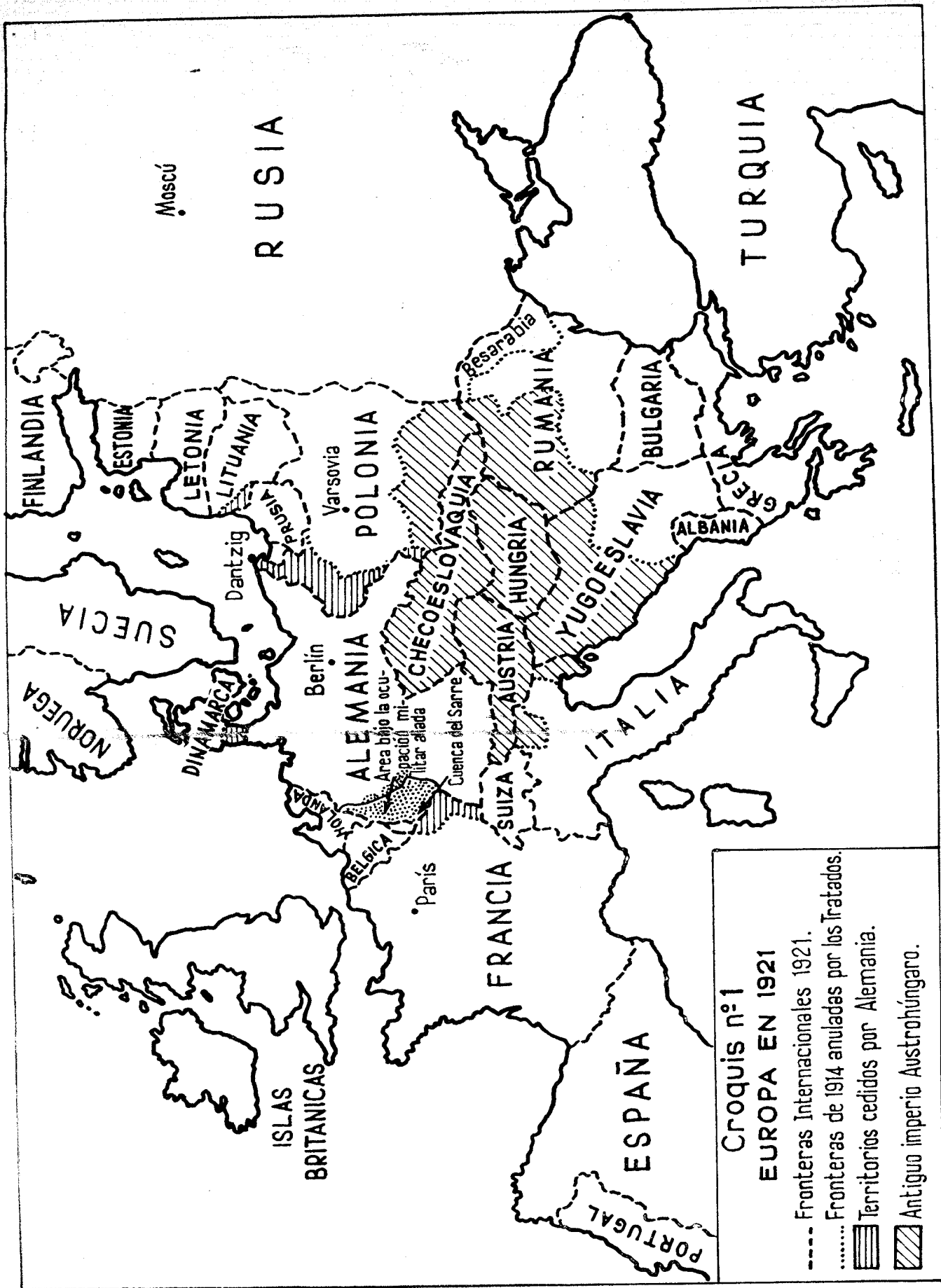
(50) FRITZ HESSE: *ob. cit.*, p. 225.

(51) Véanse las referencias bien explícitas que acerca de ello da el propio Halder, en la obra ya citada de Peter Bor (ed. española, cap. VII, pp. 98-99, 101, 103-104 y 106); así como las *Memorias* de Churchill (ed. cit., tomo I, cap. XVII, páginas 356-360).

## BIBLIOGRAFÍA

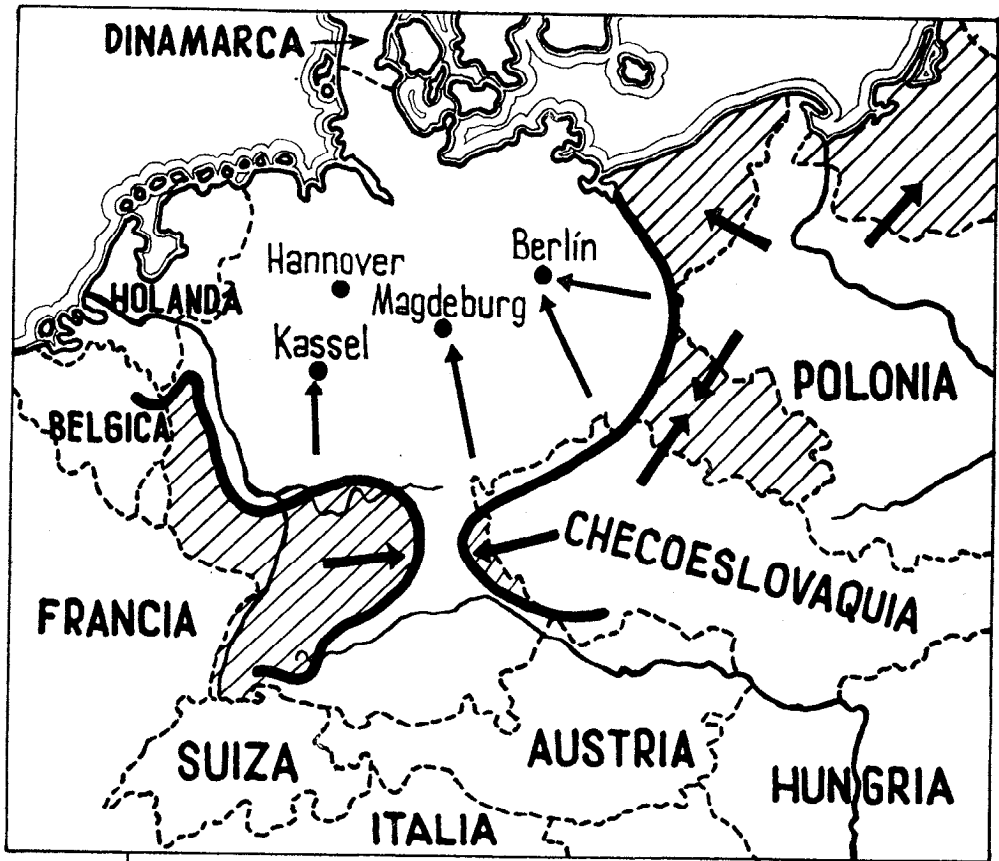
- Brandenburg (Erich): *Europa después de la guerra mundial* (Historia Universal dirigida por Walter Goetz, ed. española Espasa-Calpe, Madrid, 1936, tomo X, págs. 522-589).
- Nitti (Francesco): *L'Europa senza pace* (Prima edizione, R. Bemporad e Figlio, Editori, Firenze, 1921).
- Chasténet (Jacques): *Europa entre dos guerras 1919-1939* (Edición española EPESA, Madrid, 1945).
- D'Argile (René), Ploncard d'Assac (J.), Bearn (Jacques), Coston (Henry), Cousteau (Pierre-Antoine), Lebre (Henri), Mauny (Michel de): *Les origines secrètes de la guerre 1939-1945* («Lectures Françaises», N.º Special, juin 1957, La Librairie Française, 51 rue de la Harpe, Paris Vº).
- Benoist-Mechin: *Historia de Alemania y su Ejército* (Ed. española de Montaner y Simón, S. A., Barcelona, 1942).
- Hitler (Adolfo): *Mi lucha* (Segunda edición española, Munich, octubre de 1937); *Conversaciones sobre la guerra y la paz* (Edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1953, tomo I).
- Churchill (Winston S.): *Memorias de la segunda guerra mundial. Cómo se fraguó la tormenta* (Traducción española de Juan G. de Luaces, Los libros de nuestro tiempo, Primera edición, Barcelona, febrero de 1949, tomo I).
- Hesse (Fritz): *Intriga sobre Alemania* (Primera edición española de Luis Caralt, Barcelona, febrero de 1956).
- Fuller (J. F. C.): *La segunda guerra mundial 1939-1945* (Traducción española de la 8.ª Sección del E. M. C. del Ejército).
- Hart (Liddell): *La estrategia de aproximación indirecta* (Edición española Iberia, J. Gil, Editores, S. A., Barcelona, 1946).
- Hinsley (F. H.): *Hitler no se equivocó* (Edición española AHR, Barcelona, 1953).
- Grenfell (Russell): *Odio incondicional* (Edición española Espasa-Calpe, Madrid, 1955).
- General Guderian: *Recuerdos de un soldado* (Edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1953).
- Mariscal von Manstein: *Victorias frustradas* (Edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1956).
- Mariscal Kesselring: *Memorias* (Edición española AHR, Barcelona, 1953, tomo I); *Reflexiones sobre la segunda guerra mundial* (Edición española de Luis de Caralt, Barcelona, 1957).
- Bor (Peter): *El Estado Mayor alemán visto por Halder* (Edición española Espasa-Calpe, S. A., Buenos Aires, 1955).
- Blumentritt (Guenther): *El Mariscal von Rundstedt* (Edición española Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1955).
- Borrego (Salvador): *Derrota mundial* (Séptima edición, México, 1960).





**Croquis n°1**  
**EUROPA EN 1921**

- Fronteras Internacionales 1921.
- ..... Fronteras de 1914 anuladas por los Tratados.
- ▨ Territorios cedidos por Alemania.
- ▧ Antiguo imperio Austrohúngaro.



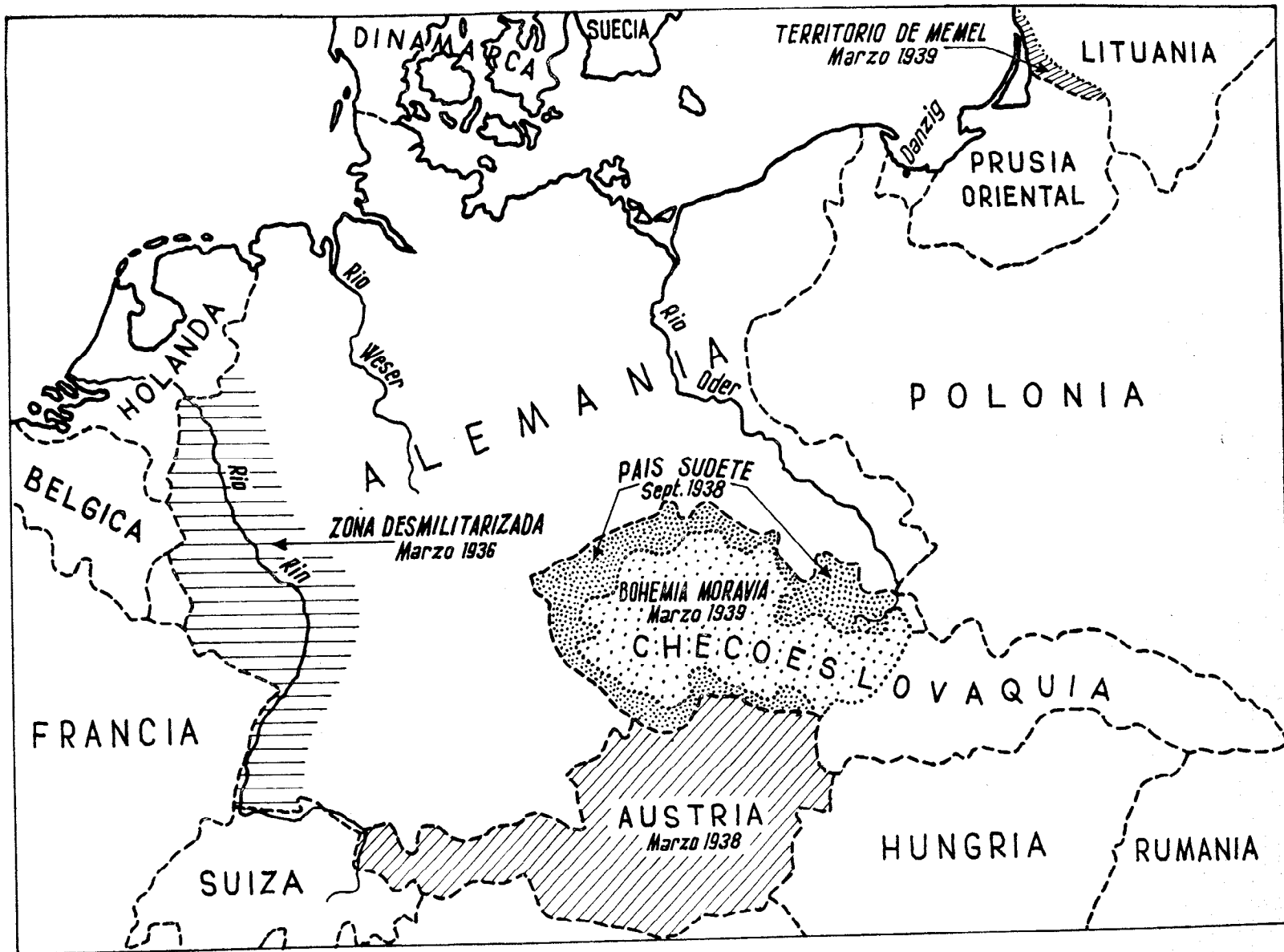
**Croquis nº2**

**EL PLAN OFENSIVO CONTRA ALEMANIA  
HASTA EL AÑO 1930.**

← Dirección de ataque en el primer período de la ofensiva aliada.

← Dirección de ataque en el segundo período de la ofensiva aliada.

⤴ Territorio alemán que debía ser ocupado por el enemigo en el primer período de operaciones.



Croquis nº 3  
**EXPANSION POLITICA ALEMANA DE 1936 a 1939**

## BIBLIOGRAFIA

PEDRO ANTONIO PÉREZ RUIZ, comandante de Artillería: *Biografía del Colegio-Academia de Artillería de Segovia*.—Academia de Artillería; Segovia, 1960; 368 páginas + 24 láminas fuera de texto; 27 centímetros; tela.

El Capitán General del Ejército, don José de Urrutia, inspector general del Cuerpo de Artillería, dispuso, en 1802, que todas las dependencias del mismo facilitasen al brigadier don Juan Munárriz la documentación precisa para que redactase una Historia del Colegio de Segovia: obra que o no se llevó a cabo, o se perdió cuando la guerra de la Independencia.

Posteriormente, hubo dos intentos parecidos: el del general Carrasco, en 1873, y el del llamado «Libro de las Promociones»; aunque ninguno de ellos intentó hacer una biografía completa del Colegio-Academia segoviano.

Ahora, el profesor del mismo, comandante Pérez Ruiz, pretende llenar esta laguna considerando el interés que tiene, no sólo para los profesionales del Arma, sino para todo militar, el pasado de un centro con vida tan larga y tan intensa, y porque «la Historia, al revés de lo que algunos creen, no es un pasatiempo de desocupados, sino una técnica de primer orden».

El libro se divide en tres partes. En la primera, con el nombre de «Estudios generales», se abarca los antecedentes del Colegio, su fundación, el espíritu que ha animado la enseñanza dada en él, sus locales clásicos —Alcazar de Segovia y antiguo Convento de San Francisco de la misma ciudad— y los resultados obtenidos por el ejercicio de aquella enseñanza.

Como dice el comandante Pérez Ruiz, el Colegio de Segovia no surgió espontáneamente de la nada. La Artillería, y, por tanto, su enseñanza, fue haciéndose cada vez más técnica a partir del siglo xv. Ya en el siguiente tenemos referencias concretas sobre la famosa Escuela de Burgos, que con la de Venecia eran las más importantes de Europa; aunque también las había en Barcelona, Palma de Mallorca, Sevilla y quizá alguna otra localidad.

En el siglo xvii aparecían muchas Escuelas, pero casi todas de

vida efímera y sin transcendencia definida para la mejora del Arma. La postración en que ésta se encontraba era grande, y la enseñanza militar, en general, arrastraba una vida lánguida y llena de estrecheces. A pesar de todo, aún se establecía por esta época, en Bruselas, un centro de enseñanza artillero de gran importancia, a cargo del general Fernández de Medrano.

Así llegamos al tiempo de los Borbones, y con él a varios intentos de restauración del prestigio antiguo de la enseñanza militar, que conducen a la creación en 1750, de las «Escuelas formales de teórica con título de Artillería», antecedentes inmediatos de la de Segovia. El ambiente en España hacia los estudios matemáticos y técnicos había cambiado. Ya no se les consideraba «enredos ni adivinaciones», o «cosa de diablos y brujas», y, por el contrario, brillaba la ciencia de Jorge Juan, Santa Cruz de Marcenado, Cabanilles, Antonio de Ulloa, Mutis, Salvá, Azara, Churruca, Alcalá Galiano y tantos otros.

El autor de este libro considera como artífices principales en la obra de la fundación de la Academia de Segovia al rey Carlos III, al Conde de Aranda, primer director general de Artillería; al Marqués de Esquilache, secretario de Hacienda; a Ricardo Wall, secretario de Estado, y al Conde de Gazola, inspector general del Cuerpo y primer Director del Colegio.

El espíritu impreso a éste desde su nacimiento fue magnífico. El primitivo reglamento disponía que los alumnos se educaran constantemente «en las máximas de Religión y de honor, y se instruyan en todo conducente al desempeño de mi servicio»; detallándose en el siguiente que reciban una particular y sobresaliente educación civil, militar y facultativa, después de la cristiana. Esta doble dirección en la enseñanza del Colegio se manifiesta clara hasta el reglamento de 1868, donde la oficialidad se dividía en dos grupos completamente independientes: el llamado Académico, dedicado exclusivamente a la enseñanza científica, y a la unidad táctica —Compañía, Batallón o Brigada—, cuya misión era instruir a los alumnos en los asuntos puramente militares, infundiéndoles la moral profesional necesaria.

La educación que se daba en la Academia era muy completa y, en algunos aspectos, se adelantó a las variaciones de los tiempos. Ello ocurrió, por ejemplo, con la educación física, practicada desde los primeros tiempos de su existencia; y el trabajo a equipo, realizado por grupos de alumnos, dirigido por el más caracterizado.

Los resultados de esta enseñanza, moral y científica, están expuestos por el comandante Pérez Ruiz, citando las más autorizadas opiniones; desde las de escritores como Pérez Galdós y Alarcón, a las de eximios militares: Castaños, O'Donnell y el Generalísimo. De éste son las siguientes palabras pronunciadas en 1938: «En el orden táctico yo puedo deciros, no ya con mi testimonio, sino con el de aquellos representantes de los países mejor organizados del mundo que han visitado nuestros frentes y analizado nuestra acción, que no podéis ser superados y que estais en las condiciones de resis-

tir la comparación con los artilleros de la más alta táctica del mundo. En el orden técnico, yo afirmo que el día que se sepa al detalle vuestra ingente labor, el mundo quedará asombrado y la Patria se sentirá orgullosa de vuestra labor inverosímil, si se tiene en cuenta que partimos de la nada, que carecíamos hasta de lo más elemental, y realizásteis el prodigio de aprovisionar de armas y municiones a un ejército como nunca lo tuvo España». Hacía medio siglo —año 1890— en que un distinguido observador francés, A. Houghton, había dicho refiriéndose a los oficiales del Arma: «Tienen un aire frío, distinguido, reservado, siempre dignos con sus soldados. Observan las cuestiones de etiqueta y de disciplina con extremo rigor, y, ciertamente, desde el punto de vista de su instrucción, de su tono, de sus estudios, soportan bien la comparación con todos los ejércitos de Europa. Sus cuarteles y sus baterías en campaña son modelos de disciplina, de limpieza y de organización militar».

La segunda parte del libro es cronológica, y en ella se ve, paso a paso, las vicisitudes del Colegio y de sus alumnos y profesores, ofreciendo un arsenal de gran valor para la Historia de la Artillería y, a la vez, del Ejército y hasta, en ciertos aspectos, de la propia de España.

En la tercera parte —«Estudios Monográficos»— se consignan como cuestiones ejemplares, no exentos de cierto pintoresquismo fuera de época, los premios y castigos: éstos, un tanto ingenuos, pero suficientes para mantener la disciplina, pasajera y quebrantada; los premios, más simbólicos que prácticos. También se refiere todo lo relativo a la enseñanza de la Química, una de las mayores glorias del Colegio-Academia, pues en «el Alcazar de Segovia, es, probablemente, el lugar de España en donde mayores descubrimientos se han realizado en el campo de la ciencia». La mejor revista de Química de España, en relación al tiempo, y la primera además, se llamaba *Anales del Real Laboratorio de Química de Segovia*. Una serie de nombres ilustres saltan aquí: Proust, en primer lugar.

Finalmente, la obra termina con una serie de «relatos anedócticos», muchos de ellos de gran sabor humorístico.

El comandante Pérez Ruiz ha puesto, además, un interés especial en dar a conocer la mayor parte de los edificios en que se ha alojado el Colegio en sus dos éxodos: el de 1808 a 1814 y el de 1823 a 1839, pese a que algunos de ellos ya han desaparecido.

Según declaración del propio autor, la mayoría de los datos obtenidos en la consulta al Archivo General de Simancas no se insertan en el libro, para no dar a éste demasiada extensión; a pesar de lo cual, se consignan las debidas referencias a fin de que puedan ser aquéllos examinados por los curiosos y estudiosos.

El libro constituye el más claro exponente de lo que puede llevar a cabo el cariño profundo por su profesión de un español estudioso e inteligente.—J. M. M. B.

L. RIVERS, ELIAS: «Francisco de Aldana, el divino capitán», publicado en la *Revista de Estudios Extremeños*, números 1-4 (un volumen); Badajoz, 1953; págs. 451-635.

De Francisco de Aldana se han escrito diversos errores, copiados una y otra vez en mezcla con datos fidedignos. El hecho de que los errores hayan sido utilizados por historiadores militares y, sobre todo, el que se refieran a una figura representativa de la milicia del siglo XVI, poco conocida en el ámbito castrense, me ha impulsado a traer aquí la noticia de este trabajo que, dentro de la perfectibilidad de toda labor historiográfica, puede considerarse definitivo. Nos dice su autor: se trata de «una versión revisada, y traducida al español, de la tesis que presenté en 1952, a la Facultad de la Graduate School de Yale University, en cumplimiento de los requisitos del título de doctor en Filosofía (Ph. D.). Fue en las aulas de aquella Universidad donde primero se me había despertado el interés por Francisco de Aldana, precisamente durante cierta clase que una tarde de primavera de 1948 nos daba allí D. Dámaso Alonso, sobre poetas secundarios del Siglo de Oro». Poeta secundario, pero de obra muy importante en la literatura del siglo XVI, digna de ser conocida, especialmente en su aspecto militar, por los soldados de hoy. Aldana muestra en su vida y en sus composiciones poéticas, una interesante personalidad modelada por la tradición familiar, genuinamente española, por el ambiente renacentista de la Florencia de su juventud y por una como dualidad íntima que le impone la trágica pedagogía de una lucha, cuyo campo de batalla linda de un lado con la mística, y de otro, con el cotidiano vivir de nuestros soldados imperiales, entre la sangre y los horrores del combate.

Gracias a las investigaciones y precisiones de Rivers, sabemos que Francisco de Aldana no nació, como se venía admitiendo, en Valencia del Cid ni en Valencia de Alcántara, sino en Italia, año de 1537, de padres extremeños allí establecidos y ambos entroncados con los Aldana de Alcántara, familia típicamente española de tradición guerrera, de santidad y literaria, y entre cuyos nombres gloriosos bastará citar aquí el del santo fray Pedro de Alcántara, el del cronista Pedro Barrantes Maldonado y el de Bernardo de Aldana, jefe de una famosa expedición a Hungría, artillero luego y tío de Francisco de Aldana.

A los tres años, Aldana está en Florencia, cuyo ambiente renacentista habría de hacerse luego tan patente en su obra poética que nace a la sombra de Benedetto Varchi. La larga etapa florentina comprende realmente hasta su marcha a los Países Bajos en 1567. Su vida militar se inicia en 1553, según el memorial que Aldana, ya en el ocaso de su vida militar, dirigió a Felipe II. Rivers da como muy probable que Francisco tomara parte en la batalla de San Quintín, pero estimamos que ello no puede afirmarse con rigor histórico. A partir de 1567 sirvió en Flandes, primero en la corte

del Duque de Alba y después con las armas, a la política inflexible que Felipe II hubo de oponer a la intransigencia de los nobles flamencos. Tras una corta estancia en España, retirado ya de la vida militar activa, vuelve a la lucha: sirve como osado espía en la preparación de la expedición africana del rey Don Sebastián de Portugal y muere en aquella alucinadora empresa que otro poeta, el también «divino» Herrera, cantara con estro bíblico.

También es figura menor el capitán Aldana en el escenario bélico de la época, pero también importante por lo que tiene de representativa. «Su falta original de inclinación personal hacia la vida militar» (Rivers) se resuelve por la vía heroica, y sus composiciones, de muy variado aliento, tema y sugerencias, constituyen un valioso testimonio del hombre y «su circunstancia», en aquel siglo de imperialismo combativo.

El trabajo que reseñamos puntualiza en sus primeros capítulos la biografía del «divino» capitán, y los siguientes reflejan el análisis de sus sonetos y canciones (capítulo VII), epístolas (capítulo VIII) y otros poemas (capítulo IX).

No será ocioso transcribir la «conclusión» del autor: «La poesía de Aldana, así como su vida, es variadísima. Nos interesa vivamente por su honda humanidad, sobre todo, pero también, a veces, por su arte consumado. El sensualismo más refinado y clásico, la violencia física, la angustia espiritual, el anhelo de paz y de unión mística: éstos son los elementos más evidentes en sus poemas y fragmentos poéticos, elementos que nos hacen leer y releer la poesía de Aldana, cada vez más fascinados por la personalidad del poeta; tal motivo fue el que me impulsó a hacer estas investigaciones sobre la vida, trágicamente cortada, y la obra, a menudo fragmentada, de Francisco de Aldana».

Complemento del trabajo reseñado, es otra obra del mismo autor que ha visto la luz en 1957 dentro de la colección «Clásicos Castellanos» (tomo 143), *Francisco de Aldana, Poesías*. Prólogo, edición y notas de Elías L. Rivers, Espasa-Calpe, S. A., y que tras un resumen de la biografía ya comentada de la «Revista de Estudios Extremeños», publica una antología de las obras del poeta, mucho más cuidada que la edición de las «Obras Completas» que hizo en 1953 Moragón Mestre para el Instituto «Miguel de Cervantes», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Como decimos al principio, la biografía de Aldana, que ha rectificado y completado Rivers, puede estimarse un trabajo definitivo. No entramos en su parte de análisis de la obra poética, que se nos antoja sugestivo, penetrante y convincente (en general) para nuestro juicio de aficionados. En cuanto al aspecto histórico-militar, no vale la pena señalar aquellos posibles, y pequeños errores, que como el que se refiere a un supuesto grado de General de Artillería, empleo que sirvió ocasionalmente Aldana (de acuerdo con la organización artillera de la época), en nada restan mérito al



conjunto, merítisima aportación de un extranjero a nuestra Historia de la Literatura, que sirve, además, para que los soldados de hoy podamos asomarnos con deleite a la intimidad de se viejo compañero que fue «muy» capitán, un poco artillero y por añadidura, o acaso precisamente por todo ello —en aquel siglo— poeta, poeta en ejercicio y servidumbre, que nos dejó largas tiradas de versos, feliz expresión de ese íntimo existir que todo el que es plenamente quisiera a menudo saber decir con justas palabras.—N. H. R.

PETER FLEMING: *Operación «León Marino», Hitler y la invasión de Inglaterra.*—Editorial Juventud, S. A.; Barcelona, 1960; 318 páginas, 21 centímetros, tela.

En el verano de 1940 los alemanes se dispusieron a iniciar, y los ingleses a repeler, la invasión de las Islas Británicas. La preparación fue intensa por ambas partes. La conquista de la Gran Bretaña hubiera significado un acontecimiento decisivo o casi decisivo en la historia de la segunda guerra mundial, pero no tuvo lugar. ¿Por qué?

El período de alarma y expectación, que se extiende aproximadamente de mayo a septiembre de 1940, está ordinariamente cubierto por el velo de la leyenda y de la narración periodística o novelesca. Pero Peter Fleming ha basado su relato en otras fuentes: archivos secretos, libros especializados de los jefes de la contienda y testimonios personales de actores de la misma.

El autor pretende evidenciar cuál hubiera sido la suerte de la poderosa expedición alemana, de no haber recibido ésta una contraorden a última hora, analizando las razones que motivaron el abandono de un plan, cuyo éxito hubiera tenido repercusiones considerables.

Por el lado alemán, los preparativos de la invasión, realizados con prisa febril, ocuparon tan solo doce semanas, requiriendo únicamente la intervención de una parte de las fuerzas armadas y no afectando en absoluto a la población civil. «El conocimiento de estos planes —opina el autor— quedó limitado a un círculo reducidísimo, y el abortado episodio produjo escasa impresión en la nación alemana.» Sin embargo, pensamos nosotros, la noticia de que se quería invadir, de un modo u otro, Inglaterra, fue general en el mundo, y, desde luego, en España; por lo que dudamos que los alemanes quedaran al margen del intento.

En los ingleses la amenaza de invasión produjo un efecto muy vivo, haciéndoles reaccionar fuertemente. Sin embargo, el recuerdo se muestra hoy, en ellos, lleno de vaguedades y confusiones. En aquellos días el ciudadano inglés aceptaba la existencia de una esfera de conocimientos vedada para él, a pesar de que en ella se decidía su propio destino.

Peter Fleming cree demostrar con su libro que la operación «León Marino», tal como se planeó y preparó, estaba condenada al fracaso y que, de haberse acometido, sólo hubiera terminado en un desastre. ¿Sabía esto Hitler y, por eso, se decidió sólo a amargar, en la esperanza de que de esta manera hubiera conseguido el vencimiento de Inglaterra? Quizá, y ello explica muchas cosas.

Otras preguntas que pueden aquí plantearse son éstas: ¿hubo algún momento, durante el verano de 1940, en que Hitler pudo haber intentado con éxito la invasión de la Gran Bretaña?; ¿cuáles habrían sido los resultados, después de la guerra, de una invasión coronada por el éxito y cuáles fueron las consecuencias del fracaso del Führer?

A la primera pregunta, Fleming contesta que no cabe dudar en el momento en que la invasión alemana tenía mayores posibilidades de éxito. «Si los alemanes —dice— hubiesen logrado atravesar el Canal con fuerzas relativamente reducidas (tres o cuatro divisiones) a primeros de junio, tal vez hubieran conseguido su empeño. El envío de refuerzos a estas tropas y su mantenimiento habría presentado serias dificultades, pero en gran parte éstas se hubieran vencido mediante la captura de los aeródromos del sudeste de Inglaterra, operación que en aquellos días hubiese resultado relativamente fácil». En efecto, parece ser que por entonces apenas si existían en las islas medios defensivos para repeler o contener un ataque serio. Las unidades británicas reembarcadas en Dunquerque no tenían moral ni cohesión; la llamada defensa local no estaba en condiciones de oponer ninguna resistencia y las reservas de los aviones de caza eran casi inexistentes. La nación, por su parte, se erguía retadora pero nada más; estaba en pie, quizá con ganas de pelear, mas aturdida.

Fleming considera que, para haber realizado la invasión, Hitler tenía que haber adoptado dos decisiones fundamentales: haber aniquilado las fuerzas contenidas en la bolsa de Dunquerque, y haber detenido luego a los ejércitos franceses en el Somme, atacándolos allí, en vez de cruzar dicha región el 5 de junio. Con lo cual el grueso de la Luftwaffe hubiera quedado disponible para una acción a fondo sobre las Islas Británicas.

Mas parece claro que Hitler consideró muy por debajo el espíritu de resistencia inglés, lo que le hizo pensar que la operación de ocupar su territorio se le habría dado por añadidura, luego de derrotar a las fuerzas británicas y francesas en el Continente. «La razón básica del aborto de la operación *León Marino* fue la falta de previsión. Ello se debió a un error psicológico más que estratégico». En cuanto a los resultados de la operación llevada a cabo, con éxito o fracaso, puede aquí divagarse ampliamente. Ocupada Inglaterra, Wavell no se hubiera atrevido a desencadenar, en diciembre de 1940, la ofensiva que en el desierto aniquiló a los ejércitos italianos.

No habrían sido necesarios en Africa ni Rommel ni el *Africa Korps*, ni producido la intervención británica en Grecia, con lo que la ofensiva sobre Rusia de 1941 se hubiera anticipado notablemente.

El hilo de los acontecimientos históricos ensarta a unos con otros de tal manera, que cualquiera de ellos provoca reacciones propias a lo largo de la inmensa cadena en que están enlazados. En tal sentido, que todo lo que se diga sobre la fracasada operación «León Marino» es altamente aleccionador, porque enseña a valorar los actos de los hombres en el enorme escenario histórico.—J. M. M. B.

## OBRAS PUBLICADAS

POR EL

### SERVICIO HISTORICO MILITAR

#### *Acción de España en Africa.*

Tomo I: *Iberos y bereberes*. Páginas, 296. Precio, 16,55 pesetas.

Tomo II: *Cristianos y musulmanes de Occidente*. Páginas, 295. Precio, 27 pesetas.

Tomo III: *El reparto político de Africa*. Páginas, 162. Precio, 20,35 pesetas.

Ilustrados todos con grabados, fotografías, mapas y planos.

El tomo I fue publicado, en 1935, por la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos, ya suprimida. Toda la obra se vende, únicamente, en el Servicio Geográfico del Ejército, calle Prim, núm. 21.

#### *Acción de España en Perú.*

Un tomo, con ilustraciones y 557 páginas, 67 pesetas.

#### *Armamento de los ejércitos de Carlos V en la guerra de Alemania.*

Un volumen ilustrado con grabados y fotografías, 56 páginas, 10,05 pesetas.

#### *Boletín de la Biblioteca Central Militar.*

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI y XII, para formación de los Catálogos. No están a la venta.

#### *Campañas en los Pirineos, a finales del siglo XVIII (1793-95).*

Tomo I: *Antecedentes*. Ilustrado con grabados y fotografías, 341 páginas, 66 pesetas.

- Tomo II: *Campaña del Rosellón y la Cerdaña*, ídem, íd., 682 páginas, 100 pesetas.  
 Tomo III: *La campaña de Cataluña*, ídem, íd., en dos volúmenes, 384 y 380 páginas, 172 pesetas.  
 Tomo IV: *Campaña en los Pirineos Occidentales y Centrales*, ídem, íd., 752 páginas, 300 pesetas.

#### *Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar.*

- Tomo I y Carpeta de mapas: *América en general*.  
 El tomo, de 495 páginas, tamaño folio mayor, 427,60 pesetas. (Agotado.)  
 Tomo II y Carpeta de mapas: *Estados Unidos y Canadá*.  
 El tomo, de 598 páginas, en folio mayor, 641,33 pesetas. (Agotado.)  
 Tomo III y Carpeta de mapas: *Méjico*.  
 El tomo, de 399 páginas, en folio mayor, 747,45 pesetas.  
 Tomo IV y Carpeta de mapas: *América Central*.  
 El tomo, de 286 páginas, en folio mayor, 656,35 pesetas.

#### *Colección histórica documental del Fraile.* (Guerra de la Independencia.)

- Tomo I: Letras A a la C, 253 páginas, 20 pesetas.  
 Tomo II: Letras CH a la K, 266 páginas, 20 pesetas.  
 Tomo III: Letras L a la Q, 215 páginas, 20 pesetas.  
 Tomo IV: Letras R a la Z, 228 páginas, 20 pesetas.

#### *Cronología episódica de la Segunda Guerra Mundial.*

- Tomo I: Primer período. 310 páginas. 34,50 pesetas.  
 Tomo II: Segundo y último período. 349 páginas, 64 pesetas.  
 Ilustrados los dos con mapas y planos.

#### *Curso de conferencias sobre Historia, Geografía y Filosofía de la guerra*, en el Servicio Histórico Militar.

Un volumen, 343 páginas, ilustrado con grabados, fotografías, mapas y planos. No está a la venta.

#### *Cursos de Metodología y Crítica Históricas*, para formación técnica del moderno historiador, en el Servicio Histórico Militar.

- Tomo I: *Curso Elemental (1947-48)*. 200 páginas.  
 Tomo II: *Curso Superior (1949)*. 359 páginas.  
 No están a la venta.

*Diccionario Bibliográfico de la Guerra de la Independencia Española (1808-1814).*

Tomo I: Letras A a la H, 345 páginas, 20 pesetas.

Tomo II: Letras I a la O, 270 páginas, 20 pesetas.

Tomo III: Letras P a la Z, 341 páginas, 20 pesetas.

Ilustrados los tres con grabados y fotografías, en color y en negro.

*Dos expediciones españolas contra Argel (1541-1775).*

Un volumen, 151 páginas, con ilustraciones, 18 pesetas.

*Europa y Africa entre las dos grandes guerras.*

Un tomo, 317 páginas, con mapas y fotografías, 14,85 pesetas.

Sólo se vende en el Servicio Geográfico del Ejército, calle Prim, núm. 21.

*Galería militar contemporánea.*

Tomo I: *La Real y Militar Orden de San Fernando*. Con fotografía de los condecorados. 387 páginas, 85 pesetas.

*Geografía de Marruecos, Protectorado y Posesiones de España en Africa.*

Tomo III: *La vida social y política*, 659 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos, 75 pesetas.

Los tomos I y II de esta obra, titulados, respectivamente, *Marruecos en general* y *Zona de nuestro Protectorado en Marruecos y Estudio particular de las regiones naturales de la zona, plazas de soberanía española y vida económica*, fueron publicadas, en 1935 y 1936, por la suprimida Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos. El primero se agotó, y el segundo únicamente está a la venta en el citado Servicio Geográfico, al precio de 24,30 pesetas.

*Historia de las armas de fuego y su uso en España.*

Un tomo ilustrado, con grabados en color y en sepia, 332 páginas, 85 pesetas.

*Historia de las Campañas de Marruecos.*

- Tomo I: (Comprende hasta el año 1900), 608 páginas, con grabados, fotografías, mapas y planos, 59,75 pesetas.  
Tomo II: (1900 a 1918), 944 páginas, con ídem, id., id., 138 pesetas.

*La guerra de minas en España.*

Un volumen de 134 páginas, con fotografías y planos, 50 pesetas.

*Nomenclátor histórico militar.*

Tomo único: Diccionario de voces antiguas de carácter militar, 372 páginas. No está a la venta.

*Tratado de Heráldica Militar.*

- Tomo I: 288 páginas, en papel registro, con grabados y fotografías, algunos en color, encuadernado en imitación pergamino, 225 pesetas.  
Tomo II: 390 páginas, ídem, id., id., 196 pesetas (120 pesetas para los miembros y organismos del Ejército). (Agotado.)  
Tomo III: 374 páginas, ídem, id., id., 400 (320 pesetas para los miembros y organismos del Ejército).

---

NOTA.—Los miembros y organismos del Ejército y los centros civiles gozan, en casi todas estas obras, de una rebaja del 10 al 25 por 100.

## SERVICIO HISTORICO MILITAR

### BIBLIOTECA CENTRAL MILITAR

*Relación de las obras ingresadas en esta Biblioteca desde el mes de noviembre de 1960.*

- JUAN DEL ROSAL: «Derecho Penal Español» (tomos 1.º y 2.º).  
A. IPIENS LACASA: «Tratado de Química General» (tomos 1.º y 2.º).  
ANTONIO DÍAZ CARMONA: «El Comandante de Puesto».  
M. MATEO TINAO: «Temas universitarios».  
SALUSTIO ALVARADO: «Biología Preuniversitaria» (dos tomos y prácticas).  
HUNSAKER y RIGHMIRE: «Aplicaciones prácticas de la mecánica del fluido».  
LUIS MARÍA ANSÓN: «El Gengis-Kan Rojo».  
GÉIGEL ZENÓN-MORALES FERRER: «Bibliografía Portorriqueña».  
J. B. PRIESTLEY: «Literatura y Hombre Occidental».  
LUIS DEL ARCO y MUÑOZ: «La Prensa Periódica en España».  
MAYOR KUNZ: «La Guerra Hispano-Americana».  
ESTES KAFAUVER: «El crimen en América».  
HARRY S. TRUMAN: «Mr. Ciudadano».  
WINSTON S. CHURCHILL: «Historia de los pueblos de habla inglesa» (tomos III y IV).  
J. L. CASTILLO PUCHE: «Diario íntimo de Alfonso XIII».  
H. L. BULWER: «La conquista de Granada».  
MAURICE MATLOFF: «U. S. Army in World War II» (The War Department).  
STANLEY W. DZIUBAN: «U. S. Army in World War II» (Special Studies).  
ROMANUS and SUNDERLAND: «U. S. Army in World War II» (The China, Burma India Theater).  
JOHN MILLER, jr.: «U. S. Army in World War II» (The War in the Pacific).  
RUPPENTHAL: «U. S. Army in World War II» (European Theater of operations).  
A. M. MOLINA: «The Philippines» (Through the Centuries).  
KARL MANNHEIN: «Diagnóstico de nuestro tiempo».



- C. WRIGHT MILLS: «Las causas de la III Guerra Mundial».
- ARNOLD J. TOYNBEE: «La civilización helénica».
- FERNAND GIGON: «Horror en cadena».
- GEORG POPP y DR. H. P.: «Vivimos hace cinco segundos».
- FRANÇOIS PIÉTRI: «La España del Siglo de Oro».
- INGENIERO H. TRENKMANNH «La Escuela del Técnico Electricista» (tomo IV).
- INGENIERO V. V. KONIGSLOW: «La Escuela del Técnico Electricista» (tomo V).
- INGENIERO V. V. KONIGSLOW: «La Escuela del Técnico Electricista» (tomo VI).
- J. CORRALES MARTÍN: «La Escuela del Técnico Electricista» (tomo VII).
- PROFESOR ALFRED HOLZT: «La Escuela del Técnico Electricista» (tomo VIII).
- PROFESOR ALFRED RICHTER: «La Escuela del Técnico Electricista» (tomo IX).
- INGENIERO PAUL HERING: «La Escuela del Técnico Electricista» (tomo X).
- PROFESOR HANS TEUCHERT: «La Escuela del Técnico Electricista» (tomo XI).
- INGENIERO HANS VON BEREN: «La Escuela del Técnico Electricista» (tomo XII).
- EMBAJADA DE SANTO DOMINGO: «Discurso pronunciado por el Generalísimo Trujillo el 26 de octubre de 1960».
- EMBAJADA DE SANTO DOMINGO: «La amenaza comunista a los Estados Unidos a través del Caribe».
- ANDRÉS MURIEL: «Historia de Carlos IV (tomos 1.º y 2.º)».
- CURZIO MALAPARTE: «Madre Marchita».
- STATO MAGGIORE ESERCITO (UFFICIO STÓRICO): «Somalia» (vol. II, 1914 al 1934).
- G. H. R. VON KOENIGSWALD: «Los hombres prehistóricos».
- J. MAC GREGOR BURNS: «John Kennedy».
- ROBERT SCHNERB: «El siglo XIX (Historia General de las Civilizaciones)».
- WERNER VON LOJEWSKI: «El Mercado Común Europeo».
- J. V. TORRENTE: «Tierra Caliente».
- LUIS S. GRANJEL: «Gregorio Marañón. Su vida y su obra».
- TOMÁS SALVADOR: «El atentado».
- MICHAEL GRANT: «El mundo romano».
- BARRY WYNNE: «Cuenta hasta cinco y muere» (episodios de la segunda guerra mundial).
- VICENTE BELTRÁN: «La autenticidad de la Bula».
- SECRETARÍA DE LA REPÚBLICA DE VENEZUELA: «Una voluntad al servicio de la nación».
- — : «Realidad económica de Latinoamérica».
- — : «Reforma agraria».

- — : «En el Lara industrial».
- — : «Eficacia de la coalición».
- MARCO POLO: «Oriente Medio».
- VINTILA HORIA: «Dios ha nacido en el exilio».
- EDICIONES DEL MOVIMIENTO: «Diccionario Geográfico de España» (tomo XIV).
- EUGENIO FERNÁNDEZ: «Crónicas de Puerto Rico» (dos tomos).
- BARTOLOMÉ SOLER: «Los muertos no se cuentan».
- F. O. MIKSCHÉ: «El fracaso de la estrategia atómica».
- ANA MARÍA MATUTE: «Primera memoria (Los mercaderes)».
- GEORGES BERNANOS: «Crepúsculo de los viejos».
- ARNOLD J. TOYNBEE: «Estudio de la Historia».
- ENRIQUE RUIZ GARCÍA: «Suspense atómico».
- AVERELL HARRIMAN: «¿Paz con Rusia?».
- SIR CHARLES PETRIE: «La casa Real Española».
- CURZIO MALAPARTE: «La piel».
- JULIÁN MARÍAS: «Obras completas» (tomo VI).
- ANDRÉS BOSCH: «La noche».
- UBALDO CASANOVA SÁNCHEZ: «Ortega. Dos Filosofías».
- JOHN F. KENNEDY: «Estrategia de la paz».
- GENERAL FELIPE DE LA BARRA: «Por la gran ruta del Chinchaysuyo».
- — : «Monografía histórica del Real Felipe del Callao y Guía del Museo Histórico Militar».
- DIPUTACIÓN DE BURGOS: «El testamento militar y su proceso histórico».
- SENADO DE LOS ESTADOS UNIDOS: «La amenaza comunista a los Estados Unidos a través del Caribe».
- LUIS M. DÍAZ SOLER: «Proyecto para la abolición de la esclavitud en Puerto Rico».
- SECRETARÍA NACIONAL DE INFORMACIÓN DE PORTUGAL: «Portugal y la campaña anticolonialista».
- MICHAEL AMRINE: «La gran decisión».
- AGUSTÍN YÁÑEZ: «La tierra pródiga».
- ARTHUR S. LINK: «La política de los Estados Unidos en América latina de 1913 a 1916».
- F. N. TAYLOR: «Artistas, príncipes y mercaderes».
- JULIÁN MARÍAS: «Imagen de la India».
- ACADEMIA DE CABALLERÍA: «XXXI Promoción del Arma de Caballería».
- HERBERT KIRSCH: «Pueblos y enigmas de Oriente».
- C. MARIO LONDOÑO: «Libertad y posición jurídica de los territorios nacionalizados».
- STATO MAGGIORE ITALIANO: «Scritti sul 1860» (Nel Centenario).
- RAMIRO PINILLA: «Las ciegas hormigas» (Premio Nadal 1960).
- JOSÉ M.<sup>a</sup> GIRONELLA: «Un millón de muertos».
- INDRO MONTANELLI: «Historia de los griegos».
- JOSÉ ORTEGA Y GASSET: «Ensayos escogidos».

- FERNANDO DÍAZ PLAJA: «El siglo XX».
- EL ABATE LEBLOND: «Tratado de la defensa de las plazas».
- EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA MINA: «Máximas para la guerra».
- J. ANTONIO DE ZUNZUNEGUI: «El mundo sigue».
- MARISCAL MONTGOMERY: «Hacia la cordura».
- KAREN BLIXEN: «Africa mía».
- RICHARD BUSCHIK: «El hombre a la conquista de la tierra».
- RAFAEL SÁNCHEZ GUERRA: «Mi convento».
- AYN RAND: «La rebelión de Atlas».
- PABLO DE AZCÁRATE: «Wellington y España».
- JOSÉ DÍAZ DE VILLEGAS: «Estudio militar del terreno (La Geografía y la Guerra)».
- P. ANTONIO PÉREZ RUIZ: «Biografía del Colegio-Academia de Artillería de Segovia».
- ANTONIO PALAU Y DULCET: «Manual del Librero Hispanoamericano» (tomo XIII).
- M. FERNÁNDEZ ALVAREZ: «Carlos V» (Memorias).
- MINISTERIO DE OBRAS PÚBLICAS: «Transportes por carretera».
- — : «Código de la Circulación».
- F. FERNÁNDEZ SANTOS: «El hombre y su historia».
- MELCHOR FERRER: «Historia del Tradicionalismo español» (tomo XXIX).
- MANUEL PRADOS Y LÓPEZ: «Camino de guerra y de paz» (Recuerdos de la Cruzada).
- LINN POOLE: «Las fronteras de la Ciencia».
- IRVING LOUIS HOROWITZ: «La idea de la guerra y la paz en la Filosofía contemporánea».
- ARNOLD J. TOYNBEE: «El Cristianismo entre las religiones».
- F. J. SHEED: «Teología para principiantes».
- VICENTE J. EXPÓSITO: «The West Point Atlas of American War».
- ALAN BURGESS: «Siete hombres al amanecer».
- JOSÉ DÍAZ DE VILLEGAS: «La epopeya de Enrique el Navegante 500 años después».
- JOSÉ DÍAZ DE VILLEGAS: «Africa septentrional: Marruecos. Africa atlántica: Las riberas fronteras de Canarias».
- IGNACIO CALVO SÁNCHEZ: «Retratos de personajes del siglo XVI, relacionados con la historia militar de España».
- EMIL LUDWIG: «El Mediterráneo».
- LUDWIG HERTLING: «Historia de la Iglesia».
- JACQUES CHASTENET: «William Pitt».
- RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN: «Baza de espadas».
- ANTONIO UBIETO ARTETA: «Cómo se formó España».
- J. GARCÍA VALCARCE y A. GALLEGO PEREÑA: «Problemas de análisis matemático».
- VARIOS: «Las relaciones entre Rusia y China».
- CHRISTOPHER DAWSON: «Dinámica de la Historia Universal».
- BERNOIST MÉCHIN: «Primavera árabe».

VARIOS: «Defensa nacional».

JOSÉ GUTIÉRREZ SOLANA: «Obra literaria».

LUIS G. DE VALDEAVELLANO: «Historia de España» (dos tomos).

JOSÉ A. GIMÉNEZ-ARNAU: «Este-Oeste».

VILLY BRANT: «Mi camino hacia Berlín».

ROLF ITALIANDER: «La hora de Africa».

JULES ROY: «La guerra de Argelia».

LUDOVICO PASTOR: «Historia de los Papas (tomos XXXVIII y XXXIX)».

J. M.<sup>a</sup> CORDERO TORRES: «Fronteras hispánicas».

C. D. BEKKER: «Los hombres ranas».

INDRO MONTANELLI: «El General de la Rovere».

JULIA IZQUIERDO MOYA: «José Ordóñez Valdés. Cincuenta años de vida, de obra y de historia».

Cannas, por Joaquín de Sotto y Montes . . . . .	7
Las fortificaciones de manila en la Edad Moderna, por María Lourdes Díaz-Trechuelo . . . . .	27
Las batallas por la isla de Cuba, “Llave del Nuevo Mundo y antemural de las Yndias Occidentales”, por Juan Manuel Zapatero . . . . .	47
El movimiento envolvente contra la línea francesa frente a Cádiz en 1811 y la batalla de Chiclana, por Carlos Martínez-Valverde . . . . .	66
Aportación a la biografía del Mariscal de Campo don Antonio Sequera y Carvajal, fundador de la Artillería egipcia, por Nicolás Horta Rodríguez . . . . .	113
La estrategia alemana en la Segunda Guerra Mundial, por Juan Priego López . . . . .	134
Bibliografía . . . . .	173